LAST LAP



NOELIA MÁRQUEZ

LAST LAP

Noelia Márquez

Derechos de autor © 2025 Noelia Márquez

Last lap
Primera edición: octubre del 2025

© de la obra: Noelia Márquez
Redes sociales:
TikTok: @noeliaamquez
Instagram: @leahb00ks

Editing y corrección: Nía Area (@niaarea)
Portada: Yolanda Alonso Sarmiento (@yoyo_alonso)
Maquetación: Noelia Márquez
Iconos inicio capítulos: Freepick

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para Josh.

Ya no quiero conoceer a alguien más,
contigo ha terminado la búsqueda,
te elijo con la tranquililidad de que también...
te escogeré mañana.
---Alejandra Pizarnik

NOTA DE AUTORA

Esta es una novela de ficción ambientada en el universo de la Fórmula 1. Los personajes, equipos y situaciones son producto de la imaginación, y cualquier semejanza con la realidad es coincidencia. La autora se ha tomado ciertas libertades creativas —incluyendo la adaptación del calendario y de algunos escenarios— con fines narrativos.

Una historia escrita con cariño por una aficionada, para quienes comparten la misma pasión.

SINOPSIS

Axel Devin tiene todo lo necesario para convertirse en el próximo campeón de la Fórmula 1: la trayectoria, el coche y el apellido. Ser un Devin le ha abierto absolutamente todas las puertas que se ha encontrado, pero el joven piloto sueña con demostrar que es mucho más que un legado.

Johan Torger es el ingeniero más joven en dirigir un equipo de Fórmula 1 y su meta es alzarse con el mundial de constructores. Para ello, necesita: buenos ingenieros, buen coche y buenos pilotos.

Cuando empieza la temporada y Johan se encuentra con un piloto del montón y un novato con delirios de grandeza, su sueño empieza a tambalearse.

Johan y Axel tienen el mismo objetivo: ganar. Cuando su relación empieza a ser algo más que una simple amistad, ¿estarán dispuestos a renunciar a todo por la victoria?

GLOSARIO

FIA:

La FIA (Federación Internacional del Automóvil) es el organismo rector del automovilismo a nivel mundial, incluyendo la Fórmula 1. Se encarga de regular las normas y garantizar la seguridad en las competiciones.

F2:

La F2 (Fórmula 2) es una categoría de monoplazas que sirve como escalón previo a la Fórmula 1. Muchos pilotos de F1 han pasado por esta categoría antes de llegar a la máxima competición.

Q1, Q2 y Q3:

Son las tres fases de la sesión de clasificación de la Fórmula 1, que determina el orden de salida para la carrera.

Q1: la primera ronda de clasificación. Todos los pilotos salen a pista, y los 15 más rápidos avanzan a la siguiente ronda. Los 5 más lentos quedan eliminados.

Q2: la segunda ronda, en la que los 15 pilotos restantes compiten. Los 10 más rápidos avanzan a la Q3, y los otros 5 quedan eliminados.

Q3: la última ronda de clasificación, donde los 10 mejores pilotos luchan por la pole position.

Pole position:

La pole position es el primer lugar en la parrilla de salida, que se otorga al piloto que marca el mejor tiempo en la sesión de clasificación.

Paddock:

El paddock es la zona detrás de los boxes donde los equipos montan sus motorhomes, oficinas, y se preparan para la carrera. Es un espacio restringido para el personal de los equipos, prensa y algunos invitados.

Parc Fermé:

El Parc Fermé es una zona de seguridad dentro del circuito. Suele ser cercana al podio, donde los coches de los tres primeros pilotos (y, en ocasiones, otros vehículos) deben ser estacionados después de finalizar la carrera.

Hans:

El HANS (Head and Neck Support) es un dispositivo de seguridad que los pilotos usan en la Fórmula 1 para proteger su cabeza y cuello en caso de impacto. Evita movimientos bruscos de la cabeza hacia delante o a los lados, reduciendo el riesgo de lesiones cervicales.

Pit o boxes:

La zona de pits (o boxes) es el área al costado de la pista donde los coches entran para realizar paradas, como cambiar neumáticos o reparar daños. Aquí también están los garajes de los equipos.

Motorhome:

El motorhome es una instalación móvil que cada equipo lleva al paddock. Funciona como oficina, centro de operaciones y lugar de descanso para el personal y los pilotos durante el fin de semana de carrera.

Undercut:

El undercut es una estrategia en la que un piloto entra a boxes antes que su rival para obtener neumáticos nuevos, con la esperanza de ser más rápido en pista y adelantar a su competidor cuando este entre a hacer su parada.

Gap:

El gap se refiere a la distancia en tiempo que hay entre dos coches en pista. Por ejemplo, si se dice que un piloto tiene un gap de 2 segundos con el de delante, significa que está a 2 segundos de distancia.

Endplate:

El endplate es la parte final del alerón delantero o trasero de un coche de Fórmula 1. Ayuda a dirigir el flujo de aire y a mejorar la eficiencia aerodinámica del coche.

Copy:

Es una palabra utilizada en las comunicaciones de radio. Cuando un piloto dice «copy», significa que ha recibido y entendido las instrucciones de su ingeniero.

Pit lane:

El pit lane es el carril que conecta la pista con la zona de boxes. Los pilotos deben respetar un límite de velocidad al circular por él.

Cooldown room:

La cooldown room es la sala donde los tres primeros pilotos se relajan y comentan la carrera justo después de terminar, antes de subir al podio.

Muro:

El muro es la expresión que se usa para referirse a los estrategas y jefes de equipo que operan desde el muro de boxes. Son quienes toman

decisiones estratégicas durante la carrera y se comunican con los pilotos.

DRS:

El DRS (Drag Reduction System) es un sistema que permite a los pilotos reducir la resistencia aerodinámica en determinadas zonas de la pista, abriendo una parte del alerón trasero. Se usa para facilitar los adelantamientos.

Vuelta de formación:

La vuelta de formación es la vuelta previa a la salida de la carrera, en la que los coches se preparan y colocan en sus posiciones de parrilla. Sirve para calentar los neumáticos y frenos.

Sprint race:

La sprint race es una carrera corta que se disputa algunos fines de semana de Fórmula 1. Es más corta que la carrera principal y su resultado determina la parrilla de salida para la carrera del domingo.

Safety car:

El safety car es el coche de seguridad que sale a pista en caso de accidente o condiciones peligrosas. Su objetivo es reducir la velocidad de todos los coches hasta que la pista esté en condiciones seguras para seguir la carrera.

Bandera roja:

La bandera roja se ondea cuando la carrera o sesión debe ser suspendida debido a un incidente grave o condiciones peligrosas en la pista.

Bandera amarilla:

La bandera amarilla indica peligro en una parte de la pista. Los pilotos deben reducir la velocidad y no pueden adelantar en esa zona.

Parrilla de salida:

La parrilla de salida es el orden en que los coches empiezan la carrera, basado en los tiempos que marcaron en la clasificación (Q1, Q2 y Q3).

Telemetría:

La telemetría es el sistema que permite a los equipos monitorear en tiempo real los datos del coche, como velocidad, temperatura de los frenos, consumo de combustible, etc. Esto ayuda a tomar decisiones estratégicas durante la carrera.

Penalización:

Una penalización es una sanción que puede imponerse a un piloto o equipo por infringir las reglas. Puede ser una pérdida de posiciones en la parrilla, segundos añadidos al tiempo de carrera, o incluso la descalificación.

Track walk:

En la Fórmula 1, un track walk (paseo por la pista) es una actividad que realizan los pilotos, ingenieros y otros miembros del equipo antes de un fin de semana de gran premio. Consiste en recorrer a pie el trazado del circuito para inspeccionar la pista y familiarizarse con sus características, detalles y posibles cambios.

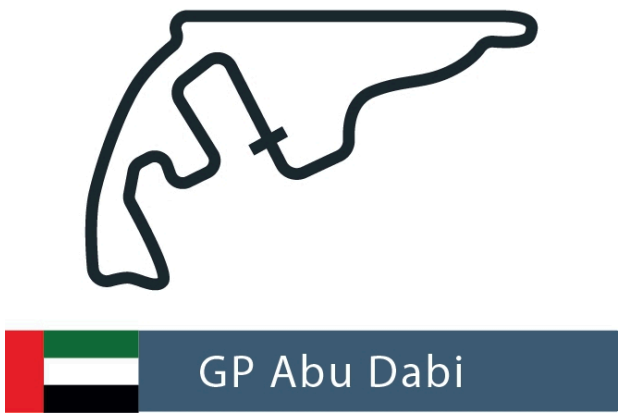
Piano:

Franja elevada y rugosa ubicada en el borde interior o exterior de las curvas del circuito. Está diseñada para delimitar los límites de la pista y proporcionar una zona de transición entre el asfalto y las áreas de escape. Los pianos suelen estar pintados con colores llamativos (normalmente rojo y blanco) y pueden variar en forma, altura y rugosidad.

Banana:

Es un tipo de piano elevado, estrecho, con forma redondeada y alargada, parecido a una banana. Normalmente está hecho de goma dura u hormigón pintado de amarillo. Se coloca detrás o encima del piano tradicional, especialmente en curvas donde se quiere evitar que los pilotos pasen por encima de ciertas zonas.

PRÓLOGO



Circuito de Yas Marina

Noviembre 2024

—¡Vaya carrerón está haciendo Axel Devin! Debe de estar saboreando ya su quinta victoria de domingo en esta temporada. ¡Y no es una cualquiera, Thomas! —dijo Veronika de forma efusiva mientras se acercaba al micrófono un poco más. Llevaba más de quince minutos con una sonrisa en la cara, disfrutando del espectáculo como si fuera una niña.
El campeonato de F2 se disputaba en formato de fin de semana. El viernes se realizaba la clasificación, el sábado se corría la sprint race y el domingo era la carrera principal, la que más puntos otorgaba. Por ese motivo, había demasiado en juego todavía.

—¡Correcto! —afirmó su compañero—. Si no hay ningún contratiempo, el joven monegasco conseguirá su segundo campeonato consecutivo. ¡Algo que no ocurre desde hace años!

—Se nota que es hijo y nieto de pilotos. El talento en la conducción parece que le viene de familia. Además, se comenta en el *paddock* que hay posibilidades de que la temporada que viene compita en la F1. ¿Crees que será cierto? Por el momento, Devin se ha negado en rotundo a hacer declaraciones al respecto.

—¡Y no me extraña! De ser cierto, tendrá que hacer todo lo posible por mantenerlo en secreto hasta que lo confirme la escudería. —El comentarista hizo una pequeña pausa mientras volvía a prestar atención a las pantallas donde se retransmitía el Gran Premio de Abu Dabi—. Apenas quedan unas pocas vueltas y esta carrera está a punto de decidirse. Hacía años que no disfrutaba de un final como este.

Era la última carrera de la temporada de F2: Devin y Ramírez se lo estaban jugando todo. Aunque el mexicano iba por delante en la clasificación, no tenía puntos suficientes para mantener el liderazgo si quedaba por detrás del piloto monegasco.

—Si Ramírez no consigue adelantar a Devin en las próximas dos vueltas, la… —Thomas no fue capaz de seguir narrando; se levantó de la silla de inmediato y se llevó las manos a la cabeza—. ¡Se han tocado, Veronika, se han tocado! ¡Vaya giro en los acontecimientos! —gritó—. ¡Cuando pensábamos que ya estaba todo decidido, nos sorprenden una vez más!

Ambos pilotos se habían dirigido a la curva cinco a gran velocidad. Justo antes de llegar al ápice, Ramírez había golpeado el monoplaza de su rival en el lateral izquierdo, sacándolo de su

trazada. La sala se quedó en silencio durante los siguientes segundos. No podían hablar, tenían toda la atención puesta en la pista.

Gracias a su rápida reacción, Axel pudo mantener el control del coche ofreciendo a los espectadores un elegante derrape hacia la línea exterior. Ramírez, por otro lado, se subió al piano interior y rebotó con fuerza al caer de nuevo sobre la pista.

No había sido más que un instante de incertidumbre, pero había bastado para acelerarles el pulso, y no solo a ellos, sino a todo el público.

En aquella última carrera, estaba en juego el campeonato de F2. Otro fallo como aquel podía hacer que ni Ramírez ni Devin se hicieran con la victoria.

—Apenas ha sido un pequeño roce —aclaró Thomas, un poco después, acercándose el micrófono a la boca al tiempo que reprimía un suspiro—. Devin ha recuperado el control del monoplaza sin despeinarse siquiera. ¡Vaya reflejos se ha sacado!

—Yo todavía no me he recobrado —añadió la otra comentarista —. Noto el corazón acelerado, igual que estará el de ambos pilotos.

—Vamos a escuchar la radio de Devin —respondió Thomas, señalando una de las pantallas que tenía delante—. Me apuesto lo que quieras a que está cabreado.

La voz de Axel inundó la sala de los comentaristas

—*No ha dejado espacio. Ese tío es idiota.* —Su voz denotaba un enfado que apenas había dejado entrever en sus palabras, se podía intuir que se estaba conteniendo.

—Copy —le respondió su ingeniero de pista, intentando que aquella conversación no trascendiera.

El piloto pareció captarlo porque no añadió nada más.

—Es cierto que Ramírez se tiró desde atrás —anotó Veronika—, pero Axel tenía que haberlo visto por el retrovisor y haber cerrado algo más tarde el vértice. Para mí es un lance de carrera —añadió sin decantarse por señalar a ningún culpable.

—Supongo que no se lo esperaba. Lo lógico habría sido que Ramírez hubiera esperado a las dos zonas de DRS para intentar adelantar —respondió el otro comentarista—. Ha intentado sorprenderlo y no le ha salido bien.

Los minutos fueron pasando mientras se retransmitían los últimos adelantamientos y conversaciones de radio entre los pilotos y sus escuderías.

—¡Última vuelta y, si no hay contratiempos, la victoria está decidida! Todo apunta a Devin como ganador, pero la FIA ha pasado un aviso de que el incidente en el que se vio involucrado en la vuelta cuarenta y cinco con Ramírez se investigará al terminar —anunció Veronika, revisando las notas de dirección de carrera.

—Exacto, llegaremos al podio y aún no sabremos el resultado final.

Thomas se permitió unos segundos para llevarse el vaso de agua a la boca. Aquella estaba siendo una de las mejores carreras de F2 que había visto, y eso que llevaba ya casi cinco años comentando para una de las cadenas de televisión de su país.

Si la FIA decidía imponer una penalización de tiempo, tras la finalización de la carrera, las posiciones se actualizarían en consecuencia, por lo que de nada le valdría a Axel cruzar la línea de meta en primer lugar si no tenía el *gap* suficiente con su rival.

—Devin ha marcado su mejor tiempo en el primer sector. Se ve que está tirando fuerte.

—Seguro que su ingeniero le habrá dicho que intente abrir algo de hueco con Ramírez, por si lo sancionan.

—Tiene pinta. La cosa es que Ramírez se ha quedado algo descolgado, pero si Devin quiere asegurarse un colchón de cinco segundos y garantizarse la victoria, tiene que meterle casi un segundo entero en la última vuelta.

—¡Vaya carrera! ¡Qué espectáculo! —dijo Thomas emocionado al ver como los monoplazas recorrían los últimos metros.

* * *

Axel apretaba con fuerza el volante; apenas quedaban dos curvas más y Ramírez se encontraba a 4,9 segundos de distancia. Se lo habían retransmitido por radio hacía apenas un par de curvas. La carrera estaba ganada. Le habían informado de que el incidente se iba a investigar, y solo esperaba que a su rival le cayeran los cinco segundos de penalización reglamentarios. El problema era que la opción de que lo penalizaran a él todavía estaba sobre la mesa, y tenía que ampliar un poco más el *gap* con Ramírez. Axel se abrió en las dos últimas curvas, sacrificando la entrada para poder tener mayor velocidad en la salida.

—*¿A cuántos segundos ha terminado Ramírez?* —preguntó nada más cruzar la línea de meta.

El ingeniero apenas tardó un instante en contestar.

—*A 5,1. Estamos seguros de que eres el nuevo campeón de F2*.

—*¡Sí!, ¡vamos!* —celebró con una alegría desbordante.

—*Una carrera increíble, Axel, enhorabuena* —le contestaron desde boxes.

—*Gracias, chicos, buen trabajo, como siempre* —dijo feliz, levantando el puño en señal de victoria.

Axel gritó de euforia, sonriendo.

PILOTOS

Axel Devin - Mónaco
Fabian Anderson - Finlandia
Dibra Berisha - Albania
Romain Lefevre - Francia
Liam O'Connor - Irlanda
Ethan Walker - Australia
Jan Kowalski - Polonia
Carlos Mendoza - Argentina
Pierre Dubois - Francia
Bergen Müller - Alemania
Jasper Van den Berg - Países Bajos
Felipe Costa - Brasil
Kenji Yamamoto - Japón
Sven Eriksson - Suecia
Matteo Rossi - Suiza
Omar Al-Farsi - Emiratos Árabes Unidos
Mateo González - México
Andrés Fernández - España
Luca Bianchi - Italia
David Johnson - Reino Unido

CONSTRUCTORES

Hygge F1 Team
Phoenix Racing Team
Quantum Racing
Thunderbolt Racing
Vortex Engineering
Titan Performance
Eclipse Motorsport
Velocity Dynamics
Starlight GP
Nitro Racing

CALENDARIO

1 Gran Premio de Baréin Circuito - 2 de marzo
2 Gran Premio de Arabia Saudita - 9 de marzo
3 Gran Premio de Australia - 24 de marzo
4 Gran Premio de Japón - 7 de abril
5 Gran Premio de China - 21 de abril
6 Gran Premio de Miami - 5 de mayo
7 Gran Premio de Canadá - 2 de junio
8 Gran Premio de Emilia-Romaña - 9 de junio
9 Gran Premio de España - 23 de junio
10 Gran Premio de Austria - 30 de junio
11 Gran Premio de Gran Bretaña - 7 de julio
12 Gran Premio de Hungría - 21 de julio
13 Gran Premio de Italia - 28 de julio

PARÓN DE VERANO

14 Gran Premio de Bélgica - 25 de agosto
15 Gran Premio de los Países Bajos - 1 de septiembre
16 Gran Premio de los Estados Unidos - 15 de septiembre
17 Gran Premio de Azerbaiyán - 22 de septiembre
18 Gran Premio de Singapur - 29 de septiembre
19 Gran Premio de la Ciudad de México - 20 de octubre
20 Gran Premio de Las Vegas - 27 de octubre

21 Gran Premio de São Paulo - 3 de noviembre
22 Gran Premio de Mónaco - 24 de noviembre
23 Gran Premio de Catar - 1 de diciembre
24 Gran Premio de Abu Dabi - 8 de diciembre

1



Johan

Noviembre 2024

Era el último día de la temporada, y ya no teníamos nada por lo que luchar. Fabian había asegurado el quinto puesto en el campeonato y, aunque en ese momento su coche abandonase, su posición estaba garantizada. Por otro lado, Romain había estado ofreciendo un verdadero espectáculo desde que se había anunciado su fichaje por Phoenix. El piloto había conseguido buenos resultados y estaba siempre en las primeras posiciones. Todo era posible para él, incluso alcanzar el podio saliendo desde la duodécima posición. Su segundo puesto en el campeonato era sólido y, si hubiera mantenido el mismo ritmo durante toda la temporada, incluso me habría llegado a convencer de que podríamos ganar el título. Por desgracia, eso no

había sido siempre así, y me daba la sensación de que no se había sentido lo suficientemente valorado. A pesar de que durante la temporada tampoco había llegado a tener demasiado contacto con él, me parecía un piloto muy capaz. Estaba seguro de que sería el segundo favorito, solo por detrás del Quantum de Ethan Walker.

La próxima temporada yo asumiría el puesto de jefe de equipo y me habría encantado conservar un piloto como Romain, con un potencial admirable. La decisión de que permaneciera en el equipo estaba fuera de mi control y, a pesar de ello, me afectaba más de lo que debería.

Luego estaba Axel Devin, que se había coronado como bicampeón en la F2 apenas un par de horas antes y sería el elegido para ocupar el asiento de Romain para la próxima temporada. Todavía estábamos en noviembre, y marzo parecía lejano; sin embargo no estaba seguro de que el chaval pudiera sorprenderme. Conducía bien, pero arriesgaba demasiado y, muchas veces, ignoraba las instrucciones del equipo. No tenía ganas de lidiar con un piloto egocéntrico que solo pensaba en su propio bien. Hygge también tenía unos objetivos. Yo tenía unos objetivos.

Suspiré, resignado.

El contrato se firmaría en los próximos días, y daba igual las veces que le dijera al equipo directivo que no era buena idea, que no daría resultados. Era hijo de Ross Devin y no había nada más que hablar. Ya estaba todo cerrado, y mi opinión había resultado irrelevante.

Aquella noche estábamos de celebración. Habíamos conseguido el subcampeonato de constructores y pilotos. Éramos los segundos

favoritos, aunque ya se rumoreaba que Phoenix nos arrebataría ese título en cuanto empezase la temporada.

—Te veo cabizbajo —señaló Andrea, acercándose a mí con una copa en la mano.

—Ha sido un final agridulce —reconocí.

—Sí, las despedidas nunca son fáciles. —El ingeniero se sentó a mi lado y me dio un par de palmadas en la espalda, supongo que con el objetivo de reconfortarme. No lo tenía claro—. ¿Emocionado por el nuevo comienzo?

—Bueno, estoy un poco atado de pies y manos. Nunca pensé que dirigir un equipo sería tanto y a la vez tan poco.

—¿Por qué lo dices?

Me encogí de hombros, sin girarme para devolverle la mirada. Andrea llevaba siendo mi amigo desde la universidad, y compartíamos equipo en la F1 desde hacía cuatro años. Me conocía mejor que nadie. Quizás por ese motivo, veía en mis gestos lo que no terminaba de expresar en voz alta.

—Me habría gustado tener más capacidad de decisión —confesé —. Solo eso.

Él me sonrió, entendiendo por dónde iban mis palabras.

—¿Todavía de morros por el chico nuevo?

—Por favor, dime que crees que es tan mala idea como yo.

—Aun así, el chico mal piloto no es. Ha hecho una temporada bastante decente, lo has visto tan bien como yo.

—Sí, aunque parte de esa temporada tan buena ha sido gracias a la suerte. El año que viene no lo tendrá tan fácil.

—La suerte es algo demasiado ambiguo. Si lo metes en vereda incluso podría llegar a ser brillante. —Andrea soltó una pequeña

carcajada al ver mi gesto contrariado—. El problema del chico es, sobre todo, su actitud. Un par de tirones de orejas al principio de la temporada y te seguirá como un corderito —aseguró, convencido.

—No estoy para meter en vereda a nadie —respondí repitiendo sus palabras—. Me gustaría contar con un mínimo de profesionalidad en mis pilotos.

—Es hijo de Ross Devin, no sé de qué te sorprendes. De todas formas, para eso ya tienes a Fabian. Con él no tendrás que preocuparte por si arriesga demasiado. —Le dio un trago a su copa antes de volver a mirarme—. Será tu apuesta segura.

No me molesté en responder porque, en el fondo, sabía que tenía razón. El año siguiente tendría que demostrar mi desempeño y, por una vez, los números no estaban de mi parte. Axel Devin debutaría como *roockie* en Hygge, un equipo del top tres, mientras que Fabian seguiría un año más a media parrilla sin destacar ni sobresalir demasiado.

Ojalá todo fuera un poco diferente.

Ojalá fuera todo más fácil.

La noche de celebración terminó para mí mucho antes que para el resto. La responsabilidad era un peso que muchas veces aplacaba lo demás. Sabía que tener buenos resultados no era únicamente trabajo mío, éramos un equipo, pero en ocasiones no podía evitar sentirlo así. Aunque yo mismo había decidido ponerme esa mochila sobre los hombros, no siempre me veía con fuerzas de cargar con ese peso yo solo.

Caminé por la calle con las manos en los bolsillos al tiempo que mi mente viajaba a mucha distancia de allí. Hacía frío, y el vaho salía de mi boca con cada respiración. Momentos como aquel me hacían

añorar mi hogar. No quería estar a miles de kilómetros de casa, de Aaron.

Quería estar sentado en mi sofá, con la calefacción puesta, al lado de mi hijo, con una manta sobre las piernas mientras veíamos cualquier película de dibujos en la tele.

Quería dejar de sentirme un mal padre.

Quería poder acallar mis pensamientos durante un tiempo y estar tranquilo.

Pero para eso, primero tenía que ganar. No podía fallar. No tenía otra opción.

No solía lamentarme demasiado por todas las decisiones que había tomado a lo largo de mi vida, aunque, en ocasiones, me pesaban como una losa sobre la espalda.

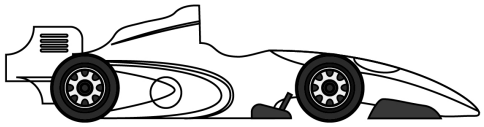
Aquel era uno de esos momentos.

Al día siguiente por la mañana volvería a estar bien, a dejar los arrepentimientos atrás.

Pero no era el día siguiente.

Todavía era de noche.

2



Axel

Noviembre 2024

Aquel debería ser un día importante, el más importante de mi vida. Solo que no lo era, y yo no sabía qué hacer para disminuir el nudo que tenía en el pecho. Me estaba costando hasta respirar.

—¿Emocionado? —me preguntó Fabian desde el asiento del copiloto mientras íbamos de camino a Backley, donde estaba la fábrica de Hygge—. A partir de hoy, eres oficialmente un piloto de F1. Has llegado a lo más alto.

Mi compañero era un piloto de veintiocho años que había pasado sin pena ni gloria por las últimas temporadas. Cuando lo conocí, me había caído bien de forma inmediata, y había sido algo mutuo. Tenía una forma de ser especial, única. Ese tipo de persona que parece que brilla con luz propia y que consigue llamar la atención allá donde va. Durante mis primeros días en Londres, me arrastró de un lugar a otro para hacer turismo, salir de fiesta y conocer gente. No podía

agradecerle lo suficiente que me hubiera abierto de ese modo las puertas de su vida. Le debía mucho, aunque en la pista no iba a tener contemplaciones. Allí todos eran un rival a batir.

—Con ganas de que empiece todo —respondí.

—Normal, acabas de cumplir tu sueño.

Intenté sonreír, pero supe, sin necesidad de verme, que la suave elevación de las comisuras de mi boca había quedado más como una mueca que como otra cosa.

¿Mi sueño? Estaba cumpliendo el sueño de mucha gente, no el mío.

Mi futuro llevaba escrito sobre piedra desde antes incluso de nacer.

Con tres años, mi padre me había enseñado a conducir un kart. Con siete, había ganado mi primer campeonato regional. Con ocho, el nacional. Con nueve, el europeo.

El objetivo era claro: llegar a lo más alto y competir en la Fórmula 1 de la mano de uno de los mejores equipos, como había hecho mi padre y, antes que él, mi abuelo.

El problema era que hacía más de diez años que ya no disfrutaba de aquellos momentos en la pista. Para mí, era una absoluta obligación sentarme detrás del volante; aun así, lo hacía lo mejor que podía. Daba lo mejor de mí en cada vuelta.

Aunque en ocasiones no fuera suficiente. Aunque muchas veces me hiciesen sentir que no lo era.

Me consideraba un buen piloto. Mentiría si dijera que mi conducción no difería de la del resto de mis compañeros. Era más ágil. Más rápido. Mejor.

Me habían entrenado para ganar.

A pesar de ello, muchas veces sentía cómo la envidia me corroía por dentro. Todos mis compañeros de parrilla mostraban una pasión admirable. Había un fuego en su mirada cada vez que hablaban de la competición que yo nunca había sentido. Que yo nunca sentiría.

Ellos disfrutaban del proceso, de la oportunidad. Yo no. Yo solo podía pensar en los números, en conseguir resultados. En ser el mejor.

Todas mis mierdas eran culpa de mi padre. Desde que era muy pequeño, se había dedicado en cuerpo y alma a hacer de mí un campeón, aunque el resultado difería bastante de lo que él había soñado, y yo estaba cansado.

El coche llegó a la entrada de la sede de Hygge y todo empezó a sentirse un poco más real. Ya no era un rumor o una especulación. Estaba pasando.

—¡Bienvenido a la fábrica del mejor equipo de la parrilla! —anunció Fabian tan pronto como cruzamos la barrera.

Mis ojos escrutaron los edificios como si fuera a ver algo que no fuera hormigón y cemento.

A la hora de elegir equipo, siempre había tenido claro que Hygge era mi mejor opción. Estaba entre los tres mejores y tenían uno de los coches más rápidos. Su mayor fortaleza: el motor. Su actual jefe de equipo, Johan Torger, había sido un ingeniero puntero en su departamento hasta ese mismo año, y parecía que, con sus métodos, gestionaría el equipo de forma eficaz. Había ocupado su nuevo puesto justo al terminar la temporada anterior y, pese a lo joven que era, apuntaba maneras.

Por supuesto, Torger no me quería allí. Había escuchado por error una llamada que había tenido con uno de los miembros de la

junta directiva, y no había dicho ni una sola palabra buena sobre mí en los diez minutos que había estado al teléfono.

Podría decir que me sorprendía la facilidad que tenía la gente para juzgar sin molestarse en conocer, pero estaba acostumbrado. Otro ingeniero creyéndose el rey del mundo o el centro del universo. Parecía que todas las personas con esos defectos habían terminado estudiando lo mismo. Me daba la sensación de que era un requisito de acceso.

—¿Estás nervioso? —preguntó Fabian mientras esperábamos en una de las salas de reuniones.

La sede era enorme. Tenía varios edificios de oficinas y despachos, un montón de laboratorios de desarrollo y varias salas de validación.

—No demasiado. Sé lo que voy a firmar.

Llevaba tanto tiempo siguiendo los deseos de mi padre que aquel solo era un peldaño más en la interminable escalera de sus expectativas.

—¿Quieres que te saque una foto? Tus seguidores me lo agradecerán.

—Quita, quita —dije moviendo una mano, descartando la idea con desagrado, lo que hizo que mi compañero soltara una carcajada.

No tuvimos que esperar mucho más antes de que un hombre, vestido con traje y corbata, entrara en la sala con un maletín en la mano. Cuando me vio, una sonrisa de oreja a oreja le cubrió el rostro. Parecía que la piel de las mejillas se le iba a rasgar de forzar tanto aquel gesto.

—Axel Devin, mi chico de oro. —Me dio la bienvenida abriendo los brazos, como si quisiera abrazarme. Pensar en ese contacto hizo

que el estómago se me revolviera sin poder evitarlo, por lo que estiré una mano antes de que fuera demasiado tarde. Por suerte, me la estrechó con fuerza una vez que hubo acortado la distancia que nos separaba—. William Scott.

Repetí un par de veces su nombre en mi cabeza, esperando que no se me fuera a olvidar a la primera de cambio. No las tenía todas conmigo.

—Un placer —saludé.

—El placer es nuestro, chico. Contamos con que hagas grandes cosas con nosotros. Justo estuve hablando con tu padre esta mañana cuando… —En el momento en el que mencionó a mi padre, desconecté por completo. No sabía qué estaba diciendo, pero no podía interesarme menos. Empecé a utilizar mi estrategia de asentir de forma recurrente, fingiendo atención, y pareció dar resultado. No supe cuánto tiempo pasó; por suerte, por algún motivo, mi cerebro decidió captar las últimas palabras—. Y este es el contrato.

Me colocaron delante un montón de folios impresos por ambas caras y me tendieron un bolígrafo antes de que pudiera pedir uno. Ni siquiera tenía que leerlo, ya había recibido el visto bueno de mi abogado. Aquello era un mero trámite.

No pude evitarlo y mi mano tembló unos instantes al ver el apellido de mi padre acompañando a mi nombre. No estaban fichando solo a Axel, el piloto de la F2 más prometedor de la última década. Estaban fichando también al hijo de Ross Devin y al nieto de Angus Devin.

Se suponía que había nacido para ganar, y se suponía que esa era mi meta.

Se suponían tantas cosas que a veces me costaba diferenciar la realidad.

En ocasiones, incluso me olvidaba de qué se suponía que quería yo en la vida.

Lo único que sabía era que, a mis veintiún años, estaba más perdido que nunca.

La presión fue creciendo en mi interior y noté cómo se me formaba un nudo cada vez más grande en el pecho. Si no salía pronto de aquel lugar, iba a terminar echando hasta la primera papilla. Cogí el bolígrafo y firmé como si estuviera aceptando mi sentencia de muerte. Luego lo solté como si me quemara.

—Bienvenido a Hygge, Devin —dijo en cuanto guardó el contrato en su maletín, quitándolo de mi vista.

—Gracias —respondí, y no supe cómo encontré voz para hacerlo.

—Anderson —añadió, dirigiéndose a mi compañero—, este año tienes al hijo de una leyenda en el equipo, asegúrate de ayudarlo a adaptarse. —Si las miradas mataran y Scott hubiera mostrado algún tipo de interés en nosotros, se habría dado cuenta de la forma en la que Fabian lo estaba mirando, pero ese hombre estaba demasiado concentrado en su propio culo. Antes de que mi compañero pudiera responder algo, volvió a centrar su atención en mí—. ¿Nunca habías estado en Londres?

—Solo para hacer algo de turismo. Mi casa siempre estuvo en Mónaco. Hasta ahora. —Intenté que mi voz no sonara monótona y aburrida. No lo conseguí.

—¿Estás teniendo problemas para encontrar piso? Tengo un par de contactos que podrían enseñarte algunos inmuebles por la zona.

—No, al contrario. He alquilado un ático muy cerca del Hyde Park, pero gracias por el ofrecimiento.

—La juventud… Cómo os gusta estar en el centro de la fiesta. —Se rio él solo, porque cualquier palabra que saliera de su boca carecía de gracia alguna.

Scott nos acompañó hasta el centro de desarrollo, ubicado en otro de los edificios de la sede, donde todos los ingenieros y mecánicos de la escudería trabajaban en el coche, telemetrías, desarrollo, mejoras y estrategia.

Subimos en el ascensor hasta la última planta. Después de caminar por un par de pasillos interminables, llegamos hasta una de las oficinas principales. Estaba llena de mesas, ordenadores, pizarras y un montón de gente trabajando en cada uno de los puestos.

Las visitas por parte de la dirección debían de ser algo frecuente, porque nadie hizo amago de acercarse a nosotros.

—¿Dónde está…? —El hombre seguía hablando para sí mismo, no necesitaba que nadie lo escuchara—. Ah sí, allí está —dijo levantando la mano para llamar la atención de uno de los ingenieros que estaba en una de las mesas cercanas.

Cuando aquellos ojos color miel se giraron hacia mí, lo reconocí de inmediato. No necesité que nadie me lo presentara. Johan era alto, serio y tenía unas facciones muy marcadas. Su nariz era recta, algo grande; su mandíbula, cuadrada, y su expresión habitual era un ceño fruncido. Lo había visto a distancia en numerosas ocasiones, pero tenerlo allí delante, a apenas un par de metros, me impuso. No era especialmente guapo, aunque sí tenía cierto atractivo en el que ya me había fijado y que se acentuaba en persona. Quizás era el pelo negro, que le daba un toque. Parecía algo mayor de los treinta

y dos años que sabía que tenía. Tal vez era por el palo que tenía metido por el culo.

—Ya tenemos aquí a Axel Devin, nuestro nuevo piloto —le dijo Scott señalándome. Johan sabía quién era yo; aun así, parecía igualmente disgustado—. Axel, supongo que ya lo conoces, pero él es Johan Torger, el jefe de equipo de Hygge y la persona que nos va a impulsar al podio —añadió sonriéndome con confianza.

—Bienvenido a Hygge. —Su voz encajaba a la perfección con su físico, y no pude evitar pensar que, si su futuro como ingeniero no llegaba a cuajar, siempre podía dedicarse a la locución. Esbozó lo que vendría a ser una especie de sonrisa, si bien no distaba demasiado de una mueca de desagrado. Lo supe porque, cuando otro ingeniero entró en la sala y lo saludó, lo vi sonreír de verdad—. La persona que faltaba. Axel, este es Andrea Esposito, tu ingeniero de pista.

—Ya tenemos a la estrella por aquí —dijo el tal Andrea al verme —. ¿Listo para ganar? —Que un novato como yo ganase el campeonato era impensable, nunca había sucedido. Y, a pesar de ello, ese era mi objetivo, tenía que ser mi objetivo. Quizás de ese modo lograría todo lo que se espera de mí de una vez por todas. Y entonces el círculo se cerraría por fin—. Hiciste una buena temporada, te llevamos siguiendo la pista bastante tiempo —añadió haciendo un movimiento con la mano para que entendiera el juego de palabras—. ¿Lo pillas?

Tuve que hacer un esfuerzo monumental para no poner los ojos en blanco. Parecía que nadie se tomaba en serio su trabajo. Nos estrechamos la mano de forma cordial y me siguieron presentando

al resto del equipo; sin embargo, mi cerebro desconectó poco tiempo después.

En menos de dos minutos, no recordaría ni la mitad de los nombres que me habían mencionado, pero con dos tenía más que suficiente: Johan, el jefe, y Andrea, mi ingeniero.

Aunque, siendo sincero conmigo mismo, yo solo me bastaba para ganar.

3



Johan

Marzo 2025

—Mucha suerte hoy —me dijo Hamdan mientras me estrechaba la mano con firmeza.

Le sonreí por compromiso antes de despedirme del jeque en la puerta del *motorhome* de Hygge y dirigirme hacia el box. Habíamos estado casi dos horas hablando de los buenos resultados que esperábamos lograr en esa temporada, y, con eso, habíamos conseguido que quisieran colocar su logo en el alerón trasero durante las próximas diez carreras. Esperaba alargar algo más el patrocinio, pero para ello necesitaba cumplir objetivos.

Odiaba aquellas reuniones y toda la parafernalia en la que estaban envueltas. Era cierto que necesitábamos el dinero que nos

daban año tras año, aunque estaba convencido de que mi sonrisa tirante se había vuelto de todo menos creíble después de los primeros veinte minutos. Comprobé el reloj antes de dirigirme hacia la línea de meta. Apenas quedaba media hora para que iniciase la carrera, y nuestros pilotos ya deberían estar por allí. Más les valía.

Me pasé la mano por el pelo, preocupado. Llevaba seis años en Hygge, pero ese era el primero en el que ejercía de jefe de equipo. Aquella era la oportunidad con la que llevaba soñando desde siempre, por la que había sacrificado mis treinta y dos años de vida; sin embargo, en vez de sentir emoción, era la temporada que más intranquilo me tenía. Notaba la presión del equipo sobre mis hombros, y me preocupaba que los pilotos no estuvieran a la altura. Bueno, me preocupaba sobre todo que nuestro nuevo piloto no estuviera a la altura.

En cuanto llegué a la línea de meta, me metí de lleno en la multitud. Todos los equipos estaban comentando los detalles para la carrera. Saludé a un par de ingenieros y me dirigí al quinto puesto, donde Fabian ultimaba con Gjon la estrategia para ese gran premio. Ambos parecían ajenos a todo el barullo exterior mientras contemplaban concentrados algunos gráficos en la tablet. Eso me tranquilizó. Quería que aquella primera carrera nos diera el impulso que nos había faltado en los últimos años.

Fabian no era un piloto nefasto, aunque no tenía ese toque que a otros los ayudaba a rebajar un par de décimas de segundo por vuelta.

Giré en redondo, intentando localizar a Axel. No lo veía por ningún lado, y no pude contener un resoplido frustrado.

—¿Todo bien? —me preguntó Gjon con gesto preocupado—. Acabamos de empezar a revisar los últimos comentarios después de la clasificación de ayer, pero si quieres podemos hacerlo de nuevo juntos.

Negué con la cabeza. Todo lo que estaban hablando en aquel momento ya lo habíamos discutido antes. Además, confiaba en mi ingeniero de pista. La estrategia era la adecuada, el motor nos había dado unos resultados muy buenos y habíamos pasado con ambos coches a la Q3 del día anterior.

No, nada de eso me preocupaba. Mi dolor de cabeza en aquel momento tenía nombre y apellido.

—¿Sabes dónde se ha metido Axel? —les pregunté, todavía intentando localizarlo entre la multitud.

Vi como Fabian y Gjon se giraban en redondo y miraban a nuestro alrededor mientras un ligero gesto de preocupación les iba apareciendo en el rostro.

—Está allí —dijo el piloto, señalando con un dedo al otro lado de la parrilla—. Parece que lo ha secuestrado la prensa…

La madre que lo parió.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y apliqué un poco de presión al tiempo que controlaba la respiración, intentando tranquilizarme. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no correr hasta allí y llevarlo a rastras hasta su monoplaza.

—Vengo ahora —les dije sin apartar la mirada de Axel—. Seguid revisando todo.

No añadí nada más y me encaminé hacia el chico. Sabía que estaría algo nervioso por su debut en la F1, aunque no esperaba que fuera tan estúpido de descuidar la estrategia para tirarse flores

delante de las cámaras. Al finalizar la carrera, cuando volviera al *paddock*, me encargaría de dejarle claro que eso no podía volver a pasar. Quizás nunca le habían dicho lo que tenía que hacer, pero ese año se esperaba que cumpliera con el equipo. Había mucho dinero en juego, y me iba a encargar de que lo entendiera, ya fuera por las buenas o por las malas.

Axel no vio cómo me acercaba; estaba de espaldas a mí mientras el reportero le hacía preguntas. Me fijé en sus hombros tensos y en su pose forzada. No parecía que él hubiera ido a buscar a la prensa, y eso me tranquilizó. Me encontraba buscando consuelo como quien se agarra a un clavo ardiendo.

—¿… nervioso? —Solo escuché la última palabra de la pregunta, pero me podía hacer una idea bastante clara de cuál era el objetivo del reportero.

—Estoy tranquilo. Tenemos una estrategia clara que puede funcionar muy bien. Además, confío mucho en mi equipo, y estoy seguro de que haremos un buen papel —respondió el piloto con calma. Me sentí aliviado; lo último que deseaba era un titular escabroso para el día siguiente. De todas formas, siendo hijo de quien era, ya debería de estar acostumbrado en cuanto a entrevistas se refería.

—Seguro que sí, Axel, no tenemos dudas. Una última pregunta. Se ha rumoreado mucho estos días sobre tu ingreso en Hygge. Como sabes, apenas hay pilotos que pasan directamente a uno de los equipos top nada más llegar a la F1. Hay quien opina que lo has conseguido gracias a tu apellido. ¿Crees que si no fueras un Devin habrías tenido una oportunidad como esta?

Era obvio que no. Si no fuera un Devin, no habría tenido esa oportunidad. Era un secreto a voces, y entendía que quisieran conseguir un titular, aunque no creía que preguntándole al chaval fueran a obtener respuestas. No era tan estúpido, o no lo aparentaba.

En ese momento, llegué a su lado y le puse una mano en el hombro. Axel se giró hacia mí, y en sus ojos vi sorpresa, culpabilidad y algo de gratitud por la interrupción. No era para menos.

—Siento molestar —mentira—, pero necesito revisar un par de cosas contigo antes de la carrera. —Puse un pequeño gesto afligido a la cámara y arrastré al piloto hacia su monoplaza.

Axel me siguió en silencio. No sabía a ciencia cierta qué se le estaba pasando por la cabeza, pero me podía hacer una idea. Si no se apellidara Devin, competiría en la F1, de eso no tenía duda; no obstante, estaría en un equipo más pequeño, menos importante. No vestiría con el rojo de Hygge. El chico parecía saberlo, y no se le veía muy contento.

—¿Me vas a explicar qué hacías y por qué no estás con Andrea revisando la estrategia? —pregunté enfadado.

—Fui a saludar a Dibra, para desearle suerte en la carrera, pero el loco ese me cortó el paso cuando estaba volviendo. Tenía la cámara encendida y me dijiste que me controlase con los periodistas —se excusó de forma torpe.

Dibra era una de las pilotos de Starlight GP. Sabía que había competido con Axel en categorías inferiores en el mismo equipo, y era la primera mujer que llegaba a la F1. Era una gran piloto, con buenos reflejos y mucha experiencia. No había tenido mucha suerte

hasta el momento, aunque estaba seguro de que lograría grandes cosas.

Me parecía perfecto que mis pilotos se llevasen bien con sus contrincantes, pero lo que no iba a pasar por alto era que antepusieran sus amistades al bien del equipo. Ellos no eran independientes, no podían pensar solo en sí mismos. Todos teníamos que tener claro que Hygge debía cumplir con lo que se esperaba de la escudería.

—La próxima vez, puedes intentar escaquearte diciendo que eres el último en llegar y que debes dedicarle más tiempo a trabajar con tus ingenieros. Al acabar, les podrás responder como es debido. Sé que corremos gracias a que los logos de los patrocinadores salen en los medios, pero no dejes que te distraigan demasiado.

—Lo tenía todo controlado —respondió el piloto con voz cansina.

—Creo que no hace falta que te recuerde dónde estás o por qué fue necesario que te sacara de delante de la cámara cuando te hicieron esa pregunta. Es tu primera carrera, no tienes años de experiencia con el coche —hablé en voz baja, evitando que nadie, además del piloto, me oyera— y te hemos dejado bien claro lo importante que es que te concentres. Afirmar que vas a desempeñar un buen papel solo te va a poner más en el punto de mira. No me obligues a repetírtelo, haz el favor. Solo tienes que estar atento y demostrar que puedes llegar a hacer lo mismo que en F2 con un coche más grande, más pesado y mucho más rápido. Parece fácil, ¿verdad? Pues demuéstrame que lo has entendido, ¿está claro?

—Como el agua.

Lo dudaba mucho.

Llegamos al lado del monoplaza y le solté el brazo. Axel se quedó a mi lado, con gesto taciturno. Estaba demasiado acostumbrado a que todo el mundo fuera hablando de lo maravilloso que era. Incluso lo había visto en alguna de las revistas de moda, anunciando perfumes y relojes. Era el chico del momento, rico y guapo. Tenía veintiún años, una carrera prometedora, millones de seguidores en redes sociales y un montón de fans que lo habían seguido a todos los circuitos de la F2. Pero también era un joven sin experiencia, con el ego demasiado alto y la confianza de que conseguiría el podio en la primera carrera. La primera lección ya se la había llevado el día anterior, al ser el último en la Q3 mientras que su compañero había quedado quinto, metiéndole medio segundo con el mismo coche.

Andrea llegó poco tiempo después para revisar la estrategia con él. Salía desde la décima posición, y el objetivo era puntuar. Teniendo en cuenta que la FIA ya no permitía rodar fuera de los escasos entrenamientos oficiales, necesitábamos que se adaptara al monoplaza lo antes posible para después fijarnos objetivos más ambiciosos.

Axel miraba las gráficas con aburrimiento. Tuve que morderme la lengua y respirar hondo un par de veces para no decirle cuatro cosas. O para no quitarle a Andrea la tablet y golpear al piloto en la cabeza con ella, aunque ganas no me faltaban.

Miré el reloj por décima vez. Apenas quedaban cinco minutos para las seis de la tarde; era el momento de que todos ocuparan sus posiciones. El circuito ya estaba envuelto en la oscuridad, y era de agradecer, ya que las temperaturas habían descendido de forma considerable desde la mañana. Era una de las cosas malas de competir en el desierto: el calor insoportable. En aquel momento,

debíamos de rondar los treinta grados; sin embargo la temperatura del asfalto superaba los cincuenta, después de que el sol estuviera incidiendo sobre él todo el día.

Me volví a los boxes mientras Axel se colocaba el *hans* y el casco, sin molestarme en decirle nada más. Ocupé mi silla frente a las pantallas y me coloqué los auriculares. Estaba nervioso. Muy nervioso. Ese tenía que ser mi año, pero no iba a resultar fácil.

Contaba con un piloto del montón, un novato y un coche que parecía una bala con ruedas. Suspiré. En aquel momento, debía concentrarme solo en lo que iba a pasar a corto plazo; mi única preocupación tenía que ser que el circuito de Baréin se comía los neumáticos. A pesar de que la estrategia que habíamos planeado intentaba evitar el desgaste lo máximo posible, notaba una sensación de intranquilidad en el pecho, como si supiera que iba a pasar algo malo.

Cinco minutos después, comenzó la vuelta de formación. Los veinte monoplazas recorrieron el circuito manteniendo las distancias, desplazándose por la pista de lado a lado para aumentar la temperatura de los neumáticos. Después, todos se colocaron en sus posiciones de salida, a la espera.

Las luces del semáforo se apagaron. Me llevé las manos a la boca y contuve el aliento.

Vamos allá.

GP BARÉIN



Circuito de Yas Marina

3 De Marzo De 2025

—Ethan acaba de cruzar la línea de meta y solo quedan veinticinco vueltas del gran premio —dijo el comentarista al ver el monoplaza naranja cruzar la recta principal y hacerse con la vuelta rápida—. ¡Vaya carrerón de Ethan Walker! No mentían cuando decían que Quantum Racing sería uno de los favoritos esta temporada.

La imagen que se estaba transmitiendo por la pantalla cambió y se mostraron las imágenes de las curvas catorce y quince, donde Liam O'Connor estaba a solo 4,3 segundos de Fabian Anderson, quien, a su vez, se encontraba a 6,2 segundos de Axel Devin. Estaban los tres tan cerca que todos sabían que las posiciones podrían cambiar en cualquier momento.

—Recordad que todavía está abierta la encuesta para seleccionar el piloto del día, y, no sé si te sorprende o no, pero los dos pilotos de Hygge aparecen en pantalla —comentó Veronika al mismo tiempo que las caras y los dorsales de Ethan Walker (25%), Axel Devin (17%) y Fabian Anderson (12%) aparecieron en pantalla junto al porcentaje de votos que habían recibido hasta aquel momento por la web.

—No me sorprende para nada. Nos han cambiado a Fabian. Este piloto no es el mismo que el de la temporada pasada —bromeó Thomas.

—No, no lo es. Está haciendo una actuación digna de mención, sin olvidarnos de Axel Devin, quien, desde el minuto uno, ha dado un golpe en la mesa y ha dicho: aquí estoy. —La mujer acompañó a la locución haciendo el gesto con la mano—. Es impresionante.

—Correcto, Axel Devin ha salido desde una décima posición y se acerca a pasos agigantados a Anderson, su compañero de equipo, que se disputa con O'Connor el segundo puesto.

—¡No podría estar más de acuerdo! Además, ese enfrentamiento les ha supuesto a ambos unos segundos muy valiosos para el beneficio de Devin —añadió Veronika, viendo a los dos coches rojos reducir la distancia que los separaba.

—¿Te imaginas que Axel consigue adelantar a uno de ellos y se sube al podio en su primera carrera? —comentó Thomas emocionado.

—Por favor, no me alteres más de lo que ya estoy.

—Vamos a escuchar ahora mismo la radio del joven piloto.

—Los neumáticos están empezando a mostrar signos de desgaste. Si queremos llegar al final con esta estrategia, tenemos

que conservar más —le indicó el ingeniero.

—Tengo más ritmo que Fabian, quiero intentar alcanzarlo —protestó Axel.

—Negativo. Ya es un gran resultado para el equipo, vamos a mantener posiciones.

—En este caso, coincido con la estrategia de equipo. Hygge tiene ahora mismo uno de los coches más rápidos de la parrilla, y la fiabilidad del motor ha sido su apuesta para esta temporada. Devin está debutando hoy y, si mantiene la posición, acabaría en cuarto lugar. Creo que el piloto debería aceptar las órdenes de Andrea y seguir así.

—De todas formas, Anderson lleva un par de vueltas aflojando la velocidad en la curva cuatro y la doce —apuntó Veronika—. Es posible que también le hayan indicado por radio la necesidad de conservar los neumáticos…

—Eso explicaría la diferencia de ritmo de los dos pilotos de la escudería —afirmó Thomas sin perder detalle de la pantalla.

Los comentaristas siguieron hablando de todos los sucesos de la carrera. El número de vueltas para finalizar se fue reduciendo a la misma velocidad que la distancia que separaba a los dos pilotos de Hygge. A falta de doce vueltas para el final, el coche de Axel y el de Fabian estaban a casi un segundo de distancia el uno del otro.

La radio de Axel volvió a escucharse.

—Estoy casi encima de Fabian. No me hagáis perder mucho tiempo.

—Negativo. No tienes más ritmo, Fabian está conservando neumáticos. Queremos mantener esta posición. No ataques.

Cinco vueltas más tarde, tal y como había predicho el ingeniero, el ritmo de Axel había descendido considerablemente por el desgaste de los neumáticos y se volvía a encontrar a casi cinco segundos de su compañero. Lo peor era que, además, estaba a punto de perder la posición con el coche que tenía detrás.

—Parece que las ganas de victoria de Devin le han pasado factura —añadió la comentarista al ver lo que estaba a punto de pasarle al piloto de Hygge —. Ha hecho oídos sordos y ahora está pagando las consecuencias.

—Y estoy seguro de que esto le supondrá una buena reprimenda por parte del equipo. Una cuarta posición para un debutante era un resultado más que óptimo. Ahora, con Jan Kowalski y Hans Müller a menos de tres segundos de distancia, no le auguro tan buenos resultados.

—¡Qué pena! Me habría gustado ver el legado de los Devin seguir haciendo historia.

—*El coche está empezando a deslizar en cada curva* —protestó Axel por la radio un par de vueltas más tarde.

—*Los neumáticos se están viniendo abajo, por eso has perdido ritmo. Sería peor si paramos. Haz lo que puedas hasta el final* —le transmitieron desde el muro.

—*Recibido* —aceptó el piloto, viendo como cada vez el monoplaza iba más despacio.

Seis vueltas más tarde, en la curva cuatro, Jan Kowalski se lanzó por el interior, y en la siguiente vuelta, en la curva trece, Hans Müller le pasó por el exterior.

Axel ya se encontraba en la sexta posición a falta de cuatro vueltas para el final.

La carrera terminó seis minutos después. Los resultados de Hygge no fueron malos, pero, debido al desgaste de los neumáticos, Fabian había perdido su puesto en el podio y había tenido que conformarse con la cuarta posición, mientras que Axel había cruzado la línea de meta en la séptima.

—Bueno, ha sido una muy buena carrera para el monegasco, a pesar de que el desgaste de los neumáticos le haya jugado una mala pasada —comentó Veronika mientras los pilotos se bajaban de sus coches y se acercaban al podio para la ceremonia final—. Puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que, a pesar de todo, ha sido uno de los mejores debuts que he visto en los últimos años.

—Creo que puede sentirse contento en rasgos generales, aunque no debería haber desoído los consejos de su ingeniero. Espero que este desliz le sirva para centrarse. Todos sabemos que quiere seguir los pasos de su padre, alzándose con el campeonato, pero, para ello, la estrategia es fundamental.

—Yo estoy impaciente por ver qué nos traerá preparado para la próxima carrera, que, por cierto, será en muy poco tiempo. Se disputará el fin de semana que viene en el circuito de Arabia Saudí.

—Exacto, Veronika, aunque, antes de eso, auguro una buena bronca a Devin por parte de Hygge. ¿Has visto la cara de Johan Torger?

CLASIFICACIÓN 1

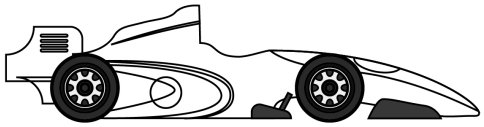
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	25
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	18
3	Jan Kowalski	Quantum Racing	15
4	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	12
5	Bergen Müller	Vortex Engineering	10
6	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	8
7	Axel Devin	Hygge F1 Team	6
8	Dibra Berisha	Starlight GP	4
9	Felipe Costa	Titan Performance	2
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	1
11	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	0
12	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	0
13	Kenji Yamamoto	Titan Performance	0
14	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	0
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
17	Mateo González	Velocity Dynamics	0
18	Andrés Fernández	Starlight GP	0
19	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	40
2	Phoenix Racing Team	18
3	Hygge F1 Team	18
4	Vortex Engineering	11
5	Thunderbolt Racing	8
6	Starlight GP	4
7	Titan Performance	2
8	Eclipse Motorsport	0
9	Velocity Dynamics	0
10	Nitro Racing	0

4



Axel

Marzo 2025

—¿Estás sordo? —me preguntó Johan tan pronto como entré en el box.

—Creo que no —respondí sin inmutarme, aunque por dentro tuviera ganas de gritar y de romper cosas.

—¿Crees que no? Pues entonces te agradecería que me explicaras que parte de «no ataques, queremos conservar posiciones» es la que no entendiste.

—No lo vi como una orden.

—Si el inglés no es tu fuerte, podemos ponerte unas clases o un intérprete en la radio.

Iba a pasar de él, de verdad que sí, pero era un gilipollas. Me giré, todavía con el *hans* y el casco en la mano, con intención de encararme con él, pero ver a los ingenieros asintiendo como si llevara razón me hizo morderme la lengua.

—Era la puta primera carrera de la temporada y estabas haciendo un papel espectacular, ¿me puedes explicar cómo la has podido joder de esa manera? Llevo un rato pensando qué fantásticas ideas se te habrían pasado por la cabeza, pero ninguna tiene sentido.

Si las miradas matasen, Johan estaría muerto, y sería mi culpa.

—Me da igual lo bueno que te creas que eres, todas las victorias que lleves sobre la espalda o quién sea tu padre. Este es mi equipo, y vas a seguir mis órdenes, ¿te queda claro? —continuó, levantó el dedo y me señaló con él. Me hubiese gustado decirle por dónde se lo podía meter—. Eres un niñato, un inmaduro y un irresponsable. No estás en el patio del recreo, tienes que comportarte como un profesional por muy mal que salga todo. ¿Te queda claro? —repitió.

Parecía que tener un poco de iniciativa y perseguir la victoria era considerado casi un sacrilegio… ¡Vaya gilipollas!

—Cristalino.

—Desaparece de mi vista.

No hizo falta que me lo repitiera. Salí de allí sin perder ni un segundo mientras notaba una presión en el centro del pecho. Estaba harto.

Los años seguirían pasando. Iría cambiando de equipo. Pero todo el mundo seguiría sin verme.

Seguiría sin ser nadie.

Para mi desgracia, las malas noticias nunca llegaban solas. Justo cuando entré por la puerta de mi habitación de hotel, mi teléfono vibró en el bolsillo.

No necesitaba ver el nombre en la pantalla para saber quién era.

—Hola.

—Hola, tesoro —respondió mi madre.

—¿Habéis visto la carrera? —El nerviosismo me oprimía el pecho.

—Sí, cariño, has estado muy bien —contestó ella con dulzura, aunque enseguida se escuchó la voz de mi padre de fondo.

—Parece que no hemos visto la misma carrera. Tiene coche para podio, pero hace el imbécil. A veces no sé por qué nos hemos molestado tanto con él si nunca da la talla.

Sabía que no había dado lo que se esperaba de mí; sin embargo, era un día importante, y algo dentro de mí seguía buscando su reconocimiento.

Aunque nunca me lo había dado.

Aunque nunca lo haría.

—Ross, no digas eso —intervino mi madre, alejándose un poco del teléfono, pero no lo suficiente como para que no pudiera oírla—. Era su primera carrera.

—Y a este paso, será la última. No, no me mires así, Claire, es la verdad, y si no quiere escucharla, que se meta en una cueva. Mañana toda la prensa se estará riendo del espectáculo que ha dado. Ya me imagino los titulares: Devin destroza el legado de su familia; el único Devin que no sabe conducir; la vergüenza de la familia…

Había tenido que morderme el labio para reprimir las lágrimas, llenas de rabia, que me estaban empañando los ojos. Lo peor no eran las palabras de mi padre, era toda la decepción con la que lo estaba diciendo. Siempre sería una vergüenza para él.

Y, a pesar de todo, nada de aquello era nuevo.

Parecía que, hiciera lo que hiciese, nunca sería suficiente para él. Estaba seguro de que, aunque me hubiera coronado como vencedor,

habría encontrado algo lo suficientemente grave como para echármelo en cara. Quizás un cordón desatado o la gorra mal colocada. Mi padre siempre encontraba un motivo para no sentirse orgulloso de mí.

Nos despedimos poco después, pero yo ya no había intervenido más en la conversación.

La relación con mi padre siempre había sido complicada. Mientras los niños de mi clase soñaban con ser astronautas o bomberos, yo tenía que hacer malabares para poder cumplir todas las tareas y realizar las horas de entrenamiento que me habían impuesto.

Él había intentado replicar en mí sus éxitos pasados, aunque nunca se había mostrado conforme con el resultado. Siempre podía haberlo hecho un poco mejor. Siempre podía haber ido un poco más rápido. Siempre había un «pero».

Una vez, cuando tenía once años, me había dejado tirado en un circuito a doscientos kilómetros de casa porque había acabado en segunda posición en una competición de karts.

El primero de los perdedores.

Una vergüenza.

Una deshonra.

Para él, había supuesto un fracaso tan aberrante que no había querido compartir el mismo vehículo que el perdedor de su hijo. Había tenido que venir mi madre, dos horas más tarde, para llevarme de vuelta a casa. Y, como aquella anécdota, tenía cientas.

Por ese motivo había tanto en juego para mí aquella temporada. Necesitaba demostrarle a mi padre que se confundía, que podía ganar. Que había llegado a la F1 por algo más que por tener su

apellido. Que debería sentirse orgulloso de mí, aunque yo jamás lo estaría de él.

* * *

Dos horas después, tan pronto como pisé el local, la idea de dar media vuelta y volver al hotel se me pasó por la cabeza más tiempo de lo habitual.

Suspiré de nuevo. Necesitaba ganar, ser el mejor, y llevaba años de retraso.

Caminé entre la gente, a empujones, intentando llegar al reservado en el que Dibra me estaba esperando, pero estaba siendo complicado. Había muchísimas personas, borrachas, saltando sin control a mi alrededor. Algunas me reconocieron entre el gentío, aunque la poca luz y la música tan alta me permitían escabullirme sin intercambiar ni una sola palabra. En aquel momento no tenía ganas de nada.

Las palabras de mi padre y las de Johan todavía estaban demasiado presentes. Eso significaba que la noche solo podría empeorar, si algo así era posible.

En cuanto llegué al reservado, Dibra vino a saludarme. Llevaba puesto un pantalón y una camiseta oscura, aunque por la iluminación del local era imposible precisar el color. A la altura del pecho llevaba bordado el logo de la marca, un flamenco con las alas estiradas, que era uno de los patrocinadores que compartíamos. El pelo, negro, lo tenía recogido en un moño alto perfecto, despejando su rostro y resaltando sus rasgos: piel bronceada, ojos verdes, labios gruesos. Llevaba una copa en la mano y no parecía muy contenta de verme.

—¿Qué ha pasado? —pregunté extrañado.

Dibra y yo llevábamos siendo amigos varios años, a pesar de la diferencia de edad. No habíamos podido vernos mucho en persona, pero compartíamos una bonita relación a través del teléfono. Al principio, me trataba como si fuera su hermano pequeño, pero, con el paso de los años, eso había ido cambiando.

—Has tardado muchísimo —se quejó—. Y el imbécil de tu compañero de equipo lleva media hora aquí, tocándome los ovarios.

Sonreí como respuesta. Ya me había dado cuenta de que Dibra y Fabian no eran muy fans el uno del otro. Se habían conocido hacía un par de años, en un evento, y algo había pasado entre ellos al final de la noche. Fabian no podía verla desde entonces. La detestaba. Mi amiga había sucumbido al odio por la actitud de mi compañero, y siempre le contestaba de malas maneras. Siendo sincero, estaba justificado; yo reaccionaría igual.

—Tuve reunión de equipo —dije con un mohín—. Se alargó más de lo esperado.

Dibra sonrió con malicia.

—¿Así es como se le llama ahora? —preguntó sin cambiar la expresión.

—No empieces. —No estaba de humor para aguantar tonterías.

—¿También te castigaron mirando hacia la pared? —dijo fingiendo un puchero con mofa.

No me molesté en contestar; puse los ojos en blanco y me dirigí a la barra a buscar una bebida. No estaba de humor para aguantar vaciles, ni siquiera las bromas de mi amiga. Dibra me siguió, incapaz de controlar las carcajadas.

—Los reporteros hablaron mucho de tus oídos sordos ante las órdenes de equipo. Van a estar comentando tus conversaciones de

radio toda la semana. —Apoyó el hombro contra el mío y, aunque no la estaba mirando, sabía que tenía sus ojos verdes fijos en mí—. Tampoco va a ser el fin del mundo. Has debutado bien, quedaste por delante de mí, y ya sabes que soy bastante buena.

Era cierto; era muy buena piloto y había quedado en la octava posición, pero su equipo lo había celebrado con ella. Al contrario que yo, que la única celebración que había tenido había sido una bronca larga y tediosa.

Puto Johan. El campeonato acababa de empezar y ya me llevaba por el camino de la amargura.

Me serví la cerveza en la copa congelada y le di un sorbo. No me sentía tan frustrado solo por la bronca del jefe, eso solo era un incentivo. El problema era mi padre, siempre era mi padre.

Dejé mis pensamientos a un lado y volví a aquella discoteca. Dibra estaba con la espalda apoyada en la barra, con los ojos cerrados, escuchando la música. No entendía cómo podía disfrutar de una melodía como aquella, pero la veía tan relajada que me daba envidia.

Cogí el móvil del bolsillo y le saqué una foto rápida para subirla a mis *stories*, etiquetándola. Le encantaba que estuviera pendiente de ella, que comentara sus modelitos o que la halagara cuando se arreglaba para salir.

—Estás muy guapa hoy —le dije, y no mentía. Dibra era preciosa, por dentro y por fuera. Una de las pocas amigas que había mantenido durante años.

—Oh, gracias, amor. —Su sonrisa se desvaneció de repente mientras fijaba la mirada en algún punto detrás de mí.

—Se te va a romper el móvil —dijo la voz inconfundible de Fabian a mi espalda.

—Si no se ha roto con tu cara, conmigo no tiene de qué preocuparse —respondió Dibra con una ceja levantada y una mirada llena de hostilidad contenida.

—¿Qué hay? —pregunté a mi compañero, haciendo caso omiso a sus continuos ataques—. Carrerón el de hoy.

Fabian me sonrió. Se lo veía contento, relajado.

—Por un momento, pensé que me ibas a meter el coche en la curva cuatro.

—Por un momento, yo también lo pensé —confesé.

—No tenía pensado dejarte pasar. Si hubiera tenido que sacrificar los neumáticos, lo habría hecho.

No respondí. A pesar de que nos llevábamos bastante bien, no dejábamos de ser rivales en la pista. Ambos perseguíamos el mismo objetivo, y yo no dejaba de ser el novato.

—Anderson, ¿ya has terminado de decir estupideces? —preguntó Dibra, interrumpiéndonos—. Si es así, te agradecería que fueras a molestar a otro. Axel está conmigo, y yo no quiero tenerte a menos de cincuenta metros.

—Por suerte, solo me tienes que aguantar fuera de la pista, porque en ella, bueno, me sobra la distancia, espabilada.

—Gilipollas —respondió la chica, incorporándose y acortando la distancia que los separaba.

—Va a hablar la lista.

—Eh, eh, tranquilos —interrumpí, metiendo un brazo entre ellos para impedir que se acercasen más de la cuenta.

Lo que me faltaba era que al día siguiente apareciese mi cara en la prensa saliendo de una comisaría por culpa de esos dos. La mecha de Dibra con Fabian era demasiado corta, y ya los veía llegando a las manos.

—Tienes razón. No me merece la pena rebajarme. Nos vemos, Axel —contestó Fabian, omitiendo por completo la presencia de la chica y yéndose hacia el otro lado de la sala, donde varios de los pilotos charlaban de forma animada.

Me giré hacia mi amiga, que tenía los dos dedos corazón levantados en la dirección en la que se había ido el piloto.

Me crucé de brazos y la miré exigiendo una explicación.

—¿No podías ser cordial con él? —pregunté en tono suplicante—. Te recuerdo que es mi compañero. Con que no vayas buscando guerra, me conformo.

—Con él, no —dijo, dándole un trago a su bebida.

Pensé que iba a añadir algo más, pero no dijo nada sobre Fabian. Dejé la copa en la barra y me llevé las manos a la cara. Necesitaba meterme en cama y que aquel día de mierda se terminara de una vez por todas.

* * *

Cuando llegué al hotel pasadas las tres de la madrugada, encendí la tele. El canal del tiempo estaba hablando de una tormenta que rodearía Londres en los próximos días, y no pude evitar perderme una vez más en mis pensamientos.

Cuando era niño odiaba las tormentas, las de truenos y relámpagos.

No sabía por qué me venían aquellos pensamientos de la nada, pero, por mucho que pasaran los años, me seguían asaltando de vez en cuando sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Todavía recordaba a la perfección cómo me temblaban las manos cada vez que tenía que subirme al kart con mal tiempo. Una vez incluso había tenido un pequeño susto conduciendo. Una tormenta se había desatado a pocos kilómetros del circuito donde estaba entrenando y me había asustado tanto que me había salido en una de las curvas, perdiendo la oportunidad de ganar.

Aquel día, al llegar a casa, había entendido el verdadero significado de la palabra miedo.

Habían pasado años, pero todavía recordaba el ruido del cinturón al estrellarse contra mis manos, rompiéndome la piel. Todavía podía escuchar los gritos que me rasgaban la garganta y la humedad de las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Mi padre me había enseñado que las tormentas no daban tanto miedo como había pensado.

Ojalá hubiera podido tener la oportunidad de soñar con ser astronauta o bombero.

5



Johan

Marzo 2024

El hotel donde nos alojábamos en Melbourne pertenecía a la cadena de uno de nuestros patrocinadores. Llevábamos allí dos noches, y la verdad era que casi no tenía ninguna queja. Todos contábamos con unas habitaciones muy grandes, en el piso veintitrés, con unas vistas espectaculares al puerto.

Aquel día había tenido que madrugar muchísimo por la diferencia horaria. Mientras todo el equipo seguía durmiendo, yo me dirigí a una de las salas habilitadas para reuniones dentro del propio hotel. No requería de un espacio demasiado grande, ya que solo tenía que hacer una videollamada; no obstante, necesitaba mucha tranquilidad y que nadie me interrumpiera. Quizás era una medida

desproporcionada para la hora, pero prefería ser precavido. Habían pasado tres semanas desde el inicio de la temporada, y uno de los temas de los que tenía que hablar con los directivos era el desempeño de Axel. Me gustaría llegar a convencerlos de que sería bueno para todos empezar a buscar una alternativa.

Era cierto que el chico sabía conducir. Había ganado varios campeonatos de karting antes de pasarse a la F4, y se había hecho con el primer puesto en F2 dos años consecutivos, antes de ser fichado por Hygge. El problema era su actitud.

Tenía que saber que el circuito de Baréin desgastaba las ruedas más de lo normal. Que si no hacía caso a las órdenes de equipo, podía terminar con una rueda pinchada, causar un accidente o, incluso, resultar herido. Había tenido suerte de que solo se hubiera visto perjudicado pasando en séptima posición por la línea de meta.

Tenía que entender que los momentos previos a una salida eran fundamentales, y que debía mantener la concentración a toda costa. Que no podía permitirse la libertad de saltarse la salida, como había pasado en Yeda. Había tenido muchísima suerte de que al final la FIA solo lo hubiera sancionado con cinco segundos. En su explicación, durante la rueda de prensa, había dicho que se había distraído con una luz justo antes de que el semáforo se apagara por completo, arrancando antes de tiempo. Mientras tanto, Andrea y yo, desde el muro, habíamos estado a punto de arrancarnos los pelos por su error.

Aquellas cosas eran demasiado importantes. No podía tomarse todo tan a la ligera.

Dos horas más tarde, y sin haber hecho ningún avance significativo, mi frustración estaba por las nubes. Un pequeño dolor

de cabeza llevaba persiguiéndome desde hacía un rato, y mi estómago empezaba a quejarse por la falta de alimento.

—El problema es Devin —repetí por tercera vez aquella mañana —. Por mucho que tenga un apellido, no nos vale si no es capaz de seguir una orden clara y directa. Habéis visto los problemas que hemos tenido en las dos primeras carreras.

Sabía que estaba hablando para el aire; aun así, necesitaba que aquellas palabras calasen en alguien.

—El apellido viene con patrocinadores, Johan. Y los patrocinadores nos permiten correr —me contestó uno de ellos, encogiéndose de hombros, como si aquello fuera una explicación suficiente.

—Lo sé, pero…

No me dejaron seguir.

—Pero es un piloto joven, viene de la F2 y tiene mucho que aprender. Es tu responsabilidad guiarlo. Además, llevas tres años esperando por hacerte un hueco en el equipo, por conseguir el puesto. Demuéstranos que hicimos bien al darte la oportunidad. Lleva a Axel a lo más alto, enséñale a todo el mundo el impecable papel que desempeñas. Este año debe ser diferente —replicó.

Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no protestar. No valdría de nada. Ya había expuesto mis argumentos antes de que lo ficharan. Me había opuesto con uñas y dientes. Ellos estaban convencidos de que habían tomado la decisión correcta, y nada de lo que dijera iba a remediar eso. El problema era que tampoco podía quedarme de brazos cruzados esperando a que Axel cavara su propia tumba, porque acabaríamos compartiendo el

agujero. Yo también tenía unos objetivos para esa temporada. No podía dejar que echara todo a perder.

Al final, la reunión terminó sin mayor novedad pasadas las nueve de la mañana. Fui hasta mi habitación con intención de darme una ducha antes de bajar a desayunar mientras seguía dándole vueltas a lo mismo. Decir que me sentía frustrado era quedarse corto. No podían esperar que fuera mi responsabilidad que se comportara.

Joder, mi sueldo no incluía ser el niñero de nadie.

Sin embargo, con mis quejas cayendo en saco roto, estaba entre la espada y la pared.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y apreté con fuerza, intentando relajarme sin éxito.

Mis derrotas seguían aumentando con cada año que pasaba, y el tiempo que tenía para revertir la balanza estaba a punto de agotarse. Si no conseguía el campeonato aquel año, quizás no tendría otra oportunidad.

Había fracasado como piloto, no podía hacerlo también como ingeniero. Era mi última oportunidad para ser alguien.

* * *

Salí de la habitación quince minutos después, colocándome el reloj en la muñeca mientras recorría el largo pasillo hasta uno de los ascensores. Al día siguiente, tendrían lugar las entrevistas oficiales, por lo que quería aprovechar aquella mañana para tener una última reunión con los pilotos y repasar un par de puntos básicos.

Habíamos quedado en el propio restaurante del hotel, donde se servían los mejores desayunos de la ciudad. Necesitaba que la

estrategia quedara clara, para evitar los problemas que llevábamos arrastrando desde el primer fin de semana.

Me había esforzado muchísimo durante toda mi vida para llegar a donde estaba en aquel momento. Había perdido cosas que jamás iba a poder recuperar, todas las primeras veces de mi hijo: sus primeras palabras, sus primeros pasos, el primer día de colegio… Nada de aquello tendría sentido si no lograba cumplir mis sueños.

No podía permitir que un niñato con el ego inflado me lo arruinara todo. Ya que me iban a obligar a jugar con las cartas que tenía en la mano, por lo menos, me aseguraría de guardarme un as bajo la manga.

Necesitaba hacerlo bien y sentir que todo había merecido la pena. Con esos pensamientos dándome vueltas, entré en la cafetería, donde me esperaba parte del equipo. Por desgracia, él fue quien se llevó toda mi atención nada más poner un pie en aquella estancia.

—Buenos días —saludé al entrar, sintiendo cómo los ojos azulados de Axel me observaban con intensidad. Tenían un color particular: verde cerca del iris y azul en el exterior; dependiendo de la luz, parecía que cambiaban de color. Por algún motivo, me llamaban la atención.

Todos me devolvieron el saludo, excepto él, que me miraba con la barbilla algo levantada en un gesto altivo, intentando mostrar esa superioridad que tanto lo caracterizaba. Al chico le faltaba un bofetón con la mano abierta, lo tenía claro.

—Te veo tenso, Axel, ¿no has descansado bien? —pregunté con curiosidad, sentándome a su lado.

Sabía que lo estaba descolocando, y esa era mi intención. Axel no estaba acostumbrado a que lo trataran como a uno más del equipo, y eso era lo que necesitaba aprender: allí no había estrellas, solo un grupo de personas trabajando codo con codo por un mismo objetivo.

Lo vi parpadear varias veces seguidas; parecía sorprendido. Si pensaba que íbamos a continuar con una actitud pasivo-agresiva toda la temporada, estaba muy confundido. No tenía intención de hacer más sangre del asunto. Que no estuviera de acuerdo con que él ocupara uno de los monoplazas era secundario. Ese asiento llevaría su nombre esa temporada y la siguiente, lo quisiera yo o no.

—Estoy bien —respondió en voz baja y con el gesto contrariado.

—Estupendo. Necesito que te mantengas así para la carrera de este fin de semana.

Me volví hacia Fabian, que ya estaba inmerso en la conversación con su ingeniero de pista sobre la estrategia para la carrera. El piloto había demostrado ser un competidor sólido, quedando cuarto en Baréin y segundo en Yeda, y estaba decidido a conseguir la victoria en Melbourne. Parecía que aquella temporada quería hacer historia.

Mientras discutíamos los detalles, el camarero se acercó para tomarme nota. Pedí un café solo, bien cargado y de tamaño extragrande, que me ayudara a sobrellevar el duro día que tenía por delante. Justo cuando el camarero iba a retirarse, Axel lo interrumpió.

—¿Me podrías traer algo dulce de acompañamiento? —preguntó de repente.

—Por supuesto. Hay rosquillas, cruasanes, napolitanas y bollos con pepitas de chocolate. También tenemos *lamington*, que es muy

típico de aquí. Es un bizcocho bañado en chocolate y coco rallado, y viene en porciones pequeñas. ¿Qué prefiere?

—Nada —interrumpí antes de que Axel contestara—. No quiere nada, gracias.

El camarero asintió, algo confuso, y nos dejó solos. No necesitaba mirar al piloto para saber que me estaba fulminando con la mirada. Resoplé de forma ruidosa.

—¿Qué te pasa?

—¿Ahora tampoco puedo comer bollos?

—Por supuesto que no. Ni ahora, ni antes, ni después. Creo que te pasaron una dieta muy concreta hace un par de meses, y se supone que la sigues a rajatabla —respondí, girándome para mirarlo.

Él hizo una mueca rara con la boca, aunque no dijo nada. Odiaba tener que tratarlo como si fuera un crío, pero el chico llevaba toda su vida haciendo lo que le venía en gana sin entender el significado del concepto «compromiso».

—La suelo seguir a rajatabla —contestó con hastío.

—«Suelo» no es la palabra que busco. Sáltatela después de la carrera del domingo, Axel, me da igual. Hoy, no. —No permitiría discusión alguna sobre aquello—. ¿Has visto las configuraciones para este fin de semana? —le pregunté, cambiando de tema.

—Sí, las he visto y he hablado con Andrea.

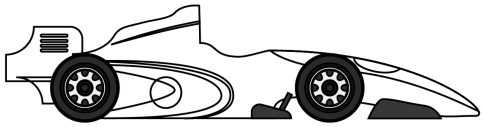
—¿No hay nada que quieras comentar? Este es el momento. Cualquier cambio que consideres, lo podemos probar en los libres de pasado mañana.

—No, por ahora todo está bien.

—Bien —repetí, pero me daba la impresión de que me estaba intentando autoconvencer—. Perfecto.

Terminamos de desayunar un rato después y me sentí bastante satisfecho en general. El único problema era aquella sensación en mitad del pecho que llevaba arrastrando desde principio de temporada de que todo iba a salir mal.

6



Axel

Marzo 2025

En cuanto pasé el torno del circuito, la prensa ya estaba esperando. No teníamos un horario concreto de llegada, y muchos de mis compañeros ya llevaban un buen rato por allí. Otros, como Fabian, serían de los últimos en llegar, y lo harían llamando la atención o montando algún numerito. En el gran premio anterior se había sincronizado con Sven y ambos habían llegado en patinete. Los de la F1 incluso les habían dedicado un *post* en su cuenta oficial.

Fui directo al *motorhome* en busca de Andrea. Aunque el día anterior le había dicho que no a Johan, lo cierto era que teníamos que repasar la estrategia para el fin de semana. Había demasiadas cosas que quería comentar con él. Por un lado, el rendimiento del coche en la pista estaba lejos de ser eficaz y, por mucho que me esforzara, no conseguía nada. Por otro lado, llevábamos dos carreras y estaba quinto en la clasificación. Con dieciocho puntos

conseguidos hasta el momento, no podía hacer nada contra los cincuenta de Ethan o los veintisiete de Fabian. Si quería tener una oportunidad, si quería ganar el campeonato, necesitaba que el coche estuviera a la altura.

Tres horas después, tras una reunión poco satisfactoria y un plato de comida recalentada, me dirigí a paso apurado hacia la entrevista. Todos los jueves nos sentábamos delante de los micrófonos y las cámaras para responder a un par de preguntas. A veces, Johan acudía solo; otras, como aquella, íbamos los tres.

No me gustaba nada hablar con la prensa; eran capaces de tergiversar cualquier palabra que dijera en menos de cinco segundos. Durante mis años de experiencia en categorías inferiores, había sido capaz de evitar situaciones comprometidas, pero había visto a compañeros hundirse psicológicamente en la carrera tras un mal reportaje. O equipos que se habían echado atrás a nivel contractual por no querer estar relacionados con pilotos estúpidos.

Además, al día siguiente por la mañana teníamos la primera tanda de entrenamientos libres, y quería estar concentrado. No podía salir a la pista y estar pensando en las palabras que había dicho, lamentándome de cualquier error. Necesitaba estar centrado.

En cuanto entré en la sala, ví a Fabian y a Johan esperando de pie, justo al lado de las mesas donde ya estaban colocados los micrófonos. Ambos parecían muy enfrascados en la conversación, y no se dieron cuenta de mi presencia hasta que estuve justo delante de ellos. Incluso pude oír el fragmento final de lo que estaba diciendo Johan.

—… las telemetrías. Una vez que lo verifiquemos, veremos qué hacer. —Cuando me vio, cerró la boca e hizo un gesto extraño con la

cabeza, supuse que a modo de saludo—. Axel, ya estás aquí.

No supe si era cosa mía o había usado un ligero retintín a la hora de dirigirse a mí. Luego desvió la mirada y se centró en otra cosa. Vaya gilipollas.

—¿Dónde querías que estuviera? —Era incapaz de mantener la boca cerrada.

Johan volvió a mirarme, esa vez levantando las cejas. Parecía sorprendido.

—Pues ya que lo preguntas —dijo, y casi le pongo los ojos en blanco—, quería que estuvieras aquí, pero antes. —Luego desvió la mirada hacia el reloj que llevaba en la muñeca—. Bastante antes, en realidad. Llegas tarde.

Saqué el móvil del bolsillo para verificar que tenía razón. Mierda.

—Lo siento, me entretuve con Andrea.

—No hay problema. Supongo que ya podremos empezar.

Dicho eso, se fue a hablar con el jefe de prensa, dejándonos a Fabian y a mí solos.

—¿Qué tal todo? —me preguntó con una sonrisa en la cara—. Veo que lo tuyo con Johan ha sido amor a primera vista.

—Cállate —respondí molesto, lo que le sacó una carcajada.

—En realidad, es buen tío. Igual podrías hacer un esfuerzo por conocerlo.

—Lo haré… cuando tú lo hagas con Dibra.

Fabian me fulminó con la mirada y me señaló con el dedo antes de contestarme. Qué manía tenían todos con el puto dedito.

—No sigas por ahí.

No pudimos hablar mucho más porque las entrevistas estaban a punto de comenzar. Nos sentamos en la mesa, Fabian a la derecha,

yo a la izquierda y Johan en el centro.

El ingeniero se mostraba tranquilo, como si para él aquello fuera un mero trámite, aunque era su primer año en el puesto. Apenas había tenido más tiempo que yo para adaptarse a la situación.

Uno de los reporteros de la televisión nacional empezó con la primera tanda de preguntas. Hablamos sobre la evolución del coche, las prestaciones y las mejoras que se irían implementando en las primeras carreras de Europa. Johan estuvo respondiendo a todos los temas sobre la dirección del equipo y nos apoyó a ambos cuando lo necesitamos.

Quince minutos después, ya estaba relajado, y quizás ese fue mi error.

—Vamos a empezar con la última ronda de preguntas —avisó el organizador señalando a un reportero de un canal que no llegué a reconocer.

—Buenas tardes, una pregunta para Axel Devin —dijo, mirándome—. Eres hijo de Ross Devin y nieto de Angus Devin, ambos grandes leyendas y pilotos que han alcanzado la cima a base de logros propios. —Asentí, esperando a que plantease la cuestión, pero notando que una sensación extraña se me empezaba a formar en el pecho—. ¿Te ves siguiendo sus pasos?

Me tomé unos segundos antes de responder. Me acerqué al micrófono mientras intentaba entender la pregunta. ¿Era un ataque? ¿Un halago? Lo primero me parecía muy poco profesional, aunque tampoco sería la primera vez. Lo segundo, extraño. Miré de reojo a Johan; seguía con su gesto serio que no dejaba entrever nada de lo que estaba pensando.

—¿A qué te refieres? —pregunté, intentando mostrarme lo más calmado posible.

—Me refiero a tu apellido. Si no fuera Devin, ¿estarías sentado detrás de esa mesa haciendo esta entrevista, con varios títulos bajo el brazo? ¿O no te conocería nadie porque jamás te habrían dado la oportunidad?

Parpadeé, sorprendido, mientras mi corazón empezaba a latir cada vez más rápido.

—Pues… —empecé, pero me interrumpió de nuevo.

—Después de tu desempeño en las dos primeras carreras, ¿estás seguro de que podrás mantener las expectativas que hay sobre ti en una categoría tan exigente? ¿Te ves a la altura?

Me lo estaba diciendo con rabia, como si hubiera hecho algo que lo hiciera enfadar. Por suerte, no tuve que responder. Johan se puso de pie, arrastrando la silla y acaparando todas las miradas. Puso las dos palmas sobre la mesa, echándose hacia delante en una actitud amenazadora. No pude desviar la mirada. Había acaparado toda mi atención.

—Lo cierto es que me parece una falta de profesionalidad terrible por tu parte aprovechar esta entrevista para atacar a mi piloto. Axel no estaría donde está si no fuera excepcional —sentenció, y el tono de su voz no dejaba hueco a ninguna réplica—. En Hygge estamos muy contentos con su desempeño en lo que llevamos de temporada. No sé si te has fijado, pero está quinto en el campeonato, bastante por encima de otros pilotos con más años de experiencia. De todas formas, esto solo es el principio. Estamos seguros que Axel os dará una temporada de la que podréis estar hablando décadas. —Dicho

eso, se separó del micrófono y se incorporó—. Hemos terminado aquí, nos vamos —añadió dirigiéndose a nosotros.

El silencio en la sala era ensordecedor. Todos nos miraban con caras de asombro, como si todavía estuvieran procesando lo que acababa de pasar.

Me levanté y seguí a Johan fuera de la sala. Fabian caminaba dos pasos por detrás y estaba más callado que de costumbre. Nadie abrió la boca hasta que llegamos de vuelta al *motorhome* y Johan se encerró en su despacho. Me quedé con ganas de decirle algo, si bien nada parecía apropiado.

—Vaya mierda —se quejó Fabian, colocándome la mano sobre el hombro.

—Ya, bueno, cosas que pasan.

—Hay veces que los reporteros deciden tocar los cojones sin necesidad. ¿Seguro que estás bien? —insistió preocupado.

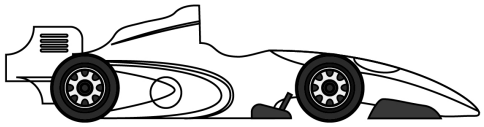
—Claro —respondí, quitándole importancia, aunque lo cierto era que no estaba del todo seguro.

Llevaban haciéndome aquel tipo de comentarios hirientes desde que había empezado a destacar, pero era la primera vez que alguien me defendía de esa manera.

Alguien que no quería trabajar conmigo.

Alguien que no me soportaba.

7



Axel

Marzo 2025

El viernes por la mañana me levanté bastante más temprano de lo habitual. Aquel día teníamos los libres, y me gustaba aprovechar para salir a correr a primera hora para despejar la mente. Había convencido a Dibra para que me acompañara, y, en aquel momento, nos encontrábamos los dos trotando a paso ligero por el paseo del puerto. Aún estaba amaneciendo, y el reflejo de los primeros rayos de sol en el océano me traía paz.

Después de casi cinco kilómetros, nos detuvimos al lado de una fuente para beber. Dibra jadeaba de forma sutil y tenía una fina película de sudor cubriéndole la frente. Yo sabía que tenía las mejillas sonrojadas, aunque no me pudiera ver. Al mínimo esfuerzo que realizaba, me aparecían unos coloretes difíciles de disimular.

—Estas semanas me has tenido desactualizada —se quejó mi amiga, limpiándose las gotas de agua que le resbalaban por la

barbilla—. ¿Cómo llevas todo con el Tirano? —preguntó con una sonrisa.

Había empezado a referirme a Johan como «el Tirano» cuando quería hablar de él en público sin que nadie se diera cuenta. A Dibra le había hecho mucha gracia y, desde entonces, siempre se refería al ingeniero de ese modo.

—Cada día peor —me quejé, pensando en el bollo que no había dejado que me comiera.

De pronto, recordé el momento de la entrevista como si lo acabara de vivir. La forma en la que me había defendido delante de todos.

Me quedé pensando en su expresión, en cómo se le marcaba la vena del cuello y la tensión que había acumulado en la mandíbula, en lo furioso que estaba. Jamás le había visto una expresión similar, y eso que a mí me tenía una manía especial.

Negué con la cabeza, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. No me podía permitir que la rabia que sentía se empezara a diluir.

—Parece que disfruta tocándome los huevos, te lo juro —continué—. Lo saca todo de contexto, aprovecha la mínima para corregirme algo o echarme una «bronca amistosa», como él dice, lo que es una bronca en toda regla, pero sin alzar la voz.

—Me encanta el concepto —dijo divertida, y yo puse los ojos en blanco. Cómo se notaba que ella lo estaba viviendo todo desde fuera.

Me crucé de brazos y miré al horizonte, dándole vueltas a las palabras de mi amiga.

—Espero que tu equipo te eche muchas broncas amistosas para que te deje de hacer tanta gracia —repuse con ironía.

Sabía que la relación de Dibra con su equipo era bastante buena. No llegaba a congeniar del todo con su compañero, si bien todo era muy correcto. El único problema que tenía ella se llamaba Fabian.

—Lo hacen con más frecuencia de lo que piensas —me contradijo, sorprendiéndome—. Creo que es normal; al final, todos tenemos objetivos comunes.

—¿Comunes? —La ironía destilaba por cada poro de mi piel.

—Todos queremos ganar… —Me miró como si no entendiera mi pregunta.

Resoplé indignado.

—Claro que mi objetivo es ganar. El de Johan no es que yo gane, ni Fabian. —Dibra frunció el ceño al oír mencionar a mi compañero, pero no dijo nada—. Su objetivo es que puntuemos lo máximo posible para que Hygge gane el puto campeonato de constructores. Como si eso fuera a ser una prioridad para mí…

Mi amiga giró la cabeza, observándome con detenimiento. Se pasó la mano por la frente para secarse el sudor, pensativa, como si buscara la mejor manera de expresarse.

—Axel, estás perdiendo la cabeza —repuso, y no pudo esconder una pequeña sonrisa—. Te das cuenta que es lo mismo, ¿verdad? Cuantos más puntos ganes tú, más puntos ganará el equipo, es simple. El problema es que estás demasiado enfocado en ganar tú solo, haciendo caso omiso a lo que te dicen los ingenieros.

—Siempre he tomado las mejores decisiones, y mira donde estoy. No me da la impresión de que me hayan salido muy mal las cosas.

Me crucé de brazos, contrariado. Me daba rabia que Dibra se pusiera de su parte. Era cierto que si yo ganaba, ellos ganarían también, caía de cajón, pero Hygge buscaba su propio beneficio: que sus pilotos quedaran lo más alto posible. No uno solo, los dos. Yo no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo le daban todo hecho a Fabian y a mí me pedían puntuar. Así no se ganaba la competición.

—Ax —replicó ella, utilizando ese diminutivo que solo sacaba cuando me iba a decir algo que no me iba a gustar—, ya no estás en la F2, ni compites para un equipo pequeño. Estás en Hygge, en la F1 y tienes unos patrocinadores que esperan que cumplas unos objetivos.

—Pues eso.

—No —insistió ella, poniéndome la mano sobre el hombro—. No es lo que tú piensas. Es lo que Johan te dice. Lo que Andrea, o como se llame, te dice. Es lo que la escudería te dice. Da igual el resto, Axel, de verdad. Si quieres seguir ocupando ese asiento el año que viene, vas a tener que aprender a luchar con tu equipo, y no contra él. Aquí todos tenemos que aprender a colaborar.

Negué con la cabeza y ella suspiró como respuesta. Sabía que tenía parte de razón. Las cosas eran muy diferentes al año pasado, incluso la repercusión que tenía; todo había aumentado por mil. El problema era que había tantas expectativas puestas en mí que no creía que Johan fuera consciente de todas ellas. Al final, él solo tenía que limitarse a dar órdenes y asegurarse de que nadie se saliera de su camino. Excepto…

—Ayer interrumpió una entrevista —confesé, algo culpable. Ni siquiera le había dado las gracias. Era el primero en señalar todo lo

que hacía mal, y era injusto obviar algo así—. Se levantó y solo le faltó romper algo. No permitió que siguieran preguntando nada.

—¿Qué le dijeron? —curioseó.

—No era una pregunta para él, sino para mí. —Ella alzó las cejas, dándome a entender que quería saber qué me habían dicho. Sabía que no necesitaba entrar mucho en detalles, que ella me entendería, así que me encogí de hombros, intentando restarle una importancia que sí tenía—. Mi apellido.

—Joder.

—Ya.

Dibra volvió a beber de la fuente y dejó que las gotas de agua le descendieran por la barbilla y el cuello, sin molestarse en secarlas.

—Eso es lo que te intentaba decir. Cuando tenga que gritarte, créeme que lo hará, pero cuando haya que defenderte, será el primero en hacerlo. —Me miró como si estuviera a punto de contarme un gran secreto—. El año pasado tuvo varias salidas de tono en momentos de mucho estrés. Lo cierto es que tiene fama de no cortarse un pelo. Por algo está ahí con la edad que tiene. Sabe lo que hace. Quizás deberías empezar a confiar un poco más en él.

Chisté e hice un gesto con la mano, quitándole importancia.

Tal vez, en el fondo, Dibra tuviera razón, pero no pensaba reconocerlo. Nunca.

* * *

Los noventa minutos de la primera sesión de entrenamiento habían empezado hacía bastante rato, y yo todavía estaba sentado en una de las sillas del box, mirando las pantallas. Llevaba la equipación al completo, excepto el *hans* y el casco, que descansaban en la silla de

al lado. Los ingenieros habían estado trabajando en el coche desde la luz verde, y éramos los últimos en salir al circuito. Era cierto que todos los equipos retrasaban al máximo aquel momento. Al tratarse de un circuito semiurbano, el asfalto estaba lleno de suciedad, que se iría limpiando a medida que los coches pasaran por encima.

—Axel, prepárate, salimos ya —me avisó Andrea, acercándose a mí al tiempo que revisaba unos gráficos en la tablet—. Vamos a probar la aerodinámica para afinar la configuración. Presta atención al trazado, y si ves algo que te llame la atención, lo comentamos.

Matt, con quien había establecido una buena relación en las últimas semanas, era mi ingeniero de rendimiento y una de las personas más increíbles que había en el equipo. A pesar de su usual gesto vacilón, cuando estábamos en el box se transformaba por completo.

—Nos preocupa un poco la dirección del aire y cómo vaya a afectar a la refrigeración —me comentó mientras me subía al fórmula—. Además, hemos suavizado un poco las barras antivuelco, a ver cómo va todo. ¿Estás preparado?

Asentí. Había nacido preparado.

* * *

La sesión de entrenamiento de la tarde fue mucho más larga que la de la mañana. Empezamos la sesión haciendo dos tandas cortas: primero con los neumáticos duros y luego con los blandos, simulando la vuelta de clasificación. Era la primera vez en todo el día que podía mostrar un buen ritmo, y me sentí bastante satisfecho con el resultado.

Aprovechamos que íbamos a realizar una tanda larga para hacer una simulación de la vuelta de formación, seguida de un paso por el *pit lane*. Fabian se lanzó desde el lado izquierdo de la parrilla, equipado con neumáticos medios, mientras que yo, desde el lado derecho, llevaba blandos. Andrea me confirmó por radio que habían tenido una buena lectura del agarre, tanto del lado limpio como del sucio de la pista, por lo que, desde ese momento, me dediqué a dar vueltas por el circuito, practicando.

Después de una parada en boxes para realizar un par de ajustes, volví a salir a la pista, aquella vez con el depósito lleno.

Andrea me iba comentando por radio los tiempos que hacía en cada paso por la línea de meta, y no podían estar más lejos de lo óptimo. Al haber añadido casi cien kilos de peso, mis tiempos aumentaron en torno a seis segundos por vuelta al principio, reduciéndose poco a poco, a medida que se consumía el combustible.

Unos cuarenta minutos más tarde, justo al terminar el ensayo de la salida, dimos por concluido el entrenamiento. Salí del monoplaza y lo primero que hice tan pronto como mis pies tocaron el suelo fue deshacerme del casco. A pesar de que las temperaturas no eran muy altas en Melbourne aquel día, el mono, la tensión y el propio calor que desprendía el coche me habían dejado empapado.

Me pasé la mano por la frente, eliminando el sudor y apartándome los mechones mojados de pelo.

—Buena sesión —me felicitó Andrea, acercándose a mí—. ¿Algo de lo que quieras hablar?

Estuvimos comentando la tanda de entrenamientos durante casi quince minutos, antes de que Johan se uniera a la conversación.

Intenté mostrarme relajado y receptivo con el jefe de equipo durante todo el tiempo que estuvimos hablando, aunque no pude evitar crispar el rostro cuando soltó un comentario sobre el tipo de neumáticos que llevaría en la carrera.

—¿No habéis valorado salir con duros?

Johan estaba proponiendo que Fabian y yo siguiéramos una estrategia diferente, mientras que Andrea proponía seguir con el plan A desde el inicio.

—Prefiero los medios —contesté a pesar de que sabía que la pregunta no iba dirigida a mí.

Me ignoró.

—Solo tenemos un juego de duros —respondió Andrea después de mirarme, como si estuviera confirmando conmigo—. Es mejor dejarlos para después por si sale un *safety car* en las primeras vueltas. Los compuestos medios no durarían hasta el final de la carrera.

—Sigo prefiriendo los medios —repetí.

—¿Y si sale tarde o no sale? —inquirió Johan, omitiendo todas mis intervenciones. Ni siquiera me miraba.

—Es jugársela. Le damos una vuelta.

—Lo que tú consideres —decidió Johan, encogiéndose de hombros y asintiendo al ingeniero.

Aquel comentario hizo que me hirviera la sangre. Quizás no era para tanto, pero estaba harto de su condescendencia y de que me ignorara por completo. La estrategia de neumáticos era algo que se decidía entre el piloto y el ingeniero de pista; sin embargo, el Tirano me ignoraba por completo, me trataba como un cero a la izquierda.

Estaba seguro de que omitía mi presencia el noventa por ciento del tiempo.

—Hemos terminado por hoy. Gracias a todos.

En cuanto Johan se levantó y se fue, Andrea me miró con curiosidad, esperando que dijera algo, pero no fue así. Estaba demasiado enfadado como para poder hablar de cualquier cosa con una pizca de sentido común.

Me despedí de todos antes de salir del box. A los mecánicos les esperaba una tarde larga. Debían desmontar el coche para quitarle todo el kit específico de las pruebas del viernes e instalar la caja de cambios de la carrera y el cableado.

En la sesión de entrenamientos del día siguiente, probaría el coche con una configuración muy cercana a la que llevaría durante la carrera, y me sentía emocionado. Aquella vez llegaría al podio. Estaba seguro.

8



Johan

Marzo 2025

Axel estaba trazando las últimas curvas del circuito antes de empezar su segundo intento de Q1. Aunque ya habíamos hecho buenos tiempos con ambos coches, queríamos asegurarnos pasar el corte.

Andrea, sentado a mi lado, verificaba las marcas que estaban haciendo las otras escuderías.

—El tiempo que tenemos debería valer para pasar a Q2 —le informó por la radio—. Hemos salido por si acaso. Puede que abortemos la vuelta.

Axel aceleró al máximo, aproximándose a la línea de meta, ya con el DRS abierto, listo para poner en marcha el crono.

Los primeros metros los hizo de forma impecable, pintando de morado el primer sector. Había sido el más rápido de toda la sesión en esa zona.

—Está volando —señaló Andrea, obligándome a desviar la mirada de las telemetrías.

Nos habíamos dado cuenta de que aquella parte era la que mejor le salía. Luego, en la segunda mitad, solía perder bastante tiempo.

—Los NitroSpeed, Velocity y Eclipse han cerrado vuelta, estamos dentro —le avisé.

—Axel, abortamos vuelta —le comentó a través de la radio mientras trazaba la curva nueve. No merecía la pena desgastar más los neumáticos.

Para nuestra sorpresa, su ritmo no decayó. Pudimos ver cómo entraba con todo en la curva once. Algo en mi interior me gritó que aquello no iba a acabar bien.

No me equivocaba.

Axel pasó por encima del piano exterior de la curva doce, pisó hierba y perdió por completo la tracción y el control del coche. Intentó contravolantear para evitar una colisión, pero solo le sirvió para llevar el monoplaza directo contra el muro, destrozando la dirección delantera izquierda, parte del *endplate* y el *flap*.

Tuve que contener el impulso de cagarme en todos sus muertos. Arreglar aquello iba a suponernos un cuarto de millón de libras, tirando por lo bajo.

Me llevé las manos a la cara y resoplé. Joder, joder, joder.

Axel era gilipollas. Definitivamente. No había otra explicación posible para haber arriesgado de esa manera. Por la retransmisión,

una vez que la arenilla que había levantado al salirse de la curva se despejó, se pudo ver a Axel aporreando el volante con rabia.

Un volante de ochenta mil libras. Resoplé otra vez.

El silencio en el box era denso, solo interrumpido por el ruido lejano de los monitores y los murmullos de los ingenieros. Sentí una presión en el pecho, como si todo el equipo estuviera conteniendo el aliento, esperando mi reacción. En aquel momento estaba observando cómo la grúa retiraba el coche mientras los operarios limpiaban los restos que habían quedado dispersos por la pista, para que pudiera continuar la clasificación. Poco después, trajeron al piloto al box. Iba a matarlo, de forma lenta y dolorosa.

No me aparté del muro para recibirlo, ni siquiera había variado mi expresión desde que lo había visto impactar contra las protecciones. Llevaba años practicando mis gestos de indiferencia para que las cámaras no captasen mis instintos asesinos. Aunque no siempre lo conseguía. Desde que había asumido el puesto de jefe de equipo, parecía que esas atenciones habían aumentado.

Miré a través de las pantallas cómo Axel se aproximaba al *pit lane* subido en aquella moto. Tenía los hombros caídos y parecía disgustado. Mejor, porque más se iba a disgustar cuando hablase con él.

El piloto se bajó de la moto y entró en el box, quitándose los guantes. Nuestras miradas se cruzaron y le dediqué una mueca de indiferencia. Axel apartó la mirada, dirigiéndola hacia el suelo, y se sentó en una de las sillas, al lado de Andrea. Tendría que esperar un rato antes de poder hablar con él, y quizás era lo mejor. Como abriera la boca en aquel momento, estaba seguro de que no iba a salir nada bonito de ella.

Omitiendo el papel de Axel, cosa que era imposible porque ocupaba casi todos mis pensamientos, la clasificación había sido bastante satisfactoria. Fabian había conseguido una tercera posición y, al día siguiente, saldría desde la segunda línea. Los dos Quantum compartían la primera e iban a ser nuestros rivales a batir. Si todo iba según lo planeado, el piloto finlandés no tendría problemas en adelantarlos en las primeras vueltas. Nuestro coche era mucho más rápido, y podíamos sacarle partido. Con un poco de suerte, si no perdíamos el DRS, nos haríamos con la cabeza de la carrera.

Asentí satisfecho mientras todavía miraba las telemetrías en la pantalla. Ese gran premio pintaba bien. Bueno, más o menos, al cincuenta por ciento.

Unos minutos después, cuando todos estaban ya preparándose para la carrera del día siguiente, me acerqué a Axel, que todavía estaba sentado en la misma silla con gesto apagado. Las cosas no habían salido como él quería, y tendría que salir desde el *pit lane* por culpa del accidente, situándolo en la última posición. Tendría que hacer una carrera espectacular para conseguir luchar por quedar en puntos.

—¿Me acompañas? —dije señalando con la cabeza la puerta.

El piloto no me contestó, pero se levantó y me siguió hacia la sala de reuniones que teníamos del otro lado del pasillo. Una vez dentro, cerré la puerta y nos quedamos los dos en silencio.

Estuve unos segundos debatiéndome sobre cómo afrontar esa situación. Pegarle no era una opción, y estaría mal visto. Echarle una bronca que solo lo pusiera a la defensiva no iba a ayudar en nada. Necesitaba hacerlo espabilar, aunque, para ello, tendría que saber de

antemano que en la vida hay que luchar por las cosas, que no todo llegaba regalado. Y no era el caso.

—Sé que quieres hacer las cosas bien; sin embargo, creo que estás cogiendo una dinámica bastante perjudicial para todos. —Abrió la boca con intención de protestar, pero lo paré levantando una mano—. Déjame terminar. Este es el tercer gran premio de la temporada, y es el tercer gran premio en el que tenemos problemas. No con el coche. No con la directiva. No con los patrocinadores. No. Contigo. Y si Fabian no nos da problemas, estando en la misma posición, con las mismas condiciones, con el mismo coche, la única diferencia eres tú.

—Yo soy el problema —lo dijo de una manera que no supe si era una afirmación o una pregunta; no obstante, me vi en la necesidad de confirmárselo.

—Sí.

—¿Y se puede saber por qué?

—¿Me lo preguntas en serio?

—¿Tú ves que bromee? —Achicó los ojos con gesto hostil.

Me estaba hablando con un tono tan impertinente que tuve que morderme la lengua para no mandarlo directo a la mierda.

—¿Tienes problemas de memoria o es que vives en una realidad paralela? Me parece que me estás vacilando, y no me hace ni puta gracia, niño. —Me estaba rebajando a su nivel, pero no pude evitarlo.

Axel me fulminó con la mirada. Me daba la sensación de que estaba convencido de que yo era el malo de la película, y no sabía cómo sacarlo de su error, cómo hacerle ver la realidad.

—No estoy vacilando a nadie.

Si quería un recordatorio de sus cagadas, solo tenía que haberlo dicho antes. Las tenía anotadas como si me las hubiera grabado a fuego sobre la piel.

—Omitiste las instrucciones de equipo en Baréin y perdiste tres puestos. —Levanté un dedo para hacer mayor hincapié—. Te despistaste con una luz en Yeda, saltándote la salida, y te sancionaron. —Otro dedo arriba—. Y hoy te estampas contra el muro —levanté el tercer dedo—, destrozando el coche sin ninguna necesidad. En la Q1, cuando no nos jugábamos absolutamente nada. Sin hablar de todo el dinero que tendremos que invertir en tener el coche a punto para mañana. No sé si hace falta que te recuerde que tenemos un límite de presupuesto. Si ese dinero se gasta en reparar el coche, luego no podremos mejorarlo. Todo por no pararte a pensar durante un segundo si lo que vas a hacer es lo adecuado o no.

—¡Porque yo no debería tener que estar a todo! —saltó, elevando la voz y dejándome bastante confuso.

—¿De qué hablas?

Se pasó las manos por la cara con desesperación.

—Sé que no querías que estuviera en el equipo. Oí una conversación —respondió enfadado.

Tuve que contener una mueca de desagrado por aquel desliz. Había sido muy poco profesional.

—Mis preferencias, en cuanto a pilotos se refiere, no importan.

—Importan cuando estás empeñado en hacerme fracasar.

Se le dilataron las aletas de la nariz y su mandíbula se tensó más de lo que ya estaba.

—¿Perdona? —No me lo podía creer. No me lo puto podía creer.

—Supongo que quieres demostrarle a la junta que estaban equivocados haciendo que no haga un buen papel en el campeonato. Siento decirte que eso no va a pasar. Soy demasiado bueno.

La madre que lo parió. Lo iba a matar. No saldríamos los dos vivos de aquella habitación.

—*Du Idiot*! —Se me escapó el insulto en alemán antes de que me diera cuenta—. ¿Es un buen papel ignorar al equipo cuando te dice que cuides los neumáticos porque creías que podías atacar a Fabian y, al final, acabar perdiendo tres posiciones? ¿Me sancionaron a mí por una mala salida en Yeda? ¿Fui yo quien estampó tu coche hoy? Deberías bajar un poco ese ego que tienes y aprender a reconocer tus propios errores.

—He tenido que esforzarme mucho para llegar a donde estoy ahora mismo, y no pienso permitir que un amargado como tú, que fue un piloto mediocre, me arrastre con él —atacó entre dientes.

Me llevé la mano a la frente mientras contaba hasta cinco intentando tranquilizarme para no pegarle un puñetazo en la cara.

—Mira, niño, si eso fuera así, me daría igual lo que hicieras. Me ahorraría tener que estar echándote la bronca día sí y día también. Por desgracia, no es el caso, porque, una vez más, aquí estamos. Tu éxito afecta al mío. Si tú ganas, yo gano. Si tú pierdes, yo pierdo. Me dan igual todas las pajas mentales que te hayas hecho tú solito en la cabeza. Quiero ganar este campeonato, y si no estás por la labor, me encargaré de decirle a la junta que tú ya no eres una opción viable. —Era una mentira como una catedral, pero él no lo sabía. Suponía que mis palabras habían hecho algo de mella en él, porque no me interrumpió ni me replicó, aunque en su cara se podía ver el

enfado que todavía arrastraba—. Ni siquiera tu apellido te salvará de eso, y te desearía suerte en buscar equipo a mitad de temporada. Todavía no has demostrado ser nadie, solo el portador de un apellido con historia.

Sus ojos se abrieron con sorpresa, como si aquello hubiera sido un golpe bajo.

—No me llames niño —respondió unos segundos después; desprendía odio por cada poro de su piel.

Bien. No tenía intención de ser su amigo. De todas formas, no parecía que hubiera sido la palabra «niño» lo que más le había dolido de todas las verdades que habían salido de mi boca.

—Pues no te comportes como tal. No va a haber más avisos. Lárgate —señalé la puerta con la cabeza—, y espero que esta sea la última conversación que tenemos de este estilo, Devin, te lo digo muy enserio.

Asintió con el ceño fruncido y salió de la sala con los hombros tensos.

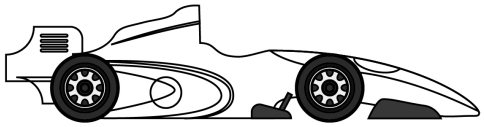
* * *

Más tarde, Matt me dijo que los gritos se habían oído desde el otro lado del pasillo, y fue algo que me avergonzó bastante. Como jefe de equipo, debía mantener una actitud correcta todo el tiempo, pero a veces no podía controlarlo, y menos en privado. Axel había sacado a relucir esa actitud suya, tan prepotente y egocéntrica. Había tenido suerte de que no le tirase algo a la cabeza.

No entendía nada. Tenía talento y potencial, si bien le faltaba todo lo demás. Al final, se había largado cabreado, lo que me obligaba a tener que volver a hablar con él esa misma noche. No

podía permitir que se subiera al coche al día siguiente en ese estado. Necesitaba que corrigiera ese comportamiento lo antes posible y se involucrara en los planes del equipo; si no, todos acabaríamos perdiendo.

9



Axel

Marzo 2025

Me encontraba tumbado en la cama, escuchando la música que sonaba de fondo y viendo cómo Fabian estaba a punto de perder la tercera partida consecutiva al juego de coches. No solíamos pasar el rato con ese tipo de videojuegos, pero, por equivocación, era el único que mi compañero se había traído a Australia.

Apenas eran las diez de la noche y, aun así, debíamos estar pendientes del reloj para meternos pronto en la cama. El día siguiente iba a ser importante, y necesitábamos dormir bien.

—Este juego es una puta mierda. Es cero realista y, por mucho que choques, el coche sigue yendo a la misma velocidad. Si no afecta a la conducción, ¿para qué me deforma el chasis? —se quejó Fabian, señalando la pantalla exasperado.

—Ya, no es gran cosa —le di la razón porque la tenía, y porque tampoco tenía ganas de hablar mucho más del tema.

En realidad, no tenía ganas de hablar de nada. Las palabras de Johan me habían dolido mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Sabía que había cometido errores, pero que me hubiera comparado con mi padre y me hubiera dicho que no estaba a la altura me daba ganas de vomitar.

Supuse que toda la rabia que escupía por la boca tenía algo que ver con lo de haber fracasado en el mundo del motor. Había visto varias noticias comentando el tema en los últimos meses, aunque no había perdido ni un segundo de mi tiempo en querer saber más. Si no le interesaba la parte de la ingeniería, ¿para qué se había metido? Debería dejar el puesto a alguien a quien le interesara y que estuviera dispuesto a dar todo para ver a los pilotos, y al equipo, triunfar.

—*Olla käärmeissään*. —Fabian me miraba con las cejas alzadas; si esperaba que hubiera comprendido algo, es que me tenía en demasiada alta estima.

—¿Qué?

—Estás en tus serpientes —repitió, traduciendo de forma literal aquella expresión.

—¿Qué tienen que ver las serpientes aquí? —pregunté sin enterarme de nada.

—Olvídalo. ¿Va todo bien? —Fabian me miraba con gesto preocupado, y en el televisor se podía ver que el juego estaba en pausa—. Llevas como cinco minutos masticando bilis.

Aquello me hizo reír, quitándome la presión que sentía sobre los hombros.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo primero es una frase hecha. Lo segundo, de mi cosecha personal, por supuesto —respondió como si aquello fuera algo de lo que sentirse orgulloso.

—Menos mal que eres piloto y no cómico. No tendrías futuro.

—Bah. —Le quitó importancia a mis palabras haciendo un gesto con la mano—. Eso es porque tenemos que hablar en inglés y no soy ni la mitad de gracioso. Deberías estudiar finlandés para apreciar mi arte.

—Lo apuntaré en mi lista de cosas que hacer antes de morir —dije con la voz cargada de ironía.

—¿Justo por debajo de hacerle caso a Johan? —replicó en el mismo tono.

Sin pararme a pensarlo, le tiré uno de los cojines de la cama, que le impactó en la cabeza. Fabian soltó una carcajada mientras se preparaba para recibir los siguientes objetos que le fui tirando: tres cojines más, el mando de la tele y el del aire acondicionado.

—Para, para. —Se estaba riendo tanto que apenas se entendía—. Vas a romper algo, y esta habitación está a mi nombre. No pienso pagar un duro por tu culpa.

—Eres un capullo —afirmé todavía molesto.

—¿Vas a contarme ya lo que ha pasado? Llevas de morros desde los entrenamientos. Escuché que te echo una pequeña bronca.

—Si hubiera sido pequeña, no estaríamos teniendo esta conversación —reconocí mientras todavía podía oír las palabras de Johan en mi cabeza—. El muy gilipollas me dijo de todo.

Me volví a sentar en el colchón y apoyé la espalda contra el cabecero. Cerré los ojos unos instantes, intentando convencerme a mí mismo de que estaba allí por algo más que por mi apellido. Había

hecho todo lo que estaba en mis manos desde que era un crío para lograr forjarme un nombre. Para demostrar que tenía talento. Que todo aquello me importaba. Pero parecía que no había servido de nada, que nunca lo haría. Siempre sería un Devin.

—¿Quieres que hable con él?

—¿Tú? ¿Qué le vas a decir tú? —Fruncí el ceño, preocupado por las implicaciones que tendría que Fabian interviniera por mí.

—Bueno, llevo en Hygge varios años y conozco a Johan bastante. Sé que es el primer año que hace de jefe de equipo, pero he tenido bastantes conversaciones con él. Aunque no te lo parezca, es una persona bastante sensata.

—¡Y una mierda! —No pude evitarlo, me salió del alma.

—De verdad. Creo que aún está aprendiendo cómo gestionar todo lo que lo rodea y adaptándose a los cambios; si le das una oportunidad, estoy seguro de que os llevaréis bien. Johan haría cualquier cosa para ayudarte a subir al podio, de eso puedes estar seguro.

Resoplé y me llevé las manos a la cara. Al final, iban a tener razón, y el ingeniero sería una persona decente, solo que me odiaba a mí por algún motivo que se me escapaba.

—No quiero hablar más de él. —No estaba dispuesto a seguir escuchando cómo Fabian lo halagaba, porque se podía notar en su voz que lo apreciaba de verdad, y eso me confundía—. ¿Puedo preguntarte algo?

Él sonrió y se removió el pelo rubio con la mano.

—Puedes, pero vamos viendo si te respondo o no. Quizás la respuesta tenga que ir acompañada de una invitación para cenar. Depende de la profundidad que busques.

Su personalidad era diferente a lo que estaba acostumbrado. Se lo veía relajado, feliz, y me daba mucha envidia.

—¿Has pensado qué hacer después?

—¿Después de qué? ¿De hablar contigo esta noche? ¿De la F1? —Asentí como respuesta.

Aquella pregunta me llevaba persiguiendo mucho tiempo. No era tan optimista como para pensar que estaría hasta pasados los cuarenta compitiendo, como algunos de los mejores pilotos. Tampoco estaba seguro de querer hacer algo así. Me gustaba pensar que, después de todo eso, habría algo más.

—No lo sé —confesó pensativo. Dejó caer el mando de la consola en la cama y se recostó a mi lado—. En realidad, me gustaría ganar una competición antes de pensar en retirarme. Hacer historia, ya sabes. Luego me gustaría probar otras categorías: *rally*, las veinticuatro horas de Lemans, el Dakar…

—Pero siempre con un volante entre las manos.

—Por supuesto.

Sonreí ante su respuesta, a pesar de que se me hizo un pequeño nudo en el pecho. Si pensaba en qué hacer en el futuro, seguir conduciendo no era una de mis opciones.

—¿Es algo que te preocupe? ¿El futuro?

—Bueno, no demasiado, pero sí que es algo que, tarde o temprano, me tendré que plantear.

—Aún te quedan muchos años, tienes que ganar muchas carreras antes de pensar en retirarte. Además, viendo tu Instagram, siempre puedes dedicarte a la publicidad o hacerte modelo.

—Sí, ¿no?

—No es broma. Ser la carita bonita de la F1 te ha conseguido muchos seguidores. Deberías aprovecharlo. —Luego se incorporó como un resorte y abrió el minibar—. Tengo hambre, ¿pedimos algo? Quiero cobrarme la recompensa lo antes posible.

—¿De qué recompensa hablas?

—Te dije que me tendrías que invitar a cenar si te respondía.

—Dijiste que dependía.

—Ya, y ha dependido.

—Tienes un morro que no puedes con él.

—Es parte de mi encanto natural.

Bajamos hasta el bar del hotel y nos sentamos en una de las mesas del reservado. Era demasiado tarde para tener compañía, por lo que disfrutamos de una cena tranquila y agradable, aunque mi cabeza no paraba de darle vueltas a todo, una y otra vez.

Justo cuando nos estábamos incorporando para volver al cuarto, Johan entró en el restaurante.

Dejé escapar una maldición en voz baja cuando nuestras miradas se encontraron, justo antes de desviar la vista hacia cualquier otro lugar.

Crucé los dedos, esperando que el ingeniero nos ignorara, aunque no tuve esa suerte. Se acercó a nosotros con un gesto neutro en el rostro.

—¿Qué tal? —preguntó esbozando una sonrisa.

—Bien —respondió mi compañero. Yo tenía la intención de seguir ignorándolo, a pesar de ser una actitud infantil—. Acabamos de cenar, aquí todo está muy rico. Te recomiendo la ensalada del chef. Es lo que hemos pedido nosotros y estaba muy bien, la verdad.

Johan asintió, aunque no parecía muy convencido.

—Gracias. ¿Os vais a la habitación ya?

—Sí, bueno, esa era la idea —confirmó Fabian.

—Pues descansad. Mañana es un gran día. —Justo cuando estábamos a punto de salir de allí por patas, me volví a encontrar con sus ojos de color miel, que me miraban con algo parecido a la preocupación—. Axel, ¿te puedes quedar un minuto?

Asentí porque no tenía más opción, y tampoco era plan de seguir evitándolo para siempre. Fabian, antes de despedirse y dejarnos a solas, me lanzó una mirada que no supe descifrar.

Johan me señaló la silla que estaba a mi lado, y no pude evitar soltar un resoplido molesto al tiempo que me sentaba.

—Te debo una disculpa —dijo sin apartar la vista mientras tamborileaba con los dedos sobre el mantel—. Sé que estás enfadado; aun así, me gustaría recalcar que no tengo nada en tu contra. Por muchas broncas que creas que te estoy echando, no empezaré a dejarte de lado o a tratarte de modo diferente. Mi objetivo de este año es alzarnos con el mundial de constructores, y quiero ayudaros, a ti y a Fabian, a que lleguéis a lo más alto.

—Vale, no te preocupes. Todo está bien. —No era cierto, aunque no iba a cambiar nada.

Johan pareció dudar de mis palabras, pero asintió. Parecía incómodo.

—Genial, pues no te robo más tiempo. Descansa, y gracias por la charla.

Casi se podría decir que salí corriendo de allí, huyendo.

No me gustaban aquellas conversaciones. Me hacían empatizar con él y, si eso pasaba, quizás me daría cuenta de que todo era

mucho más complicado de lo que parecía y de que yo tenía la mayor parte de la culpa.

GP AUSTRALIA



Circuito de Albert Park

24 De Marzo De 2025

—Bienvenidos un domingo más a nuestra cita con la F1. Gracias por acompañarnos en esta ocasión. Hoy nos encontramos en Melbourne, Australia. Veronika, ¿nos cuentas alguna particularidad de este circuito? —empezó el reportero al iniciar la retransmisión.

—Buenos días, Thomas, un placer estar contigo un día más —saludó antes de coger las notas que tenía en el móvil y empezar a narrar—: Este circuito semiurbano, montado en los alrededores del lago Albert Park, lleva albergando de forma anual este gran premio desde 1996. En estos momentos, las condiciones climáticas son las ideales, y hay mucha mucha gente.

—Según me comentan por el pinganillo, hay casi cuatrocientos veinte mil espectadores —intervino Thomas, interrumpiendo a su

compañera.

—¡Es una auténtica barbaridad! Además, este circuito cuenta con dieciséis curvas, cuatro zonas de DRS y es una pista rápida, por lo que auguramos un buen espectáculo para todos.

Ambos reporteros siguieron comentando las características del circuito mientras por la televisión se retrasmitían imágenes de los equipos ya posicionados en la parrilla de salida, ultimando los detalles.

—¿Qué predicciones tienes para la carrera de hoy? —preguntó Thomas con una sonrisa en la cara. Le encantaba intentar adivinar el resultado de cada carrera, y se había convertido casi en una costumbre.

—Pues creo que tendremos una cabeza de carrera muy reñida. Por un lado, tenemos a los dos pilotos de Quantum en las dos primeras posiciones, seguidos por el Hygge de Fabian Anderson, quien no quiso arriesgar tanto como su compañero de equipo en la *qualy* y se conformó con un tercer puesto.

El comentarista se rio antes de continuar:

—Axel Devin forzó de más en la sexta curva, pisó en lo verde y el coche se fue directo hacia el muro.

—Un pequeño error que le costó muy caro. De todas formas, el equipo de Johan Torger decidió hacer un par de cambios de última hora en la configuración del coche y, por este motivo, el piloto monegasco saldrá desde boxes. Será interesante ver si el novato consigue llegar a los puntos hoy.

—Por coche debería, pero, con su experiencia, veremos cómo se maneja desde atrás.

Cinco minutos después, tras dar la vuelta de formación, el semáforo se apagó y dio comienzo el gran premio. Fabian hizo una buena salida, conservando la posición y presionando a los líderes de carrera. Por delante de él estaban Ethan Walker y Jan Kowalski, pilotos de Quantum Racing, el equipo puntero del momento.

Las primeras vueltas fueron frenéticas. Axel llevaba un muy buen ritmo, y en la décima vuelta ya había adelantado a los coches más lentos de la parrilla, posicionándose en la decimoquinta posición.

Mientras tanto, Fabian seguía demostrando su consistencia en la parte delantera del pelotón. Debido a la degradación de los neumáticos que empezaron a experimentar los pilotos de Quantum, Fabian aprovechó para presionar a Jan. Cuando estaba a solo un segundo de distancia, Hygge lo mandó a boxes para intentar un *undercut*.

—¡Atención! ¡Fabian acaba de entrar en boxes! —interrumpió Thomas, alzando la voz por la emoción del momento—. ¿Será suficiente para adelantar a Kowalski?

—Debo confesar que es algo arriesgado —reconoció Veronika—, pero, en unos pocos segundos, veremos si ha sido algo acertado. Con los neumáticos nuevos, debería de ser capaz de recortarle varios segundos por vuelta. Como Kowalski tarde mucho en seguir su estrategia, saldrá por detrás de él tras su paso por boxes.

Axel iba con una estrategia diferente mientras seguía ganando posiciones. Cuando los coches que llevaba delante pararon, el piloto pudo subir el ritmo y rodar en aire limpio. Ya había llegado a los puntos, pero todavía no había hecho la parada.

El *undercut* de Fabian dio sus frutos y se hizo con la segunda posición, colocándose por delante del polaco; no obstante, con el

paso de las vueltas, el piloto finlandés se vio superado por el ritmo de su rival, perdiendo la posición y volviendo al punto de partida.

—Kowalski ha demostrado tener un mayor dominio durante toda la carrera, lástima por Fabian, que también estaba dejando ver su valía.

—Creo que al piloto finlandés le falta un poquito de valor para arriesgar por esa décima de segundo en cada curva.

—Tienes toda la razón. Cuando Johan Torger consiga encauzar a Axel Devin, Fabian se va a ver sobrepasado por completo.

—Ahí hay trabajo para largo, Vero —dijo Thomas entre risas.

—Sí, sí —confirmó la comentarista—, una cosa no quita la otra, pero fíjate en él. Salió desde última posición y ahí está ya en zona de puntos después de haber adelantado a media parrilla.

—No te olvides de que aún tiene que hacer una segunda parada; no creo que Hygge se arriesgue a ir solo a una.

Tal y como predijeron, Axel fue el último piloto en hacer la parada. La estrategia del equipo fue clara: parar tarde y conseguir rodar en aire limpio con neumáticos más jóvenes. A pesar de que tras el paso por boxes perdió un par de posiciones, saliéndose de la zona de puntos, tenía una oportunidad de remontar en las vueltas que le quedaban.

* * *

—Ya vemos la bandera a cuadros, vaya espectáculo de carrera acabamos de vivir. Walker cruza la meta en primer lugar y el rugido de los motores está ahogado por el clamor de la multitud. El australiano levanta el puño al cielo y se gana una gran ovación por

todos los aficionados. ¡Qué maravilla! Ha sabido manejar la presión y ha llevado a su equipo a la victoria.

—Un día glorioso para Quantum Racing, que asegura su dominio del campeonato tras su segundo doblete de la temporada. Una actuación impecable de ambos pilotos.

—¡Sí! Tres carreras, tres victorias por parte de Walker y tres podios de su compañero. ¡Es una auténtica brutalidad!

—Espero que los otros equipos se pongan las pilas y dejemos de ver este claro dominio.

—¿Te gusta la emoción, eh, Thomas?

—Por supuesto. No quiero ver veinticuatro victorias por parte del australiano esta temporada.

—Otro equipo que tiene que estar de celebración es Hygge. Fabian Anderson se ha hecho con la tercera posición y ha podido pelear con los Quantum muy de cerca, aunque hoy haya perdido. Sin hablar de la remontada de Axel Devin, que ha quedado en una merecidísima octava posición y ha podido arañar un par de puntos para su equipo.

—Este es solo el principio, señoras y señores. Con actuaciones como estas, la temporada promete ser una batalla épica. ¡Nos espera un mundial para la historia!

CLASIFICACIÓN 3

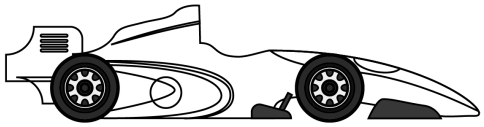
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	75
2	Jan Kowalski	Quantum Racing	51
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	42
4	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	38
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	22
6	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	22
7	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	20
8	Hans Müller	Vortex Engineering	20
9	Dibra Berisha	Starlight GP	5
10	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	3
11	Felipe Costa	Titan Performance	2
12	Kenji Yamamoto	Titan Performance	2
13	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	1
14	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	0
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
17	Mateo González	Velocity Dynamics	0
18	Andrés Fernández	Starlight GP	0
19	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	126
2	Hygge F1 Team	64
3	Phoenix Racing Team	58
4	Thunderbolt Racing	25
5	Vortex Engineering	21
6	Starlight GP	5
7	Titan Performance	4
8	Eclipse Motorsport	0
9	Velocity Dynamics	0
10	Nitro Racing	0

10



Axel

Abril 2025

Eran casi las ocho de la mañana cuando llegué a la sede de Hygge. Me había levantado muy pronto, había salido a correr y, después de una ducha, ya no tenía nada que me retuviera en casa. Sabía que a aquellas horas no iba a haber casi nadie, así que podría disfrutar de la tranquilidad para entrenar un poco. En dos semanas estaríamos viajando a China, y necesitaba tener mejores resultados lo antes posible. No podía seguir fracasando.

El piso que me había alquilado antes de empezar la temporada estaba muy cerca del centro de Londres, por lo que cogí el coche y conduje hasta Brackley bajo un cielo encapotado. No quise aparcar justo al lado de la sede principal, no me apetecía que todos supieran la cantidad de horas que tenía pensado pasar allí aquel día. Conduje casi un kilómetro más y aparqué cerca de un bonito parque. Tenía intención de aprovechar el camino para dar un paseo, estirar las

piernas y escuchar algo de música, antes de pasarme el día entero dentro de un edificio, privado de la luz del sol.

El fin de semana anterior, en el Gran Premio de Japón, no había tenido mucho que hacer. Había pasado desapercibido al conseguir una anodina sexta posición. El sábado había empezado con mal pie y había hecho una *qualy* de mierda. El domingo había podido recuperar dos posiciones, pero la carrera en sí había sido una procesión de coches, donde adelantar resultaba casi imposible. De no ser por la estrategia en boxes, habría acabado en la misma posición desde la que había salido.

Entré en el edificio y saludé a Thais, de seguridad, al pasar por la puerta. Era una señora muy agradable que siempre te recibía con una sonrisa en la cara. A pesar de que no habíamos intercambiado demasiadas palabras, me caía bien. Mejor que la mayoría en aquel lugar.

Si tenía suerte, no me cruzaría con nadie más hasta mucho más tarde aquella mañana. Subí por las escaleras hasta la última planta, donde se encontraba ubicado el simulador. Todas las luces de la oficina estaban encendidas, aunque no parecía que hubiera nadie sentado detrás de ninguno de aquellos ordenadores. Seguí mi camino, hasta que me fijé en él. Había escuchado los rumores que decían que Johan vivía allí, que era el primero en llegar y el último en irse, pero hasta que lo ví sentado en su silla, con dos vasos de café vacíos sobre la mesa, no me lo creí.

En su pantalla se podía ver una simulación de la aerodinámica de los pontones, y parecía estar estudiando los datos con mucha atención, ya que ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia. Pensé en acercarme a saludar, por eso de que no empezara a

cuestionar también mi educación; no obstante, parecía muy concentrado y no quería molestar, así que me dirigí a la sala de entrenamiento y cerré la puerta a mi espalda.

Un sentimiento extraño me removió por dentro. Siempre había pensado que Johan había elegido la ingeniería por la frustración que había sentido al terminar su carrera como piloto siendo un adolescente, no porque le apasionara estar del otro lado de la pantalla.

Saqué el teléfono y, por primera vez, busqué su nombre en Internet.

Las primeras noticias eran sobre el accidente que había tenido con diecisiete años en el que se había destrozado por completo la rodilla derecha. Había tenido que someterse a varias cirugías con el objetivo de volver a caminar. El periodista decía que le había quedado una ligera cojera, aunque yo no era consciente de ella. Tendría que fijarme más.

Había llegado a la F2 cuando todavía no había cambiado de nombre y se la conocía como GP2. No era hijo ni nieto de nadie, pero su padre le había inculcado su pasión por el mundo del motor. Supuse que sería bueno en lo suyo.

Los siguientes artículos ya eran más recientes e interesantes. Había estudiado en Berlín y en Oxford, antes de entrar como ingeniero en el departamento de motor. Después, lo habían puesto como jefe de desarrollo de motores y, ese último año, ya como jefe de equipo.

No sabía qué era lo que había esperado al buscar su nombre en Internet, y tampoco tenía claro que lo hubiera encontrado. Johan parecía haber seguido una trayectoria profesional al margen de su

vida en la competición. Quizás sí que le interesaba la ingeniería, después de todo. Quizás era algo más que un piloto amargado.

Justo cuando estaba a punto apagar la pantalla, un mensaje de mi padre captó mi atención:

Papá:

Espero que empieces a demostrar lo que vales.

No admitiré que sigas avergonzándome de esa manera.

Guardé el móvil en la mochila sin molestarme en contestar y me preparé para empezar a entrenar.

Aquella sala era el lugar donde más horas pasaba al día. Tenía un *cockpit* y tres pantallas alrededor que simulaban la sensación de conducir de la forma más real posible. Me puse las botas, las protecciones, el casco y me senté. Seleccioné la carrera de Mónaco, a pesar de que primero pasaríamos por otros circuitos. Aquel día el apellido de mi padre me pesaba un poco más.

* * *

El ruido de la puerta al abrirse, justo cuando había cruzado la línea de meta, me hizo apartar la vista de la pantalla un par de segundos. Johan me miraba desde el pasillo y parecía cansado. Tenía unas ojeras profundas e hinchadas, como si no hubiera descansado, y estaba muy despeinado. Parecía que acababa de pasarse las manos por el pelo, revolviéndoselo. Por algún motivo, le quedaba bien.

—¿No has salido de aquí en todo el día? —me preguntó cuando me quité el casco. No parecía querer matarme con la mirada—. Me ha llamado el preparador diciéndome que no te has presentado en el gimnasio.

Todos los días tenía largas sesiones de entrenamiento, pero ese día me había despistado por completo. A pesar de ello, Johan no parecía enfadado ni molesto. Me daba la sensación de que la pregunta era por pura curiosidad. Quizás no siempre me trataba con superioridad. O quizás algo había cambiado. Tal vez era yo, que no lo veía con los mismos ojos.

Cogí una de las toallas que estaban encima de la mesa y me sequé el sudor de la frente. Llevaba todo el día allí; solo había hecho un par de paradas para ir al baño y comer algo a mediodía. Ni siquiera sabía la hora que era.

—Bueno, quería practicar y me he despistado de la hora. Mañana intentaré recuperar el tiempo perdido en el gimnasio —respondí, tratando de que aquella justificación nos ahorrara una discusión a ambos.

El profundo rechazo que había sentido por parte de Johan desde el primer día que pisé la escudería tenía un claro porqué. Era un secreto a voces que Johan no me quería allí. Lo había oído hablar de mí un par de veces, siempre quejándose de algo; sobre todo, de mi actitud. El problema era que jamás había intentado saber un poco más de mí. Nunca le había preocupado si los rumores que había detrás de mi nombre eran ciertos o no. A él le daba igual.

También lo había oído mencionar que había conseguido ese puesto por mi apellido —aunque después me lo había dicho a la cara — y que no había hecho nada para merecer aquel asiento. Aquellas palabras me deberían de haber dolido menos. Después de toda una vida escuchándolas, podría parecer que uno llega a acostumbrarse, pero no era verdad. Me dolerían toda la vida.

Johan desvió los ojos a la pantalla y vio el nombre del circuito. Frunció el ceño antes de volver a fijar la mirada en la mía.

—Aún quedan meses para ir a Mónaco. —El circuito se solía correr a mitad de temporada; sin embargo, debido a una remodelación de una parte, lo habían pospuesto al antepenúltimo lugar.

—Lo sé, pero es una carrera importante para mí.

—Todas deberían ser importantes.

—Esta lo es un poco más —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Qué tiene de especial?

—Corro en casa.

—Pensé que era por algo más que lo evidente.

—Para mí es suficiente para dedicarle todo mi esfuerzo.

Johan se quedó un rato pensativo mientras yo recogía todas mis cosas. Sabía que quería decir algo más, pero era como si no se animara a hacerlo.

—¿Irá tu padre? —preguntó al final.

Johan desvió la mirada hacia la pantalla antes de volver a fijarse en mí. Noté un ligero temblor en su voz, apenas perceptible, cuando mencionó a mi padre, como si supiera que estaba tocando un punto sensible, pero no pudiera evitarlo. No estaba seguro de qué opinión tenía al respecto o si era de los hacía caso a los rumores que aseguraban que nuestra relación padre-hijo no era tan buena como se decía.

—Espero que no. —Esbocé una sonrisa, aunque fue fingida.

Por algún motivo, me sentía cómodo diciéndole la verdad. Era extraño poder hablar así con él.

Cuando me coloqué el reloj en la muñeca, me di cuenta de que pasaban de las diez de la noche. No había estado en muchos equipos, pero sabía lo suficiente como para decir que los jefes no solían trabajar tantas horas todos los días. Johan parecía muy entregado a Hygge. Llevaba más horas allí que yo.

—Creí que te gustaría compartir un momento así con él —añadió, y en aquella afirmación iban implícitas muchas preguntas.

Negué con la cabeza. No tenía por qué compartir nada con él, no le debía nada, y, aun así, sentí el impulso de sincerarme. De contarle que mi padre siempre había sido como una soga al cuello. Un peso muerto atado a los pies cuando me estaba ahogando.

—Creíste mal —respondí al final, concediéndole otra verdad—. Nos vemos mañana —añadí como despedida al pasar por su lado.

Mientras caminaba hacia la salida, el peso de mis pensamientos parecía hacerse más fuerte con cada paso. No era solo una carrera; era una lucha constante por encontrar mi propio camino sin decepcionar a nadie. Lejos de la sombra de mi padre.

11



Johan

Mayo 2025

Llevaba quedándome hasta tarde en la oficina desde hacía varios años, se había convertido casi en una costumbre. Me gustaba revisar la agenda para el día siguiente y contestar todos los correos electrónicos antes de irme a casa. El problema era que, por muchas horas extra que pasaba trabajando, la carga no disminuía. Cerré los ojos y me masajeé el cuello con las manos. Estaba cansado. Llevaba demasiadas horas sentado en aquella silla en una posición que me aseguraba fuertes dolores de espalda para el día siguiente. Me estiré contra el respaldo y miré hacia el reloj que había colgado en una de las paredes de la oficina. Eran casi las diez de la noche y, a pesar de ello, no era el único que seguía trabajando. Hacía un tiempo que me

había dado cuenta de ese pequeño detalle, y todavía estaba aprendiendo a lidiar con ello.

Después de apagar el ordenador, me levanté y fui hasta la fuente de agua que se encontraba en la zona de descanso. Cogí dos vasos y caminé por el pasillo, hacia la sala donde estaba el simulador.

No solía dejarme llevar por las apariencias, si bien tenía que reconocer que con Axel no había sido justo del todo. El chico se esforzaba más de lo que se podría esperar de cualquiera: entrenaba a diario más horas de las que debía, no ponía pegas si tenía que alargar alguna sesión de simulador o le cambiaban la máquina de entrenamiento. Todas las decisiones que se tomaran con el objetivo de hacerlo mejorar le parecía bien. En cuanto a seguir las recomendaciones mientras estaba en la pista, eso era otra cosa. Tan pronto como se subía al coche, se transformaba por completo, pero ya empezaba a darme cuenta de que, poco a poco, conseguiríamos hacer de él un buen piloto.

Di dos golpes en la puerta con los nudillos y abrí con cuidado, para no dejar caer el agua. Axel estaba en medio de una carrera, aunque en la pantalla se podía ver que apenas le quedaban un par de vueltas para terminar. Desvió la atención del simulador solo unos segundos para mirarme, y sus ojos no mostraron sorpresa alguna al darse cuenta de que era yo. Supuse que las visitas diarias que le llevaba haciendo desde hacía días habían hecho que la sorpresa desapareciera. No dije nada, no quería molestarlo, y esperé sentado en el suelo a que terminase, con la espalda apoyada contra la pared. Ese era nuestro pequeño ritual. Quería que se diera cuenta de que me interesaba todo lo que hiciera, y había llegado a la conclusión de

que aquella era una buena manera de hacerlo. Ambos estábamos poniendo todo de nuestra parte.

Tenía que hablar con el departamento de compras para que me pusieran un par de sillas en aquella sala, pues, a ese paso, iba a quedarme sin espalda y sin trasero.

Cinco minutos después, Axel se levantó del simulador y se quitó el casco y el *hans*. Después de secarse el sudor con una de las toallas, se quedó mirándome, expectante.

—Te he traído agua —dije señalando el vaso que descansaba encima de la mesa.

Otras veces le llevaba alguna bebida energética, un café o algo de comer. Aquel día se me había hecho demasiado tarde como para poder llevarle cualquier otra cosa.

No hice amago de levantarme. Tampoco hizo falta, porque el piloto ocupó el espacio que estaba libre a mi lado.

—Gracias —dijo antes de coger el vaso y vaciar el contenido de un solo trago.

Supuse que le había sentado bien, ya que se quedó mirando el recipiente vacío.

—Puedes beberte el otro también. He traído los dos para ti. —No era cierto, pero me hacía quedar mejor, y él parecía necesitar más hidratación que yo—. ¿Qué tal el entrenamiento? —Le hacía las mismas preguntas todos los días.

Qué tal la carrera. Qué tal el entrenamiento. Qué tal él.

La estrategia se me había ocurrido la semana anterior, justo después de abandonar el edificio pasadas las once de la noche. Axel se había ido a casa un rato antes que yo, pero ya empezaba a ser

costumbre que nos quedáramos solos hasta bastante más tarde de que cerraran el edificio.

Se me había pasado por la cabeza que, si aprovechaba esos momentos a solas, podría hacerle ver lo mucho que me importaba su progreso y que estábamos remando en la misma dirección. Aunque parte del problema hubiera sido mío, por haberlo subestimado desde el principio.

Axel se pasó el dorso de la mano por la frente, secándose las gotas de sudor que se seguían acumulado sobre su piel. A pesar de que en aquellos momentos el aire acondicionado estaba puesto, mientras entrenaba solía aumentar la temperatura de la sala para igualarla a las condiciones climáticas dentro del coche, lo que hacía que cada sesión fuera más dura de lo que parecía. Algunas veces, daba la sensación de que no había suficiente oxígeno allí dentro.

—Bastante bien, al menos en la carrera virtual.

—Las gráficas tienen buena pinta, y el ritmo es más que aceptable —lo halagué mientras revisaba los datos que seguían en la pantalla.

—A ver qué sucede el fin de semana.

—Seguro que va bien.

—Eso espero. —Se encogió de hombros, como si no tuviera muchas esperanzas puestas en la carrera.

En los últimos grandes premios, había quedado en quinta y sexta posición. Sabía de sobra que no era lo que él esperaba, aunque estaba seguro que lograría subirse al podio más pronto que tarde.

—Hablando de eso, Andrea me ha trasladado tu descontento por las mejoras implantadas en el coche de Fabian.

—Ya, bueno, en realidad no fue una sorpresa para nadie.

Parpadeé confuso. Sabía que no estaba contento; no obstante, lo que su voz denotaba era un resentimiento profundo.

—¿A qué te refieres?

—Tu descontento hacia mí no es ninguna novedad. Que solo implantéis las mejoras en su coche pero no en el mío, tampoco lo es. Da igual, intentaré hacerlo con lo que hay. Milagros tampoco sé hacer.

Su voz estaba cargada de amargura, y, en aquella ocasión, podría llegar a entender el motivo. Las mejoras en los coches podrían llegar a suponer un giro en el mundial. El objetivo siempre era mejorar el rendimiento y la velocidad del monoplaza, y unas décimas de segundo de diferencia podrían suponer una subida o bajada de posiciones considerable.

Una de las partes en las que más habíamos estado trabajando era la suspensión, que modificaría el equilibrio del coche, haciendo que fuera más manejable y aumentando la confianza de los pilotos.

Otra mejora eran los pontones y el alerón trasero. Para los primeros, habíamos aumentado la parte inferior, haciéndolos más ahuecados para incrementar el flujo de aire hacia la zona del radiador. En cuanto al alerón trasero, la nueva configuración lo hacía más eficiente y, según las simulaciones, nos permitirían ganar hasta dos décimas por vuelta en algunos de los circuitos más rápidos.

La idea inicial había sido implementar todas las opciones en los coches de Fabian y Axel al mismo tiempo, pero los plazos de entrega se habían alterado por una complicación en la fabricación de componentes, y solo se iban a poder instalar en uno de ellos. Después de valorarlo con Gjon y Andrea, habíamos llegado a la conclusión de que Fabian sabría sacarles más rendimiento. Por algo

era el primer piloto, el que más experiencia de los dos tenía y el que estaba consiguiendo mejores resultados.

Podría decirle que no había sido mi decisión; no obstante creía que una de mis funciones era asumir responsabilidades.

—Intentamos que llegaran los repuestos a la vez; sin embargo, lograr que nos fabriquen los componentes a tiempo es una guerra que no tengo ganada.

—Ya, lo entiendo. No pasa nada.

—Estás molesto, y no quiero que te lo tomes como algo personal.

—No puedo evitarlo. —Su confesión me pilló desprevenido.

A pesar de que nos habíamos ido acercando durante los últimos días, no solía ser tan abierto en cuanto a sentimientos se refería. Se giró hacia mí, y sus ojos azules me observaron sin mucho interés. Tenían un color único, y me daba la sensación de que trasmitían más de lo que él quería. Estaba seguro de que todavía me detestaba, aunque era como si ese odio inicial se hubiera rebajado poco a poco hasta ser más bien aborrecimiento.

—Sé que piensas que no te quiero en el equipo, y no te voy a mentir, al principio era así. —Me pasé la mano por el pelo—. Si me preguntas ahora, ya no considero que haya sido tan mala decisión. Y si me preguntas mañana, quizás hasta te confiese que estoy muy contento de contar contigo.

—Me reservaré la pregunta para entonces —respondió con cierto tono irónico.

—Me creas o no —continué—, las decisiones han sido estratégicas. Si hacemos cuentas, Fabian va por delante de ti en el campeonato, y, aunque en la práctica las diferencias son

inexistentes, la realidad es que tiene el primer coche. Sé que no te gusta la situación, y entiendo tu descontento, pero solo será una carrera. Luego volveréis a correr en igualdad de condiciones.

—Una carrera son muchos puntos.

El piloto mantenía la mirada fija en el vaso de papel que todavía tenía entre las manos y con el que llevaba jugando un buen rato. Sus reacciones eran intensas pero controladas, y le hacían parecer algo más mayor, más adulto.

—Lo harás bien, Axel —lo alenté con una palmada en la rodilla—. Prepara con Andrea la estrategia y todo saldrá bien —repetí, aunque no estaba seguro de si lo estaba intentando convencer a él o a mí mismo.

Gruñó como respuesta, todavía molesto, o tal vez demasiado cansado como para replicar.

No había sido una victoria, todavía quedaba demasiado camino por recorrer con Axel, pero, por primera vez, fui consciente de la luz al final del túnel. Si bien no la veía, empezaba a sentir que estaba allí.

12



Johan

Mayo 2025

Andrea me había trasladado, por tercera vez, las quejas de Axel sobre una holgura en el pedal del acelerador. Llevaba dos semanas quejándose de lo mismo, pero las telemetrías estaban perfectas. Me había encargado personalmente de revisarlas. No había ninguna señal que indicara que el pedal no estuviera funcionando con normalidad, y aquella mañana me tocaba hablar con él para intentar tranquilizarlo. Necesitaba que dejara el tema.

Me bebí el café de un trago, dejé la taza en el fregadero y empecé a prepararle la merienda a Aaron. Como era miércoles, le tocaba una pieza de fruta y un yogur. Abrí la nevera para buscar los

alimentos con la ligera sospecha de que no los iba a encontrar. Para mi desgracia, así fue.

—¿Qué te parece llevar un bocadillo de merienda? —tanteé.

Aaron levantó la vista del tazón de cereales que se estaba comiendo y me miró con el ceño fruncido.

—El día de bocadillo fue ayer.

—Lo sé.

—Me lo preparaste tú, ¿ya no te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, pero no tenemos ni fruta ni yogur para hoy.

El niño abrió mucho los ojos, como si aquella posibilidad no la hubiera contemplado. Luego se llevó la mano a la frente con gesto dramático, haciéndome sonreír.

—¿Somos pobres?

—No, no es eso; el problema es que no he tenido tiempo en toda la semana.

—Si no trabajaras tanto, tendríamos fruta y yogures.

—Te prometo que hoy al salir de trabajar pasaré por el súper, ¿vale? ¿Quieres que compre algo para la cena del sábado? —pregunté mientras sacaba dos rebanadas de pan y las rellenaba con jamón y queso.

Una vez preparado el bocadillo, lo envolví con una servilleta y se lo metí en la mochila. La profesora nos llamaría la atención por no mandarle la merienda que tocaba, pero había sido una situación imprevista.

—¿Hoy no me quedo contigo?

—No, cariño, hoy no. Hoy duermes con mamá.

Eran muy pocos días los que podía permitirme cuidar de él. Entre los viajes y las largas jornadas de trabajo, me resultaba imposible

dedicarle más de un par de horas a la semana. Aquel día había sido una pequeña excepción. Norma me había llamado la noche anterior para ver si me podía quedar con Aaron, ya que ella tenía una cita o algo así, y ni siquiera me lo había pensado. Todavía guardaba el sentimiento de que la tenía que compensar por todo lo malo que le había hecho pasar. Gracias a ello, había salido temprano de la oficina. Ni siquiera recordaba la última vez que había llegado tan pronto a casa en lo que llevábamos de temporada.

—¿Por qué?

—Porque tengo que trabajar.

—Mamá también trabaja y me cuida igual.

La culpabilidad me golpeó con fuerza. Aaron tenía razón. Le había dado prioridad a mi carrera desde antes de que naciera, y aquella vez no era diferente.

—Lo siento, peque, tengo muchas cosas importantes que hacer. Me toca trabajar hasta tarde, y mañana tengo que coger un avión; tenemos la carrera de Miami este domingo —expliqué, deseando que aquello fuera suficiente para él.

—Siempre tienes algo importante que hacer.

Las palabras salieron de su boca de forma tan natural que me di cuenta de lo normalizado que tenía que yo nunca estuviera.

Cerré los ojos un instante, intentando deshacer el nudo que se me había formado en el pecho. Me prometí a mí mismo que aquella sería la temporada en la que me haría con la victoria y compensaría todo el tiempo perdido.

El niño hizo un puchero; sin embargo enseguida se le pasó y siguió tomando el desayuno como si nada.

—¿Hablaste con Devin sobre esa cosa que te dije? —me preguntó al cabo de un rato, ya más tranquilo. Sus ojitos brillaron con emoción. Tenían el mismo color que los de su madre, un azul muy oscuro.

No pude evitar hacer una mueca ante su pregunta. Mi hijo estaba obsesionado con Axel. Tenía una camiseta con su nombre, la maqueta de su coche y la gorra con el número veintitrés. Además, se había empeñado en colgar en su cuarto un montón de pósters donde se veía al joven piloto montado en el coche. Parecía una broma de mal gusto, y no había sido capaz de hacer nada para remediarlo. Por suerte, ya no tenía su cara de fondo de pantalla de mi teléfono. Había que valorar cada victoria.

Lo había intentado convencer de que Fabian era muy buen piloto también, pero había perdido la batalla incluso antes de comenzar.

El problema había surgido hacía un par de días. Suponía que uno de los niños con los que Aaron compartía clase le debió de dar la genial idea de tener un autógrafo, y llevaba desde entonces con una camiseta de tamaño infantil en el maletero. Aunque en las últimas semanas Axel y yo habíamos hablado en múltiples ocasiones, todavía no había reunido el coraje suficiente para pedirle una cosa así. Me parecía algo muy personal, y nuestra relación ya era cordial, pero no tan cercana.

—Devin está entrenando mucho y no lo he podido ver. —La primera parte era cierta; la segunda, una cruel mentira—. Te prometo que será lo primero que haga en cuanto esté con él. —Otra mentira más.

Andrea me había propuesto falsear la firma, si bien me parecía tan ridículo que lo había descartado por completo. Que no

tuviéramos una relación digna de mención no significaba que fuera a negarme el autógrafo, ¿verdad? Quizás si aprovechaba para pedírselo durante alguna de nuestras charlas nocturnas en la sala del simulador, no se vería tan extraño.

Cuando volví a centrar mi atención en mi hijo, lo vi haciendo ruidos y moviendo dos galletas por la mesa como si fuera una carrera.

—¿A qué juegas?

—A los coches —respondió, y yo sonreí. No podía ser de otra manera.

—¿Ah, sí? ¿Y te lo estás pasando bien?

—¡Sí! Este soy yo —dijo enseñándome una de las galletas, mordida—. ¡Cumpliendo mis sueños con la ayuda de Axel!

Levanté las cejas sorprendido por aquel comentario. A saber dónde había escuchado algo similar…

—Termínate el desayuno ya, o llegaremos tarde al cole. Venga, espabila —añadí, señalando los restos de comida que todavía quedaban encima de la mesa y al medio tazón de leche que aún no había probado.

* * *

Después de dejar a Aaron en el colegio, conduje hacia la sede de Hygge. Era más tarde que de costumbre, y sabía que tendría que adelantar mucho trabajo si quería tener el fin de semana libre para poder dedicarle algo de tiempo de calidad a mi hijo. Solo tenía cinco años, y muchas veces le costaba entender que no pudiera pasar conmigo días o semanas, como hacía con su madre.

Fui directo hacia mi despacho, después de comprobar que Axel estaba por allí. Como siempre, se encontraba en el simulador. Era increíble la cantidad de horas al día que pasaba entrenando, una y otra vez, las diferentes carreras. Empezaba a pensar que detrás de toda aquella fachada de prepotente había un chico con verdaderas ganas de labrarse un nombre.

Estuve las siguientes dos horas preparando unas reuniones, revisando correos y hablando con mis ingenieros de cara a la próxima carrera. Cerca de la hora de comer, ya algo más relajado por la cantidad de trabajo que me había ido sacando, fui a hablar con el piloto. Ni siquiera tuve que preguntar dónde estaba, sabía de sobra que no se había movido.

Di un par de golpes en la puerta antes de abrirla, pero no recibí respuesta. No me había oído. Cuando sus ojos se encontraron con los míos a través del casco, puso un gesto extraño y pausó el simulador.

—¿Necesitas algo? —preguntó confuso.

Nunca pasaba por allí hasta última hora de la tarde.

—¿Te falta mucho? Me gustaría hablar contigo.

Axel frunció el ceño, pero aceptó sin mediar palabra. Se levantó del asiento y se quitó el casco y las protecciones.

—Podías haber terminado la vuelta —le indiqué—. No tengo nada de prisa.

—Da igual —respondió encogiéndose de hombros y restándole importancia—. Estaba haciendo un tiempo de pena.

Tenía el pelo húmedo y varios mechones se le pegaban a la frente por el sudor. Le lancé una de las toallas que estaban encima

de la mesa, a mi izquierda, y fui a coger una bebida isotónica de la nevera. Con ella en la mano, volví a su lado y le sonreí.

—¿Qué tal el entrenamiento? —me interesé mientras le tendía la bebida—. Omitiendo esta última vuelta.

—Gracias. —Axel terminó de secarse el sudor con la toalla antes de aceptar la botella y darle un buen trago—. Ha estado bien.

—Me alegro. Cámbiate con calma y vamos a comer. No tengas prisa. Cuando estés, ven a buscarme a mi despacho.

No esperé a que me contestara, me despedí con la mano y salí de allí mientras pensaba en cómo iba a plantear el problema. No me apetecía empezar una guerra aquella semana. No cuando parecía que habíamos avanzado varios pasos en la dirección correcta.

La cafetería a la que solíamos ir estaba justo en la planta baja, y era donde comía todo el personal que trabajaba en la sede. En algunas ocasiones, tras recibir una visita importante, íbamos a comer a un restaurante que estaba a diez minutos en coche, pero ese no era el caso. Teniendo en cuenta que Axel no se iba a tomar nada bien lo que le iba a decir, prefería hacerlo en un ambiente controlado.

—¿Nos sentamos en aquella de allí? —propuse señalando una de las mesas situadas al lado de la ventana.

Con un poco de suerte, le daría algo la luz del sol. El chico se pasaba tantas horas encerrado en aquel cuarto que era imposible que no tuviera déficit de vitamina D.

—Me vale —aceptó, encogiéndose de hombros.

Axel se sentó enfrente de mí, con el pelo todavía mojado de la ducha y vestido con el chándal rojo de la escudería. Tenía las manos cruzadas en el regazo y se mostraba cauteloso. Normalmente,

aquellas situaciones eran para echarle una bronca considerable, y supuse que era lo que se estaba esperando.

Una parte de mí se sintió culpable por haber causado esa impresión. Muchas veces lo olvidaba, pero no tenía ni mi edad ni mi experiencia, aunque no lo pareciera.

—He estado hablando con Andrea. Me ha dicho que sigues insistiendo con el tema de la holgura del pedal —empecé tanteando el terreno, quitándole hierro al asunto.

El piloto abrió los ojos, dándose cuenta de cuál era el tema que íbamos a debatir, y se le iluminó la cara. Tuve que contener una sonrisa ante aquel gesto tan espontáneo.

—¡Por fin! —exclamó echándose hacia delante y apoyando los codos sobre la mesa—. Andrea dice que son impresiones mías, incluso me ha mandado varios juegos de botas nuevas para probar este fin de semana, pero sé lo que me digo. Te juro que tiene una holgura.

—Los ingenieros han revisado todas las telemetrías, incluso yo mismo les he echado un ojo, y se ve que todo funciona de forma correcta —repliqué, y pude apreciar el momento exacto en el que se dio cuenta de la finalidad de nuestra conversación.

Desvió la mirada y negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—No me crees —repuso molesto mientras se dejaba caer de nuevo contra el asiento.

Me pasé una mano por el pelo y, esa vez, acorté yo la distancia, inclinándome sobre de la mesa.

—No es que no te crea, Axel, pero las evidencias son claras. El pedal funciona a la perfección; puede haber muchos motivos por los

que sientas que tiene una holgura, aunque no tiene por qué afectar a la conducción del monoplaza.

—¿Cómo cuál? Dime una. —Me miraba con gesto desafiante, y tuve que controlarme. No me gustaba cuando sacaba a relucir aquella actitud.

—Yo que sé, Axel, que no te hayas cortado las uñas de los pies.

Me miró como si no pudiera creerse que hubiera dicho aquellas palabras en serio. Me miraba de la misma forma que yo lo miraba a él.

—¿Es coña?

No me molesté en responder a eso.

—No sé por qué notas esa holgura, pero no existe —sentencié con toda la autoridad que tenía.

Asintió mientras apretaba la mandíbula. Parecía enfadado.

—¿Y cuál es tu solución?

—Espera a la próxima carrera.

—¿A la próxima carrera? —repitió, y me controlé antes de ponerle los ojos en blanco.

—Es la semana que viene. Si para entonces vuelves a sentir cualquier cosa en el pedal, lo cambiaremos todo.

A pesar de que no parecía muy convencido, asintió. Con aquel gesto, me quité un gran peso de encima. No necesitaba nada más. Conocía a alguien que también iba a estar aliviado.

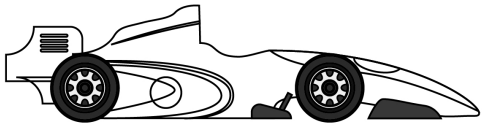
—No se lo vuelvas a mencionar a Andrea hasta entonces, ¿de acuerdo? —bromeé, aunque el chico ni siquiera esbozó una pequeña sonrisa.

—Ni una palabra.

Todavía tenía una actitud molesta que rozaba la cabezonería infantil, pero decidí considerar la conversación como una victoria y dejarlo ir.

—¿Qué quieres comer?

13



Axel

Mayo 2025

Iba a desmontar la puta pedalera de los cojones. Me daba igual que me pusieran el grito en el cielo; no me habían hecho caso y pensaba actuar en consecuencia. En esos momentos todos estaban ocupados, así que no deberían de interrumpirme durante un buen rato. Caminé a paso apurado hacia el box y, como había predicho, me lo encontré vacío.

Fui directo hacia el carro de herramientas y cogí todo lo necesario para desensamblar el morro. Mi padre me había enseñado lo suficiente de mecánica y, aunque era posible que tardara toda la noche, lograría montarlo y desmontarlo sin mucho problema. No tendrían por qué enterarse.

Justo cuando estaba a punto de empezar a aflojar el tornillo de la parte derecha, la puerta se abrió a mis espaldas. Cerré los ojos, derrotado, mientras esperaba la bronca que no tardó en llegar.

—La madre que te parió, Axel. ¿Se puede saber qué cojones haces? —La voz de Johan retumbó por todo el taller, asustándome.

Me pasé la mano por la cara. Vaya cagada. Vaya puta cagada.

Me giré despacio, todavía con la herramienta en la mano. No valdría de nada negar lo evidente; el ingeniero era demasiado inteligente como para creerse cualquier cosa que saliera de mi boca en ese momento.

—Te estoy hablando —me dijo serio, con los brazos cruzados a la altura del pecho y las piernas algo separadas. Aquella postura era sinónimo de autoridad.

Si lo conociera lo suficiente, diría que parecía traicionado, como si pillarme en aquella situación hubiera roto la pequeña tregua en la que nos encontrábamos. O quizás debido a que sí empezaba a conocerlo de verdad, pude identificar tan fácilmente lo que comunicaba su semblante.

Abrí la boca en varias ocasiones, pensando qué decir, pero ni un solo sonido salía de ella. Al final, dejé caer con cuidado la herramienta que todavía sujetaba y me sacudí las manos contra el pantalón, más por inercia que porque lo necesitara.

—Bueno, creo que la pregunta sobra, en realidad. —Sabía que aquella no era la forma de arreglar las cosas; aun así, era incapaz de cerrar la boca—. Me extrañaría que fueras el jefe de equipo y no vieras algo tan obvio.

En el fondo, no quería tener más problemas con él, pero no podía evitarlo. Había algo dentro de mí que me obligaba a llevarle la contraria. Me gustaba molestarlo. Quería saber hasta qué punto estaba dispuesto a ceder por mí. Lo había visto intentarlo durante

demasiados días, aunque no me valía de nada si, en el fondo, seguía siendo alguien sin valor para él. Un cero a la izquierda.

—Niño, no me toques los huevos —me advirtió, fulminándome con la mirada y señalándome con el dedo.

Hice una mueca y tuve que morderme la lengua antes de responder algo inapropiado que me trajera problemas de verdad. Me molestaba cuando me llamaba niño. Joder, lo detestaba con todo mi ser. Odiaba aquella condescendencia en su voz. No era un niño, había dejado de serlo hacía muchos años.

—A ti no te estoy tocando nada —contesté, y casi me arrepentí al momento, cuando vi que levantaba las cejas con gesto de sorpresa. Carraspeé y señalé el monoplaza, algo desesperado por cambiar de tema—. Hablé con Andrea, hablé contigo y con varios mecánicos. Todos me ignorasteis. He dicho que la pedalera tiene holgura, y, como no pensabais hacer nada para remediarlo, lo iba a hacer yo mismo.

Johan se llevó las manos a la cabeza. Nunca lo había visto tan enfadado; por un segundo, casi me arrepentí de haber tomado aquella decisión.

—¿Te estás oyendo? Porque empiezo a creer que vives en una realidad alternativa en la que sabes desmontar un coche.

Allí estaba otra vez, infravalorándome. Dando por hecho que conocía algo sobre mí o mi pasado.

¿De verdad se molestaba en escucharme cuando venía a visitarme después de los entrenamientos o solo era pura fachada? Había tantas razones por las cuales una disculpa hubiera sido la mejor opción que tuve que hacer todo lo contrario. No quería dejarlo pasar. Deseaba que me viera. Estaba desesperado porque lo hiciera.

Llevábamos semanas hablando, pero, a veces, me daba la impresión de que no había aprendido a ver todas las cosas que no decía en voz alta. Como si realmente no le interesara saber quién era yo de verdad.

No entendía de dónde salía aquella necesidad de reconocimiento. Johan no era mi amigo; sin embargo, tenía la suficiente relevancia en mi vida como para que su opinión importara.

Sabía que no me quería en el equipo, por eso, si conseguía que él se diera cuenta de lo mucho que me había esforzado por ese asiento, si reconocía que merecía estar allí, sería como una victoria contra mi padre.

Y yo siempre quería ganar contra mi padre.

—Por supuesto que sé. ¿Quién te crees que arreglaba mi kart cada vez que se estropeaba? Yo. ¿Quién echaba una mano a los mecánicos cuando competía en la F4? Yo. ¿Quién tenía un fórmula en casa para poder aprender? Yo. ¿Quién se sabe todas las putas piezas de este puto coche? Otra vez, yo. Yo, yo y yo. Podría hacerlo con los ojos cerrados. —Se había abierto una puerta dentro de mí y ya no podía parar de hablar. Iba a dejar salir toda la mierda—. Mi padre tiene varios coches en casa, y me hacía desmontarlos y montarlos hasta que me sangraban los dedos. Si no encontraba el fallo, no cenaba. Si me equivocaba en el diagnóstico, me daba con el cinturón en las manos. —Estaba hablando de más, lo supe en cuanto abrí la boca y lo confirmé cuando los ojos de Johan pasaron del enfado a la sorpresa. Odiaba darle pena a la gente, pero deseaba de verdad que se molestara un poco en conocerme a mí, en saber algo de la verdad que mi apellido ocultaba. No la de las revistas, ni la de las victorias. La real. La que me dolía. Decir

aquellas palabras en voz alta por primera vez fue como soltar un lastre que amenazaba con hundirme desde que era un crío—. Me da igual el protocolo, me da igual que quieras ver qué pasa. No pienso perder una carrera, o estamparme con el coche, por un error de tus mecánicos. —La voz me temblaba. Daba igual lo mucho que lo hubiera intentado, no éramos un equipo. Ninguno me había creído.

Y dolía. Joder, dolía más de lo que quería admitir.

Cuando terminé de hablar, me percaté de que el corazón me latía demasiado rápido y que tenía la respiración agitada. Me había alterado por completo. Le había alzado la voz y le había revelado cosas que nadie sabía. Me sentía frágil. Le había dado demasiado poder sobre mí. Me quería morir.

Si aquello era volverse transparente para alguien, no me gustaba la sensación. Johan me estaba mirando como si no lo hubiese hecho antes. Como si, después de todos aquellos meses, fuera la primera vez que se molestaba en ver un poco más allá. Su mirada se desvió de forma inconsciente a mis manos, aunque enseguida se volvió para mirar cualquier cosa, cruzando los brazos por detrás del cuello.

Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando en aquel momento.

Yo no era estúpido, sabía que muchas veces mi fama me precedía, pero no sabía gestionar todo lo que me pasaba de otra manera.

—Mierda, joder —susurró un rato después, y sonó como si estuviera maldiciendo. Resopló con intensidad antes de sacar su teléfono móvil del bolsillo. Tras teclear un par de veces, se lo llevó a la oreja—. Hola, Marcus, perdona que te moleste. No, no, para nada. Sí, lo sé. Necesito que vengas al taller y traigas a los chicos.

Tenemos que desmontar la pedalera del coche de Axel. Sí, lo sé, cambio de planes. Gracias.

Después de bloquear el teléfono, se lo volvió a guardar en el bolsillo y dejó escapar otro suspiro. Yo todavía estaba allí, quieto, sin saber bien qué decir, o siquiera si debía decir algo en realidad. Las manos me temblaban y tenía la respiración agitada, como si acabara de volver de una de mis sesiones de ejercicio diario.

Johan se acercó a mí mientras se remangaba la camisa hasta los codos.

—Los mecánicos estarán aquí en diez minutos. Revisaremos esa holgura que sientes y, cuando detectemos el problema, lo dejaremos corregido. Siento no haberte hecho caso antes. No volverá a pasar.

Lo había dicho con tanta seguridad que fue la primera vez en mi vida que me sentí escuchado. Que hablaba para alguien. Que a alguien le importaba lo que tuviera que decir, aunque hubiera hecho falta que me viera con una herramienta en la mano y escuchara los traumas de mi vida para lograrlo.

Aquella situación me estaba afectando más de lo que debería. Notaba un ligero nudo en el pecho y tuve que carraspear un par de veces antes de hablar.

—Gracias —dije con la voz tomada.

Johan me puso una mano sobre el hombro y apretó con firmeza sin dejar de mirarme. Parecía que sus ojos color miel podían atravesarme. El contacto, en vez de resultar molesto, me pareció tranquilizador.

—Puedes irte al hotel a descansar o quedarte aquí. Iré a buscar unos cafés para todos.

—Me quedo —dije convencido.

Necesitaba ver qué era lo que estaba mal y cómo lo solucionaban. Necesitaba asegurarme.

—Muy bien, vengo ahora. —Su mano ascendió hasta mi cuello, donde me dio un pequeño apretón antes de soltarme y dirigirse hacia la puerta.

No era nada extraño. Todos en el equipo nos solíamos abrazar o tocar. Era la forma que teníamos de felicitarnos cuando algo salía bien o consolarnos cuando algo iba mal; sin embargo, en aquella ocasión, lo había notado diferente. No solo porque fuera Johan el que lo hubiera hecho, que también, sino por la suavidad del gesto.

Nunca me había gustado esa cercanía. Era algo que llevaba tolerando desde niño por no sentirme aún más diferente. Si a ninguno de mis compañeros le desagradaba el contacto físico, ¿por qué yo no podía ser igual? ¿Por qué yo no podía amar el deporte, adorar los abrazos y divertirme cada fin de semana?

El problema fue que, por primera vez, no sentí rechazo ni el impulso de apartarme. Solo el calor de su tacto.

Me pasé las manos por el pelo, confundido, mientras mi mirada seguía fija en la puerta por donde se había ido el ingeniero.

No pude evitar quedarme pensando en él un buen rato.

Unas cuantas horas después, los mecánicos estaban terminando de montar el coche de nuevo. Habían encontrado que el muelle del acelerador estaba mínimamente gastado. Al contrario que el pedal del freno, el del acelerador llevaba un muelle de largo recorrido, lo que nos permitía a los pilotos controlar la velocidad del monoplaza. Marcus le había dicho a Johan que el desgaste era tan imperceptible que explicaba por qué las telemetrías no lo habían detectado.

Yo tenía razón, y esa sensación me calentó por dentro. Siempre buscaba validación externa, pero a veces me fallaba la más importante. La mía.

—Lo cierto es que no sé cómo Axel fue capaz de notar la holgura —le explicó el mecánico a Johan, enseñándole el muelle.

Aunque él no parecía estar haciéndole caso; me miraba como si fuera la primera vez que me veía.

—Gracias, Marcus.

—Ya lo hemos sustituido y dejado todo preparado para los libres de mañana.

—Perfecto.

Era tarde y debería estar durmiendo, no sentado en una silla viendo como terminaban de montar el coche para los entrenamientos del día siguiente.

Johan tampoco debería estar allí.

En cierta manera, me aliviaba saber que el jefe de equipo controlaba tanto y se implicaba hasta aquel punto.

Igual no era tan mala idea estar en su equipo.

Igual, si ambos poníamos de nuestra parte, podríamos lograr algo.

—Te debo una disculpa —dijo acercándose a mí.

—No te preocupes, no tiene importancia. —Para mí sí la tenía, pero decidí contestar con una mentira, sin saber el motivo. Me había salido sola.

—Sí que la tiene, y lo lamento, de verdad. Te aseguro que no volverá a pasar algo similar. La próxima vez, quiero que sepas que te apoyaré, independientemente de la locura que me cuentes.

—Vale. —No pude decir nada más. El nudo que tenía en el pecho me estaba dificultando hasta coger aire con normalidad.

Dos minutos después, cuando Johan se sentó a mi lado y me tendió un sándwich de la máquina, lo acepté con ganas. Habíamos estado tan absortos por la reparación que, cuando quisimos darnos cuenta, todos los locales de comida de la zona ya estaban cerrados y nosotros no habíamos cenado.

—No es gran cosa y está frío —me indicó mientras empezaba a abrir el suyo—, puedes meterlo en el microondas.

—Está bien así. —Lo abrí sin ningún tipo de reparo y me lo lleve a la boca, dándole un buen mordisco—. Gracias.

Johan tenía razón. No era gran cosa, aunque, con el hambre que tenía, no pensaba sacarle ningún pero.

Quizás todo sería diferente a partir de aquel momento.

Quizás sí que era cierto que ya no competía solo.

Quizás sí podría llegar a formar parte de un equipo.

CLASIFICACIÓN 6

Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	100
2	Jan Kowalski	Quantum Racing	98
3	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	91
4	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	79
5	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	56
6	Axel Devin	Hygge F1 Team	48
7	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	47
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	29
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	28
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	11
11	Dibra Berisha	Starlight GP	8
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	6
13	Felipe Costa	Titan Performance	3
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	2
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
17	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
18	Mateo González	Velocity Dynamics	0
19	Andrés Fernández	Starlight GP	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	198
2	Phoenix Racing Team	138
3	Hygge F1 Team	127
4	Thunderbolt Racing	84
5	Vortex Engineering	40
6	Starlight GP	8
7	Eclipse Motorsport	6
8	Titan Performance	5
9	Velocity Dynamics	0
10	Nitro Racing	0

14



Johan

Mayo 2025

Aquel día me había levantado con el pie izquierdo. Quizás que mi ánimo no estuviera como siempre después de los resultados del fin de semana también tenía algo que ver. Una quinta y sexta posición no eran terroríficas, aunque tampoco eran suficientes. Nadie estaba conforme con ellas, ni mis pilotos ni yo.

Después de que el despertador no sonara a tiempo y de haber tenido que recoger de mala manera todas mis pertenencias para ir al aeropuerto, nos informaron de que el avión se había retrasado. El cualquier otra situación me habría dado más o menos igual, pero las cosas con Aaron estaban más tensas que nunca y no quería hacerlo llorar.

Además, todavía tenía una sensación horrible en el pecho. La conversación que había mantenido con Axel se había estado repitiendo en mi cabeza desde el viernes y, cada vez que me despistaba, el recuerdo volvía una y otra vez. Metí la maleta de mano en el maletero del coche y me subí al asiento del conductor.

Tan pronto salí del *parking,* encendí la radio. Muchas veces tenía tantas cosas en la cabeza que tener algo de fondo era la única manera de desconectar un rato. Cambié de emisoras un par de veces antes de dejarlo en una cadena de deportes que estaban hablando de la Fórmula 1. No pude evitar quedarme escuchando al oír el nombre de mi piloto.

—Axel está haciendo una temporada francamente buena. —Era verdad—. Seis carreras, cuarenta y ocho puntos y un debut a la altura de su familia. ¿Cómo lo estás viviendo tú? —preguntó el locutor. Mis manos se crisparon con fuerza alrededor del volante al deducir que estaban entrevistando a Ross Devin—. ¿Qué sientes cada vez que lo ves subido al coche?

—Lo vivo con orgullo, claro, es mi hijo. Cuando se sube al coche, veo a un piloto que ha sido formado para esto desde el primer día. Para competir. Para ganar. Aunque todavía tiene mucho que demostrar.

Me pasé la mano por la mandíbula, notando cómo mis dedos se agitaban.

—Como *rookie,* las encuestas lo posicionan como uno de los mejores novatos de las últimas temporadas. ¿Crees que logrará grandes cosas este año? ¿Estás satisfecho?

—¿Satisfecho? —Ross soltó una pequeña carcajada—. No, todavía no. No con puntos, eso es ruido. No me sentiré satisfecho

hasta que gane el campeonato. Axel sabe perfectamente que corre para ganar, para construir un legado, y, si no lo hace, otro lo hará en su lugar.

Apagué la radio de un golpe mientras la bilis me subía por la garganta. Era un cabrón de manual. No podía creer que no me hubiera dado cuenta hasta aquel momento. Había estado completamente ciego. Sentí el impulso de hacer algo. Me había podido controlar hasta aquel momento porque, en el fondo, sabía que eso era lo correcto; sin embargo, después de escuchar las palabras que había soltado en la radio, me estaba replanteando todo. Me repetí a mí mismo que si Axel hubiese querido que todo aquello se hiciera público, ya lo habría hecho. Yo no quería ser otro problema para él, sino todo lo contrario.

Cuando llegué a casa, Norma estaba sentada en la mesa de la cocina. Aunque desde que había nacido Aaron no habíamos vuelto a estar juntos, le había dado una llave de la vivienda hacía un par de años, y me parecía un acierto. Me aliviaba saber que si llegaba tarde, cosa que ocurría con más frecuencia de lo que me gustaría admitir, al menos podrían esperar dentro.

—¡Johan! ¿Qué tal el viaje? —me saludó tan pronto me vio entrar por la puerta—. Hoy te has retrasado más de lo normal…

Se puso en pie para recibirme con un abrazo mientras hablaba, pero no la dejé terminar y evité su contacto.

—Quiero que tires todo lo que Aaron tiene en casa de Ross Devin —dije de forma abrupta, yendo hacia el fregadero y sirviéndome un vaso de agua.

Yo había sido fan del piloto durante demasiados años, y le había transmitido esa pasión a mi hijo desde siempre. En su habitación se

podían ver varios pósters y un par de maquetas, a los que el niño tenía mucho cariño. Por ese motivo, su madre me miró con gesto confundido.

El agua fría no sirvió para calmar la quemazón que sentía en el pecho.

—¿Ha pasado algo? ¿A qué viene eso? El niño lo adora.

Escuchar eso me removió todavía más por dentro. Axel se había sincerado conmigo de una manera que no esperaba. Me había pillado con la guardia baja y había tenido que controlarme para no hacer nada. Por un lado, me habría encantado plantarme en la casa de su padre y partirle la cara. Por otro, había querido abrazarlo y asegurarle que todo iba a ir mejor. Por razones obvias, no había hecho ninguna de las dos.

Su padre le hacía daño. Todavía no me lo podía creer. No sabía durante cuántos años había pasado, pero, en aquel momento, había empezado a entender muchas cosas.

Por ese motivo entrenaba siempre el circuito de Mónaco.

Por ese motivo me había dicho que no quería que su padre lo fuera a ver.

Por eso tenía esa obsesión tan grande de que todos estábamos en su contra.

No me podía hacer una idea de todo lo que había tenido que pasar.

Lo que no entendía era por qué no se había filtrado nada de aquello. Por qué todavía se seguía recordando al piloto como una leyenda. Tenía ganas de vomitar.

Lavé el vaso de agua sin molestarme en girarme hacia Norma, que sabía que estaba esperando una explicación a mi

comportamiento.

—Me da igual —contesté molesto, incapaz de ocultar el desagrado de mi voz—. Deshazte de todo.

—Necesito una explicación —insistió Norma, manteniendo una calma que a mí se me había resquebrajado por completo.

—Le ponía las manos encima. —Era tal el grado de repulsión que sentía que mi voz se rompía—. Tiene… Tiene las manos llenas de cicatrices. No me puedo imaginar lo que ha tenido que pasar durante toda su vida.

Ella me miró con horror.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién le pegaba a quién?

—Ross Devin a Axel, su hijo. El chico está en el equipo este año… —le expliqué, consciente de que ella no seguía la competición.

—¿Le pegaba? —Asentí; ni siquiera era capaz de pronunciar una palabra—. ¿Y cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho él?

Caminé hacia ella y me dejé caer sobre la silla, a su lado. Me llevé las manos a la cara y dejé escapar un gran suspiro.

—Es un piloto complicado, y hemos tenido nuestros más y nuestros menos desde que comenzó la temporada. Más bien, nuestros menos. El chico es irritante y no sabe seguir ninguna instrucción. Lleva saltándose las órdenes de equipo desde la primera carrera, y se cree que sabe más que los demás. Quizás por eso no le hice mucho caso cuando me comentó que no quería que su padre fuera a verlo competir. —Me llevé las manos al pelo, revolviéndolo, y me giré a mirar a mi exmujer, que me observaba con preocupación —. Lo pillé intentando desmontar el alerón delantero del coche hace un par de días porque no le hicimos caso. No sabes lo mucho que me enfadé. Pensé que estábamos en una especie de tregua. Llevo

semanas intentando acercarme a él, comprenderlo, pero perdí los nervios y le pregunté quién se creía que era. Me dijo que había montado y desmontado piezas hasta que le sangraron los dedos de las manos. Que su padre lo castigaba sin cenar si se equivocaba. Que le ha llegado a pegar con el cinturón… Y yo no sabía nada. ¡Nada! Ahora necesito pensar si en algún momento lo comparé con su padre. Si alguna vez le he dicho que era peor piloto o que todo lo que es era gracias a él… Me siento culpable. Me siento muy culpable, Norma, de verdad.

Ella me miraba con una mezcla de sorpresa y horror. Todo aquello era demasiado para procesar.

—No tienes nada que sentir porque no ha sido culpa tuya —me dijo unos instantes después, con la voz llena de determinación—. Era imposible que lo supieras.

—Lo sé, lo sé, pero, Norma, a mí me detesta, y, aun así, me lo ha contado. ¿Crees que necesita hablar con alguien? ¿Y si sigue pasando? No me puedo imaginar lo que ha supuesto para él crecer en un ambiente tan horrible.

—No sé ni qué decir —confesó.

Los ojos de Norma brillaban. Aunque nuestra relación no fuera tan cercana como hacía años, seguía conociéndola bien, e historias como aquella le rompían el corazón. Sobre todo desde que teníamos a Aaron en nuestra vida. Era como si todo cogiera más relevancia.

—No te puedes imaginar el dolor que había en su mirada cuando me lo dijo. No lo voy a poder olvidar en la vida.

—Madre mía, todo esto me parece inverosímil. ¡Ross Devin es toda una leyenda!

—¿Y qué tiene que ver? —pregunté enfadado.

—¿Por qué haría algo así?

—Ser una leyenda como piloto no te hace automáticamente buena persona.

—Eso está claro, aunque si su objetivo era que su hijo siguiera sus pasos, tenía otras formas de lograrlo.

—Es una basura de persona, pero el karma ya lo está poniendo en su lugar.

Había salido en prensa que el piloto tenía una enfermedad bastante grave y que pasaba largas temporadas en Suiza, en un centro médico especializado. No sabía cómo le estaba afectando aquello a Axel, pero intentaría hablar con él sobre el tema. Quería darle todo el apoyo que no le había proporcionado hasta el momento.

—Me dejas impactada. No sé qué decirte —susurró un rato después.

—No hay mucho que decir. Solo, por favor, encárgate de que desaparezca todo lo relacionado con ese hombre del cuarto de Aaron.

Norma asintió.

—No te preocupes por eso, aunque vamos a tener que hablar con el niño. No va a aceptar algo así sin ninguna explicación, y sabes que cualquier cosa que le digas podría salir a la luz. —Posó la mano sobre la mía—. Solo tiene cinco años, no va a entender la gravedad de los hechos.

—Creo que lo estás infravalorando. —Rompí aquel contacto de forma inconsciente. Hacía mucho tiempo que no buscaba, ni deseaba, una relación tan cercana con ella. No quería malos entendidos ni reproches. Ella siempre me importaría y estaría

presente en mi vida, pero solo por el bien de nuestro hijo—. Aaron es un niño inteligente para su edad. Aunque no le voy a contar todo, sí quiero que entienda que no podemos seguir admirando a alguien que no se lo merece.

—Me parece bien decidas lo que decidas —aceptó—. Espero que sepas lo que haces.

Estuvimos hablando del tema casi media hora más, con cuidado de que Aaron no escuchara nada de lo que decíamos. Iba a hablar con él, solo necesitaba tranquilizarme primero. Ninguno de los dos pensábamos que Axel siguiera pasando por aquellos abusos; aun así, tenía un nudo en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

Necesitaba sacarme al piloto de la cabeza, pero no confiaba en ser capaz de hacerlo.

Un rato después, salí de la cocina y fui al cuarto de Aaron, donde lo encontré jugando con los coches. En su mano derecha estaba el coche de Axel.

—Hola, peque.

—Hola, papi. ¿Juegas conmigo? —me preguntó con una sonrisa en el rostro.

Me senté a su lado en el suelo, sabiendo que debería tener muchísimo cuidado con las palabras que iba a elegir.

—Claro, pero antes quería hablar contigo de una cosa. —Aaron me miró con sus ojos azules demasiado abiertos, como si estuviera esperando una regañina por mi parte—. Este fin de semana me he enterado de una cosa muy muy fea sobre Ross Devin, y creo que es mejor que tiremos todas las cosas que tenemos de él.

El niño me observaba atento, como si fuera capaz de comprender la gravedad de la situación.

—¿Qué hizo? —preguntó, ya sin la sonrisa en la cara. Quizás mi rostro revelaba más información de la que podía controlar.

—Se portó muy mal, peque. Hizo cosas muy feas, cosas que hacen llorar a las personas. ¿Entiendes? —Asintió con cara de pena, como si se las estuviera imaginando—. Sabes que mamá y yo siempre decimos que hay que ser buenos, que no se puede tratar mal a los demás, por eso no nos gusta tener cosas en casa de ese señor.

—¿Y qué vamos a hacer con los coches? —preguntó con tristeza.

Le pasé una mano por la cabeza, apartándole los mechones de pelo negro de la frente.

—Yo creo que es mejor que los tiremos a la basura y que luego vayamos a la tienda a comprar unos nuevos, de otros pilotos. ¿Qué te parece?

Quizás no era la mejor forma de afrontar aquella situación, pero era algo demasiado delicado y no quería que se me fuera de control.

Unos instantes después, el niño asintió con convicción y se puso a recoger todos los coches que tenía de Ross Devin. No eran demasiados, aunque sí los suficientes como para que tuviera que hacer varios viajes hasta dejarme todas las maquetas en las manos.

—Gracias, peque, estoy muy orgulloso de ti.

Él no era consciente de lo que significaba para mí aquello que estaba haciendo. Era demasiado pequeño para darse cuenta.

—Papi…

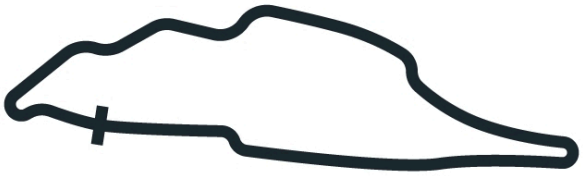
—Dime.

—Los coches que compremos, ¿pueden ser de Axel Devin? Él es una buena persona, ¿verdad? ¿Me puede seguir gustando? —preguntó, con la sonrisa otra vez en la cara.

Cómo no.

—Claro, pueden ser de Axel.

GP CANADÁ





Circuito Gilles Villeneuve

9 De Junio De 2025

—Vuelta cuarenta de setenta, y Fabian sale de boxes con duros —anunció Verónica acercándose al micro sin despegar los ojos de la pantalla—. Es su segunda y última parada; con estos neumáticos ya llegará hasta el final.

—Parece que Hygge está acertando con la estrategia —añadió Thomas—, y está haciendo que el piloto finlandés tenga opción al podio. El único problema que veo es que, al parar tan pronto, va a lidiar con algo de tráfico.

Se escuchó la radio de Fabian.

—*Estamos peleando por la victoria, intenta perder el mínimo tiempo posible con el tráfico* —le dijo su ingeniero de pista.

—¿Cuál es el siguiente?

—El Starlight de Berisha.

El coche verde todavía tenía algo más de un segundo de ventaja, pero, con la diferencia de ritmo que estaban teniendo, apenas habría confrontación.

—Recordar a los espectadores que, al no ser un doblado, es lucha por posición. Dibra no tiene por qué dejarlo pasar, y con lo bien que se llevan estos dos… —dejó caer Veronika con una sonrisa en la cara.

La mala relación que tenían los dos pilotos no era ningún secreto en el *paddock*. No sería la primera vez que los pillaban discutiendo en la calle de boxes o soltando algún insulto por la radio.

—Sí, pero, cuando llegue Fabian, Dibra no va a tener nada que hacer. Entre la diferencia de neumáticos y que esta no es su guerra, la piloto albanesa no debería perder tiempo en peleas absurdas.

—Fabian es el que irá con prisa para estar lo más cerca posible del Phoenix de Liam y el Quantum de Ethan. —Contra los que estaba compitiendo justo antes de hacer la parada.

Si Fabian conseguía aumentar su ritmo, podría hacerle un *undercut* al piloto australiano.

—Siempre y cuando Ethan Walker termine la carrera. No olvidemos que lleva tres sin conseguirlo.

—Quantum tiene el coche, aunque se les ha perdido la fiabilidad por el camino, y, a este paso, se les puede escapar el campeonato. En las últimas carreras, Fabian y Liam han acortado mucha distancia en el campeonato. Del mundial de constructores mejor ni hablar; han perdido toda la ventaja que habían acumulado en las primeras carreras.

—Mira, justo Fabian acaba de llegar a la horquilla —avisó Veronika al ver el monoplaza rojo a menos de un segundo del Starlight—. Ahora se comerá a Dibra y el siguiente será Axel. —Quien estaba justo por delante.

—Y con él —dijo su compañero, refiriéndose al piloto monegasco — sí que no perderá tiempo. Supongo que lo avisarán por radio para que lo deje pasar o lo llamarán a boxes.

—Hoy Axel está haciendo una carrera algo discreta; sin embargo, para ser su primera temporada, está teniendo algunos destellos. Se nota que está yendo de menos a más. Antes de que nos demos cuenta, lo veremos subido al primer escalón.

Thomas sonrió. Lo cierto era que tenía ganas de ver la primera victoria del joven piloto.

—Mira, Dibra le está aguantando en la recta a Fabian.

—Sí, se ve que los Starlight corren mucho en recta.

Dibra se movió al interior para protegerse, pero, gracias al DRS, Fabian pudo emparejarse con ella. El finlandés alargó la frenada para intentar adelantarla por el exterior y, durante un segundo, los comentaristas pensaron que lo conseguiría.

Dibra bloqueó en la frenada y se pasó el primer vértice, obligando a Fabian a saltar con el coche por encima de la banana del interior del segundo vértice. El piloto se quedó sin dirección en el aire y golpeó a Dibra, mandándola directamente al muro de los campeones.

—¡Sale el *safety car*! ¡Esto va a beneficiar a los que aún no han parado!

—Madre mía, qué tontería acaban de hacer.

La radio de Dibra se escuchó por la televisión mientras transcribían todas las palabras que salían de la boca de la piloto.

—*Maldito idiota*.

—*¿Estás bien?* —preguntó su ingeniera.

—*Sí.*

La radio de Fabian fue muy similar.

—Qué estúpida es, joder. Espero que le quiten todos los puntos de la superlicencia. ¡Hostia!

—Ninguno se ve demasiado contento —anotó Veronika—. Por suerte, Dibra parece que está bien, y Fabian podrá continuar la carrera.

—La mala suerte acompaña a Anderson, lleva el alerón medio descolgado. Sus rivales no solo van a poder hacer una parada casi gratis, sino que él tendrá que volver a pasar por boxes para cambiar el morro.

—Nosotros hablando de que entre esos dos hay rencillas y acaban obligando a salir al coche de seguridad.

—Era la crónica de una muerte anunciada.

—A ver si nos ponen las repeticiones para ver de quién ha sido la culpa.

En las pantallas se reprodujeron las imágenes del golpe entre Fabian y Dibra desde varias perspectivas, haciendo que los comentaristas se pusieran de acuerdo casi de forma instantánea.

—Berisha echó a Fabian en la entrada de la chicane, obligando al de Hygge a esquivarla, dejando el trazado.

—Exacto. Al pasar por encima de la banana, las ruedas pierden el contacto con el suelo, lo que hace imposible controlar el coche. En ese momento, el piloto se convirtió en un mero pasajero, con la

mala suerte de que, cuando volvió a la pista, lo hizo contra el monoplaza de Dibra.

—Era inevitable que la echara contra las protecciones. Por suerte, todo ha quedado en un susto y la piloto ha bajado del coche por su propio pie, aunque parecía cabreada.

—Normal, ha sido un pequeño error que la ha dejado fuera de la carrera.

—Bueno, es una zona conflictiva. ¡Cuántos grandes pilotos han acabado chocando en el mismo muro!

La carrera finalizó con la victoria de Liam, seguido por el Quantum de Ethan. Fabian, a pesar de que había estado luchando por la primera posición, había perdido mucho tiempo por el golpe con Dibra. Aunque intentó remontar al final, terminó cruzando la línea de meta en séptima posición.

CLASIFICACIÓN 7

Pilotos

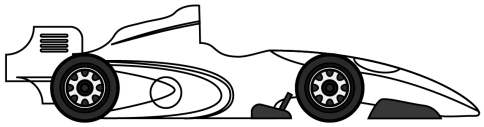
Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	106
2	Jan Kowalski	Quantum Racing	102
3	Ethan Walker	Quantum Racing	100
4	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	97
5	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	64
6	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	59
7	Axel Devin	Hygge F1 Team	58
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	54
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	34
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	11
11	Dibra Berisha	Starlight GP	10
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	6
13	Felipe Costa	Titan Performance	3
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	3
15	Mateo González	Velocity Dynamics	0
16	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
17	Omar Al-Farsi	Velocity Dynamics	0
18	Andrés Fernández	Starlight GP	0

19	Luca Bianchi	NitroSpeed Racing	0
20	David Johnson	NitroSpeed Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	202
2	Phoenix Racing Team	165
3	Hygge F1 Team	155
4	Thunderbolt Racing	98
5	Vortex Engineering	65
6	Starlight GP	10
7	Eclipse Motorsport	6
8	Titan Performance	6
9	Velocity Dynamics	0
10	NitroSpeed Racing	0

15



Axel

Junio 2025

El accidente había sido una locura. Tenían suerte de que ambos hubieran salido ilesos.

Era la primera vez que veíamos aquellas imágenes, y pude apreciar el momento exacto en el que Fabian se tensó a mi lado. Giré la cabeza para mirarlo y noté cómo se le crispó el rostro. Frunció el ceño antes de buscar el mando y retroceder los últimos segundos del vídeo, como si hubiera visto algo que se le hubiera pasado por alto hasta el momento.

Volvimos a ver el accidente, aquella vez a una velocidad más reducida, permitiéndonos apreciar cómo la rueda izquierda del Starlight golpeaba al Hygge.

Los dos habían llegado en paralelo a la última chicane. Dibra se había pasado de frenada y había empujado fuera a Fabian. Mi compañero había podido seguir con la carrera tras un paso por

boxes, mientras que Dibra había tenido que abandonar. A la piloto le habían puesto una sanción de cinco segundos que debería cumplimentar en el siguiente gran premio. Al final, los dos se habían visto muy perjudicados.

Tan pronto como terminó de reproducirse la grabación, mi compañero se puso de pie como un resorte y salió disparado hacia el pasillo. No me hizo falta pensar mucho para saber lo que iba a hacer, por lo que salí corriendo detrás de él.

Cuando llegue a su altura, lo agarre por la cintura, elevándolo en el aire. Fabian empezó a retorcerse y a gritar fuera de sí, hasta que acabó golpeándome con un codo encima del ojo.

—Joder, tío, relájate ya —protesté, afianzando el agarre.

—¡Lo has visto! ¡Has visto cómo me echó de la pista! ¡Esa gilipollas nos podía haber matado! —Siguió elevando cada vez más la voz.

Empecé a notar un hormigueo en los brazos debido a la fuerza que estaba haciendo para mantener a mi compañero agarrado para que no fuera a hacer una estupidez de la que se arrepentiría más tarde.

—Yo lo he visto, tú lo has visto y el equipo lo ha visto. Seguro que Dibra también lo ha hecho, pero eso no quita que lo que estás pensando hacer sea la mayor tontería que se te ha pasado por la cabeza desde que te conozco.

Notaba que algo caliente me resbalaba por la sien. Esperaba que fuera sudor por el esfuerzo y no sangre, aunque el dolor que sentía en la zona parecía indicar lo contrario.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados? —preguntó con la voz cargada de odio mientras seguía intentando librarse de mí—.

Tal y como está el campeonato, yo tengo mucho más que perder que ella. Un DNF para ella no es nada; para mí, puede ser la diferencia entre luchar por el mundial o conformarme con participar.

Luego decían que yo era impulsivo y egocéntrico, pero ese chico estaba empeñado en superarme. Lo empujé con fuerza hacia la puerta de una de las salas del *motorhome*. Después de tropezar y recuperar el equilibrio, se giró y me enfrentó con la mirada. Sus ojos se abrieron al mirarme la cara; parecía que el golpe que me había dado era algo más aparatoso de lo que pensaba. Yo me quedé en medio de la puerta, evitando que pudiera salir.

—Pues sí, quiero que te quedes de brazos cruzados, porque no puedes hacer otra cosa. Fue un accidente, asúmelo. Incluso aunque lo hubiera hecho queriendo, ¿quién te crees que eres para salir corriendo a buscar a Dibra? ¿Qué tenías pensado hacer cuando la tuvieras delante? ¿Eh? ¡Contéstame! —Estaba furioso, y mis palabras parecían cuchillos. A nadie le gustaba escuchar la verdad, y Fabian no era una excepción.

—No lo sé —dijo con un hilo de voz—. Tu ceja…

Su cara mostraba el arrepentimiento que esperaba que estuviera sintiendo.

Me llevé la mano a la cara y una punzada de dolor me hizo contraer el gesto. Cuando me miré los dedos, confirmé que estaban manchados de sangre. Vaya putada.

—Da igual, no es nada —dije quitándole importancia—. No te desvíes del tema.

Fabian resopló, cruzándose de brazos.

—Tú no lo entiendes —dijo con una sonrisita irónica.

—Explícamelo —exigí, y me sentí extraño al ser yo quien le estuviera hablando de ese modo.

Él tenía años de experiencia, era mayor y siempre se comportaba de forma correcta. Nunca lo había visto perder los nervios de una forma tan evidente.

—Este es el primer año que tengo una oportunidad para dejar de ser el piloto mediocre que siempre he sido.

—¿Y? Eso no te da derecho a comportarte como un gilipollas.

—Tú no lo entiendes —repitió una vez más—. Llevo tantos tantos años esforzándome por llegar a donde estoy, por conseguir algo de lo que sentirme orgulloso… que no pienso permitir que una piloto cualquiera me joda de esta manera.

Conocía aquella sensación, luchaba con ella a diario. El no sentirme suficiente, el querer llegar lejos, demostrando mi valía. Fabian era el que no entendía. Si quería joderla, allá él.

—Si quieres mandar a la mierda tu futuro, tú mismo. A mí me da igual. Si crees que enfrentarte en este estado a Dibra te va a traer algo que no sea mala prensa o una sanción de la FIA, es que no eres muy listo.

—¿Y qué cojones quieres que haga? ¿Me quedo aquí sentado esperando que lo vuelva a hacer? ¿Que me vuelva a echar?

—Acepta que todos cometemos errores, olvídate de ella y hazlo mejor la próxima vez. No me jodas, ni que nunca te hubieras topado con un piloto que no juega limpio.

Aquello pareció calar lo suficiente en su cabeza, porque no hizo amago de pasar por mi lado. De todas formas, todavía estaba demasiado alterado. Tenía los ojos rojos y la mandíbula apretada.

Además, no paraba de abrir y cerrar los puños, como si aquel simple movimiento lo ayudara a calmarse.

Fabian acortó los dos metros que nos separaban y pegó su pecho al mío. Durante una fracción de segundo, pensé que me iba a golpear de nuevo, pero se limitó a fulminarme con la mirada y a lanzarme una advertencia.

—Manténla alejada de mí, o no respondo de mis actos.

Luego empezó a alejarse con paso apurado hacia la sala de descanso.

—Qué maduro por tu parte… —murmuré una vez que lo había perdido de vista.

Sabía que Fabian estaba sometido a mucha presión. Llevaba recibiendo apoyo económico de otro piloto finlandés desde que era joven y, a pesar de que en aquel momento él se encargaba de hacer lo mismo con varias promesas del deporte nacional de su país, nunca había tenido la oportunidad de demostrarle a su mentor que estaba a la altura. Había hecho seis temporadas mediocres en la F1, y aquella era la primera vez que estaba obteniendo buenos resultados. Quizás no tan buenos como Ethan, pero el coche era rápido y disponía de una fiabilidad con la que otras escuderías no contaban. Era un secreto a voces que, con un mejor piloto en el equipo, estaríamos en cabeza del campeonato con facilidad; sin embargo, no era así. Yo era un novato, y él no era lo suficientemente bueno.

Entendía cómo se sentía, su frustración y sus ganas de hacer las cosas bien.

Toda la prensa alababa mi actuación en las últimas carreras, apreciando mi mejora, pero no le habían dedicado ni una sola

palabra extra a los podios de mi compañero. Cuando las cosas iban bien, era muy sencillo estar en el centro del ojo mediático. Escuchar palabras bonitas y halagos lo disfrutaba cualquiera.

Cuando las cosas empezaban a no ir tan bien, cuando todo se torcía, nada era tan sencillo. Dejabas de ser alguien importante a ser poco más de un despojo humano. Fabian estaba teniendo su momento, estaba corriendo bien y quería que todo el mundo hablase de él. No obstante, cuando todo aquello terminase y volviera a luchar por una posición media en el campeonato, querría pasar desapercibido de nuevo. Las cosas no funcionaban así, y era triste que no se diera cuenta. Si pasaba lo que él quería y luego fracasaba, la prensa se encargaría de despellejarlo por completo. No le quedaría nada.

Me llevé la mano a la frente y puse una mueca por el dolor que sentí.

El chico no era consciente de la suerte que tenía, y, aún por encima, el muy gilipollas me había destrozado la ceja.

16



Johan

Junio 2025

Me encontré a Axel sentado en una silla de la sala de reuniones del *motorhome* mientras Andrea le sujetaba una bolsa de hielo contra la ceja. En el regazo del piloto había una toalla blanca que había perdido su cualidad principal y tenía un tono rosado.

No iba a llegar vivo a final de temporada. Me matarían antes de un disgusto.

Me llevé la mano a la boca y me froté la mandíbula, arañándome la piel con la barba de un par de días que no había tenido tiempo de recortar. Me acerqué a ellos y, después de apartar la mano de Andrea, cogí la barbilla de Axel con cuidado y la giré hacia un lado para poder ver bien la herida. No era aparatosa, pero todavía le

sangraba un poco y tenía la zona bastante inflamada, como si se hubiera dado un buen golpe. Se había reventado la cara.

Di un par de pasos hacia atrás antes de girarme y llevarme las manos a la cabeza mientras caminaba hacia la ventana. Me quedé un rato así, en silencio, intentando pensar qué hacer con mi vida. Del otro lado del cristal se veía a la gente correr de un lugar a otro y, durante un segundo, sentí envidia de su tranquilidad. Cuando me ofrecieron el puesto, no me habían informado de todas las gestiones ajenas a la F1 de las que iba a tener que hacerme cargo.

Volví a girarme para enfrentarme al problema que me estaba esperando, que ni siquiera se había movido. Andrea, por el contrario, temblaba. Su cara estaba pálida y miraba hacia cualquier lado menos a la herida sobre la que estaba sosteniendo la bolsa de hielo. Sus manos se agitaban sin que pudiera hacer nada por evitarlo, y tenía una fina película de sudor cubriéndole el rostro. Entonces recordé que mi amigo tenía graves problemas para soportar la sangre.

Unos años atrás, en una cena, había visto cómo, cinco segundos después de hacerse un pequeño corte en un dedo con uno de los cuchillos, había caído inconsciente encima del plato.

Por otro lado, Axel me miraba con preocupación, con un gesto serio y cansado. Tenía los hombros caídos y parecía más afectado por mi reacción que por el golpe que tenía en la cara. Íbamos a quedar fatal con los patrocinadores. Esa herida no iba a pasar desapercibida para nadie.

—¿Cómo ha pasado? —pregunté casi cinco minutos después de haber entrado en la sala. Vi que Andrea tragaba saliva de forma continuada, y me dio la sensación de que se iba a desmayar en

cualquier momento—. Mejor ve fuera, anda. Ya me encargo yo de Axel —añadí, ocupando su lugar y empujándolo por la espalda para que saliera de allí.

—Lo siento mucho —murmuró Andrea mientras se precipitaba al exterior sin mirar atrás.

—Lo pondré como requisito a la hora de contratar a alguien en el futuro —bromeé, aunque mi estado de ánimo no varió ni un ápice.

Aparté la mirada de la puerta, ya cerrada, y me centré en el chico que tenía al lado. Una de mis manos sostenía la bolsa de hielo contra su ceja y la otra lo agarraba del cuello para mantenerlo inmóvil.

—Puedo sujetarla yo.

No me molesté en contestarle. Estaba enfadado y preocupado a partes iguales.

—¿Cómo te lo has hecho? —pregunté, y casi tuve que contener el aliento hasta oír su respuesta.

—Fabian —respondió.

La mano con la que sujetaba el hielo se deslizó por la herida, haciendo que pusiera un gesto de dolor.

Ya tardaba… Fabian solía mantenerse al margen de cualquier incidente. Hasta que no lo hacía y se convertía en el origen del mismo.

Era un buen piloto, políticamente correcto y, en el noventa por ciento de las ocasiones, se comportaba de forma adecuada. En el diez restante me gustaba englobar todas las cagadas que había hecho a lo largo de los últimos años.

—¿Qué le hiciste? —La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera pensar durante una fracción de segundo. Axel se puso de

pie de golpe, fulminándome con la mirada.

—¿Y por qué cojones piensas que fue mi culpa?

—¿No lo fue acaso? —Estadísticamente, era más probable que Axel fuera el causante.

—No me lo puedo creer. ¿Te has parado a pensar que no es mi puta culpa todo lo que pasa en este equipo? Te recuerdo que me habías dicho que ibas a confiar en mí, pero, a la primera de cambio, volvemos a las mismas.

La bolsa se había escurrido y acompañaba a la toalla en el suelo a nuestros pies. Era la primera vez en mi vida que no sabía cómo reaccionar y que no encontraba las palabras exactas que decir. El chico me estaba mirando de una forma tan distante, tan dolida, que me desarmó por completo. Mi mirada recorrió su cara, bajando hasta sus labios, los cuales tenía todavía fruncidos en una mueca extraña.

—No estoy diciendo que haya sido tu culpa, solo sé que dos personas no se pelean si una no quiere.

Axel se señaló la herida con el dedo, antes de continuar.

—Yo aquí no veo que haga falta más de una persona para pelear.

—Depende de cómo le hayas dejado la cara tú a él.

—¿Crees que le pegué? —Me quedé tanto tiempo en silencio que se sintió como una respuesta—. ¿No lo sabes? ¿Dónde está la confianza ahí? Pues no, no le he puesto una mano encima. Odio la violencia, no soy así, yo jamás le haría daño a nadie. Pensé que tú, mejor que nadie, me entendería. —En aquellas palabras estaba encerrado todo el daño que le había hecho.

Lo estaba mirando a los ojos y no supe qué decirle. Sabía de sobra que no era propio de Axel, y me jodía muchísimo haber

pensado que él podría haber hecho algo así. No cuando había tenido tantos problemas en casa relacionados con la violencia. Era como si, hiciera lo que hiciese, siempre encontrara la forma de cagarla de nuevo.

—Bah, paso —gruñó, empujándome con el hombro y dirigiéndose a paso apurado hacia la puerta.

No me lo pensé dos veces, di dos zancadas largas y lo agarré del antebrazo, bloqueando su huida.

—Lo siento, ¿vale? No tenía que haber supuesto nada antes de preguntar. Perdóname.

Aflojé el agarre sin llegar a soltarlo del todo. No quería que saliera de aquel cuarto antes de haber arreglado cualquier problema conmigo, pero no iba a retenerlo en contra de su voluntad.

—No tendrías que haberlo hecho, no. —Su voz sonó algo más relajada.

—Anda, siéntate de nuevo y cuéntame tu versión.

No lo interrumpí en ningún momento, escuché con paciencia mientras me narraba lo sucedido con todo lujo de detalles. Luego le prometí que me encargaría de hablar con su compañero y lo ayudé a ponerse unas tiras de aproximación en la ceja.

—En teoría, harán que la herida cicatrice mejor. No dejes que le dé mucho el sol si no quieres que te quede ninguna marca.

—Gracias.

A pesar de que como padre dejaba bastante que desear, me había visto en medio de varias situaciones donde Aaron había acabado herido de alguna manera: un rascazo en la rodilla, un corte en un brazo, un golpe en la cabeza… Y había aprendido las nociones básicas para poder limpiar y proteger las heridas.

Después de colocar la última tira, lo agarré de la barbilla y le giré la cara para ver cómo había quedado. No estaba perfecto, y debería ir a ver a una enfermera para que se lo colocara mejor, pero algo era algo.

Cuando desvié la mirada de la herida y me centré en sus ojos, me di cuenta de que el chico me estaba mirando con intensidad. Ya había pensado en más de una ocasión que el color de sus iris me parecía fascinante; en aquel momento, me quedé embobado mirándolo una vez más. Axel se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos y atrapando por completo mi atención. En ese momento, empecé a ser consciente de la situación en la que nos encontrábamos: los dos solos, cerca el uno del otro y con mi mano rozándole la barbilla. Di un paso atrás, rompiendo el contacto, mientras el corazón me latía algo más rápido de lo habitual. Todo aquello había logrado ponerme nervioso.

—No me gusta que desconfíes de mí —me confesó, y su voz sonó rasgada.

Abrí la boca, pero supe cerrarla antes de decirle algo inapropiado. Luego asentí.

—No volverá a pasar —aseguré, aquella vez con intención de mantener mi promesa hasta el final.

Entonces me di cuenta de que de la persona de la que tenía que empezar a desconfiar era de mí mismo.

* * *

Me encontré a Fabian tirado en el sofá de la sala de estar. Estaba boca arriba, con los brazos sobre la cara y moviendo la pierna de

forma nerviosa, casi compulsiva. No me hizo falta más que un vistazo para corroborar que estaba intacto.

—Fabian —cuando me encontré con su mirada, le hice un gesto con la cabeza—, a mi despacho.

Lo escuché resoplar y seguirme por el pasillo, arrastrando los pies. Al llegar, abrí la puerta y la sostuve para que el piloto pasara. Lo invité con la mano a sentarse en una de las sillas y ocupé mi lugar al otro lado de la mesa.

Había tenido muchas reuniones similares en lo que llevábamos de temporada, pero era la primera vez que el origen de ellas era Fabian.

—¿Qué ha pasado? —inquirí de forma seria, intentando mantenerme lo más neutral posible. Me di cuenta de que era capaz de mantener mejor las distancias con él que cuando tenía aquellas conversaciones con Axel. Era como si el joven piloto removiera algo en mí que los demás no eran capaces de alterar.

—Dibra me echó de la pista. Durante la carrera, llegué a pensar que había sido culpa mía, pero esta mañana estuvimos con Gjon y Andrea viendo las repeticiones, y fue demasiado obvio.

—Son cosas que pasan. No eres el primero ni serás el último al que un rival echa fuera.

—Lo hizo a propósito —gruñó, y sus manos se apretaron en dos puños sobre la mesa.

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos. Hasta él sabía que aquella conversación estaba siendo estúpida.

—La FIA la ha sancionado con cinco segundos. Si hubiera sido una maniobra peligrosa o a propósito, como tu dices, lo habrían hecho de forma mucho más contundente: con más tiempo o

retirándole algún punto de la superlicencia. No es la primera vez que tienes que enfrentarte a una situación similar, y puedo llegar a entender que en caliente dijeras o hicieras algo inapropiado. Montar este —agité los brazos mientras buscaba las palabras exactas — numerito una semana después, no tiene sentido. Y menos cuando le has destrozado la cara a Axel.

—Tienes razón. Lo lamento, es que… —Sus ojos ardieron de furia durante unos instantes. La situación con la piloto de Starlight me empezaba a preocupar.

—Es que nada —lo corté. Fuera lo que fuese lo que estuviera pensando, no iba a salir bien—. ¿Cómo crees que lo vamos a justificar? Tienes mucha suerte de que el incidente no haya trascendido.

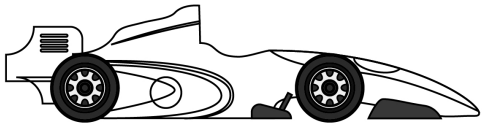
—No lo sé, lo siento.

No añadí nada más. No consideré que fuera necesario. Fabian era un chico listo, y esperaba que supiera encontrar el balance entre su vida personal y la profesional; si no, tendríamos que tomar cartas en el asunto.

—Discúlpate con Axel —añadí cuando estaba a punto de salir del despacho.

No me respondió y cerró la puerta a su espalda. Vaya día.

17



Axel

Junio 2025

Dibra estaba sentada a mi lado en la cama mientras veíamos un *reality show*. Aquella noche no me había visto con ganas de salir del hotel, y mi amiga se había apuntado al plan de ver la tele y no hacer nada. Llevábamos casi dos horas en aquella posición, y hubiéramos seguido otras dos más si no fuera porque llamaron a la puerta.

Los dos nos miramos, confusos. No habíamos pedido nada para cenar, y el servicio de habitaciones no pasaba por la tarde, así que solo podían ser un par de personas de nuestro entorno.

Ninguno de los dos se movió lo más mínimo, ni siquiera para hacer el amago de ir a ver quién era. Cuando volvieron a tocar, no tuve más remedio que suspirar y ponerme en pie.

—Tú no te muevas, no hagas nada, no vaya a ser que te lesiones —protesté caminando descalzo hacia la puerta.

—¿Hace falta que te recuerde que es tu habitación? No pienso abrirle la puerta a nadie. A mí no me están buscando, y, si lo hicieran, por razones obvias no llamarían aquí.

—Quizás alguien le dijo a alguien que estabas pasando el rato conmigo —teoricé justo antes de girar el picaporte y abrir la puerta.

En cuanto vi a Fabian allí de pie, entorné la puerta para que no pudiera ver el interior de mi cuarto. Nada más notar mi reacción, soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Sé que está ahí dentro y no voy a liarla, puedes estar tranquilo. Solo venía a disculparme. —Sus ojos se desviaron a la herida que ocupaba parte de la ceja y que ya se había empezado a hinchar un poco—. Joder, lo siento mucho. Vaya desastre te he hecho en la cara.

—No te preocupes, la tengo asegurada.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

No pude evitar sonreír.

—Sí, pero solo para accidentes más graves. Un codazo en la cara no me supone mucho problema. He tenido que posponer un par de sesiones de fotos de la semana que viene; por lo demás, solo te pasaré la factura de los analgésicos que me han recetado. —Me dolía más de lo que estaba diciendo, aunque no quería seguir complicando las cosas entre nosotros. Además, en un par de días ya se me habría pasado la hinchazón.

Sabía que había sido sin querer, y, en realidad, me habían dolido más las palabras que me había dicho que el propio golpe.

No hacía falta que expresara en voz alta lo arrepentido que estaba para que yo lo creyese. Fabian no era ese tipo de persona, y muchas veces callaba más de lo que decía, pero tenía buen fondo.

Solo hacía falta mirarlo a los ojos para ver lo mucho que lo sentía. Aun así, lo hizo igualmente.

—Lo siento muchísimo, Ax, de verdad, y no solo por el golpe, sino por todas las cosas que te dije. No venían a cuento y he pagado contigo una frustración que no te corresponde. Perdona.

—No pasa nada. No es que me quisieras hacer daño a propósito —intenté quitarle importancia; tampoco había mucho que pudiera hacer ya.

—Por supuesto que no. Reaccioné muy mal y no hay ninguna excusa. No haría daño ni a una mosca de forma consciente, ni siquiera a ella —dijo señalando con la cabeza al interior de la habitación—, que sabes que la detesto.

Parecía que la conversación que estábamos teniendo llegaba a los oídos de mi amiga sin problema, porque, en cuanto se dio por aludida, decidió intervenir.

—El sentimiento es mutuo, Anderson —dijo Dibra con la voz cargada de sarcasmo.

—Esto no va contigo, Berisha —protestó Fabian. Por unos instantes, temí que empezaran a tener una discusión a gritos.

Al ver que ninguno de los dos decía nada más, volví a intervenir.

—¿Tan fuerte fue la bronca de Johan?

Aquella pregunta pareció aliviar la tensión que había en el ambiente, haciendo que mi compañero esbozara una pequeña sonrisa.

—Por un instante, incluso pensé que me llamaría Axel. —Solté una carcajada—. En realidad, no fueron gritos ni malas palabras. Solo una pequeña charla.

—¿Una bronca amistosa? —pregunté divertido.

—Sí, algo así. Solo me hizo ver los hechos. De verdad que lo siento, Axel.

—No le des más vueltas al asunto. Está todo bien entre nosotros. Eso sí, dejaré que te encargues tú de responder las preguntas de la prensa.

Nos quedamos los dos en silencio, mirándonos, sin saber bien cómo seguir con aquel encuentro. Dibra estaba sentada en mi cama, al otro lado de la puerta, esperando por mí, pero Fabian no parecía que tuviera intención de marcharse. Que ambos decidieran pasar un rato juntos sin ser por obligación no parecía una opción; aun así, no pude evitar proponerlo en voz alta.

—¿Quieres pasar?

La duda cruzó por los ojos marrones de Fabian; para mi sorpresa, terminó aceptando.

—Si no os importa…

Parpadeé confuso, pero abrí la puerta y me eché a un lado. La cara de Dibra cuando vio entrar a su archienemigo en la habitación fue un poema, si bien la amenaza implícita en mi mirada fue suficiente para que no dijera nada.

Fabian se dejó caer en la butaca que estaba colocada justo al lado de la ventana y cerró los ojos, agotado.

—Hoy ha sido un día de mierda —proclamó al aire, sin dirigirse a nadie en concreto—. Y, aunque no me creáis, no ha sido por culpa de ninguno de vosotros dos.

Yo, que todavía estaba paralizado al lado de la puerta, caminé de vuelta a la cama y me dejé caer al lado de mi amiga, que tenía una expresión muy extraña, como si acabara de ver un fantasma. Para evitar que siguiera mirando a Fabian de aquella manera y este se

diera cuenta, le propiné un pequeño codazo a la altura de las costillas.

—Imbécil —susurró tan bajito que no estaba seguro de que hubiera llegado a emitir ningún sonido.

—Compórtate —vocalice con los labios; no quería que aquella aparente calma se convirtiera de pronto en un huracán.

—¿Habéis cenado ya? —preguntó Fabian, incorporándose del sofá y apoyando los codos sobre sus rodillas—. ¿Os apetece algo?

—¿Por qué ibas a querer ir a cenar a ninguna parte conmigo? —interrumpió Dibra, incapaz de mantenerse al margen ni un segundo más.

Dejé escapar un profundo suspiro al tiempo que me preparaba para la tormenta. Aquello no iba a terminar bien.

Para mi sorpresa, Fabian la miró unos segundos antes de encogerse de hombros.

—No te ofendas, no tengo ningún interés especial en comer contigo, pero estás aquí, y sería feo ignorarte mientras me voy con Axel. —Su voz sonó extrañamente calmada, y a mí todo aquello me parecía sospechoso—. O pedir comida para dos y dejarte mirando.

—¿Y desde cuándo te has vuelto tan civilizado? —Mi amiga parecía empeñada en hacerlo perder el control a cualquier precio.

—Desde que le dejé la cara así —contestó señalándome con el dedo— por tu culpa.

Una pequeña sonrisa se me escapó al oír aquellas palabras. Ya tardaban.

—¿Mi culpa? Yo ni siquiera estaba allí. —Dibra se había puesto en pie y sus hombros estaban tensos.

—No hace falta que estés en un sitio para molestar a la gente. La sola mención de tu nombre a veces es más que suficiente.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

—Eso solo pasa si se es un gilipollas de tu calibre. El resto de seres humanos no tienen ningún problema.

—Debe de ser que tienes una fijación insana conmigo.

—Ya te gustaría.

—¿Podemos volver al tema de la cena? —interrumpí el flujo de cuchillos que estaba volando de un lado a otro de la habitación sin ningún control, antes de que pasara algo grave de verdad—. Si ninguno de los dos está por la labor, puedo cenar solo sin ningún problema. Aunque no lo creáis, soy capaz de alimentarme sin compañía.

Me caían muy bien, de verdad, pero cuando se ponían en esa dinámica, acababan con la paciencia de cualquiera.

Al final, ambos cedieron y terminamos bajando al restaurante del hotel. El día siguiente era la primera ronda de entrenamientos libres de cara al fin de semana y había mucho que preparar si queríamos empezar a tener un papel decente en el campeonato.

Pedimos unas ensaladas mediterráneas con salmón, que era lo único que encajaba con nuestra dieta, y, después de cenar, terminamos sentados en una de las terrazas exteriores. No llegaba a hacer frío, si bien las temperaturas eran mucho más bajas de lo que cabía esperar a aquellas alturas del año. El cielo se había ido tiñendo de colores rojizos y anaranjados a medida que el sol se ponía en el horizonte; las vistas eran espectaculares.

—¿Alguna vez sentís que os habéis equivocado en todas las decisiones importantes que teníais que tomar en la vida? —La

pregunta de Fabian rompió el silencio en el que estábamos sumidos e hizo que mirara a mi compañero con preocupación.

No estaba seguro de qué era aquello que tanto lo atormentaba, pero aquellos comentarios sin contexto que llevaba diciendo los últimos meses me inquietaban.

—Yo siento que nunca he podido tomar esas decisiones, que siempre las han tomado por mí. —Quizás no debería de decirle aquello, aunque tampoco me apetecía tener que estar ocultando siempre todo.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Fabian, mirándome con el ceño fruncido y la confusión escrita en el rostro.

—Es una larga historia.

No hizo falta que dijera nada más; asintió como respuesta, como si aquello fuera suficiente para él.

—¿Y tú, Dibra?

No sé que me sorprendió más, que invitara a mi amiga a unirse a la conversación o que la llamara por su nombre.

—He cometido errores, como todo el mundo, pero tampoco creo que deba seguir martirizándome por ellos. Por mucho que me gustaría, no puedo hacer nada por cambiar el pasado y tomar otras decisiones, así que intento hacerlo lo mejor que puedo cada día. Al menos, intento no tropezar con la misma piedra dos veces.

—Entiendo. —Fabian tenía la mirada fija en el horizonte.

Estaba más serio y pensativo de lo normal.

—Me sorprende que seas capaz de entender algo tan profundo.

—Que hayamos hecho una tregua hoy, Berisha, no significa que seamos amigos. No te confundas —dijo con la voz afilada, como si se hubiera enfadado de repente y todo aquello le pareciera mal. El

cambio fue tan brusco que ni siquiera mi amiga fue capaz de replicar nada—. Axel, voy a irme ya a mi cuarto. Gracias por el rato, y de verdad que lo siento —añadió señalándome la ceja.

—No pasa nada. Está todo hablado.

—Nos vemos.

El piloto se marchó sin añadir nada más, dejándonos a Dibra y a mí sumidos en un silencio extraño.

—Ese tipo tiene demasiados problemas —murmuró ella un rato después. Yo no pude estar más de acuerdo.

Parecía que los dos teníamos nuestros propios demonios.

CLASIFICACIÓN 8

Pilotos

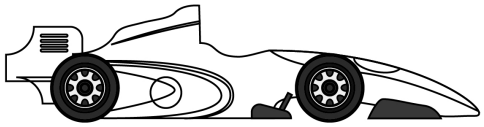
Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	131
2	Ethan Walker	Quantum Racing	118
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	112
4	Jan Kowalski	Quantum Racing	104
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	70
6	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	70
7	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	69
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	62
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	38
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	12
11	Dibra Berisha	Starlight GP	10
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	6
13	Felipe Costa	Titan Performance	3
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	3
15	Mateo González	Velocity Dynamics	0
16	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
17	Omar Al-Farsi	Velocity Dynamics	0
18	Andrés Fernández	Starlight GP	0

19	Luca Bianchi	NitroSpeed Racing	0
20	David Johnson	NitroSpeed Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	222
2	Phoenix Racing Team	200
3	Hygge F1 Team	182
4	Thunderbolt Racing	108
5	Vortex Engineering	74
6	Eclipse Motorsport	6
7	Starlight GP	10
8	Titan Performance	6
9	Velocity Dynamics	0
10	NitroSpeed Racing	0

18



Axel

Junio 2025

En cuanto llegué a casa, me tiré sobre la cama y encendí la televisión. A pesar de que era bastante tarde, no tenía sueño. En mi móvil había varios mensajes de Dibra y Fabian preguntándome qué hacía esos días y si me apetecía pasar el rato con ellos. Obviamente, de forma separada; juntos volvía a no ser una opción. No contesté a ninguno y pospuse esa tarea para el día siguiente. En aquel momento, estaba ocupado, necesitaba concentrarme.

El fin de semana había conseguido igualar mi mejor posición en lo que llevábamos de campeonato: un cuarto puesto, todavía demasiado lejos de la victoria, pero algo más cerca del podio. Me sentía bastante contento en general con el papel que había estado desempeñando hasta el momento. Había puntuado en todas las carreras, y se podría decir que era capaz de mantenerme constante;

sin embargo, Fabian estaba a años luz de donde yo me encontraba, y eso no me lo podía permitir.

Mi compañero había hecho cuatro podios en ocho carreras, y, aunque todavía no había cruzado la línea de meta en primer lugar, sabía a ciencia cierta que eso acabaría llegando tarde o temprano. Todos lo esperaban con ganas. El equipo entero llevaba trabajando muy duro los últimos meses para poder lograrlo.

Yo no solía permitirme sentir celos por los resultados de otras personas, y lo que me pasaba en aquel momento tampoco lo catalogaría como envidia. Me sentía un impostor, incapaz de probar lo que se esperaba de mí. El equipo quería que empezara a demostrar mi valía, y yo sentía que los estaba decepcionando, incluyendo a Johan. Él no me había dicho nada que me llevara a pensar eso, todo lo contrario; nuestra relación se había vuelto cada vez más cercana y estaba a punto de poder considerarlo un amigo. Debajo de aquella fachada seria, había un chico con sentido del humor, responsable, inteligente y capaz.

Quería acallar aquellos rumores que todavía seguían circulando sobre mí. Quería hacerle ver a Johan que había acertado al darme una oportunidad.

Ya cansado de lamentarme, busqué entre las sábanas deshechas el mando y le di a reproducir el Gran Premio de Canadá en la aplicación. El objetivo era enterarme de las cosas que se me habían pasado por alto, estudiar las estrategias de los otros equipos y, por qué no, ver desde fuera el ambiente en el *paddock* y los comentarios de los reporteros.

No tenía intención de quedarme a ver la repetición hasta el final, pero estaba tan concentrado que, cuando me quise dar cuenta, Liam

estaba subido sobre el morro de su monoplaza, con los brazos al cielo mientras su equipo lo celebraba con él. Ethan lo siguió poco tiempo después y los dos se fundieron en un cálido abrazo. No era ningún secreto que los dos pilotos se llevaban muy bien. Ya habían compartido equipo en el pasado e incluso había rumores de que sus familias celebraban las Navidades juntas. A mí me parecía fundamental tener una buena relación con tu compañero. Y, para acompañar a mis pensamientos, las cámaras enfocaron a Fabian, que acababa de pesarse y salía corriendo hacia el equipo para celebrar su merecido segundo puesto. El primero sobre el que saltó fue Gjon, su ingeniero de pista, mientras todos los demás le palmeaban la espalda. Después, fue directo a los brazos de Johan, en el cual no había reparado hasta ese momento. Pausé la grabación y me incorporé en la cama para prestar más atención a la imagen. Sabía que era él por la ropa que llevaba, pero, al mismo tiempo, estaba diferente. Nunca lo había visto sonreír de esa manera, enseñando los dientes, dejando al descubierto sus dos hoyuelos, mientras miraba al piloto con orgullo.

Tragué saliva.

Eso era lo que yo quería. Que alguien me mirara de esa forma.

Que él me mirara de esa forma.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. El cielo se encontraba nublado y había estado lloviendo, como casi la mayoría de los días en Londres, haciendo que el exterior se viera mucho más oscuro de lo habitual a esa hora. Notaba una sensación extraña en el pecho y tenía la necesidad de salir de casa.

Me notaba atrapado. Como si estuviera en una habitación sin puertas ni ventanas.

Saqué el móvil del bolsillo y dudé por unos instantes. Tanto Dibra como Fabian responderían sin pensarlo, pero el piloto llevaba unas semanas algo distante y enfadado con el mundo. No me apetecía discutir con él en aquel momento. Al final, le mandé un mensaje rápido a Dibra. Lo bueno era que, como la mayoría de las escuderías tenían su sede cerca de Londres, los pilotos solíamos vivir en la capital para poder entrenar en las instalaciones con mayor facilidad. En menos de media hora, estaba sentado en una cafetería con mi amiga al otro lado de la mesa.

Dibra movía la cucharilla de su café sin mucho entusiasmo. Para ella tampoco había sido un gran fin de semana.

—¿Cómo estás? —le pregunté un rato después, al ver que no decía nada.

La chica suspiró, desviando la mirada unos instantes hacia la ventana, donde la lluvia golpeaba con fuerza.

—Enfadada. Frustrada. Agobiada. Creo que terminaremos antes si buscamos sinónimos en internet —añadió con una pequeña sonrisa, intentando aliviar la tensión.

Dibra estaba haciendo todo lo que podía con su monoplaza. Aquel fin de semana había tenido su tercer abandono, y parecía que era incapaz de mantenerse constante en la clasificación. No tenía coche. No podía hacer mucho más.

—Ya, te entiendo. —No sabía qué más decirle.

—¿Me entiendes? Tienes un cochazo, Axel, y estás haciendo una temporada de locos. Deberías estar contento.

Claro que debería, pero no era capaz. Empezaba a sentirme harto de aquellos comentarios. Fabian también me los decía a diario, y yo sentía que estaban invalidando mis sentimientos.

Era complicado quejarse de algo con alguien que tenía mucho menos que tú, pero no estaba conforme. Todavía sentía algo dentro de mí que me obligaba a intentar ganar y labrarme un nombre, lejos del apellido familiar. Necesitaba separarme de mi padre de una vez. Que dejara de controlar el rumbo de mi vida. Sin embargo, nadie parecía darse cuenta del impacto que tenían aquellas palabras en mí. Del daño que me hacían.

—Sé que he tenido más suerte que tú, soy consciente. —Aunque no estaba enfadado, hablé de una forma más brusca de la que pretendía.

—Sabes que no lo digo por eso, Ax, de verdad que no —dijo, estirando la mano por encima de la mesa y agarrando la mía con cariño—. No me malinterpretes.

—No es que lo esté malinterpretando. Sé que tienes razón, sé que he tenido suerte de hacer mi año de debut con Hygge, lo sé, pero…

—¿Pero? —insistió al ver que no terminaba la frase.

Suspiré y me froté la cara con frustración. Sabía que, en el fondo, hablaba desde una situación de privilegio, y que mucha gente se podía ofender por mis palabras. A pesar de que Dibra conocía algo de mi historia, le había ahorrado las partes más turbias; no necesitaba que nadie más sintiera pena de mí.

—Pero las expectativas que todos tienen sobre mí me hacen odiar cada segundo que paso al volante. —Ya estaba. Lo había dicho en voz alta.

Mi amiga abrió los ojos, sorprendida.

—No tenía ni idea de que te sentías así.

—No me gusta que la gente crea que soy gilipollas. Sé que he tenido privilegios y que mi apellido me ha abierto muchas puertas. Si soy sincero, no hubiera podido hacerlo de otra manera. A veces lo pienso y, joder, ojalá pudiera haber elegido otra cosa. Ojalá me esperara otro futuro que no fuera seguir dando vueltas a un circuito. —Dibra me estaba mirando de forma tan fija que sentí que me traspasaría en cualquier momento—. Lo siento —añadí al ver que no decía nada.

—¿Qué sientes?

—Ser un desagradecido o no querer lo suficiente algo con lo que tú llevas soñando toda la vida.

Ella había tenido que luchar con uñas y dientes desde el primer día. Ser una mujer en un mundo de hombres le había dificultado dar cada paso, pero jamás se había rendido. Lo había dado todo.

Para mi sorpresa, me sonrió.

—No tienes que querer lo mismo que yo, ni quererlo con la misma intensidad. Aunque solo tolerases subirte a un coche para competir porque es lo que te da dinero a final de mes, estaría bien igual, y no tendrías que disculparte por ello. —Hizo una pausa antes de continuar—: No eres mejor ni peor piloto por haber tenido facilidades en la vida.

—Me he esforzado mucho para llegar hasta aquí, durante toda la vida, ya lo sabes.

—Claro que lo sé, y eres un piloto excepcional. Espero que no tengas dudas de ello.

—Creo que hay un par de personas que no estarían de acuerdo contigo —bromeé intentando quitarle hierro a la conversación. No me apetecía que se siguiera poniendo más intensa la cosa.

—Por lo menos, tú has terminado todas las carreras.

—Por el momento.

—Cierto, aunque espero que lo sigas haciendo tan bien como hasta ahora. Es más —dijo dando un pequeño golpe contra la mesa, haciendo que las bebidas vibraran dentro de las tazas—, espero que hagas que el imbécil de Fabian deje de quedar tanto en el podio.

Me reí y ella se me unió poco después. Aquella rivalidad me pillaría siempre en medio, pero, por lo menos, se habían tranquilizado un poco las cosas. Desde el rato que habíamos compartido aquella noche, hacía unas semanas, estaban en una guerra fría y se castigaban con la más absoluta de las indiferencias.

Durante las siguientes dos horas estuvimos hablando de todo y nada. Estar con ella era como un soplo de aire fresco, e hizo que el agobio que sentía se fuera disipando poco a poco.

Dibra era una persona excepcional.

Justo cuando nos encontrábamos decidiendo a qué restaurante iríamos a cenar, se había hecho tarde y ambos estábamos hambrientos, el teléfono me vibró en el bolsillo del pantalón.

Lo cogí por inercia, sabiendo que era extraño que alguien me llamara a esas horas, y el poco ánimo que había ido recuperando a lo largo de la noche desapareció al ver el emisor de la llamada: «Papá».

Sabía de sobra lo que me iba a decir. Mi padre había cogido la costumbre de llamarme todos los lunes a las diez de la noche, después de una carrera. En esa llamada me decía lo inútil que era y lo avergonzado que estaba de tener un hijo como yo, por mucho que cruzara la línea de meta en primera posición. Me preguntaba si,

durante todos aquellos años que había invertido en mí, no había aprendido nada.

Para mi alivio, esas llamadas se habían pausado después de mi debut en la F1. Parecía que ni siquiera encontraba las palabras para tal deshonra. Supuse que se le había pasado el enfado, o que esperaba conseguir algo de mi parte. Que fuera a cenar a casa algún día. Que le diera algún contacto. Que le hiciera un favor. Podía ser cualquier cosa.

Bloqueé el teléfono sin molestarme en responder. Era un problema al que me tendría que enfrentar tarde o temprano, pero prefería hacerlo al día siguiente. En ese momento, solo quería estar tranquilo y disfrutar de una cena con Dibra.

19



Johan

Junio 2025

El *paddock* era un auténtico caos aquella mañana, lleno de ingenieros y mecánicos corriendo de un lado para otro, ultimando los detalles antes de los primeros libres de la tarde. Pintaba que iba a ser un día largo.

En cuanto llegué al *motorhome*, me serví un café bien cargado y cogí el periódico que descansaba encima de la mesa. No tenía demasiado tiempo, pero necesitaba unos minutos de desconexión para enfrentarme al día que tenía por delante.

Estuve ojeando las noticias, pasando por alto las menos importantes y centrándome en la sección de deporte. Normalmente, el equipo de prensa me avisaba cuando iba a salir algún reportaje

sobre Hygge, por ese motivo, no esperaba encontrarme una sección entera sobre el equipo. Bueno, sobre el equipo no, sobre Axel. La cara del piloto ocupaba casi media página y, encima de esta, un titular bastante llamativo: Axel Devin, el niño prodigio.

Leí el artículo con una mezcla de hastío y curiosidad. Todo lo que se contaba allí eran palabras vacías sobre el piloto, pero llenas de intención sobre la persona que había dentro del mono. Les daba igual su carrera profesional, solo buscaban cotilleos y trapos sucios. En los primeros párrafos destripaban por completo su infancia: todos los torneos, los premios y las competiciones, aunque nada sobre los abusos de su padre.

Aquello no me sorprendió. Ross Devin había jugado muy bien sus cartas y seguía manteniendo su reputación intacta.

En los siguientes párrafos se hablaba de su vida sentimental, de las últimas parejas que había tenido, los restaurantes que solía frecuentar y su relación de amistad con el resto de miembros de la parrilla. Para acompañar a la narración, adjuntaban varias fotos en diferentes circuitos, donde salía hablando con otros pilotos e ingenieros del equipo. Y, para terminar, un repaso a los logros de su padre y de su abuelo en el mundo de la automoción. Un montón de palabrería vacía.

Suspiré indignado. Era cierto que su apellido le había allanado el camino, era el primero en reconocerlo, aunque el chaval tenía talento. Lo había comprobado con mis propios ojos. Su arrogancia era un problema, pero eso era un claro indicio de todo lo que había conseguido por su propio esfuerzo. Conocía lo suficiente a Axel como para saber que se dejaba la piel en cada carrera. Si yo estuviera en su lugar, también odiaría ser solo la sombra de alguien.

Dejé el periódico tirado encima de la mesa y suspiré mientras me pellizcaba el puente de la nariz con los dedos. A pesar de que quería ayudarlo, más que cualquier otra cosa, no sabía cómo hacerlo. Me gustaría que todos pudieran ver el esfuerzo y la constancia que llevaba teniendo el piloto desde niño. Las tormentas que había tenido que pasar y, a pesar de ello, mantenía la fortaleza mental para soportar que, día sí y día también, lo siguieran comparando con su padre, cuestionando su valía. Tenía que hablar con alguno de los chicos de *marketing*, seguro que se les ocurría algo para mostrar lo que había detrás de los pilotos de Hygge.

Después de beber el café, me dirigí a la sala de reuniones. Llegaba algo tarde, pero sabía de sobra que los chicos no me lo tendrían en cuenta. No pude evitar sonreír; algo bueno tenía que tener ser el jefe.

Casi tres horas después, con los hombros cargados y un ligero dolor de cabeza, aparqué el coche en el hotel donde nos hospedábamos. Cogí la cazadora del maletero y salí por la puerta de acceso hasta una de las calles colindantes. El sol apenas se sentía ya, y las temperaturas habían ido descendiendo de forma considerable. Metí las manos en los bolsillos y me dirigí hacia un parque que había visto la noche anterior desde la habitación. Necesitaba pensar. Después de subir durante casi media hora un montón de cuestas y escaleras, llegué al sitio que estaba buscando: una zona tranquila, llena de naturaleza y con unas vistas preciosas de la ciudad de Montreal.

Miré la hora en el móvil y maldije en silencio. Siempre que estaba lejos de casa, me gustaba encontrar algún momento para hablar con Aaron, aunque aquel día no iba a ser posible. Quería estar presente,

pero, por un motivo o por otro, nunca podía. Y a pesar de que en aquel caso la diferencia horaria no era el problema, las responsabilidades eran una mierda.

Para mi alivio, tenía un audio de varios minutos de mi hijo, lo que me sacó una pequeña sonrisa. Me dirigí hacia uno de los bancos de piedra y, tras comprobar que estaba algo sucio, me senté en el respaldo. Estaba cansado; no, estaba agotado. Durante una fracción de segundo, pensé que, si cerraba los ojos, me quedaría dormido en aquella posición, con los codos sobre las rodillas y el teléfono entre las manos.

Sin querer dilatar mucho el momento de volver al hotel, le di a reproducir y me acerqué el móvil a la oreja cuando escuché la voz de mi hijo.

—Hola, papi, mamá dice que hoy tienes mucho trabajo con Devin y que por eso no pudiste llamarme. No pasa nada, no estoy enfadado. —Me sentí mal por ser tan ausente, por no estar nunca a su lado, por no ser el padre que Aaron se merecía. Durante los siguientes minutos, el pequeño me relató todo su día, incluyendo las series de dibujos que había visto. No parecía molesto; era un niño, pero no hacía falta que lo expresara con palabras. Él me quería allí, con él. Donde debería estar. Donde, en el fondo, quería estar—. Nos vemos pronto, te quiero. —Se escuchó el sonido de un beso antes de que el audio se cortara.

Resoplé y me llevé las manos a la cara, pinzándome el puente de la nariz.

Era un egoísta, siempre lo había sido.

El mundo que yo conocía se había terminado un veinticinco de noviembre de 2014, después de aquel accidente. Cuando me vi

incapaz de sentarme de nuevo en un monoplaza sin que me temblaran las manos, algo dentro de mí se había quedado en pausa; era como si la vida siguiera para todos menos para mí. Llevaba diecisiete años viviendo por y para ser piloto. Mi vida eran las carreras, el rugido del motor, la adrenalina. Todo se había terminado de golpe. Ya no sabía quién era. Solo quedaban los restos de un piloto cojo que jamás sería importante.

Nadie te enseña a sobrevivir después de perder algo que amas.

Estaba tan perdido… Había cogido toda esa rabia que llevaba dentro y había buscado otra salida, otra oportunidad pero con la misma meta. Había hecho todo lo que había estado en mi mano para salir adelante, empezando de cero. Había tenido todo tipo de trabajos, había dormido en el suelo del taller, me había tragado años de ser invisible…, buscando desesperadamente una segunda oportunidad de triunfar. En ese mundo, si no llegas a la cima no eres nadie, y yo no quería ser un nombre más. Yo quería ser importante.

Quizás por eso me había obsesionado tanto con la meta, porque, si triunfaba, al menos una parte de mí se redimiría. Al menos podría mirar atrás y pensar que no todo había sido en vano.

Sin embargo, en esa carrera a la cima, había perdido cosas que no iba a poder recuperar. Buscaría algo con lo que comprar el perdón de mi hijo, como hacía siempre, aunque sabía a ciencia cierta que, algún día, cualquier cosa material que le llevara sería insuficiente. Tal vez, algún día, todo aquello tampoco sería suficiente para mí. Tal vez ya no lo era.

Suspiré intentando camuflar la desazón que sentía en el pecho y le mandé un par de palabras a mi hijo relatándole los mejores momentos del día. A pesar de que me costó mantener la sonrisa en

la cara durante todo el audio, lo hice con la intención de que me notara lo más alegre posible. Los niños a veces tenían un sexto sentido para detectar ciertas cosas, y no quería preocupar a Norma. Ella se merecía estar tranquila, sin tener que escucharlo hablar de mí todo el día.

El paseo de vuelta al hotel fue tranquilo y me ayudó a despejarme un poco. Estábamos casi en mitad de la temporada, todavía había mucho campeonato por delante y, a pesar de que no nos iba del todo mal, no podía permitirme tener otras preocupaciones en la cabeza. Cuando finalizara la temporada, tenía intención de sentarme a pensar y tomar decisiones sobre mi futuro. Mientras tanto, prefería apartar aquellos pensamientos a un lado.

* * *

Nada más llegar al circuito, me dirigí al box. La noche anterior, tumbado sobre la cama mientras notaba cómo los remordimientos me carcomían por dentro, se me había pasado una idea por la cabeza. Una estupidez. Algo que no debería hacer, pero allí estaba. Haciéndolo.

—Ey, Axel, ¿tienes un minuto?

El piloto levantó la mirada de su teléfono y arqueó las cejas al verme.

—Claro, dime.

Me pasé la mano por el pelo, algo nervioso de repente.

—Tengo que hacer un soborno y necesito una gorra. ¿No tendrás una por ahí que te sobre?

Axel, en su tiempo libre, siempre llevaba una gorra negra con el logo de un patrocinador en la parte delantera. Era llamativa y

discreta al mismo tiempo, y Aaron estaba obsesionado con ella. Norma había intentado conseguir una parecida en la web de la marca, pero siempre estaba fuera de *stock*. El chico tenía demasiados seguidores en redes sociales que agotaban cualquier cosa que publicitase minutos después de su lanzamiento. La noche anterior, se la había visto puesta en el *paddock*, y, aquella mañana, había subido una historia a Instagram con ella. La tontería de subir fotos aleatorias con aquella gorra se había vuelto una especie de icono entre sus seguidores, los cuales habían cogido la dinámica a la perfección y no paraban de etiquetarlo cada vez que la usaban. Sabía que Aaron estaría encantado de tener aquel complemento.

Axel asintió sin darle mayor importancia. Estaba demasiado concentrado preparándose para los entrenamientos libres que empezarían en pocos minutos.

—Cuando vayas al *motorhome*, vete a mi cuarto. Hay una caja con ellas. Pilla la que quieras.

—Gracias.

No me contestó y empezó a colocarse el *hans* y el casco. Admiraba su forma de abstraerse justo antes de subir al coche, y, a decir verdad, yo no tendría que estar molestándolo con algo como aquello.

Suspiré y me dejé caer en una de las sillas.

Sabía cómo era la gorra, pero, llegado el caso, prefería tener una imagen a mano para no confundirme, así que saqué el móvil.

Mentiría si dijera que no seguía al piloto en sus redes sociales. Lo había empezado a hacer unos meses atrás y, bueno, cotilleaba las fotos que subía bastante más a menudo de lo que me gustaría reconocer.

Al contrario que mi perfil, donde la calidad de las imágenes brillaba por su ausencia, el del piloto era todo lo contrario. Todas tenían la misma edición, como si fuera necesario dejar patente su marca personal en todo lo que hacía. Quizás era así.

Al principio, me había autoconvencido de que solo revisaba su cuenta para tenerlo controlado, aunque, a esas alturas, tenía que reconocerme que era porque me importaba. Me preocupaba que estuviera bien; a pesar de que nuestra relación se había ido estrechando con el paso de los meses, todavía no se podía considerar cercana y, aun así, algo me motivaba a estar pendiente del teléfono cuando no lo tenía cerca.

En una de sus últimas publicaciones, se le veía con el casco puesto y la visera levantada, haciendo que todo girara en torno a sus ojos. Era una foto buena, y mi pulgar fue directo al corazón para dejar u*n like*.

En ese momento, fui consciente de lo que estaba haciendo y cerré la aplicación de golpe, antes de dejar la evidencia, olvidándome del objetivo que tenía en mente. Me guardé el teléfono en el bolsillo trasero de mis vaqueros y me dispuse a hacer como que no había pasado nada.

* * *

Al día siguiente, en cuanto entré en el *motorhome*, vi a todos los ingenieros ocupados preparando los últimos detalles para la clasificación de la tarde. Saludé a todo el mundo y me dirigí al piso de arriba, donde se encontraban las habitaciones que los pilotos usaban para descansar mientras estaban en el circuito. Antes de llegar a los propios cuartos, que eran de uso privado de cada piloto,

había una pequeña estancia con un sofá y una mesa con sillas, donde muchas veces solíamos comer algo. No había mucha gente que pasara por allí, así que no me sorprendió encontrarla vacía. Axel debía de estar descansando, ya que la puerta se encontraba entrecerrada y sus cosas estaban tiradas por ahí. Fabian, por el contrario, estaba con Gjon en la planta baja, revisando unos datos de última hora. De forma automática, recogí un par de cosas que estaban tiradas por el suelo y las dejé encima de la mesa. La costumbre de recoger los juguetes de Aaron me acompañaba hasta en el trabajo.

Despacio, sin hacer ruido, me acerqué a la habitación y asomé la cabeza. Axel estaba tirado en la cama, bocarriba, con los ojos cerrados. Tenía un brazo por encima de la cabeza y otro apoyado sobre el pecho. Parecía que el sueño lo había asaltado sin preaviso, ya que todavía tenía las zapatillas de deporte puestas y la pantalla de su móvil se encontraba iluminada, como si estuviera reproduciendo algún vídeo. Era sorprendente verlo de aquel modo, vulnerable, agotado, cuando siempre iba a todas partes lleno de energía y confianza. El día anterior había sido muy largo, y él se había esforzado más que nadie. Buscaba el podio con desesperación, y tenía que reconocer que iba por buen camino. Tiré del pomo de la puerta con cuidado para cerrarla y que tuviera la mayor tranquilidad posible. En apenas media hora, tendría que empezar a prepararse, pero, por el momento, podía seguir descansando. Se lo merecía.

Me giré en redondo, contemplando la habitación. Lo cierto era que iba a tener que llamarles la atención porque estaba todo hecho un desastre: ropa por el suelo, restos de comida encima de la mesa, varios pares de zapatos colocados sin ningún cuidado… En ese

momento, localicé una caja llena de gorras, colocada a un lado del sofá. Vaya golpe de suerte, ni siquiera iba a tener que volver a por ella más tarde. Empecé a buscar la que le gustaba a Aaron mientras pensaba que a Axel le harían falta varias cabezas para poder darles un buen uso a todas. Había más de cincuenta y de todos los colores.

Al final, encontré la que estaba buscando y, por suerte, tenía dos. Elegí la que estaba más desgastada, incluso un par de hilos sueltos salían del bordado del logo. Aquello era perfecto: a mi hijo le daría igual y Axel no la echaría en falta.

A última hora del día, regresé al *motorhome* para hablar con Andrea. Para mi desgracia, ya se había ido al hotel.

Lo que sí me encontré fue a Axel revolviendo todo.

—¿Qué haces? —pregunté preocupado.

—Creo que tengo un mal de ojo —respondió el chico, haciendo que se me escapara una pequeña carcajada—. No te rías de mí, es cierto. No encuentro mi gorra por ninguna parte, y también he perdido tres bolis, las gafas de sol y mis zapatillas de andar por casa.

¿Que qué?

Levanté las cejas, sorprendido por todas las cosas que había ido acumulando en un lugar que era de trabajo.

—No sé si quiero saber por qué tendrías unas zapatillas aquí.

—Para estar cómodo y rendir más —explicó mientras movía los cojines del sofá, buscando sin muchas ganas—. Ayúdame, por favor.

—¿Qué estamos buscando? —pregunté.

—La gorra de Ripes. Es mi gorra de la suerte. No me la puse antes de la *qualy* y mira cómo me fue —explicó enfadado.

Tuve una sensación extraña, como un presentimiento.

—No te ha ido tan mal. ¿Qué gorra te falta?

—Si vas a empezar con tu discursito, paso. —Alguien no estaba de humor—. Es como esta —dijo levantando la gorra que era exactamente igual a la que yo había cogido hacía un rato—, pero está algo descolorida y vieja.

«Joder, la madre que me parió».

Pensé en decirle la verdad, que la había cogido yo por error. Que mi idea había sido coger una que no fuera a echar de menos. Abrí la boca, pero las palabras no salieron. Llevaba tantos meses intentando entablar una especie de tregua entre nosotros que confesar algo así nos haría volver al principio. Pensaría que se la había quitado a propósito para verlo fallar, o alguna tontería así, por lo que cerré la boca.

—Claro, te echo una mano —dije, a sabiendas que la tarea no iba a dar sus frutos. La gorra la tenía yo a buen recaudo—. Por cierto, llevo días queriendo comentarte que tu rendimiento ha mejorado desde que haces caso a las órdenes de equipo. —Aproveché para hacer algo de refuerzo positivo. Axel llevaba muy serio desde hacía un par de días, y me preocupaba que su ánimo le afectara en la pista.

—Bah, detalles.

—Andrea está muy contento con tu desempeño en la última carrera. Esperamos que este domingo lo hagas igual de bien.

—Bueno, en realidad, esperaba hacerlo mejor. Quiero ganar. Necesito ganar, o al menos conseguir un podio. Tampoco pido tanto —respondió, y había mucha vulnerabilidad en su voz—. No sé si has visto la prensa esta mañana; el reportaje que me han hecho no me deja en buen lugar.

—Tampoco es malo —repliqué, y era cierto.

—Lo sé, aunque no es suficiente para mí.

Me estaba mirando, y sus ojos, casi verdes, me transmitían cientos de sentimientos.

—Lo harás, Axel, confía en ti.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque eres extraordinario. Tienes implicación, motivación y talento. Tienes clara tu meta, y el equipo te dará las herramientas para lograrla. Confía en nosotros.

También era todo lo que yo no había podido ser, pero eso no se lo dije.

GP ESPAÑA





Circuito de Barcelona-Catalunya

23 De Junio De 2025

A las tres menos cuarto de la tarde, Thomas y Veronika ya estaban sentados en sus respectivos asientos, preparados para iniciar la retransmisión.

—¡Bienvenidos un domingo más al gran circo, la categoría reina del automovilismo! —comentó Thomas emocionado, listo para narrar todos los sucesos de aquella tarde—. La F1 tiene cita hoy con el circuito de Montmeló, situado muy cerca de Barcelona. El trazado cuenta con catorce curvas y una distancia de cuatro kilómetros y medio, en el que los pilotos darán sesenta y seis vueltas. Hay dos zonas de DRS y dos puntos de detección, situados en la recta principal y después de la curva nueve, terminando en los dos puntos de adelantamiento de este trazado. Las condiciones climáticas son

inmejorables, con una temperatura ambiente de veinticinco grados y de cuarenta y uno en el asfalto. —Era un clima más que perfecto para correr—. Además, los pilotos conocen a la perfección este circuito porque, hasta hace unos años, era donde se realizaban los test de pretemporada. Serán críticas para los neumáticos las curvas tres, nueve y catorce, ahora sin estar precedida por la chicane, ya que se hace a fondo o casi a fondo.

—¡En efecto, Thomas! —intervino Veronika, efusiva—. Saludos a todos desde Barcelona. Tal y como comentas, veremos mayor desgaste en el neumático delantero izquierdo, porque se corre en sentido horario, y la carga lateral en esas tres curvas es muy elevada. Será interesante ver cómo los pilotos gestionan los neumáticos a lo largo de las sesenta y seis vueltas, y quién consigue hacer un solo paso por el *pit lane,* ya que se pierden de media unos veinte segundos más la propia parada.

Aquella estrategia no era la más habitual, pero, llegado el momento, alguno podía decantarse por esa opción. Los Quantum eran los principales candidatos, ya que mantenían mucho mejor los neumáticos que el resto de equipos.

—Las tres primeras líneas de la parrilla de salida están monopolizadas por tres colores. En la *pole position* tenemos al australiano Ethan Walker, con un increíble tiempo de 1:11:383, seguido de su compañero de equipo. En la segunda línea, tenemos a los dos pilotos de Phoenix, y por detrás están Axel Devin y Fabian Anderson.

—No te olvides de comentar que Axel Devin ha batido a su compañero en la clasificación por primera vez en esta temporada. Parece que mejora a pasos agigantados.

Todos los mecánicos e ingenieros salieron apurados de la pista, se colocaron detrás de las líneas y esperaron a que los coches arrancaran antes de volverse a los boxes.

—Ya está todo despejado y los pilotos se preparan para la vuelta de formación. ¿Quién predices que cruzará la línea de meta en primer lugar? —preguntó la comentarista sin despegar la vista de la pantalla.

—Uf —aquella no era una cuestión fácil—, los dos Quantum están dominando, pero tienen algunos problemas de fiabilidad, y eso los va a lastrar a final de temporada. Por otro lado, los Phoenix no están consiguiendo subir al escalón con frecuencia, y Hygge es el único equipo del top que está yendo de menos a más. Quizás la segunda mitad de temporada veamos a estos pilotos con alguna victoria.

El semáforo se apagó y todos los monoplazas arrancaron para recorrer la vuelta de formación.

* * *

Vuelta 31

—Estamos a punto de llegar al ecuador de la carrera. Ethan Walker acaba de empezar la vuelta número treinta uno, los dos Hygges han superado a los dos Phoenix, como veníamos vaticinando, y Anderson se está acercando a Devin. Pronto veremos órdenes de equipo —comentó Thomas.

Era de esperar que Hygge obligara a Axel a ceder el paso a su compañero si su ritmo era mejor.

—Fabian ha adelantado con mayor facilidad a los Phoenix y habrá conservado mejor los neumáticos —explicó Veronika, pegada al micrófono, y en la voz se le notó que estaba algo en contra de ese tipo de estrategias.

—¡Devin entra en boxes!

—Es lógico que lo llamen a él primero, no van a dejar que su compañero de equipo le haga un *undercut* o lleguen a coincidir en pista. No tendría sentido.

* * *

Vuelta 50

—El segundo de los Quantum está perdiendo mucho terreno —señaló Thomas, fijándose en los tiempos que estaba haciendo Jan Kowalski—. ¡Debe de estar teniendo problemas con el monoplaza, pero sigue en pista! Es posible que el equipo lo esté intentando arreglar desde el muro.

Era muy común que los ingenieros les pidieran a los pilotos que pulsasen una serie de botones en el volante, cambiando la configuración del coche y arreglando cualquier problema que pudiesen tener.

—Esto es una buena noticia para los Hygge, que le han recortado casi dos segundos enteros en el paso anterior por meta. —Si seguían así, era muy probable que pudieran ver el adelantamiento de Axel a Jan en máximo tres vueltas.

—Sí, ambos han olido sangre —comentó Thomas entre risas—. Sus ingenieros los habrán avisado por la radio y han subido el ritmo.

El público rugía con fuerza cada vez que los pilotos pasaban por delante de las gradas. Uno de los Quantum empezó a irse de los límites de pista, reduciendo la velocidad de golpe.

—¡Humo azul! ¡El coche de Jan Kowalski se está deteniendo en la recta principal! Madre mía, si todo acaba así, Axel va a conseguir una increíble segunda posición y compartirá podio con su compañero.

Los comisarios sacaron bandera amarilla en todo el primer sector.

* * *

Vuelta 53

—Anderson se está acercando al piloto monegasco por detrás. Justo nos ponen la radio entre el piloto y su ingeniero.

—Estoy acercándome a Axel, por favor, no me hagáis perder tiempo.

—Negativo. No vamos a alcanzar al Quantum. Estamos pensando en mantener posiciones.

—Tengo mucho más ritmo. Si pasa algo, ahora mismo yo soy el más rápido.

—Os dejamos luchar, pero sed limpios. Daos espacio.

La radio de Hygge se cortó. Thomas y Veronika se miraron sorprendidos.

—¿En serio les van a dejar luchar? Nos gusta la acción en pista, aunque, ¿es lo más inteligente para el equipo? Con dos coches en el podio, ya van a conseguir recortarle puntos a Quantum y Phoenix, y en una de estas se podrían ir los dos fuera e irse a casa sin nada.

—Por una vez que les dejan luchar, disfrutemos —pidió la mujer, esperando poder observar un buen espectáculo.

* * *

Vuelta 57

En las últimas vueltas, Fabian consiguió alcanzar a Axel. Ambos se pusieron en paralelo durante las curvas uno, dos y tres, hasta que Fabian se hizo con el interior de la cuatro y pasó limpio.

—¡Vaya locura de adelantamiento! Una maniobra de Fabian espectacular, que ha dejado en pañales al novato de su compañero de equipo.

—Tampoco es que Axel se lo haya regalado. Para ser su compañero, ha defendido la posición hasta que ha podido.

—Mira, nos ponen otra radio, esta vez de Axel.

—*Hablamos luego.*

—Copy.

Ambos comentaristas se rieron tras haber escuchado el mensaje.

—Uy, alguien no está muy contento.

—Supongo que Axel era más partidario de no arriesgar el podio.

—¡Ni la posición! Este fin de semana ha estado siempre por delante de Fabian. Se lo merecía.

* * *

Vuelta 66

Diez minutos después, el coche de Ethan entraba en la última vuelta.

—Todos los ojos están puestos en el joven piloto Axel Devin, quien nos ha ofrecido una actuación increíble en lo que es su primera temporada en la Fórmula 1.

—¡Así es! Axel, de solo veintiún años, ha demostrado que tiene el talento y la determinación para competir con los mejores. —Thomas no podía evitar sonreír. Al principio, no había sido muy fan del piloto monegasco, pero, con el paso de las carreras, le había ido cogiendo cariño—. Y ahora, está a punto de conseguir su primer podio. ¡Esto es historia en proceso!

—Recordemos que hoy partió desde la quinta posición, y no fue un camino fácil hasta llegar a este punto. Ha tenido que pelear cada centímetro, con algunos adelantamientos impresionantes y defendiendo su posición de manera magistral. —Veronika era una fiel seguidora de Ross Devin, y había estado segura de que Axel terminaría siendo un espectáculo digno de admirar. En el fondo, había pensado que tendrían que pasar unas temporadas más antes de ver su verdadero potencial, pero todo había salido mejor de lo que esperaba.

—El líder de la carrera cruza la línea de meta. Ethan ha vuelto a demostrar que, si el coche pone de su parte, él termina en el podio. Recordemos que, de las últimas cuatro carreras, solo ha podido terminar una. El segundo en ver la bandera a cuadros es Fabian, y… ¡Axel Devin lo logra! ¡Cruza la línea de meta en tercera posición y asegura su primer podio en la Fórmula 1! —gritó Thomas, levantándose de su silla y celebrándolo como si fuera él el ganador.

—¡Increíble! ¡Qué momento para Axel! ¡La multitud está enloquecida! Es un logro monumental para cualquier piloto, y más aún para uno tan joven en su primera temporada. La emoción debe de estar a flor de piel para Axel y su equipo.

—Sin duda alguna. Podemos ver a los mecánicos y al equipo técnico de Hygge celebrando en el muro, y Johan Torger, aunque mantiene su característica calma, no puede ocultar una ligera sonrisa de satisfacción. Esto es tanto un triunfo personal para los pilotos como una victoria para todo el equipo.

—Ha sido una carrera para recordar, y Axel ha realizado una actuación digna de los grandes. Será emocionante ver lo que el futuro le depara a este joven talento.

—¡Nos vemos en la próxima carrera, pero, por ahora, celebremos este momento especial en la Fórmula 1! ¡Axel Devin, tercer lugar y su primer podio en la máxima categoría del automovilismo!

CLASIFICACIÓN 9

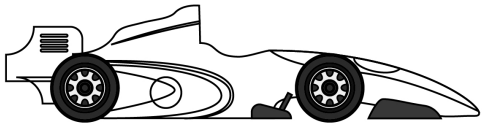
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	143
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	143
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	130
4	Jan Kowalski	Quantum Racing	104
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	85
6	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	79
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	78
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	66
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	40
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	12
11	Dibra Berisha	Starlight GP	11
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	6
13	Mateo González	Velocity Dynamics	6
14	Felipe Costa	Titan Performance	3
15	Kenji Yamamoto	Titan Performance	3
16	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	0
17	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
18	Andrés Fernández	Starlight GP	0
19	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	247
2	Phoenix Racing Team	222
3	Hygge F1 Team	215
4	Thunderbolt Racing	118
5	Vortex Engineering	78
6	Eclipse Motorsport	12
7	Starlight GP	11
8	Titan Performance	6
9	Velocity Dynamics	0
10	Nitro Racing	0

20



Axel

Junio 2025

Apreté con fuerza el volante mientras recorría los últimos metros de la recta de meta y la bandera a cuadros me daba la bienvenida.

—Sí, sí, sí, sí. ¡Vamos!

Dios, estaba muy feliz. Y enfadado. Estaba furioso por ese adelantamiento en las últimas vueltas, aunque, por primera vez en mi vida, podía afirmar que aquello lo había conseguido sin que nadie me regalase nada. No le habían pedido a Fabian que me dejase cruzar la línea de meta en segunda posición, y él no lo había hecho. Quizás no estuviera preparado para ganar todavía, pero me había ganado a pulso subirme al tercer escalón.

—Enhorabuena, Axel —me dijo la voz de Andrea por la radio.

—¡Sí! Gracias a todos. Gracias. Gracias.

—Buen trabajo. Has estado increíble. Hoy empieza algo grande. Te lo mereces.

Di la vuelta al circuito despacio, disfrutando del trazado. De vez en cuando, levantaba la mano para saludar al público, sobre todo cuando veía alguna bandera del equipo o de mi país. Era increíble ver la cantidad de gente que iba vestida de rojo para la ocasión. Quizás no fueran todas por mí, si bien había más de las que soñaba de niño.

Paré el coche debajo del podio, justo detrás del cartel con el número tres. Desenganché el volante y me quité las protecciones antes de ponerme en pie. Fabian ya estaba fuera, sin el casco y bebiendo tranquilamente de una botella de agua. Quería ir a celebrarlo con él. Quería recorrer los pocos metros que me separaban de los ingenieros de Hygge y lanzarme a sus brazos. Quería buscar a Johan y que me diera un abrazo lleno de orgullo.

Después de colocar el volante de vuelta en su sitio, salí del monoplaza de un salto y corrí hacia el equipo. La primera persona que me estaba esperando con los brazos abiertos era Andrea; los demás aplaudían y me coreaban con las manos levantadas. No me lo pensé dos veces y salté sobre él. Me clavé la valla en la cadera, pero en aquel momento no pudo importarme menos. Mientras estaba allí, abrazado a mi ingeniero, noté las muestras de cariño de todo el equipo: palmadas en la espalda, agarrones, toques en el casco…, todos querían formar parte de aquella celebración.

Una cámara nos estaba apuntando en ese momento, si bien a ninguno nos podía importar menos. Con un poco de suerte, aquellas imágenes harían que a mi padre le subiera la bilis a la boca, y lo podría considerar otra victoria.

—Increíble, Axel, has estado increíble —me dijo Andrea, sujetándome del casco con ambas manos y con una sonrisa de oreja

a oreja.

Aquella victoria también era suya. Llevábamos trabajando codo con codo, luchando, desde principio de temporada.

—Gracias. —La voz me salió tomada; con suerte, el casco lo camuflaría y nadie se daría cuenta.

Quizás que mis ojos estuvieran húmedos era un indicativo de todo lo que suponía para mí subirme al podio, por fin. Busqué a Johan con la mirada mientras saludaba al resto de ingenieros que estaban allí celebrando el triunfo con nosotros.

—¿Está por aquí Johan? —le pregunté a Matt, después de un fuerte abrazo.

—No lo he visto fuera del box —respondió, y supe que nadie lo esperaba ver allí en aquel momento.

Solo yo.

No pude reaccionar de ninguna manera y seguí con la celebración tal y como se esperaba de mí. Fui junto al comisario, que estaba esperando con la libreta en la mano al lado de la báscula para anotar el peso. Después, me quité el casco y me sequé el sudor con una toalla. Tenía el pelo empapado y unas ganas locas de meterme en la ducha. Aproveché que el agua estaba fría para darle un buen trago y echarme un poco por encima de la cabeza. Cogí la gorra con el logo de Pirelli que me tendieron y, después de colocarme el pelo de cualquier forma, me la puse.

Siempre había visto aquellos momentos desde el otro lado de la pantalla, y no sabía bien cómo comportarme siendo el centro de atención. Por suerte, Fabian vino en mi ayuda y me abrazó con fuerza.

—Gran carrera, Ax, enhorabuena —me susurró al oído mientras me daba un par de palmadas en la espalda—. No te enfades conmigo. Si el equipo me hubiera prohibido adelantarte, no lo habría hecho.

No estaba seguro de que aquello fuera verdad, pero tampoco me importaba.

—No hay problema —respondí, encogiéndose de hombros—. Ya te la devolveré yo en otro momento.

Fabian sonrió, contagiándome. Aquel día parecía estar de buen humor. Se parecía al Fabian de siempre.

A unos metros de nosotros estaba Ethan, bebiendo de su botella de agua después de haber ganado su quinta carrera en lo que llevábamos de temporada. Todas las carreras que había terminado, lo había hecho subiéndose al podio. Era increíble el talento que tenía; si el equipo tuviera un poco más de fiabilidad en el coche, sería el ganador indiscutible. Me acerqué a él y le tendí la mano.

—Enhorabuena, tío. —Nos fundimos en una especie de abrazo de medio lado, que incluyó un par de palmaditas en la espalda.

—Lo mismo digo, Axel. Gran carrera.

Ethan era un piloto fuera de serie y lo estaba demostrando cada vez que tenía la oportunidad. Si el campeonato no estaba decidido era por los tres abandonos que el piloto australiano había tenido en China, Miami y Canadá.

Después de unos minutos, me coloqué en el punto indicado con el micrófono en la mano, listo para responder a la pequeña entrevista que hacían siempre a los pilotos del top tres.

El entrevistador, un hombre de mediana edad, me sonrió con amabilidad antes de comenzar.

—Axel Devin, el piloto del día. ¿Cómo te sientes al haber conseguido tu primer podio de tu carrera profesional en la F1?

—Estoy muy muy contento. Creo que no engaño a nadie si digo que llevaba esperando esto desde niño, y por fin ha llegado.

—La evolución que tiene el coche está en boca de todos. ¿Te sientes contento con las mejoras obtenidas?

—Sí, claro. Teniendo en cuenta cómo hemos ido subiendo en posiciones a lo largo de la temporada, creo que algo estamos haciendo bien. Hemos trabajado muy duro durante todo el invierno, y es genial ver que los resultados empiezan a llegar.

—Una última pregunta, ¿cómo te sientes al respecto del adelantamiento de tu compañero de equipo apenas a un par de vueltas para finalizar? ¿Sientes que necesitabas algo de ayuda por su parte?

Sonreí, negando con la cabeza.

—La tengo, tengo su ayuda. No he llegado hasta aquí para rogar al equipo que mi compañero no me adelante. Estoy aquí para conducir, y él hizo una mejor carrera que yo. He terminado tercero y creo que es lo que me merecía. Sin más.

—Muchas gracias, Axel.

Suspiré aliviado. Tener un micrófono delante de la cara siempre me alteraba. Por lo menos, no habían mencionado el nombre de mi padre.

Le pasé el micrófono a mi compañero y me quedé esperando a que terminasen las entrevistas antes de acompañar a Ethan y a Fabian a la *cooldown room*. Allí estuvimos viendo algunas repeticiones de la carrera, como la salida de pista de Kowalski y el choque entre Luca y Matteo en la vuelta quince. Fue un rato muy

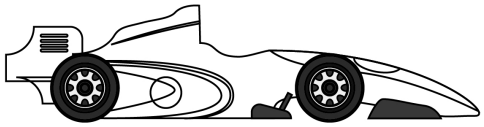
agradable en el que aprovechamos para desconectar de la carrera y echarnos unas risas. Posiblemente, Ethan, Fabian y Dibra eran los pilotos con los que sentía una mayor afinidad, tanto a nivel personal como profesional.

Antes de que pudiera darme cuenta, estaba recorriendo los pocos metros que me separaban del cajón y subiéndome al tercer escalón acompañado por los gritos y vítores de mi equipo. Tuve que aguantar una oleada de decepción cuando no localicé a Johan por allí. Entendía que no siempre podía estar, pero era un momento especial para mí. Era mi primer podio. Debería estar allí. Tendría que estar allí.

Recibí el trofeo con una sonrisa que no llegaba a ser del todo sincera antes de empapar a mis compañeros con el champán.

A pesar de todo, fue un momento especial para mí y, por primera vez, noté que la victoria estaba más cerca, casi al alcance de mis dedos.

21



Axel

Junio 2025

Mi mano agarraba con demasiada fuerza aquel trofeo mientras iba hacia el *motorhome*. Toda la alegría que me había supuesto aquella carrera se había transformado en enfado y frustración tan pronto como había dejado de estar delante de las cámaras y del público.

Le había hecho caso, había obedecido sin rechistar todas las indicaciones de Andrea, incluso las que no me parecían del todo coherentes, y lo había conseguido. Había quedado tercero, pero él no estaba allí, y siempre había estado allí para Fabian. Por algún motivo, aquello me dolía mucho más de lo que quería reconocerme a mí mismo.

Lo vi al fondo del pasillo, con el teléfono en la oreja y una pequeña sonrisa en la cara, lo que me enfadó aún más. Todavía tenía los cascos colgados del cuello, como si no hubiera tenido ni un segundo para quitárselos. La cazadora negra, que llevaba abierta,

dejaba entrever la camisa blanca con los logos del equipo y los patrocinadores, y no pude evitar pensar que estaba muy guapo. Me sentí estúpido, mientras cruzaba el pasillo a paso apurado, por tener todos aquellos sentimientos. Johan levantó las cejas al verme; iba a sonreír, aunque algo en mi expresión debió de alertarlo de que no estaba de humor porque frunció el ceño.

Acorté los pasos que nos separaban y no controlé mi rabia cuando me planté delante de él, estampándole el trofeo contra el pecho.

—Te llamo luego —dijo Johan a la persona con la que estaba hablando por teléfono al tiempo que me miraba casi sin pestañear—, me ha surgido algo importante. Sí, chao.

Importante. Estaba claro que yo no lo era para él, o no se habría perdido aquella celebración conmigo.

Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo. Luego, bajó la mirada a su pecho y se fijó en el trofeo que todavía estaba sosteniendo con fuerza contra él. Llevó una de sus manos hacia él y, cuando lo tuvo agarrado, lo solté. Tampoco quería que se rompiera. Era el primero que conseguía en aquella categoría y, a pesar del enfado, todavía podía pensar con algo de claridad.

—Te iba a dar la enhorabuena por la carrera de hoy, pero no pareces muy contento —dijo volviendo a centrar la mirada en mí, sujetando el trofeo con cuidado.

Parecía que estaba tanteando el terreno.

—No, no lo estoy —confirmé.

—No hace falta que lo jures, Axel.

—¿Ah, no? Qué avispado —repliqué, y la ironía rebosaba por cada poro de mi piel.

Johan entrecerró los ojos, consciente de la magnitud del enfado que llevaba.

—Sé que quieres ganar, pero la configuración del monoplaza para este circuito no ha sido la óptima. Ya me reuní con Andrea y con el resto de ingenieros para tener todo ajustado para la carrera de la próxima semana. —Hizo una pausa, debatiéndose entre continuar o no; al final siguió hablando—: No te hemos parado en el mejor momento, aunque no teníamos otra opción. Si hubieras seguido en pista, no habrías terminado. Y sobre lo de Fabian, si llega a salir un *safety car*, era el único con ritmo suficiente para alcanzar a Ethan. Tus neumáticos estaban al límite.

Durante una fracción de segundo, estuve dispuesto a dejar correr el tema y no sacarlo de su error, pero lo descarté. No quería que pensara que algo así me iba a afectar tanto. Había aprendido a aceptar las órdenes de equipo sin cuestionarlas a diario, a pesar de que en ocasiones no fueran las acertadas.

—Ya lo sé —reconocí, y Johan volvió a levantar las cejas.

Me había quedado claro que ambos estábamos intentando lograr el mismo objetivo. No necesitaba que se justificara por sus acciones, confiaba en él.

Joder. Confiaba en él.

—Entonces, ¿por qué estás enfadado? —preguntó de repente, confuso, como si no fuera posible que hubiera otro motivo.

Me mordí el labio con fuerza antes de abrir la boca, pensando en todo lo que iba a decir y en las posibles implicaciones. Si le decía la verdad, ya no habría vuelta atrás. No iba a poder deshacer mis palabras.

Suspiré antes de hablar. Ya le había contado muchas cosas personales, no le iba a empezar a mentir ahora.

—No estabas allí —confesé, y me sentí desnudo. No estaba acostumbrado a revelar mis sentimientos de forma tan clara y directa. Llevaba toda mi vida escondiendo lo que sentía para no mostrarme débil—. No estabas allí, y se suponía que estarías para celebrarlo conmigo.

Johan suspiró y cerró los ojos un momento. Por un instante, pensé que iba a responderme enfadado, pero eso no pasó. Cuando sus ojos me miraron de nuevo, solo podía ver un claro arrepentimiento en ellos. Me puso una mano en el hombro y me dio un ligero apretón. El contacto era cálido e hizo que una sensación extraña me apareciera en la boca del estómago. Estaba nervioso, todo aquello me alteraba demasiado.

—Tienes razón, joder. Tienes toda la razón —repitió apenado—. Hoy ha sido tu primer podio y tenía que haber estado allí para ti. Perdóname.

No supe reaccionar. No esperaba una disculpa tan pronto. Yo iba con la idea de discutir, de gritarnos un poco, como en los viejos tiempos. Me había desarmado por completo. Desvié la mirada hacia el suelo. Me estaba muriendo de vergüenza.

—Sé que no es justificación, pero vinieron a verme nada más terminar la carrera. Después de tu desempeño, estaban muy interesados en un contrato de patrocinio y estuvimos hablando un rato. Me pareció que sería una muy buena oportunidad para ti y me entretuve más de lo habitual. —Llevó su mano hasta mis mejillas e hizo que lo mirara de nuevo—. Tenía que haber agendado una

reunión para otro día, priorizar las cosas como se merecen; lo hice mal y lo lamento. Te prometo que para tu próximo podio estaré allí.

—El próximo —dije, todavía resentido—. No sabemos cuándo será el próximo.

—Va a pasar más pronto que tarde, confía en mí. En unas semanas, estarás comiéndote esas palabras y dándome la razón.

Asentí, mordiéndome el interior de la mejilla, al tiempo que pensaba alguna forma de disculparme por mi comportamiento infantil. No tenía que haber reaccionado así. No con él.

—Te compensaré, ¿vale? —siguió mientras su mano todavía me sujetaba con suavidad—. Déjame invitarte a algo esta noche. Cuando terminemos de cenar, pediremos unos cócteles en ese bar de la esquina al que quisiste ir el otro día.

Era cierto que había querido ir. También era cierto que había sido él quien no me había dejado entrar.

—Vale —acepté a regañadientes, sabiendo que no quedaba nada del enfado que me había acompañado.

—Venga, anda, ve a cambiarte y descansa un rato. No sé si ya te lo han dicho, a la noche vamos a cenar al Brizza con el equipo. Ya sabes lo pesado que se puso Matt anoche con ese tema. —El mecánico quería probar ese restaurante desde hacía un par de años, pero, por lo que había oído, nunca iban allí. El día anterior, había acabado con la paciencia del ingeniero. Johan le había dicho que, si dejaba de repetirlo, él mismo llamaría para reservar una mesa para todos.

—Es cierto —reconocí, recordando el momento.

—Y, Axel —dijo cogiéndome una mano y colocándome el trofeo en ella—, enhorabuena. Has hecho una buena carrera, aunque no va

a ser lo mejor que hagas esta temporada. Puedes sentirte orgulloso. Yo lo estoy.

Me sonrió con la boca cerrada y se alejó por el pasillo sin mirar atrás. Parecía que tenía mucha prisa.

Me quedé asimilando aquellas palabras con el corazón latiéndome a toda velocidad. Había sentido un pequeño impulso; no había durado más de una fracción minúscula de segundo, pero ahí había estado. La necesidad de acortar aquella distancia que había entre nosotros y cometer una locura.

No podía permitir que volviera a repetirse.

Había sido una estupidez.

Mentira.

22



Johan

Junio 2025

Había tenido que salir de allí corriendo. Ver la vulnerabilidad con la que me hablaba, con la que se abría ante mí, me desarmaba por completo. Nada quedaba de aquel chico egocéntrico que había llegado al equipo unos meses atrás. O quizás seguía siendo el mismo, aunque me dejaba ver un par de capas más abajo. No lo sabía, pero me inquietaba cómo había ido omitiendo todas las señales de peligro. Me preocupaban demasiado los sentimientos del chico y los míos cuando él estaba cerca.

Después de hablar con la prensa y de la reunión con los ingenieros, había estado descansando en la habitación del hotel hasta pasadas las ocho de la tarde. Había intentado contactar con

Norma varias veces sin resultado, y estaba seguro de que Aaron no se querría meter en cama sin hablar conmigo. Me preparé con tiempo, para no llegar tarde, y me aseguré de que el móvil tuviera suficiente batería antes de salir.

Habíamos quedado en el Brizza, un restaurante de comida típica italiana, y, como siempre, yo fui el primero en llegar. Además de por las múltiples insistencias de Matt por ir a aquel lugar, lo había elegido porque era cómodo, rápido. Además, si alguno se pasaba con las copas, solo tenía que cruzar la calle y coger el ascensor hasta su habitación. Me acerqué a la barra y pedí mi bebida antes de sentarme sobre uno de los taburetes. El suelo era de madera y tenía un toque rústico muy elegante. La decoración era sencilla y estaba combinada con colores cálidos. Era bonito, me gustaba.

Mientras esperaba, me puse a revisar un rato el móvil, si bien no pude hacer gran cosa porque Andrea apareció poco tiempo después, dándome una palmada en la espalda.

—Ey, Johan, ¿qué tal? —Se sentó a mi lado y le pidió una cerveza al camarero—. El equipo viene con ganas de fiesta después de la carrera de hoy. Espero que hayas traído la tarjeta preparada.

Negué con la cabeza mientras me reía. Se había vuelto una costumbre bastante tonta, pero parecía que todos estaban bastante contentos con ella y los motivaba. ¿Quién era yo para cortarles eso? Si iban a rendir más por la posibilidad de que el equipo les pagase la cena si subíamos al podio, que así fuera. Estaba dispuesto a fundir el plástico si eso nos llevaba a la victoria.

—La tengo —dije mientras sacaba la cartera del bolsillo y la dejaba sobre la barra—. No tengas miedo, yo invito. —No era yo, era Hygge, aunque sonaba bien.

Andrea se rio justo en el momento en el que mi móvil empezó a sonar. Nada más sacarlo del bolsillo, vi el nombre de Norma en la pantalla.

—Lo siento —me disculpé con el ingeniero—. Tengo que contestar.

—Claro, no te preocupes. Pero no te retrases, que parece que ya están todos aquí —dijo señalando la puerta con la cabeza.

El resto del equipo estaba entrando en el bar justo en ese momento. Se los veía bastante animados, por lo que apuré a contestar al teléfono y poder unirme a la celebración.

—Id pidiendo sin mí —añadí antes de dirigirme hacia el exterior por una de las puertas laterales y aceptar la videollamada.

La cara de Aaron apareció al otro lado de la pantalla. Llevaba el chándal puesto y parecía que acababa de llegar de clase.

—Hola, papi —me dijo sonriendo.

—¿Qué tal, hijo? ¿De dónde vienes? Es un poco tarde para llegar del cole, ¿no?

—Síííí —contestó alargando la i—, fui al parque con Macy. Mamá me llevó porque me porté superbién —aclaró sonriendo, contagiándome el gesto—. Luego fuimos a cenar a casa del abuelo y me regalaron un cuento. Mamá me lo ha estado leyendo hasta ahora.

—Qué bien, ya me lo enseñarás. ¿Estás preparado ya para dormir? —Con la poca diferencia horaria que había, el niño ya debería de estar casi listo para meterse en cama.

—Sí, ya voy. Solo quería darte las buenas noches y hablar un poco contigo.

Me levanté y me dirigí hacia una zona un poco más alejada. En aquellos momentos, había demasiado barullo en la terraza del local y no me dejaban escuchar bien. Después de caminar un par de metros, me senté en un banco mientras mi hijo me contaba todo lo que había hecho durante el día. Siempre que estaba lejos de casa, la videollamada nunca se alargaba demasiado; sin embargo, aquel día habían pasado demasiadas cosas interesantes para él y, cuando me quise dar cuenta, ya me habían venido a buscar.

Axel apareció en mi campo de visión, pero no dijo nada, como si no quisiera molestar. Lo miré y le pregunté con la mirada.

—Te están esperando para pedir los primeros —me dijo, desviando la mirada hacia el teléfono—. Si me dices lo que quieres, no te molesto más.

—Pues…

No pude seguir. Mi hijo me gritó desde el teléfono, desviando mi atención.

—¡Papi, papi, papi! —me llamaba emocionado—. ¿Es Devin? ¿Estás hablando con Devin? —preguntó, todavía chillando—. ¿Le has pedido ya que firme mi camiseta?

—Ey, colega, cálmate. Sí, es él. ¿Quieres saludarlo?

—Síííí —confirmó enseguida; no obstante, tal y como dijo esas palabras, desapareció de la pantalla llamando a su madre.

Negué con la cabeza y desvié la mirada a Axel, que estaba bastante sorprendido por el espectáculo.

—Perdona, mi hijo de cinco años es tu mayor fan. ¿Te importa saludarlo cuando vuelva? No sé a dónde ha ido, pero no tardará en aparecer de nuevo —añadí, mirando de reojo a la pantalla del móvil, que todavía mostraba el sofá vacío.

—Claro, no te preocupes. —Axel se sentó a mi lado en el banco y miró la pantalla—. No sabía que tenías un hijo.

No estaba seguro de si había sido cosa mía o había cierto tono molesto en su voz.

—Sí, bueno, mi exmujer siempre dice que parece que no lo tengo, así que supongo que es normal que nadie lo sepa… —No pude añadir nada más, porque Aaron volvió a aparecer en la pantalla, llevando la gorra que le había cogido a Axel hacía un par de semanas para llevársela de sorpresa.

Me llevé la mano a la cara, tapándome los ojos, queriendo omitir lo que estaba a punto de suceder.

—Mami, mami, mira… —dijo el pequeño, señalando la pantalla—. Es Devin.

Norma se rio y se sentó al lado de nuestro hijo, tranquilizándolo.

—¿Y qué se hace cuando conoces a alguien?

—Soy Aaron, encantado —dijo con voz de bueno—. Muchas gracias por la gorra que me diste, me gustó mucho.

Me llevé la mano a la boca y me froté los labios, sin saber muy bien cómo reaccionar. Axel acababa de descubrir que no había perdido la gorra, y miraba la cabeza de mi hijo con la boca algo abierta. Era obvio que había reconocido aquel complemento, y su cabeza debía de estar atando cabos a toda velocidad.

Vaya cagada.

Para mi sorpresa, el piloto no tardó mucho en recuperar la compostura.

—De nada, me alegro de que te guste.

—¡Me encanta! —reafirmó el niño—. Papá me dijo que era una de tus favoritas y que tenía que tener mucho cuidado con ella.

—Ya te digo… Tu padre me estuvo intentando convencer durante días para que te la regalase. Lo cierto es que tiene mucha capacidad de persuasión, tienes que darle las gracias a él. —Sabía que aquellas últimas frases iban dirigidas hacia mí—. Además, yo también tenía muchas ganas de conocerte, Aaron —añadió sonriéndole.

Sentía un nudo en la garganta desde hacía rato, pero en ese instante me daba la sensación de que apretaba un poco más.

—¿Puedes venir un día a mi casa? Quiero enseñarte mi colección de coches.

Verlos interactuar de esa forma me removió algo por dentro, haciendo que no pudiera apartar la vista de él.

Aaron hablaba cambiando del inglés al alemán todo el tiempo. Cuando se ponía nervioso, lo hacía de forma más frecuente, y, en aquel momento, estaba hablando en una mezcla tan extraña entre los dos idiomas que resultaba difícil de entender. Por suerte, Axel parecía seguir el hilo sin problemas.

Un cosquilleo se me asentó en la boca del estómago. Él no era consciente de lo feliz que lo estaba haciendo, pero yo sí.

Hablaron durante dos minutos más, antes de que Norma interviniera para cortar la llamada.

Una punzada en el pecho me recordó lo importante que era mi hijo para mí y lo mucho que lo había estropeado todo con él.

Llevaba tantos años repitiéndome que ganar el trofeo compensaría todas mis cagadas que se había convertido en una verdad envenenada

Quizás todavía estaba a tiempo de rectificar.

Quizás todavía podía resarcirme de mis errores.

Aunque aquel año no me hiciese con el campeonato de constructores, tal vez había llegado el momento de volver a casa.

Le di las buenas noches a mi hijo y quedamos en que, la semana que no hubiera carrera, lo recogería y haríamos algún plan juntos.

Después, colgué y dejé caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Me daba vergüenza lo que estaba a punto de pasar, pero no podía huir; tenía que asumir las consecuencias de mis malas decisiones. Cuando me había agenciado la gorra, evitando decirle la verdad, no había pensado en ninguna situación que implicase tener que vivir algo así.

Sabía de sobra que tenía que haberlo hablado con él en su momento. Axel se habría reído del error y todo habría quedado como una anécdota.

—¿Sabes? Estuve buscando esa gorra durante casi una hora, y, si no recuerdo mal, tú me ayudaste. —Se giró en el banco para mirarme a los ojos—. Es gracioso que tú supieras dónde estaba en todo momento. —Sus dientes atraparon su labio inferior y, si dijo algo más, no lo escuché; mi cerebro se centró solo en aquel pequeño gesto.

Axel me miraba, expectante. No parecía molesto o sorprendido, solo curioso y divertido. Me llevé la mano a la nuca y me la pasé por el pelo. No sabía qué decir.

—Cuando te la pedí y me dijiste que sí, no esperaba encontrarme con semejante colección. Sinceramente, esa parecía lo suficientemente vieja como para que no fueras a echarla de menos.

—Pero luego te diste cuenta —afirmó.

Sus ojos azules brillaban divertidos, y yo dejé escapar un suspiro agobiado.

—Sí, claro, pero no quería que pensaras que te la había quitado a propósito para joderte o algo así…

—¿Por qué iba a pensar eso?

—No lo sé. Ahora que he conseguido que nos llevemos bien, no quería molestarte.

—Creo que estás confundido. El del carácter irascible eres tú.

Sonreí agradecido porque se lo hubiera tomado tan bien. Quizás por eso decidí contarle algo más personal.

—La relación que tengo con Aaron es complicada, y le prometí que le conseguiría tu autógrafo. Él es muy fan tuyo; llevo con una camiseta tuya en el maletero desde hace meses, esperando a que me la pudieras firmar. El problema es que, llegado el momento, mi cabeza estaba en otro lado y nunca te lo decía. Luego tuvimos el tema del pedal y me olvidé por completo de nuevo. Mi hijo piensa que tengo problemas de memoria. —Me froté los ojos. Aquella situación era bastante bochornosa; aun así, quise abrirme un poco más. Por todas esas veces que él también lo había hecho—. Siempre quiere hablar conmigo por las noches, incluso cuando no estoy en Oxford, pero en muchas ocasiones ni siquiera puedo hacerlo. Te pedí la gorra para poder volver a casa con algo en las manos y que mi hijo no me lo recriminara. Cuando me enteré de que era tu gorra de la suerte, me bloqueé. Es lamentable. Lo siento. Te la devolveré. —No sabía cómo iba a poder gestionar ese tema. Lo dejaría para el Johan del futuro.

Axel sonrió al final y se le escapó una ligera carcajada. Lo miré extrañado; aquella era la última reacción que esperaba de su parte. Luego, me fijé en los hoyuelos que se le habían formado en ambas mejillas y me olvidé por completo del resto.

—La verdad es que ni en diez vidas hubiera llegado a pensar que pasara algo así.

—En ese caso, me tienes en demasiada alta estima. Quizás en lo profesional soy responsable, pero en mi vida personal soy un auténtico desastre —confesé.

—No dejas de sorprenderme.

—Hago lo que puedo. —Me encogí de hombros. No había mucho más que pudiera decir para justificarme—. Me aterra ser un mal padre. —Otra confesión que me salió sola. Era la primera vez que me sinceraba de aquella manera con alguien. Siempre me había mostrado muy hermético en lo que a Aaron se refería.

—No eres mal padre.

—Eso no lo sabes.

—Creo que puedo hacerme una idea. Ya empiezo a conocerte bastante bien.

Sonreí ante sus palabras.

—Pero no estoy nunca.

—Estar algo ausente por trabajo no es sinónimo de ser mal padre. Estoy seguro de que, cuando puedes, estás allí con él.

—Por supuesto, pero un niño de cinco años no entiende muchas cosas y, cuando sea mayor, nada compensará el tiempo que no le dediqué.

Aquellos eran mis miedos más profundos, y se los había contado sin vacilar.

—Creo que no vas a tener ese problema. Él sabe que lo quieres, y eso muchas veces es lo más importante. Además, Aaron es muy pequeño, todavía tienes tiempo de arreglar cualquier cosa con él.

—Sí, eso sí.

No añadí nada más, aunque sus palabras coincidían con aquel pensamiento que llevaba unos meses rondándome la cabeza.

—Por cierto, ¿también me has robado las zapatillas? —dijo, cambiando de tema y aligerando el ambiente de nuevo.

—¿Qué? Por supuesto que no, ya te dije que no entendía por qué tienes tantas cosas personales en el *motorhome*.

—También dijiste que no sabías dónde estaba mi gorra, y la tenías a buen recaudo.

—Cierto. —Sabía aceptar una derrota cuando la veía.

La rodilla de Axel golpeó la mía, llamando mi atención. Cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar, se encogió de hombros.

—No le quites la gorra, que se la quede. Estoy seguro de que no me daba tanta suerte.

El corazón me dio un vuelco y asentí sin saber bien qué decir.

—Gracias —susurré.

Aquello me quitaba otro peso de encima.

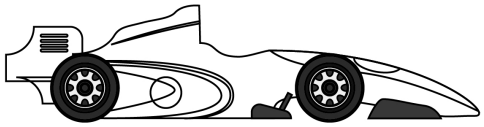
—Aunque, la próxima vez, me lo puedes decir. Es lo que haría cualquier persona normal. —Luego me dio un golpecito con el puño en el brazo, eliminando cualquier rastro de incomodidad que sintiera sobre el tema.

Puse los ojos en blanco, pero le sonreí de vuelta, ignorando por completo la velocidad a la que me latía el corazón.

—Volvamos, anda.

Estaba perdido.

23



Axel

Junio 2025

Después de cenar, cuando todos se marcharon y Johan y yo nos quedamos solos, pensé durante una décima de segundo que sería algo incómodo. Qué equivocado estaba.

Primero empezamos hablando sobre la carrera y las expectativas que tenían puestas en mí. Sabía que ganar el campeonato era algo muy complicado. Yo no dejaba de ser un *roockie*, y, aunque según sus palabras estaba haciendo una temporada espectacular, no podíamos perder de vista la realidad. Quantum y Phoenix tenían unos monoplazas muy potentes, y sus pilotos eran nuestros rivales más directos. Si bien era cierto que Hygge había empezado la temporada un poco floja, en las últimas carreras habíamos conseguido muchos puntos, y no había nada decidido.

Después, dejamos el tema de la escudería de lado y nos centramos en hablar de cosas más personales. Johan me contó que

había nacido y crecido en Alemania y, a diferencia de muchos de sus compañeros del instituto, él nunca había sentido especial interés en estudiar fuera del país.

—Al contrario que tú, que tienes una trayectoria profesional muy sólida, yo estuve muy confuso en mis primeros años en la universidad. —Mientras hablaba, tenía la mirada perdida, como si estuviera sumido en aquellos pensamientos—. Con dieciocho años, tuve que replantearme todo mi futuro y acabé entrando en la Universidad Técnica de Berlín, en la carrera de Ingeniería Mecánica. Si no podía volver a pilotar un coche y ganar, me encargaría de lograr que mi equipo sí lo hiciera.

—¿Y cómo llegaste tan rápido a la F1? Eres muy joven para lo lejos que has llegado. —Yo había escuchado varias veces que su objetivo era hacerse con el mundial de constructores para ser el *team principal* más joven en lograrlo, y estaba poniendo todo su empeño para ello.

Johan sonrió, divertido.

—Gracias por la parte que me toca, supongo —dijo, haciendo referencia a la edad—. Desde que decidí hacerme ingeniero, tenía muy claro a dónde quería llegar y cómo quería hacerlo. Lo di todo desde el principio para lograrlo. En mi segundo año de carrera, entré en la Formula Student. No tiene nada que ver con lo que estás acostumbrado a ver. El motor era el de una moto, usábamos un Aprilia de 125cc. Las piezas las diseñábamos nosotros, sin ninguna guía ni tutorización más que trescientas páginas de normas y mucho entusiasmo. Las primeras manguetas que diseñamos eran de aluminio y se podían flexar con las manos… Imagínate si las hubiéramos montado. —Sonrió perdido en sus recuerdos—. Estuve

dos años en el equipo de la Universidad de Berlín y fue increíble. Competimos en varios países, estuvimos en circuitos en los que corre, o corrió, la F1: Silverstone, Montmeló y Hockenheim, pero también en un autódromo de República Checa, perdido en un pueblo al norte, lejos de todo. Durante todos esos años, hice que mi objetivo marcase la dirección de todas las decisiones que tomaba. Al terminar la carrera, entré en el máster de *Motorsport* en Oxford. Volví a participar en la Formula Student, ese año con un equipo con un presupuesto desorbitado que nos permitió hacer muchísimas cosas y aprender muchas otras. Al final, terminé entrando en Hygge, en el departamento de motor, un par de años después. Me costó esfuerzo, sudor y lágrimas. —Le dio un sorbo a su cerveza y se giró para mirarme—. El resto ya lo sabes. Fui jefe de desarrollo de motores un par de años y luego conseguí el puesto de jefe de equipo.

Yo lo miraba con las cejas levantadas; estaba impresionado. Ya había leído muchas de esas cosas por internet; sin embargo, escucharlas de su boca, con todo el entusiasmo que escondía detrás, era diferente. Se había pasado toda la vida estudiando y trabajando para llegar a donde estaba en aquel momento. Nunca lo reconocería en voz alta, pero quizás lo admirara un poco. O mucho.

—Vaya… No tenía ni idea.

De los pilotos se solía tener una trayectoria profesional muy clara. No necesitabas mucho más que teclear mi nombre en Google para encontrar miles de entradas con toda mi información personal y la de mi padre. Había vídeos de mis carreras de hacía quince años, incluso se podían ver todos los campeonatos que había ganado en la categoría de karts en la página de la Wikipedia. Estaba

acostumbrado a que todo el mundo supiera todo sobre mí, y, por una vez, me habría gustado ser yo quien revelase esos datos. Había algo íntimo al escuchar el pasado de alguien más.

—¿Y eso de la Formula Student es algo similar a la F4? —pregunté con curiosidad. Me apetecía seguir escuchando su voz.

—Qué va, para nada. —Negó con la cabeza mientras hablaba—. No corres carreras como tal. Hay un par de revisiones donde verifican que el coche cumple la normativa y luego puedes participar en las pruebas dinámicas, como podrían ser las de aceleración y resistencia. Aparte de eso, tienes que diseñar un plan de negocio para venderlo, una estrategia de costes para producirlos en serie y unas especificaciones de diseño que expliquen por qué lo has fabricado así y no de otra manera. Es un programa muy completo para cualquier ingeniero, pero, en cuestión de rodaje, la prueba más larga consiste en pilotar unos veinte kilómetros en un mini circuito hecho con conos. ¡Y ni siquiera te dejan competir en pista contra otros equipos! —La sonrisa de su cara no desapareció mientras rememoraba aquellos momentos—. Es importante recordar que los estudiantes no son pilotos, y, en la mayoría de los casos, solo se han subido a un kart para pasar un rato con los amigos.

—Tú eras piloto, ¿también asumiste ese rol en el equipo?

—No, no he vuelto a subirme a un vehículo de ese tipo.

El accidente que había tenido Johan había sido horrible. Yo tenía seis o siete años y, aun así, me acordaba a la perfección. Mi padre había estado hablando de todas las imprudencias que había asumido al intentar batir aquel récord de velocidad. En ese momento, quise preguntarle por ello, pero no encontré el valor. Quizás otro día.

—Entiendo. Me habría gustado vivir algo así —confesé un rato después. Estudiar algo que te apasionara me parecía una quimera.

—Lo que tú viviste fue mucho más, en todos los sentidos. No creo que dormir en una tienda de campaña en plena tormenta de verano te hiciera más feliz que ganar dos temporadas seguidas el campeonato de F2, Axel.

Tenía sentido, aunque me parecía una experiencia interesante. Yo nunca había tenido la opción de ir a la universidad. Incluso había tenido que sacarme la ESO a distancia porque no estaba lo suficiente en casa como para poder asistir de forma asidua a clase. Todo lo que me contaba me daba cierta envidia. Era cierto que, con las oportunidades que yo había tenido, que me habían llevado hasta donde estaba en aquel momento, no debería querer cambiarlas por nada. Quizás siempre echábamos de menos lo que nunca había estado a nuestro alcance.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Había tanto que quería saber de él.

—Ya lo estás haciendo.

Puse los ojos en blanco y omití su vacile.

—¿Cómo supiste qué hacer una vez que te dijeron que conducir no era una opción?

Johan se quedó pensativo, frunciendo el ceño, como si estuviera rememorando el momento en el que su vida dio un giro tan brusco.

—Nunca me dijeron que volver a conducir no era una opción —aclaró—, pero, respondiendo a tu pregunta, para alguien con diecisiete años que soñaba con llegar lejos, fue un golpe duro. Tener que volver a buscar una pasión, un sueño… Ahora que lo veo con perspectiva, mi carrera como piloto no era gran cosa. No habría

llegado lejos. No era malo, al contrario, aunque tampoco era excepcional. No tenía ese talento que hace que recortes un par de décimas de segundo al que va en cabeza en cada vuelta. Lo que sí tenía era un interés genuino hacia el mundo del motor, y sabía que, fuera como fuese, quería permanecer en el mundillo. ¿Por qué lo preguntas?

Me quedé pensativo. No sabía si debería sincerarme demasiado con él, pero decidí darle una pincelada de mi verdad.

—Me preguntaba qué debería hacer cuando mi carrera como piloto se termine.

—Te quedan años para eso. —Lo hizo sonar como si pudiera pasar una vida hasta entonces; sin embargo, yo no lo tenía tan claro.

—O no. Como tú has dicho, solo los pilotos excepcionales tienen un hueco.

Johan sonrió y negó con la cabeza. Luego se pasó la lengua por los labios, como si estuviera pensando qué palabras usar para lo que estaba a punto de decir. Ese movimiento captó mi atención.

—No es tu caso, Axel. Tú eres excepcional y llegarás lejos. Sobre todo ahora que estás aprendiendo a aceptar la ayuda de tu equipo. Todos estaban cansados de verte de morros cada vez que te comentaban algo.

—Estoy en ello. Es difícil aceptar cosas que veo de forma diferente o que pienso que no van a funcionar.

—Lo sé. La confianza es difícil de ganar, pero se consigue. Lo estás haciendo bien.

Que precisamente él me dijera algo así me dejó sin palabras. Al verme tan callado, Johan volvió a intervenir.

—¿Has pensado cuál será tu objetivo? Ganar el campeonato y, después, ¿qué? ¿Sueñas con batir récords de podios? ¿O te retirarás cuando ganes?

Suspiré. No lo sabía. No había tenido la oportunidad de averiguarlo. Mi padre me llevaba diciendo lo que tenía que hacer desde que tenía uso de razón. Siempre tenía que entrenar, siempre tenía que viajar a los campeonatos, siempre había otra carrera en la que enfocarme. Nunca me preguntó si aquello era lo que quería o no, y, en aquel momento, no sabía si lo seguía haciendo por cabezonería o si podría aprender a disfrutarlo de nuevo.

—Mi padre nunca me permitió plantearme eso, y creo que muchas veces todavía actúo por impulso. Para él, una victoria lo es todo. Cualquier otro puesto que no sea el primero sigue siendo una vergüenza. —Mentiría si dijera que todos aquellos recuerdos no me traían sentimientos encontrados—. Me crio para ganar, para llegar a la F1. Nunca tuvimos un plan B. Yo era muy pequeño y ya conducía, pero no tenía fuerza suficiente para mover el kart. Si me salía de la pista y me quedaba atascado en la grava, tenía que sacarlo sin ayuda como castigo. A veces entrenaba durante tantas horas que tenía unos calambres horribles en las piernas; sin embargo, mi padre no me dejaba parar hasta que completara las vueltas. Recuerdo el frío que pasaba muchas veces, haciendo que no sintiera las manos, o la nariz. Ya habrás oído la historia de cuando me dejó tirado en aquel circuito por quedar segundo… —Aquella noticia se había filtrado y había habido mucho revuelo. Desde entonces, siempre había tenido mucho cuidado con cómo se comportaba en público conmigo—. No sé. Tengo demasiadas cosas sobre mi espalda, y, a veces, siento que el apellido Devin me pesa más que cualquier otra

cosa. A veces, desearía ser un anónimo; otras, doy gracias por la suerte que tuve. Que sigo teniendo.

Johan me miraba de una forma extraña. Como si escucharme decir todas aquellas cosas las volviera reales.

—No tuvo que ser fácil —dijo al final, apoyando una mano en mi nuca y dándome un pequeño apretón, transmitiéndome consuelo. Luego, volvió a tomar su copa y bebió de nuevo.

—No lo fue. Sigue sin serlo. Supongo que necesito algo de tiempo para decidir qué es lo que quiero hacer.

Johan asintió con el rostro serio.

—¿Y cómo es la relación con tu padre ahora?

—Bueno… —Era una buena pregunta—. En resumen, diría que tensa. Está muy decepcionado con mi desempeño esta temporada. Creo que piensa que solo me monto en el coche cada semana para fracasar. —Intenté sonreír, pero me salió un poco fingido—. Te estaría mintiendo si te dijera que no piensa que soy la vergüenza y el hazmerreir de la familia. Además, yo no lo he perdonado por lo que me hizo. Es como una losa para mí, aunque, al mismo tiempo, sigue siendo mi padre. No sé si me entiendes.

—Creo que deberías dejar de intentar ganar por él, y empezar a ganar por ti —comentó tras unos cuantos segundos en silencio—. No quiero meterme donde no me llaman, pero no vas a poder cumplir las expectativas de todo el mundo. Con que cumplas las tuyas, tendría que ser suficiente.

—¿Y si al final soy yo quien se está exigiendo de forma constante?

Johan me sonrió como respuesta.

—Entonces, ya seremos dos —respondió.

Sentí un pequeño nudo en el estómago. Johan me había escuchado y no me había juzgado. Puede que fuera lo mínimo que debería exigir, aunque, en los últimos años, había visto tantas cosas que ya no solía esperar nada de nadie.

—Igual debería hacer lo que me dijiste el primer día que nos conocimos. Centrarme en conseguir puntos, no meterme a luchar por las primeras posiciones sin una estrategia clara.

—Aún queda mucha temporada, Axel. No es momento de rendirse todavía. Tú sigue pilotando como hasta ahora, que el equipo y yo nos encargaremos del resto —dijo, levantando la copa en señal de promesa.

No me estaba diciendo las cosas por decir, y se lo veía involucrado con su trabajo. Sabía que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarme a ganar. No solo por el equipo, sino también por mí.

—Háblame de tu hijo. —No sé por qué decidí cambiar de forma tan radical de tema, pero me apetecía seguir escuchándolo.

—¿Y qué quieres que te cuente sobre Aaron?

—No sé. Todo. Cualquier cosa.

Johan sonrió enseñando los dientes antes de empezar a hablarme del pequeño. Yo lo escuchaba como si me estuviera relatando la historia más interesante del mundo, teniendo de protagonista a un niño de cinco años.

Noté cómo mi corazón empezaba a latir algo más rápido que de costumbre y que una sensación cálida me envolvía el pecho mientras lo miraba.

Mierda.

El problema era que Johan y yo nos habíamos acercado en los últimos meses y se estaba convirtiendo en alguien importante para mí.

Parpadeé despacio un par de veces, siendo consciente por primera vez de lo mucho que había cambiado mi percepción de él. Siempre me había parecido que Johan tenía algo. Nunca había sabido el qué, pero ahí estaba. Esa sencillez, implicación e inteligencia que lo hacían único. Y escucharlo hablar, de la forma en que lo hacía, de su familia era más de lo que podía soportar.

Si alguien me hubiera dicho hacía un par de meses que estaría en un restaurante a solas con él, disfrutando de una sobremesa tranquila, no le habría creído.

Si me llegan a decir que le habría contado cosas de mi vida que casi nadie sabía, me habría reído en su cara y, a pesar de ello, allí estaba, suspirando por alguien a quien seguramente nunca podría tener.

Tenía un marrón encima terrible, pero lo primero era reconocérmelo a mí mismo.

Johan me gustaba mucho. Muchísimo.

Y ya que estábamos, además, era muy posible que tuviera ganas de acostarme con él.

24



Johan

Julio 2025

Llevaba un buen rato en los boxes, rodeado de todos los ingenieros, mientras ultimábamos los preparativos del día. Los jueves siempre eran días tranquilos: llegadas al circuito, ruedas de prensa, *track walks* y poco más. Quizás por eso aprovechaba siempre para tener todas las reuniones posibles antes de que llegaran los pilotos al circuito.

—Creo que con esto ya tenemos material para empezar a trabajar —dijo, Gjon revisando sus últimas notas.

Asentí y me puse en pie. Después de la pequeña bajada de rendimiento que habíamos tenido en Austria, habíamos hecho cambios en la configuración del coche y esperaba que fueran

suficientes como para volver a subirnos al podio. Los chicos estaban tercero y quinto en el mundial de pilotos, y Hygge se encontraba en tercer lugar en el de constructores. Todavía quedaban muchas carreras por delante, pero no podíamos permitirnos ningún desliz si no queríamos que la diferencia de puntos que nos llevaban Quantum y Phoenix en el campeonato se hiciera cada vez mayor.

Me despedí de todos y salí de allí mientras revisaba los últimos mensajes. Pese a que era pronto, Norma y Aaron habían llegado hacía unos minutos. Me dirigí hacia la entrada del circuito para salir a su encuentro. No había demasiada gente, aunque ya empezaba a verse algo de movimiento: las marcas estaban terminando de montar los *stands* y los proveedores de comida y bebida pasaban de un lado hacia el otro cargados con carritos. En los próximos días, todo estaría lleno de gente, alcanzando más de ciento cincuenta mil visitas para disfrutar de la carrera y el ambiente.

Saludé a un par de ingenieros de otros equipos y a un grupo de periodistas antes de encontrarme con mi exmujer, que llevaba al niño en brazos. Aaron tenía la cabeza escondida en el cuello de su madre, y, a pesar de mis intentos por hacer que me mirase, fue imposible.

—¿Qué le pasa? —Norma me miró con gesto aburrido, como si hubieran tenido la misma conversación durante toda la mañana.

—Hoy lleva la camiseta de Anderson, como pediste.

No pude evitar que una pequeña sonrisa me apareciera en el rostro. Una vez que me confirmaron que ambos me acompañarían durante los cuatro días que duraba el evento, les había conseguido un par de camisetas diferentes de Hygge, para que pudieran ir siempre vestidos con los colores del equipo. Norma las aceptó

encantada, a pesar de que sabía que eso acapararía la atención mediática. El verdadero problema era que Aaron no estaba de acuerdo y solo tenía intención de llevarlas si llevaban el número veintitrés. Era increíble la obsesión que tenía con Axel, pero yo no quería que la gente empezara a hablar de que mi hijo solo llevase la camiseta de uno de mis pilotos.

—Se le pasará —respondí, encogiéndome de hombros y poniendo una mano en la espalda de Norma para guiarla hacia el *motorhome*—. ¿Tienes hambre?

—No, hemos comido antes de venir. Lo que estoy es algo destemplada, me gustaría conseguir una bebida caliente.

A pesar de que estábamos en pleno verano, hacía frío; apenas llegábamos a los diecisiete grados.

—Claro. Hay café recién hecho. Vamos.

En cuanto llegamos al *motorhome*, los guie hasta la sala de descanso, donde Norma se pudo sentar en uno de los sillones y descansar, ya que todavía cargaba con nuestro hijo en brazos. Le puse una taza de café caliente delante y me senté en la otra esquina.

Durante casi diez minutos, ninguno rompió el silencio en el que nos vimos envueltos. Aaron se había quedado dormido, y el sonido de su respiración, pausada y profunda, era el único sonido que nos acompañaba.

—Gracias por venir hoy. —Norma me miró con cariño. Hacía demasiado tiempo que toda nuestra historia se había terminado, pero sabía de sobra que ciertos temas todavía abrían heridas que no habían terminado de cicatrizar.

Mi trabajo era uno de ellos.

—No pasa nada. Además, no lo hago por ti —respondió un tiempo después mientras acariciaba la espalda de Aaron con cariño —. Él quería venir, y no me parecía bien quitarle eso. Suficiente ha perdido ya.

Asentí y desvié la mirada ante aquellas palabras. Eran ciertas, y me dolía que lo fueran; sin embargo, llevaba convenciéndome desde hacía cinco años de que había tomado la decisión correcta.

No había sido un buen marido, ni un buen padre, pero me había concedido a mí mismo un plazo para seguir mi propio camino. Después, me haría a un lado y empezaría a dedicarle más tiempo a mi hijo.

El sonido del pomo de la puerta al girar nos hizo desviar la mirada en aquella dirección un segundo antes de que se abriera.

Axel y Fabian nos miraban con los ojos abiertos, sorprendidos de encontrar a alguien en aquella zona. Ellos solían ser los únicos que la usaban para descansar antes de subirse al coche.

—Lo siento, no sabíamos que estábais aquí. —Fabian miró a Axel buscando complicidad, pero el chico tenía los ojos fijos en mí—. Habríamos tocado de ser así.

Durante un segundo, tuve la necesidad de explicarle aquella situación a Axel, para que no hubiera ninguna confusión. Norma llevaba la camiseta de Hygge, y eso se podía malinterpretar con facilidad. Luego recordé que no tenía por qué darle explicaciones de mi vida privada a uno de mis pilotos, si bien una sensación extraña se me quedó dentro del pecho.

—Pasad —dije, poniéndome de pie y sintiéndome incómodo de repente. Notaba como si me hubieran pillado haciendo algo malo—.

Ellos son Norma y Aaron, aunque mi hijo no os podrá responder porque ha decidido tomarse una siesta.

Después de saludarse e intercambiar un par de palabras, Fabian se ofreció a ceder la habitación para que el niño pudiera terminar de dormir en un lugar cómodo y tranquilo.

—Yo hoy no la voy a usar, y, en último caso, Axel y yo podemos compartirla.

Norma me miró, esperando algún gesto por mi parte para que aceptara o rechazara la oferta. Asentí de forma casi imperceptible, a lo que ella respondió sonriéndole a Fabian y agradeciéndole el gesto.

—Me quedaré con Aaron hasta que se despierte y luego bajaremos a buscarte —me dijo antes de girarse de nuevo hacia el piloto para darle las gracias otra vez. Después, se metió en la habitación, cerrando la puerta tras ella y dejándonos a los tres solos.

Apenas era medio día y yo estaba demasiado cansado. Me froté los ojos y tuve que reprimir un bostezo mientras volvía a sentarme en el sofá para terminar el café que estaba tomando. Los chicos se sintieron un poco cohibidos al principio, o al menos esa fue mi primera impresión, ya que, poco después, ambos se sentaron a mi lado y empezaron a comentar detalles del fin de semana.

—¿Habéis hablado con Andrea y Gjon? Querían comentar los diferentes planes para la carrera del domingo —los interrumpí cuando comentaban las mejoras del fondo plano del Phoenix.

—Mierda, le dije que bajaba en dos minutos cuando me lo crucé al llegar. —Fabian se levantó como un resorte y, después de dejar sus cosas en la habitación de Axel, salió corriendo escaleras abajo.

Pensé en decirle que tuviera cuidado y no fuera a tropezar; sin embargo, un golpe y un grito me advirtieron de que había llegado

demasiado tarde. Me giré en el sofá, preocupado, pero la voz de Fabian se escuchó un segundo después.

—¡Estoy bien, solo me he saltado un escalón! —gritó desde la otra planta.

—Un día me mataréis de un disgusto. —Suspiré, cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el respaldo—. Andrea tenía reunión con el departamento de chasis hasta las doce y media —añadí para Axel, aunque supuse que ya lo sabía, porque no hizo amago de levantarse del sillón.

—Sí, ya me avisó. Quedamos en comer juntos.

—Vale. Hay unos cambios en la configuración que queremos probar en los entrenamientos de mañana. Ya te lo explicará él con calma, pero puede ser la solución que estábamos buscando.

Axel asintió, pero me dio la sensación de que era más un gruñido que otra cosa. Abrí los ojos y giré la cabeza para mirarlo. Tenía la vista clavada al frente, con el gesto serio y algo más pensativo de lo normal. Además, le daba vueltas al anillo que llevaba en el dedo índice, de una de sus últimas campañas de publicidad.

—¿Todo bien? —pregunté sin poder evitarlo, y mi voz salió con un tono confidente y cercano, en contra de mi voluntad. Había algo en el piloto que me impulsaba a acortar la distancia con la que siempre trataba a todo el mundo, a pesar de que era consciente de que no debería hacerlo.

—¿Crees que estoy desempeñando un buen papel esta temporada? —preguntó de golpe, sin girarse hacia mí, serio.

Aquella pregunta me descolocó por completo. ¿De qué estaba hablando? ¿Habría tenido algún problema en casa?

Titubeé sin saber bien cómo responderle.

—Sí, ya te lo dije el otro día —contesté—. Creo que estás haciendo lo que se espera de ti y vas mejorando en cada carrera. Una vez que terminemos de pulir un par de cosas en el coche, empezarás a lograr los puestos que te mereces. La idea es que lo que pasó en Barcelona se vuelva a repetir, y tanto tú como Fabian os subáis al podio.

Axel asintió, aunque no parecía muy contento. Tenía la mandíbula tensa y sus labios estaban apretados, formando una fina línea. Cuando se giró, lo hizo con todo el cuerpo, subiendo una rodilla al sillón y golpeándome en la pierna con ella. Después me miró, y yo tuve que hacer un esfuerzo por no apartar la mirada de sus ojos casi verdes. No entendía lo que estaba pasando; sin embargo,me sentía inquieto.

—Eso dices.

—¿Por qué me da la sensación de que vas a añadir un pero?

—No sé, yo… —empezó, y casi suspiré aliviado de que por fin fuera a decirme qué era aquello que tanto le había molestado. Le di un pequeño trago al café, ocupando mis manos en algo—. ¿No ha sido cosa tuya que tu hijo cambiase mi camiseta por la de Fabian?

Hice un esfuerzo titánico por que el café no saliera disparado de mi boca; terminé atragantándome y empecé a toser como si mi vida pendiera de un hilo. Mientras recuperaba la compostura, mi sonrisa se iba haciendo más y más grande, hasta que, cuando lo volví a mirar, ya sonreía de oreja a oreja.

—¿Y eso es lo que te preocupaba? ¿Qué tendrá que ver tu rendimiento con los gustos de un niño de cinco años?

Axel apartó la mirada. Se sonrojó y se revolvió el pelo, avergonzado. Al ver que no decía nada, le puse una mano en el

hombro, llamando su atención.

—Si crees que yo puedo influir en los gustos de mi hijo, estás muy confundido. Intenté durante meses que se fijara en Fabian y no tener que hablar de ti todos los días en el desayuno, y fue misión imposible. Incluso llevé tu cara de fondo de pantalla durante unos días, creo que ya te lo había dicho en alguna ocasión. —Tenía una sensación cálida en el pecho, y no sabía por qué—. Si lo que te preocupa es que lleva su camiseta, solo decirte que mi hijo no me habla por ese motivo.

Aquello pareció captar el interés del piloto.

—¿Está enfadado contigo?

—Y más lo va a estar cuando se levante, te vea y se dé cuenta de que no lleva tu camiseta —bromeé, sacándole una sonrisa al chico—. Quería aprovechar el momento para hacer un poco de promoción al equipo, no solo a ti.

—Vale —respondió manteniendo un tono serio, lo que hizo que me diese cuenta de que quizás había algo más. Después de insistir un poco, Axel resopló, llevándose las manos a la cara—. No es que haya pasado algo, simplemente siento que llevo todo el campeonato dos pasos por detrás de Fabian.

—Y eso es normal —interrumpí—. Él lleva casi ocho años en la categoría y cuatro en el equipo. Está más adaptado que tú, no tiene nada que ver.

—Pero las mejoras se las pusisteis a él primero.

—Bueno, por uno había que empezar, y él es el primer piloto.

—Llevamos diez carreras y él lleva cinco podios. Yo uno.

—Tus resultados han ido mejorando. Andrea tiene todas las telemetrías, que estoy seguro que te ha enseñado más de una vez, y

puedes ir comparándolas con las de Fabian. Tus resultados no están tan lejos de los suyos.

—Llevo toda la vida esforzándome más que nadie, y no parece ser suficiente. A veces, el sentimiento de fracaso que noto es abrumador.

—Estás quinto en el campeonato. Algo debes de estar haciendo bien.

—No me entiendes.

—Sí lo hago, pero tú no me escuchas. Confía en tus habilidades. Los resultados llegarán. No todo en esta vida lo tendrás de forma inmediata. Aunque no siempre podrás ser el mejor en todo, eres un piloto excepcional y, poco a poco, conseguirás lo que te mereces.

No estaba acostumbrado a esa actitud de Axel, tan quebradiza y frágil. ¿Se había estado guardando aquellos sentimientos dentro desde el principio? Quizás hasta ahora no se había sentido lo bastante cómodo con nadie como para compartir sus miedos en voz alta.

Lo vi asentir; no parecía muy convencido, y yo no pude evitar pensar si había tenido algún problema con alguien de su entorno. ¿Quizás una llamada desafortunada del gilipollas de su padre? No lo sabía, y tampoco sentía que pudiera hacerle esa pregunta en voz alta. Todo era demasiado personal, y yo tenía que recordarme todo el rato que debía mantener las distancias.

Antes de que me diera tiempo a responderle cualquier cosa, la puerta de la habitación se abrió y Aaron salió corriendo, lanzándose sin pensárselo dos veces a los brazos de Axel, que reaccionó por puro instinto, cogiendo al niño antes de que se golpeara contra cualquier lado.

—Ey, chaval, ¿cómo estás?

En ese momento, el niño puso cara de horror absoluto y se empezó a retorcer en los brazos del piloto hasta que pudo escapar corriendo junto a su madre.

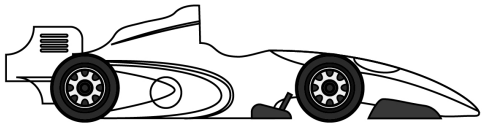
Ambos nos giramos en el sofá, sin ser capaces de entender ese extraño comportamiento.

—Aaron, ¿qué…? —empecé, pero no me hizo falta terminar de preguntar cuando vi cómo se deshacía de la camiseta que llevaba puesta y aparecía de nuevo con la otra, con el número veintitrés a la altura del pecho.

Giré la cabeza hacia Axel, que estaba recostado sobre el respaldo del sillón, con la barbilla apoyada en una de las manos y mirando al niño con ojos divertidos.

—Para que veas, el drama de la camiseta y tú preocupado —comenté en voz baja, para que solo me escuchara él, antes de levantarme y coger a mi hijo en brazos—. ¿Vamos al box?

25



Axel

Julio 2025

Pasar tiempo con Aaron y Johan me hizo darme cuenta de muchas cosas.

Por un lado, el niño tenía una energía agotadora. Se había pasado el día haciendo preguntas. Se veía que le interesaban los coches, las carreras y quería saber el porqué de todo.

Por otro lado, ver a Johan hablarle de una forma tan atenta y tierna me hizo plantearme mis gustos en cuanto a hombres hasta el momento.

Aparte de un par de líos poco serios con algunos chicos famosetes, nunca había tenido una relación duradera. Estar en la F1 y ser abiertamente gay no solían ir de la mano; al menos, ningún piloto había dado el paso de hablar de una relación que no fuera heteronormativa. Así que solía tener mucho cuidado con quién metía en mi cama.

Quizás un ingeniero, algo mayor que yo, asentado, con las cosas claras en la vida, era justo el prototipo de hombre que buscaba.

Joder, iba a tener que dejar de comérmelo con la mirada o todos se acabarían dando cuenta.

Eran pasadas las seis de la tarde cuando dimos la jornada por concluída. Yo ya llevaba un rato sentado en una de las sillas, con Aaron en brazos, mientras Johan, Andrea y Gjon discutían sobre los flujos de aire y la configuración aerodinámica ideal para la carrera. Por mi parte, les había hecho saber mi opinión hacía casi media hora, pero todavía seguían dándole vueltas al asunto.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —me preguntó Aaron, mirándome sin pestañear.

El niño tenía los ojos de un azul muy oscuro, iguales a los de su madre, aunque la expresión de su rostro era de un Johan en miniatura.

—Dormir, supongo.

—Nooo —dijo alargando la voz entre risas—. Digo antes.

—Pues no lo sé. Al salir de aquí me iré a descansar, me daré una ducha y cenaré.

—¿Y qué vas a cenar? —El niño preguntaba todo de forma extraña, y no me fue difícil darme cuenta de que estaba intentando saber algo por algún motivo.

—Todavía no lo he pensado. ¿Me vas a decir a qué viene tanta curiosidad? ¿Qué quieres?

El pequeño desvió la mirada y se removió inquieto sobre mis piernas. Luego, empezó a jugar con los cordones de mi sudadera. Al ver que tenía tantas dudas, me permití insistir un poco.

—Puedes preguntarme lo que quieras, Aaron, no tengas vergüenza.

—Yo no quería despedirme de ti todavía —confesó con la voz tan baja que tuve que hacer un gran esfuerzo para entender bien lo que decía.

—Pero nos vamos a ver mañana y el sábado y el domingo —le aclaré. Todavía quedaba mucho fin de semana.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? —pregunté elevando las cejas, intentando transmitirle la suficiente confianza como para que me dijera qué era lo que de verdad quería.

—Yo quería ir a tu casa.

Se me escapó una pequeña carcajada.

—¿Y para qué quieres ir tú a mi casa?

—Para verla. Johnny dice que tu casa es una de las más guays de la ciudad. —Supuse que ese era el nombre de alguno de sus amigos, pero no tenía intención de preguntarle al respecto.

—Pues tendremos que quedar para otra ocasión, porque hoy no voy a casa, me quedo en un hotel que está cerquita de aquí.

—Jo —protestó, y su cara mostraba su descontento.

Por lo que sabía, el niño vivía con su madre en Oxford, bastante cerca de la casa de Johan. No estaba seguro de cuáles eran los planes que tenía Norma, si tendrían pensado quedarse en un hotel por la zona o iban a ir y volver todos los días. Lo que sabía a ciencia cierta era que Johan se iba a hospedar con el resto del equipo en el mismo hotel que yo.

—Pero podemos cenar juntos —dije con intención de que el niño borrase aquel gesto triste de su cara.

—¿De verdad?

—Sí. Entonces…, ¿hablamos con tu padre?

—Vale —respondió sonrojado, supuse que de la emoción.

Quizás me estaba metiendo donde no me llamaban, aunque tampoco me apetecía terminar el día tan pronto.

Un rato más tarde, después de haberme despedido de todos, estaba metiendo las cosas en el maletero de mi coche. Casi siempre me acoplaba con alguien para los traslados, pero estando tan cerca prefería conducir yo mismo sin depender de nadie.

Justo cuando estaba a punto de meterme en el asiento del conductor, el coche de Johan se paró a escasos metros. Tras bajar la ventanilla, me miró preocupado.

—Por favor, dime que le has dicho a Aaron que te apetecía pasar un rato con él y no voy a tener que aguantarlo toda la noche llorando. —Su voz sonaba cansada, y parecía que tenía ganas de hacer cualquier cosa menos pensar—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de escuchártelo decir, aunque sea mentira.

La voz del niño me llegaba de forma distorsionada a través de los cristales del vehículo. No entendía bien lo que estaba diciendo, parecía estar protestando por algo.

—Se lo he dicho, sí —confirmé tranquilizándolo—. ¿Por?

—Ha insistido muchísimo en quedarse conmigo esta noche. En cualquier otra ocasión, me habría dado igual, pero estaba tan ilusionado que no he sido capaz de negarme. No paraba de hablar de todos los planes que habíais hecho juntos… Lo siento —se disculpó al final, seguro que por las posibles molestias que pudiera suponer para mí.

El problema era que nada más lejos de la realidad. Yo estaba encantado de poder pasar ese momento con él y con su hijo.

—Está todo bien.

—Voy a decidir creerte porque no tengo fuerzas para hacer otra cosa. ¿Te llevo o vas por tu cuenta? —preguntó señalando mi coche con la cabeza.

En realidad, debería haber rechazado su oferta e ir por mi cuenta, era más sencillo; sin embargo, sabía de sobra que iba a aceptar antes de abrir la boca.

De camino, paramos en un restaurante a cenar y estuvimos hablando sin parar. Aaron me contó con detalles precisos un montón de cosas de su día a día, como el nombre de todos sus amigos, los dibujos que veía en la televisión, sus platos de comida favoritos, y luego se centró sobre todo en los coches y las carreras. A veces, me costaba seguirle el ritmo porque se le escapaban un montón de palabras en alemán.

Cuando llegamos al hotel, cerca de las nueve de la noche, el niño estaba dormido en el asiento de atrás y yo con la cabeza saturada.

Johan apagó el motor y suspiró. Se lo veía cansado.

—Gracias por perder el rato con nosotros. Aaron estaba muy contento.

—No tienes que agradecer nada, me lo he pasado bien.

Más que bien, en realidad. Me pasé la lengua por los labios mientras pensaba en alguna manera de alargar la jornada un poco más. Nos bajamos del coche y ayudé a Johan a coger a Aaron en brazos antes de dirigirnos hacia el ascensor. El niño tenía el pelo oscuro revuelto y la cara aplastada contra el hombro de su padre. Se había quedado sin energías.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Johan cuando las puertas del ascensor se abrieron, mostrando el pasillo—. Puedes venir y vemos algo en la tele, estoy en una suite.

De camino, había tenido que llamar al alojamiento para pedir que lo trasladaran a un cuarto con una habitación independiente para que el niño pudiera descansar bien. Como apenas tenían ninguna, le habían ofrecido una de las suites, que contaba con un pequeño salón y dos habitaciones.

—Ahora que ya sé la estrategia para conseguir una habitación más grande, habrá que celebrarlo. Me aprovecharé de ella siempre que tenga ocasión.

Johan se rio y, joder, todo lo demás dejaba de tener importancia.

—Ya me dirás si te da resultado —contestó con una sonrisa.

Ni siquiera me lo pensé y asentí.

—Tengo unas tónicas en el minibar de mi cuarto, las cojo y voy.

—Mientras no lleve alcohol, me vale.

Cuando llegué a su habitación, con las bebidas en la mano, el corazón me latía más rápido de lo normal.

—Ponte cómodo —me indicó después de cerrar la puerta a mi espalda.

Ya estaba descalzo y tenía unos cuantos botones de la camisa desabrochados.

Después de quitarme las deportivas y abrir las botellas, me dejé caer sobre el sofá y encendí la televisión. Aaron estaba durmiendo en el cuarto con la puerta cerrada, por lo que no lo íbamos a molestar por mucho que hiciéramos algo de ruido.

—Siento haberte hecho perder la noche.

—Vaya tontería, fue cosa mía y de Aaron.

—Ya, aunque yo tendría que mostrarme más firme con él. —Johan le dio un trago a la tónica y la volvió a dejar sobre la mesita —. Me cuesta ser el que le niega las cosas. Norma dice que lo estoy malcriando, pero…

Sabía de sobra que no debería, que nuestra relación era estrictamente profesional; aun así, no podía evitar sentir algunos celos de su exmujer. No sabía qué relación tenían; sin embargo, las pocas veces que ella lo había llamado en mi presencia, lo había dejado todo para atenderla. Y había ido a pasar todo el fin de semana con él al circuito.

—No le des más vueltas. El niño quería ver mi casa y, como no era posible, adaptamos el plan. —Me encogí de hombros quitándole importancia.

—¿Tu casa? Madre mía, mira que tiene cosas raras…

—Bueno, es un crío.

—Sus amigos son demasiado espabilados y Aaron demasiado ingenuo.

—Puede, pero es un buen niño. Creo que habéis hecho un buen trabajo educándolo. Y, para que lo sepas, en algún momento tendremos que quedar para cenar en mi piso. —Aquello era lo que había hablado con el pequeño; no obstante, al decírselo a él en voz alta sonaba más a una proposición que a otra cosa.

—En qué jaleos me mete —se quejó con una sonrisa—. Ese día, ya que tú pones la casa, nosotros te haremos la cena. Mi madre prepara un *Schweinebraten* increíble; puedo intentar replicarlo, aunque tengo que pedirle la receta.

Mentiría si dijera que no notaba un cosquilleo por dentro cuando lo escuchaba hablar alemán.

—Mientras no sean judías…

Johan se rio.

—Es un asado de cerdo.

—Con ese nombre lo entiendo mejor.

—¿No sabes nada de alemán? —me preguntó sorprendido—. Te he visto hablando en tantos idiomas que he perdido la cuenta.

—Lo dudo mucho.

—Te he oído hablar en francés, inglés, español, italiano… —dijo, elevando un dedo cada vez que mencionaba un idioma diferente—. Seguro que me estoy dejando alguno.

—En español solo puedo decir un par de palabras, aunque lo entiendo bastante bien —repliqué.

Era cierto que saber defendernos un mínimo en el idioma del país en el que competíamos nos facilitaba mucho las cosas, por eso todos solíamos esforzarnos por hablarlo o entenderlo.

—Pues lo que yo te diga.

—¿Me dirías algo en alemán? —pedí, y mi voz sonó demasiado cercana.

—¿Qué quieres que te diga?

En ese momento pensé en decirle que no quería oír nada, que prefería mantener la boca ocupada en otra cosa. Por suerte, el poco sentido común que tenía decidió hacer acto de presencia y evitar una desgracia.

—No sé. Lo que tú quieras. —Parecía una súplica.

Johan me miró a los ojos durante un montón de segundos antes de susurrar:

—*Ich mag dich wirklich sehr, aber leider wird es nie etwas werden*.

Bum. Bum. Bum.

El corazón me latió tan fuerte que temí que lo hubiera escuchado. No tenía ni idea de lo que significaban aquellas palabras, pero había sonado como algo íntimo.

—¿Qué significa? —pregunté con la voz tomada.

Sentía que me había confesado algo importante para él, y yo necesitaba saber la traducción.

—Nada que merezca la pena repetir. Creo que deberías ir a descansar. Mañana tenemos los libres, y necesitamos que estés al cien por cien. —Asentí, todavía nervioso—. Si no te apetece ir a tu habitación, puedes quedarte aquí y usar mi cuarto. Yo dormiré con Aaron.

—No te preocupes, tengo fuerzas para recorrer los metros que me separan de mi cama. —Intenté que la voz me saliera lo más relajada posible y me puse en pie, a pesar de que el corazón parecía que estaba a punto de salírseme del pecho—. Buenas noches, Johan.

—Descansa, Axel.

Salí de allí con la sensación de que habían estado a punto de pasar muchas cosas, y lo peor era que ni siquiera estaba seguro de que a Johan le interesaran los hombres de esa manera.

De que yo le interesara de esa manera.

CLASIFICACIÓN 11

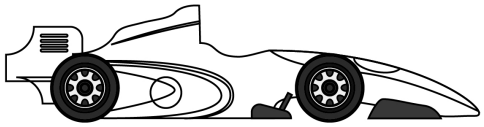
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	186
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	186
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	148
4	Jan Kowalski	Quantum Racing	112
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	107
6	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	98
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	84
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	74
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	58
10	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	16
11	Dibra Berisha	Starlight GP	15
12	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	12
13	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	6
14	Felipe Costa	Titan Performance	5
15	Kenji Yamamoto	Titan Performance	3
16	Andrés Fernández	Starlight GP	1
17	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
18	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
19	Mateo González	Velocity Dynamics	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	298
2	Phoenix Racing Team	284
3	Hygge F1 Team	255
4	Thunderbolt Racing	142
5	Vortex Engineering	86
6	Starlight GP	16
7	Eclipse Motorsport	22
8	Titan Performance	8
9	Velocity Dynamics	0
10	Nitro Racing	0

26



Axel

Julio 2025

Aquel día, Fabian y yo habíamos coincidido en el turno de gimnasio. La primera parte de la sesión había consistido en un entrenamiento de fuerza; las máquinas que utilizábamos estaban pensadas para fortalecer todo el cuerpo. Aquellos eran los días que más disfrutaba. En otras ocasiones, nos tocaba hacer sesiones con los arneses cervicales y las máquinas de resistencia, que simulaban las fuerzas G que experimentábamos durante la carrera. Esas prefería saltármelas. Eran demasiado duras y exigentes.

Durante los descansos entre ejercicios, Fabian y yo estuvimos hablando de todo y nada. Aquel día parecía de muy buen humor y no paraba de bromear. Hacía tiempo que no lo veía tan relajado.

—¿Crees que nos dejarían saltarnos la segunda parte del entrenamiento? —preguntó, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Lo dudo.

—Lo intentaré de todas formas. No pienso aceptar una derrota.

Me reí y, por su culpa, no fui capaz de llegar hasta el final de la última repetición.

—Es imposible entrenar así.

—Que mi encanto natural te resulte fascinante no es mi culpa.

—No me dijeron esto cuando firmé con Hygge.

—Por supuesto que no; te recuerdo que esos días los pasaste conmigo. Jamás te diría nada malo de mí —respondió ocupando mi sitio con una sonrisa antes de empezar el entrenamiento.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —pregunté interesado, cambiando de tema.

Hacía tiempo que no pasábamos un rato juntos, y la idea de volver solo a casa una noche más no me resultaba demasiado atractiva. Dibra llevaba toda la semana ocupada con mucho trabajo, y no me había dedicado ninguna noche.

—Por ahora, nada, pero no te puedo prometer gran cosa. Estoy esperando una llamada de Jess y, si la hace, te abandono —me indicó al terminar, secándose el sudor que se le había acumulado sobre la frente.

Jess era la casi algo de Fabian. Llevaban quedando casi tres meses; no obstante, él se empeñaba en recordarme a diario que no tenían nada serio. Aunque se vieran siempre que podían. Aunque la hubiera llevado como acompañante a los últimos circuitos. Aunque pusiera cara de bobo cada vez que hablaba de ella. La chica era preciosa y agradable; además, parecía una buena persona. Habíamos salido un par de noches a tomar algo, y era inteligente y divertida. No tenía ningún problema en sacar tema de conversación y, si no recordaba mal, solía trabajar como modelo. Yo a Jess la veía

entregada a la relación, siempre haciendo todo lo posible por pasar tiempo con Fabian, siendo cariñosa y atenta… Mi compañero, por el contrario, le mandaba señales contradictorias todo el rato. Afirmaba que no eran nada, pero, de repente, los fotografiaban cogidos de la mano en la entrada del circuito, la llevaba a cenar a sitios caros y compartían una escapada romántica a no sé dónde un par de días. Me preocupaba cómo iba a terminar aquello.

—Podemos ir los tres a cenar —sugerí, agarrándome a aquella posibilidad como un clavo ardiendo.

No me gustaba estar de sujetavelas; sin embargo, me gustaba menos sentirme solo.

—¿Qué pasa, no tienes planes para hoy? —inquirió alzando las cejas, como si hubiera intuido mis verdaderas intenciones.

—La verdad es que no.

—Pero ¿va todo bien?

—Sí, sí, todo va bien. Solo que me apetecía hacer algo diferente esta noche.

—Bueno, no te preocupes por eso. Podías haberlo dicho sin rodeos. A Jess no le importará, le caes bien —aceptó, sonriendo de nuevo y acompañándome hasta las bicicletas.

La siguiente parte del entrenamiento fue tan dura como de costumbre, y no fuimos capaces de intercambiar más de un par de palabras durante todos los minutos que estuvimos pedaleando con todas nuestras fuerzas. Cuando el cronómetro llegó al final, ambos jadeábamos acompasados y había gotas de sudor acumuladas en el suelo. Daba igual que llevásemos la toalla al cuello y nos secáramos cada pocos minutos, el resultado siempre era el mismo.

—¡Ja!, te he ganado por diez *watts* —le dije a Fabian señalando el ordenador de la bicicleta.

—Claro, como no follas, te sobra energía, bien por ti —respondió él defendiéndose como podía.

—Qué sabrás tú —dije caminando hacia la puerta.

—Axel —me llamó, pero esperó hasta que nuestras miradas se encontraron antes de seguir hablando—: Puedo pedirle a Jess que traiga a alguna amiga, si te apetece.

Aquel comentario lo había hecho un par de veces en los últimos meses, si bien yo siempre había encontrado la manera de saltarme los encuentros con evasivas poco concretas. No consideraba que estuviera en el armario, mi círculo cercano lo sabía y lo respetaba, aunque intentaba llevar mi vida privada lo más alejada posible de los focos. A pesar de ello, no se me había visto con ninguna chica en los últimos años. Fabian era un tío listo, además de mi amigo, y no quería seguir ocultándole esa parte de mí.

Me pasé la mano por el pelo, notándolo húmedo; supe que me lo había dejado alborotado. Decir aquellas palabras en voz alta nunca era fácil para mí. Por mucho que conociera a una persona, nunca llegaba a saber al cien por cien cuál sería su reacción.

—Supongo que ya te has dado cuenta, pero… no soy muy de chicas —confesé mordiéndome el labio algo nervioso—. Nada de chicas, en realidad.

Fabian me miró un instante, pensativo, antes de que una pequeña sonrisa le apareciera en el rostro. Se acercó a mí, me pasó el brazo por los hombros, ignorando el sudor que me cubría, y tiró de mí hacia la puerta del gimnasio. El entrenamiento ya se había terminado y ninguno de los dos pensaba hacer nada más.

—¿Te he contado alguna vez que el hermano de Jess es muy guapo?

Me reí sin poder evitarlo.

—¿El hermano de Jess también es gay?

—No lo sé, podemos indagar. Quizás es bi. Además, lleva un par de meses soltero, e igual es el momento perfecto para que os conozcáis.

—Te lo agradezco, de verdad, pero no me apetece mucho conocer a nadie ahora mismo. —Intenté que mis palabras sonaran lo más naturales posibles; sin embargo, no parecieron suficientes para calmar el interés de mi compañero.

—¿Por? —Me miró durante un buen rato, hasta que levantó las cejas como si acabara de entenderlo todo—. ¿Estás con alguien? —Levanté las palmas mientras me apresuraba a negar con la cabeza —. No, alguien te mola.

Lo había dicho de forma contundente, como si supiera a ciencia cierta que aquella afirmación era verdad, como si no hubiera otra opción. No lo negué porque no me apetecía tener aquella conversación.

—Alguien hay, sí —acepté.

—¡Soy como Sherlock Holmes!

—Más bien como el detective Pikachu —suspiré.

Me gané un gruñido y un golpe en el brazo.

—¿Lo conozco?

—Eso da igual. Además, no sé si es recíproco, y ni siquiera puedo tener nada con él.

Fabian me miró con los ojos entrecerrados, intentando averiguar lo que sabía que estaba ocultando.

—¿Es un mecánico? —preguntó sin intención de rendirse—. ¿No será el del gato trasero? Porque ese me gusta hasta a mí.

Lo fulminé con la mirada y abrí la puerta del gimnasio sin molestarme en contestar.

Por suerte, o por desgracia, nos cruzamos con Johan en el pasillo. Iba vestido con la camisa del equipo y un pantalón de traje negro. Demasiado elegante para estar en la oficina.

—¿Hoy tocaba vestirse de gala? —preguntó Fabian tras mirarnos de arriba abajo, con nuestra ropa de deporte, sudados—. No nos llegó el mensaje.

Johan sonrió de forma sutil y se llevó las manos a los bolsillos.

—Acabo de terminar una entrevista bastante importante y no quería salir mal en las fotos —explicó con el mismo tono desenfadado—. Me alegra ver que todo sigue su curso, aunque yo no esté aquí para controlaros —añadió, y, cuando mi mirada se encontró con la suya, me guiñó un ojo, lo que me gustó e incomodó a partes iguales.

Me puse tenso de golpe, temiendo mi posible reacción, y eso hizo que Fabian me mirara con el ceño fruncido. Todavía tenía su brazo sobre mis hombros, por lo que había percibido todos mis movimientos de forma bastante evidente.

—Te preocupas sin razón, somos unos profesionales —respondió mi compañero como si no hubiera pasado nada—. Profesionales que llevan todo el día entrenando y tienen hambre.

Aquella sugerencia me extrañó. Fabian no solía querer quedarse cerca de la sede más tiempo del imprescindible. Prefería cenar en cualquier restaurante del centro de Londres y beber una copa de vino si le apetecía, o volver en veinte minutos en taxi a casa.

Johan miró el reloj de su muñeca antes de resoplar y asentir.

—Está bien, os invito a cenar. Os espero en la sala de juntas. Tengo que responder a un par de correos mientras os ducháis. En serio, duchaos.

No aguardó a escuchar nuestra respuesta, se alejó a paso apurado con el móvil en la mano.

Giré la cara para mirar a Fabian, algo confundido. No lograba entender qué acababa de pasar.

—¿Por qué le has pedido que nos invite? —pregunté extrañado.

—Cena gratis, ¿qué más quieres?

Resoplé sabiendo que no tenía nada que ver. Cobrábamos lo suficiente como para no tener que pedirle al jefe que nos invitase a cenar.

—¿Y Jess?

Fabian se paró y se llevó las manos a la cabeza con una actitud fingida.

—Mierda, me había olvidado por completo de ella.

—Si no querías que fuera con vosotros, podías haberlo dicho y no encasquetarme al jefe.

—Claro que quería cenar contigo. —Aquellas palabras me sonaron a verdad—. Me olvidé por completo.

—Acabábamos de hablar de ese mismo tema, ¿puedes dejar de tomarme por tonto?

—Perdona por dejarte a solas con Johan.

—¿A solas? ¿En serio me vas a dejar tirado?

¿Otra vez a solas con Johan? Joder, mierda.

—Me pido ducharme primero —respondió, cambiando de tema por completo antes de echar a correr en dirección al vestuario.

No entendía nada de lo que acababa de pasar. Nada de nada.

27



Johan

Julio 2025

—Yo creo que el piloto no se dio cuenta de nada —expliqué con la vista puesta en la pantalla, colocada en una de las paredes al fondo del local.

Estaban retransmitiendo un documental sobre uno de los accidentes más fuertes que había habido en la F1, y, aunque apenas le habíamos hecho caso, ambos lo habíamos visto hacía tiempo. Le estaban intentando dar algo más de dramatismo del necesario.

—¿Y cómo lo viviste tú? —preguntó Axel cuando el camarero nos dejó las tazas de café sobre la mesa.

Habíamos ido a cenar a un restaurante cerca de la sede de Hygge, donde ya nos conocían. Tenían una sala reservada para

miembros de la escudería donde podíamos cenar con tranquilidad, evitando miradas curiosas del resto de comensales. Aquella noche no había tenido intención de alargar la jornada, pero, después de ver a Fabian y a Axel salir de la sala de entrenamientos, sudados y cansados, no había podido evitar invitarlos a cenar. El piloto finlandés había rechazado acompañarnos, ya que tenía un plan mejor con una chica con la que llevaba hablando un tiempo.

—¿Qué quieres saber? —Alcé las cejas, curioso—. Estoy seguro de que tienes varios vídeos subidos a internet.

—Solo quiero saber cómo lo viviste. Lo que supuso para ti. No una grabación de unos cuantos segundos que estoy seguro de que no se compara a la realidad dentro del coche —comentó mientras se echaba varias cucharadas de azúcar en la bebida.

Había pasado más de una década desde entonces; aun así, algo se me contraía en medio del pecho. Jamás había sido capaz de ver esos vídeos. Aquel accidente había supuesto un antes y un después en mi vida.

—Quería hacer algo grande en un momento en el que no me jugaba nada más. Me habían advertido que a nadie le importaría que hiciera un récord en un circuito como aquel, pero mi ego me hizo ir hasta el límite, bajar una décima en cada vuelta. Ya sabía qué piano tenía que pisar más, qué salida de curva tenía que optimizar para arañarle algo más al reloj… Lo único que tenía en la cabeza era vencer al cronómetro. —Hice una pausa recordando lo poco que conservaba de aquel día—. Tenía que demostrar que era el más rápido, el que tenía más huevos. Me sentía invencible. —Apenas conservaba algo nítido de aquel día—. Recuerdo que perdí el control del coche, y lo siguiente fue despertarme en la ambulancia. Según el

equipo, pinché un neumático a más de doscientos ochenta kilómetros por hora e impacté contra el muro con una fuerza de unos 27G. Más de un millón y medio en reparaciones, y, aunque tampoco lo recuerdo, conseguí bajarme del coche. Me encontraron tirado del otro lado del muro, inconsciente… Los operarios pensaron que estaba muerto, y puede que yo también lo pensara.

—Pero saliste casi ileso. Después de recorrer casi trescientos cincuenta metros dando vueltas con el coche. Es algo increíble.

Le di un trago al café antes de sonreír.

—Tuve suerte. Me destrocé la rodilla, aunque tengo que dar las gracias de que esa fuera la única consecuencia.

—¿Nunca te planteaste volver a correr?

Negué con la cabeza. La pequeña cojera que me acompañaba desde entonces no me lo habría impedido, pero algo en mi cabeza había cambiado de repente. Ya no me veía subido a un coche, ya no quería pisar el acelerador al máximo.

—Cogí miedo —confesé. Llevaba años sin reconocer aquello en voz alta. Había muy poca gente de mi alrededor que fuera consciente de la realidad que había vivido por aquel entonces. Ni siquiera Norma conocía esa historia—. El solo hecho de pensar en competir de nuevo me revolvía el estómago. No me sentía capaz y me eché a un lado.

—¿Te arrepientes? —preguntó analizándome con la mirada.

Sus ojos brillaban de curiosidad.

—¿De qué? —Había demasiadas opciones contempladas en aquella pregunta.

—De no haberlo intentado una vez más.

—Para nada. Me arrepiento de haber cometido aquella imprudencia, de haber entrado en la curva a esa velocidad, forzando el coche hasta el límite; sin embargo, no me arrepiento de haber elegido otro camino. Quizás para ti no sea así, pero yo me siento muy orgulloso de la carrera que he seguido.

—No me refería a eso —aclaró—. Claro que debes estar orgulloso, eres el mejor en lo tuyo.

Sonreí, revolviendo el café con la cucharilla.

—¿En lo mío? ¿Qué es lo mío? —pregunté divertido al ver cómo sus mejillas se habían teñido de un suave tono rojizo.

—Pues todo lo que haces, lo haces bien. Nunca había pensado que tuvieras tantos conocimientos técnicos, ni que te involucraras tanto en el desarrollo del coche. Y no hablo solo en el departamento de motor, sino en todos los demás. Estás muy implicado, y eso es genial.

No pude evitar que una pequeña carcajada se escapara de mis labios.

—No te rías —protestó.

—No puedo evitarlo.

—¿Se puede saber por qué? Te lo digo en serio. Es admirable. Tú lo eres.

Mi corazón se saltó un latido al escucharlo. Me froté la barba de un par de días intentando recuperarme de aquellas palabras. Para mí, habían supuesto un mundo, porque se notaba que lo decía con sinceridad, desde el corazón.

—En realidad, no hago nada distinto a lo que haces tú: esforzarme al máximo cada día, dando lo mejor de mí. A veces sale bien, y otras, mal. —Le di otro trago al café que tenía en la mano—.

El objetivo es ser un poco mejor cada día. Curva a curva. Circuito a circuito.

—No sabía que el café te pusiera en plan filosófico —añadió con una sonrisita—. Vas a tener que enseñarme.

—¿Nervioso por la carrera del domingo? —Cambié de tema porque todas las respuestas que se me pasaron por la cabeza llevaban el indicativo de «+18», y no podía decirle ese tipo de cosas. No a él. Nunca a él.

—Emocionado, en realidad.

—Andrea me ha transmitido muy buenas sensaciones.

—Estoy muy contento de los avances que hemos tenido esta temporada, sobre todo los que tendremos a la vuelta del parón de verano. Siento que el coche se conducirá de forma mucho más sencilla y que por fin tendremos una oportunidad.

—Ojalá, Ax, ojalá. —Aquellas palabras me habían salido de la boca sin detenerme a pensarlas durante un segundo, y me arrepentí al momento.

Él levantó las cejas, sorprendido.

—¿Ax? —Me llevé la bebida a la boca para evitar tener que contestar, pero el piloto no estaba por la labor de olvidarlo tan rápido—. ¿Ahora soy Ax para ti? No sabía que teníamos esa confianza ya. Creía que me odiabas.

—«Odiar» es una palabra demasiado fuerte. Quizás «no soportar» es más preciso —añadí con un tono de burla más que evidente.

—Tú sí que eras insoportable. —Sonrió y sus ojos brillaron divertidos.

—Siento si alguna vez fui poco profesional contigo. Nunca fue mi intención, pero me sacabas de quicio.

Siempre he defendido a capa y espada que una disculpa tardía era mejor que no disculparse. Aquella vez no podía ser diferente.

—Lo entiendo, no te lo puse fácil. Tenía demasiada carga sobre los hombros.

—¿Ya no la sientes? —pregunté confuso.

—Sí, pero ahora tengo apoyo. Del equipo, de Fabian, de ti… —Casi podría jurar que, cuando hizo referencia a mí, su mirada descendió a mis labios.

De forma inconsciente, yo había hecho lo mismo. Me había quedado embobado mirándolo hasta que una pequeña sonrisa dejó al descubierto los dos hoyuelos que adornaban sus mejillas. Me dio la sensación de que el aire dejaba de ser suficiente. Hacía calor y tenía la impresión de que la sala se había vuelto más pequeña. Me puse en pie, arrastrando el taburete conmigo y tirándolo al suelo.

—Joder —me quejé girándome a recogerlo.

De repente estaba muy nervioso; los dedos me temblaban y notaba cómo el sudor se me empezaba a acumular en las palmas de las manos.

Demasiado cerca.

Demasiado claro lo que sentía.

Demasiado arriesgado quedarse un segundo más.

Tenía que salir de allí.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo estoy algo cansado… La compañía está siendo muy agradable, pero creo que me voy a ir ya.

—Claro —contestó, si bien la decepción fue notable en su tono de voz.

—Descansa.

Me despedí con una palmada en la espalda y salí a paso apurado del bar; sentía que, como me quedara un segundo más allí, acabaría por hacer alguna estupidez.

—Maldito alcohol —susurré mientras caminaba en dirección al coche, aunque, en el fondo, sabía que la media cerveza que me había tomado con la cena no tenía nada que ver.

CLASIFICACIÓN 13

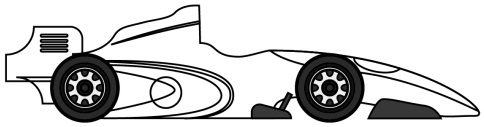
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	204
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	196
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	160
4	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	123
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	122
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	118
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	92
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	74
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	62
10	Dibra Berisha	Starlight GP	17
11	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	16
12	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	12
13	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	6
14	Felipe Costa	Titan Performance	5
15	Kenji Yamamoto	Titan Performance	3
16	Andrés Fernández	Starlight GP	1
17	Mateo González	Velocity Dynamics	1
18	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	0
19	Luca Bianchi	Nitro Racing	0
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	322
2	Phoenix Racing Team	319
3	Hygge F1 Team	282
4	Thunderbolt Racing	154
5	Vortex Engineering	86
6	Eclipse Motorsport	22
7	Starlight GP	18
8	Titan Performance	8
9	Velocity Dynamics	1
10	Nitro Racing	0

28



Axel

Agosto 2025

El evento con Arcadia Motors llevaba organizado varias semanas. Nos habían citado en el propio circuito de Silverstone con la idea de sacar algunas fotos con el nuevo modelo de coche y luego dar un par de vueltas al circuito. Mi representante me había mandado toda la información al correo, pero yo no me había molestado ni siquiera en leerla. En cuanto llegué, pude verificar que ya habían empezado con los preparativos.

La sala era grande, y había varias personas trabajando con todo el equipo de cámaras y vídeo. Uno de los directivos de Hygge estaba hablando con una chica que tenía una cámara de fotos colgada del cuello, aunque, en cuanto me vio llegar, se acercó sin pensárselo dos veces.

—Axel Devin, nuestra estrella. —Nos saludamos con un apretón de manos y, por mi parte, una sonrisa bastante fingida—. Siempre

es un placer verte de nuevo.

No tenía muchas ganas de estar allí. En realidad, prefería estar de camino a España, donde iba a pasar las próximas dos semanas con Dibra en un yate en el Mediterráneo, pero los compromisos con los patrocinadores eran algo inamovible.

—El placer es mío…, Scott. —Por algún milagro, en el último segundo recordé el apellido del hombre que me miraba como si me fueran a salir miles de billetes de cincuenta libras por los ojos.

—¿Has preparado tu mejor sonrisa para hoy? Nos hemos fijado en que tus camisetas son las que más se han vendido este año, y queremos aprovechar las fotos de hoy para hacer un par de publicaciones en nuestras redes sociales. Yo de eso no entiendo —dijo con una sonrisa socarrona, como si él estuviera por encima de todo aquello—, pero mi hija me lleva hablando de la importancia del *engagement* desde que se unió al equipo de prensa.

—Eh, sí, claro, siempre vengo con ella… —Me giré buscando de forma desesperada a Fabian o a Johan—. ¿Soy el primero en llegar? —No quería seguir con aquella conversación más tiempo del necesario.

—Para nada, muchacho, están cambiándose.

¿Cambiándose? Antes de tener la oportunidad de preguntar, una de las puertas se abrió y salió Johan. Mi boca se abrió de puro asombro, sin poder hacer nada para controlar la sorpresa.

Tenía puesta la equipación de Hygge: la camiseta ignífuga, el mono con la cremallera desabrochada y las botas. Le quedaba perfecto, ajustándose a su cuerpo como una segunda piel, y el aire de piloto perdonavidas encajaba con él a la perfección. Hasta ese momento, había pensado que verlo siempre elegante, en camisa y

pantalones de pinzas, lo hacía más atractivo, pero en aquel momento fui consciente de lo equivocado que había estado. Verlo con el mono me removía algo dentro que era más fuerte de lo que pensaba; algo en lo que no había reparado hasta aquel instante.

—Ey, Axel, ¿qué tal? —me saludó como de costumbre, con una ligera sonrisa en los labios, y tuve que carraspear varias veces antes de contestar.

—Bien, bien. ¿Y tú? —De repente, estaba tan nervioso que se me escapó un gallo, haciendo que terminara de sonrojarme por completo.

A pesar de ese momento ridículo, nadie pareció ser consciente del tono agudo de mi voz, o, al menos, no lo consideraron relevante como para mencionarlo. Menos mal, suficiente avergonzado me sentía ya.

—Bueno, volviendo a la juventud por un día. —Sonrió, abrochándose la cremallera. Yo lo observaba con detenimiento, como si fuera la primera vez que veía a alguien vestido de ese modo. Fue lamentable—. ¿No deberías ir a cambiarte? Fabian ya debe de estar casi listo… ¿Estás bien? —preguntó con el ceño fruncido, mirándome con preocupación.

—Eh, sí, sí, claro. —Por alguna razón que desconocía, mis únicas dos neuronas activas se habían cortocircuitado y solo podía pensar en una cosa: cómo se sentiría quitarle aquel mono con mis propias manos.

—¿Seguro? —Llevó la mano a mi frente, como si estuviera tomándome la temperatura. Nos miramos y yo me perdí en sus ojos de color miel. ¿Qué cojones me estaba pasando?—. Estás raro.

Aquellas dos palabras fueron suficientes para sacarme de ese estado de estupidez transitoria. Di un paso atrás, rompiendo el contacto, y sonreí intentando aliviar la tensión.

—No he dormido bien. —La excusa más típica e inverosímil del mundo, pero que siempre daba resultado—. Voy a cambiarme.

Me dirigí a paso apurado hasta la sala anexa, que una de las fotógrafas tuvo la amabilidad de señalarme. Allí ya tenía la ropa preparada.

En cuanto la puerta se cerró a mi espalda, me dejé caer contra ella.

Vaya cagada. Quedarme embobado mirando a Johan como si fuera el primer hombre que veía en años era lo último que debía hacer. Y menos delante de todo el mundo. Me sentía estúpido.

Me estaba comportando como un auténtico imbécil.

Dejé mi martirio para otro momento y empecé a cambiarme. Ya me había deshecho de toda la ropa, quedándome solo con los calzoncillos puestos, cuando unos toques sonaron en la puerta y, sin que tuviera tiempo a responder, se abrió los centímetros suficientes para que Johan se colase dentro antes de volver a cerrarse.

Abrí la boca, pero la cerré sin emitir ningún sonido. La desnudez nunca había supuesto un problema para mí, me sentía cómodo con mi cuerpo; sin embargo, estando en un espacio tan pequeño, tenía miedo de que mi cuerpo revelara lo que mi cabeza estaba tratando de ignorar.

—¿Todo bien? —pregunté, intentando actuar con normalidad.

—Siento haber interrumpido, no pensé que te hubieras quitado la ropa tan rápido.

Tuve que contener una respuesta fuera de tono que estuvo a punto de escapárseme. Pasaba demasiado tiempo con Fabian.

—Sin problema.

Cogí el mono y empecé a meter las piernas en él. En ese momento, actuar con indiferencia era lo único que me salvaba de cometer una estupidez.

—Solo quería saber si te encontrabas bien. Me dio la sensación de que te estabas comportando de una forma extraña.

Y más extraño me iba a comportar si seguíamos los dos encerrados en aquella habitación en la que, por lo menos, estábamos a cincuenta grados.

—Gracias por preocuparte, pero está todo bien, de verdad. Solo he dormido mal.

Me puse la camiseta ignífuga y me coloqué el traje por los brazos. Ya me notaba cubierto de sudor.

—Vale, vale. Perdona por haberte asaltado de este modo. Solo quería asegurarme y que supieras que lo podemos posponer para cualquier otro día si no te encuentras bien.

—Tú siempre tan atento —bromeé, forzando una sonrisa.

Noté que algo dentro de mí se aflojaba, algo que ni siquiera sabía que estaba tan tenso. En el fondo, agradecía que alguien se molestara en preguntar cómo me sentía.

No era común, no en mi mundo.

—Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa, ¿verdad?

Lo dijo sin pensar, como si fuera lo más natural, y mi corazón decidió saltarse un par de latidos.

—Lo sé —respondí con la voz tomada. Tosí para aclararme la garganta y sonreí—. No hay nada de lo que debas preocuparte

Al menos, nada que no implicara empotrarlo contra la pared.

* * *

El superdeportivo era la última novedad de la marca, cuyo nombre parecía imposible de pronunciar, ya que solo tenía consonantes. Era de un color naranja metalizado, con detalles en fibra de carbono. Montaba un motor de gasolina, acompañado de tres motores eléctricos que se recargaban en las frenadas, al igual que nuestros monoplazas, y superaba los quinientos cincuenta caballos. Se notaba el mimo con el que lo habían diseñado.

Una vez que estuvimos listos, empezamos con la sesión de fotos. Por suerte, no tuvimos que esperar demasiado antes de que nos dieran el visto bueno. Nos habían mandado posar por separado y en grupo, dentro y fuera del deportivo. Una de las últimas, y que más llamó la atención de todo el mundo, fue una instantánea donde estábamos los tres apoyados sobre el capó del coche: Johan en el centro y Fabian y yo a cada lado.

—Creo que tenemos suficiente. Por último, nos gustaría grabar un pequeño clip dando una vuelta con el coche por el circuito. ¿Os parece bien que Johan sea el que conduce y que uno de los dos vaya de copiloto? —preguntó la videógrafa mirándonos con expectación.

No hacía falta ser un genio para ver que a Johan no le terminaba de gustar la idea, o quizás yo me había dado cuenta porque empezaba a conocerlo mejor que los demás.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¿No deberían ser ellos dos? —preguntó el implicado señalándonos a Fabian y a mí—. Yo no pinto nada.

La chica se rio como si le pareciera gracioso aquel comentario.

—Nos hemos dado cuenta de que todas las publicaciones en las que sales tú tienen un mayor grado de interacción. A la gente le gustas, Johan, y nosotros queremos aprovecharnos de ello.

—Hay que joderse. Pues nada, vamos —aceptó a sabiendas de que no tenía muchas más opciones.

Uno de los asistentes le tiró las llaves, Johan las cogió al vuelo y se acercó a la puerta del conductor. Al ver que ninguno hacía amago de subirse con él, nos miró con las cejas levantadas.

—¿Voy a tener que asignar un voluntario obligatorio como si estuviéramos en el colegio? —preguntó con una clara amenaza en la voz.

Fabian y yo nos miramos. No era que no nos fiáramos de sus dotes de conducción, que tampoco, pero hacía tanto calor que ya sentíamos cómo el sudor nos resbalaba por las piernas, dejándonos una sensación muy desagradable. En cualquier otra situación, estaría encantado de quedarme en un espacio reducido con Johan; sin embargo, en aquel momento, sabiendo que íbamos a ser grabados, no me apetecía lo más mínimo.

—Hay que joderse —repitió Johan, poniéndose el casco y entrando en el coche sin que nadie hiciera el mínimo amago de moverse.

—Pues nada, ve tú, Axel —me dijo una de las chicas, colocándome el casco con los colores del fabricante—. Tus fotos también tienen bastante repercusión, y es una buena oportunidad para desmentir los rumores de que os lleváis mal.

Suspiré, dándome por vencido. Le eché una mirada a Fabian, que me respondió guiñándome el ojo. Qué cara tenía, el muy desgraciado.

—Trata de no despeinarte mucho —me dijo entre risas—. Iría yo, pero ya sabes.

—¿Qué sé? —pregunté, a sabiendas de que estaba entrando al trapo.

—Que te toca a ti.

Resoplé con fuerza antes de acercarme al vehículo.

El interior era una puta barbaridad. Los asientos eran de cuero negro con detalles naranjas a juego con la carrocería. No me importaría llegar a un acuerdo con ellos para que me dejasen esa máquina una temporada.

—La idea es que exprimáis un poco el coche. Queremos un par de tomas rápidas de la curva diez a la catorce, y si podéis entrar en la línea de meta derrapando un poco, sería perfecto. —Johan asintió mientras se ponía cómodo en el asiento, ajustando los espejos—. Cualquier cosa que necesitéis, podéis decirlo por la radio. Este es el botón para activarla y desactivarla —añadió señalando una zona del volante.

El ingeniero asintió, pero no pude ver la expresión que tenía. Antes de que pudiera añadir algo, apretó el botón de encendido y el motor rugió.

—¡Cómo suena! —dijo emocionado—. ¿Listo? —me preguntó a través del sistema de intercomunicación.

—Por supuesto. Intenta que no me duerma —bromeé.

El sonido de su risa me llegó a través de los auriculares y me pregunté si quizás había malinterpretado la situación. Sí, tal vez sí

que quería conducir aquel coche. Dijo algo más, aunque no pude entenderlo bien por las dos cortadas que le hizo al motor. No pude evitar que una pequeña carcajada se escapara de mis labios.

—Si lo quemas, creo que lo pagas —bromeé.

Durante los primeros metros, el coche se desplazaba de forma lenta por la zona de boxes mientras un semáforo en rojo nos esperaba al fondo de la recta. En cuanto este se puso en verde, Johan empezó a acelerar, y la propia inercia me empujó contra el asiento.

—Sé que es complicado ir de copiloto cuando estás acostumbrado a ir conduciendo, pero intenta relajarte —me pidió, desviando la mirada hacia mí durante una décima de segundo.

—Haré lo que pueda —acepté, a sabiendas de que mi pie izquierdo estaría pisando todo el rato el pedal imaginario del freno. Confiaba en él, aunque…

Durante las dos primeras vueltas, la conducción fue muy suave. Las curvas las tomó con precaución y apenas tocó alguno de los pianos. Cuando empezamos la tercera vuelta, el ritmo cambió por completo y empezó a conducir de una forma mucho más agresiva, tanto que no tuve más remedio que sujetarme con fuerza a la puerta para intentar contrarrestar las fuerzas laterales, los acelerones y las desaceleraciones. Todo era una situación nueva para mí y, a pesar de que en ocasiones nos veía estampados contra el muro, lo cierto era que Johan era muy buen piloto.

—¿Cómo vas? —me preguntó después de casi tomar de lado una de las curvas.

—Agradeciendo no haber comido nada antes de subirme al coche.

Su risa volvió a inundar mis auriculares y, joder, ya me moría de ganas de volver a escucharla.

—Exagerado.

—Un poco —reconocí relajado.

No sé cuántas vueltas dimos al circuito; por primera vez, no era yo el que estaba al mando, y la sensación tampoco me desagradaba.

Cuando entramos en boxes, después de que nos comunicaran que ya tenían todo el material, dejé escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

—No lo haces nada mal, Torger —lo felicité al bajar del coche.

—¿Torger? Vaya, no sabría decirte si que me llames por mi apellido hace que sienta que somos más cercanos o todo lo contrario.

—¿Cercanos? Qué rápido has olvidado nuestros desencuentros —bromeé.

No sabía exactamente cuál, pero estaba buscando algún tipo de reacción en él.

—Eso ya forma parte del pasado, Axel. Teniendo en cuenta que has subido de forma voluntaria en este coche, poniendo tu vida en mis manos, diría que somos casi amigos.

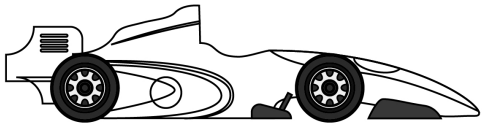
—¿Amigos?

—Por supuesto.

No dije nada porque tampoco sabía bien qué decir. En ese momento, acababa de ser consciente al cien por cien de que no quería ser su amigo.

Ni de lejos.

29



Axel

Agosto 2025

El yate donde nos encontrábamos estaba fondeado muy cerca de la cala Jondal, al sur de la isla. Llevábamos allí solo una semana, pero una parte de mí ya estaba pensando en volver a Inglaterra. Ni siquiera las aguas cristalinas, el sol y la comida me habían dejado desconectar por completo.

Por el contrario, para Dibra, aquello era el paraíso.

Se levantaba muy tarde, se pasaba todo el día tumbada al sol como un lagarto y me molestaba cada pocas horas para que la ayudara a reaplicarse la crema solar.

Todas las noches venía a proponerme un plan diferente: ir a cenar, pasear por la playa, bañarnos desnudos en medio del mar…, y yo aceptaba porque era muy complicado decirle que no. El problema era mi cabeza, que llevaba ya varias semanas dándole vueltas sin parar al mismo tema: Johan. Me había dado cuenta que me atraía,

pero, si solo fuera algo físico, no estaría ocupando mis pensamientos en plenas vacaciones. Además, no podía evitar martirizarme a mí mismo por haberme permitido empezar a sentir algo de ese tipo por mi jefe. Joder, vaya cagada.

No habíamos intercambiado más que un par de mensajes, y yo me encontraba revisando el móvil cada dos minutos por si había decidido mandarme otro. Lo peor era cuando volvía a la realidad y recordaba que él jamás me vería de ese modo.

—… y luego podemos ir a tomar algo a los pubs que están por la zona. Me han dicho que son bastante pijos y que no vamos a tener problema. —Retomé la conversación con Dibra por la mitad, pero pude entender el contexto sin necesidad de preguntarle.

Guardé el móvil en el bolsillo, algo decepcionado de no ver la notificación que estaba esperando, y miré a mi amiga.

—Claro, me parece bien —acepté.

Dibra levantó una ceja y entrecerró los ojos, mirándome con curiosidad.

—¿No me vas a contar quién es el chico que te tiene mirando el teléfono veinticuatro siete? Si sigues resoplando así, podremos mover el yate a vela. —Su tono era desenfadado, si bien se le notaba una preocupación genuina.

Me revolví el pelo, pensativo. ¿Hasta qué punto me podía abrir con ella? ¿Me entendería? Sabía de sobra que, dijera lo que le dijese, jamás me traicionaría contándole nada a una tercera persona, aunque no quería sentirme juzgado. No me apetecía. No en aquel momento, cuando ni siquiera estaba cien por cien seguro de mis sentimientos por Johan. Quizás era solo un capricho.

—No es nadie. —Pude ver cómo una sombra le cubría la mirada durante una milésima. Como si le hubiera dolido que no confiara en ella.

Cerré los ojos sintiéndome mal por aquella mentira.

—Cuando te sientas preparado para hablar del tema, estoy aquí, ¿vale?

Asentí por inercia. Dibra era una buena amiga, pero, por encima de todo, era buena persona. Pretendía contarle todo; sin embargo, primero necesitaba aclararme yo. ¿Qué era lo que quería de Johan?

Estuvimos comentando durante un rato el plan de aquella noche antes de volver a tumbarnos al sol, y aquella vez lo hice con un libro en la mano. No solía dedicar mucho tiempo a la lectura, y era algo que me daba rabia. Por ese motivo, aquel día por la mañana, había entrado en el camarote de Dibra y me había hecho con una de sus últimas adquisiciones: una novela de fantasía ambientada en una escuela de magia. Esperaba que sumergirme en aquellas páginas me ayudara a despejar la cabeza; si no, probaría la opción de sumergirme literalmente.

* * *

El local se encontraba lleno de gente y la música estaba demasiado alta, pero llevaba suficientes cervezas en el cuerpo como para que no me molestase ni una cosa ni la otra. Conseguimos una mesa pequeña en un reservado, donde varios conocidos ya nos estaban esperando. No recordaba el nombre de nadie; a pesar de ello, pude relacionarme sin problemas. Estuvimos hablando de todo mientras las copas no paraban de llegar a la mesa.

Cerca de la una de la mañana, saqué el móvil del bolsillo. Había estado haciendo un esfuerzo considerable por no mirarlo cada dos segundos. Para mi sorpresa, tenía un mensaje de Johan.

Johan:

Ni tan mal…

A parte de aquellas tres palabras, me había enviado una imagen que no tardé ni un segundo en abrir. Era la pantalla de una televisión y en ella se podía ver un videojuego en pausa, donde se indicaba en la zona superior de la imagen el tiempo por vuelta que había hecho. Enseguida me di cuenta de qué juego era y de qué carrera había elegido, sacándome una sonrisa tonta. Se lo había comentado un par de semanas atrás, ya que a los dos nos gustaba, y había estado presumiendo de que, en solo un par de intentos, había logrado un tiempo bastante bueno. En aquella captura pude comprobar que había conseguido acercarse bastante a mi marca en solo dos vueltas.

Durante un segundo, pensé en no responder, era bastante tarde, pero su mensaje era de hacía veinte minutos. Al final, no le di más vueltas y tecleé la respuesta.

Axel:

Todavía tienes margen de mejora.

Sigo siendo mejor.

No me dio tiempo a escribir nada más antes de que me contestara.

Johan:

Tengo bastantes intentos.

Tú dame tiempo…

Axel:

¿Nos tendremos que apostar algo?

Johan:

¿Qué quieres apostar?

Axel:

No lo sé…

Quizás llevo demasiadas copas encima para responder algo apropiado.

Johan:

¿De fiesta por ahí y con el móvil en la mano?

Muy aburrido tienes que estar…

Dibra debía de estar buscándome, le había dicho que en nada la alcanzaba, y no me había ni levantado de la silla. No estaba aburrido, pero llevaba esperando aquel momento todo el día y no lo iba a desaprovechar.

Me pasé la lengua por los labios, pensativo. Sabía de sobra que no debería seguir con aquella conversación, aunque tampoco tenía pensado guardar el teléfono en el bolsillo.

Axel:

Estoy descansando un rato.

Añadí un emoticono encogiéndose de hombros y adjunté una foto de la zona del reservado donde me encontraba, solo.

Johan:

¿Un día muy intenso?

Axel:

Bastante.

Dibra tiene la capacidad de ocupar el ciento cincuenta por ciento de las horas.

Johan:

Eso es bueno, tienes que aprovechar las pocas vacaciones que tienes.

Axel:

¿Tú qué has hecho estos días?

Johan:

¿Crees que el tiempo del videojuego se ha conseguido solo?

Una risa suave se me escapó de los labios. Me lo podía imaginar: tirado en un sofá, con el mando de la consola en la mano y una cerveza abierta encima de la mesa.

Noté cómo algo en el pecho se me calentaba. Me encantaría poder estar allí con él, haciendo nada.

Estaba jodido.

Axel:

Quizás podríamos echar unas partidas algún día.

Johan:

Claro, cuando tú quieras.

Aquella aceptación tan sencilla me aceleró el corazón. ¿Me lo había dicho porque era yo o habría aceptado un plan similar de cualquiera? La respuesta a aquella pregunta me preocupaba más de lo que jamás admitiría. No podía seguir pensando en él, necesitaba distraerme.

Axel:

Voy a tener que despedirme, Dibra me cortará la cabeza si me pilla todavía aquí.

Johan:

Pásalo bien, y no hagas nada que yo no haría.

Axel:

¿Una forma sutil de decirme que no me meta en líos?

No se molestó en responderme, me mandó otro emoticono, aquella vez de un guiño, y se desconectó del chat.

Resoplé algo preocupado. En realidad, quería meterme en muchos líos.

Vacié la copa que tenía en la mano de un trago y me levanté de la silla con intención de ir a buscar a mi amiga. Tuve que agarrarme al pasamanos para evitar perder el equilibrio y caer al suelo. Joder, me había pasado tres pueblos con el alcohol, y no estaba nada acostumbrado a beber.

Me costó más de lo esperado llegar hasta la barra y pedirme una botella de agua. Había demasiada gente apelotonada en la pista de baile, saltando y empujándose sin ningún tipo de control. Mientras esperaba a que el camarero me la sirviera, intenté localizar a Dibra entre el gentío, pero no la vi ni a ella ni a ninguno de sus amigos. Saqué el móvil y le mandé un mensaje rápido, preguntándole dónde estaba. Justo cuando levanté la mirada de la pantalla, el camarero se apoyó contra la barra, con mi botella de agua en una de las manos y la otra cruzada sobre el pecho.

—Supongo que no estarás interesado en apuntar mi número, ¿no? —dijo acercándose algo más a mí, levantando la voz para que lo pudiera oír por encima de la música.

Parpadeé confuso mientras lo miraba. Era joven, quizás un año o dos mayor que yo, y era guapo. Pelo oscuro, ojos oscuros. Tenía unos rasgos bonitos y un *piercing* en la lengua que llamaba la atención.

—¿Y con qué nombre tendría que guardar el número? —pregunté, sabiendo que aquel tonteo quedaría en nada. Yo estaba bastante obsesionado con un nombre en particular…

—Johan. —No estaba seguro de que aquel fuera el nombre que había dicho; aun así, se me aceleró el corazón de forma irremediable.

—¿Cómo? —pregunté, queriendo asegurarme de que lo había entendido bien.

—Iván. Me llamo Iván —repitió sonriéndome—. ¿Y tú?

—Axel.

—Me gusta. Es bonito, como tú —dijo tendiéndome la botella y rechazando el billete cuando se lo ofrecí para pagar—. Invita la casa. Salgo en media hora, por si quieres que nos encontremos en la puerta de atrás. —Señaló con el dedo la dirección que debía seguir. Era la primera vez que iba al local, pero el cartel luminoso colocado justo encima no tenía pérdida—. Te prometo que te compensaré por la espera.

Todas las copas que había bebido me llevaron a pensar durante más tiempo de lo apropiado en aquella sugerencia. En cualquier otra ocasión, no habría rechazado la oportunidad de pasar una noche divertida con un chico guapo; sin embargo, pensar en sus manos en cualquier parte de mi cuerpo me hacían sentir incómodo.

—Quizás otro día —rechacé su proposición, dejando el billete sobre la barra, y me adentré de nuevo entre la gente.

No sabía nada de relaciones, nunca había estado interesado en tener una, aunque, si existía la posibilidad de tener algo con Johan…, estaba dispuesto a jugar mi baza hasta el final.

Quince minutos más tarde, tras haberme bebido toda el agua y después de una parada técnica para ir a mear, me llevé el teléfono a la oreja. A pesar de que el móvil daba tono, mi amiga seguía sin dar señales de vida, y yo me estaba empezando a preocupar. Salí a la

calle y, al no encontrarla, empecé a rodear el local mirando por todas partes, esperando verla en alguno de los callejones. La zona estaba desierta. Si no fuera por el resplandor de una farola, ni siquiera me habría fijado en las dos personas que estaban besándose de forma desesperada pegados a una pared. Si no fuera porque estaba buscando a Dibra, no habría mirado dos veces para aquella pareja, pero lo hice. Cuando reconocí a mi amiga, me dirigí hacia ellos dispuesto a decirle un par de cosas y cortarles todo el rollo. El problema fue que, como si hubieran sentido mi presencia, ambos dejaron de besarse y giraron la cabeza hacia mí.

Me detuve de golpe, paralizado, olvidando todas las palabras recriminatorias que tenía en la punta de la lengua.

—¡Axel! —gritó Dibra, arrastrando la lengua, bastante más borracha de lo que esperaba—. Justo estábamos pensando en ti.

—Espero que no, la verdad —susurré, si bien tenía bastante claro que ninguno de los dos me escuchó.

Antes de poder decir o hacer nada, los brazos de Fabian me rodearon el cuello, abrazándome con fuerza.

—T-t-tío, te he echado de menos. —Parecía todavía más borracho que mi amiga.

—Ey, ¿cómo estás? —pregunté, y le di un par de palmadas en la espalda mientras intentaba procesar lo que había visto.

—Gebial, gebial —me respondió, incapaz de hablar con normalidad—. Este sitio me encanta. Londres es tan divertido contigo. He disfrutado tanto la semana a tu lado…

Durante una fracción de segundo, creí que era una broma y que me estaban grabando. Nada de aquello podía ser real. Después, me

di cuenta de que era Fabian del que hablábamos, y que estaba borracho como una cuba, así que todo volvió a tener sentido.

—No estamos en Londres, y yo ni siquiera he estado contigo estos días —aclaré a pesar de que dudaba de que sirviera de algo.

—¿No? ¿Seguro?

—Segurísimo —afirmé, sonriendo sin poder evitarlo.

—Vaya, juraría que hemos estado todo el día juntos.

—Imposible —intervino Dibra, confusa—. Axel estuvo conmigo todo el día.

—Qué pena. Lo habríamos disfrutado. —Fabian sonrió abiertamente, sacándole una carcajada a Dibra.

Yo miraba de hito en hito, incapaz de saber cómo reaccionar.

Ellos se odiaban. Estaba seguro de que, el día menos pensado, llegarían a las manos sin ningún problema, pero allí estaban los dos, sonriendo después de haberse metido la lengua hasta la garganta. Era surrealista. Al día siguiente podrían pasar dos cosas: que ninguno se acordara de lo ocurrido y todo siguiera tal cual, o que se acordaran y decidieran romper la guerra fría para empezar a decirse de todo. Ambas opciones eran igual de probables y no me apetecía lidiar con ello. Ni en aquel momento ni nunca.

Mierda, ¿dónde estaría Iván? Tenía que haber aceptado su propuesta. Me habría ahorrado el hacer de niñera.

—¿Te alojas en un hotel por aquí cerca? Podemos compartir el taxi de vuelta.

—Sí, mira. —Fabian me tendió el móvil con la ubicación del hotel.

No se encontraba cerca, pero nosotros nos estábamos alojando en el yate; cualquiera sería buena opción. Mi idea era ir hasta la

recepción y reservar dos habitaciones para pasar la noche. Al día siguiente, ya volveríamos al barco.

—Perfecto, vamos. —Me puse un brazo de Dibra sobre los hombros y empujé a Fabian con la mano para que iniciara la marcha.

Ninguno de los dos parecía ser capaz de coordinar bien las piernas, y montarlos en el taxi fue una verdadera odisea.

Cuando llegamos al hotel, casi media hora después, los dos se habían quedado dormidos en el asiento trasero, uno a cada lado con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Gracias a una propina más que generosa por mi parte, el taxista me ayudó a llevar a mis amigos hasta la recepción del hotel. Después de hacer la reserva, y de otra buena propina, uno de los trabajadores me ayudó a meterlos en sus respectivas habitaciones.

Cuando por fin me dejé caer sobre la cama, estaba cansado, la cabeza me daba vueltas y no me quedaba ni un euro en la cartera. Al día siguiente iba a tener que pasar por el cajero.

Ya eran las tres y media y, aunque sabía que no era lo que debía hacer, saqué el móvil del bolsillo y tecleé un mensaje.

Axel:

¿Estás dormido?

Johan:

Casi.

Axel:

¿Qué significa casi?

Johan:

Que estaba metido en cama intentando dormir cuando he escuchado el sonido del móvil.

Axel:

Perdona, no quería despertarte.

Johan:

No pasa nada. ¿Va todo bien?

Axel:

Estoy en una habitación de hotel. No te vas a creer lo que ha pasado…

Johan:

No sé.

¿Dormir?

¿Has ligado?

Axel:

¿Qué?

No, claro que no.

Vaya mierda de ligue sería de ser el caso.

Bueno, sí, el camarero del local me ha pedido mi número, pero no se lo he dado .

No sabía por qué le estaba dando tanta información. No tendría que estar diciéndole nada de aquello. Ni siquiera debería estar hablando con él.

Johan:

Hubiera sido raro si no te hubieran pedido el número.

Axel:

¿Por?

Johan:

Eres demasiado llamativo.

Axel:

Vaya tontería…

¿Es un halago o una crítica?

Johan:

Todavía no lo sé.

Axel:

¿Tú también has bebido?

Johan:

Quizás.

Aún no me has dicho qué haces en ese hotel.

Axel:

Demasiado alcohol para volver al barco.

Johan:

Eso es que lo habéis pasado bien.

Axel:

Hay gente que se lo pasó mejor que yo, créeme.

Johan:

¿Quién?

Axel:

Tu piloto predilecto.

Johan:

¿Fabian?

Axel:

Se supone que tenías que decirme que no tenías preferencias.

Johan:

Jajaja sabes que es broma, solo lo he dicho por molestarte.

Entonces, ¿la estaba liando?

Axel:

Se estaba liando.*

Johan:

Bueno, me parece bien.

No tengo por qué saber lo que hacen mis pilotos en sus vacaciones.

Axel:

Ya, pero no te he dicho con quién.

Johan:

¿Cómo qué con quién?

Entiendo que no es la chica que nos presentó hace un tiempo.

Axel:

No, no es Jess.

Ya no están juntos.

Tú la conoces.

Johan:

¿La conozco?

Axel:

Sí. En persona.

Johan:

Dime que no es nadie del equipo, por favor.

Axel:

No es nadie del equipo.

Es piloto.

Johan:

¿De F1?

Axel:

Sí.

Johan:

¿Academy?

Axel:

Frío, frío.

Johan:

Dime que no.

Axel:

Sep.

Johan:

¿Fabian se ha liado con Dibra?

Axel:

SÍ.

Johan:

Joder, puto Fabian. Espero que no la líen.

Axel:

Ya se liaron bastante, en realidad JAJAJA.

Johan:

Joder…, acabo de perder años de vida.

La próxima vez no me cuentes nada.

Prefiero vivir tranquilo en mi burbuja de ignorancia.

Voy a tener que hablar con Annya, de prensa, para preparar un comunicado.

Axel:

No creo que nadie los haya visto.

Seguramente te estás precipitando.

Johan:

Por si acaso.

No eres consciente del revuelo que habría, y suficiente tengo con lo mío…

En fin. ¿Tú estás bien?

¿O hay algo más que deba saber?

Axel:

¿Tuyo?

¿Qué es lo tuyo?

He sido el adulto responsable.

He cuidado de todos y los he metido en camita.

Mañana te levantarás sin mala prensa.

Espero que estés orgulloso.

Johan:

Quién te ha visto y quién te ve…

Ahora me pregunto si no he sido demasiado duro contigo.

Axel:

Lo dices como si antes fuera un imbécil.

Johan:

Qué va.

Para nada.

Estúpido te definía mejor.

Axel:

Cómo te pasas. Lloro.

Johan:

Ahora en serio.

Gracias.

Axel:

De nada.

Te dejo dormir, hablamos.

Johan:

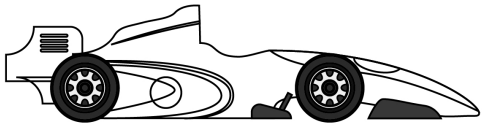
Buenas noches, Ax.

Descansa.

No le contesté nada más, pero me costó casi media hora ser capaz de conciliar el sueño, a pesar de todo el cansancio del día. Mi corazón se había empeñado en ponerse a latir como si acabara de correr una maratón, aunque solo eran un par de mensajes.

Nada más.

30



Axel

Agosto 2025

Lo que más me apetecía de que terminara el parón de verano era volverlo a ver. Decir cualquier otra cosa sería como intentar convencerme a mí mismo de una mentira. Aquella noche había dormido bastante mal, dando vueltas en la cama, con una sensación extraña en el pecho. Habría querido ser capaz de olvidarme de todo, coger el móvil, que descansaba en la mesita de noche y mandarle un mensaje. No lo había hecho porque no quería estropear nada, pero ganas no me faltaron.

A la mañana siguiente, me costó demasiado salir de la cama. El despertador llevaba sonando bastante rato y no hice amago de incorporarme para ir a apagarlo hasta varios minutos después. Todo el sueño que no había tenido por la noche lo tenía en aquel momento. Me froté la cara, suspirando, sabiendo que tenía que volver a la rutina. Tenía que levantarme y entrenar. Tenía que

reunirme con Andrea y con Johan. Tenía que revisar todo para la siguiente carrera. El equipo ya debería de estar preparando todo para el viaje.

Estaba expectante. Ya me había podido subir al podio en varias ocasiones, reforzando mi posición en el campeonato, pero siempre en el escalón más bajo. Ansiaba la victoria. La deseaba más que cualquier cosa. Estaba lejos del puesto que me habría gustado tener esa temporada, pero ya me había adaptado al coche. Con los resultados que estaba obteniendo Fabian, el coche no era el problema. La culpa era mía, y no sabía cómo salvar esa distancia que nos separaba.

El camino hasta las instalaciones de Hygge fue mucho más largo de lo que recordaba y, cuando aparqué el coche, pasaban de las diez de la mañana. Era tardísimo.

Bajé del coche mientras me recordaba a mí mismo que no era tan tarde como pensaba, solo que estaba acostumbrado a llegar demasiado pronto. Saludé a Thais en recepción y subí nervioso. Johan ya estaría allí, y me moría de ganas de verlo. Quería saber cómo le había ido durante el parón de agosto: qué había hecho, a dónde había ido, si había aprovechado para ir a la playa… El problema de que el ingeniero no tuviera redes sociales era que me resultaba imposible saber algo de su vida privada.

Las puertas del ascensor se abrieron y me recibió el bullicio de la oficina. Yo estaba acostumbrado a llegar cuando apenas había nadie, muchas veces solo estaba Johan por allí, por lo que me encontré saludando a todos los ingenieros con los que me cruzaba de camino a la sala de entrenamientos. Por mucho que miré hacia todos lados, no lo vi por ningún lado; supuse que estaría reunido.

Cuando entré en el simulador, me encontré a Fabian concentrado, practicando el próximo circuito.

—Ey, Axel, ¿cómo te va? —preguntó al verme cruzar la puerta.

No tenía intención de quedarme mucho rato, no quería molestar, pero me parecía de mal gusto irme sin saludarlo.

—Bien, veo que te has agenciado de mi simulador —bromeé; me pasaba tal cantidad de horas utilizándolo que casi lo consideraba de mi propiedad.

—Ya sabes lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Ehh… Joder, María siempre repite algo en español, pero no lo recuerdo. —Vi cómo su gesto se ensombrecía al haberse salido un poco de la curva que estaba trazando—. Dame media hora y te dejo.

Era el momento de marcharme. Lo estaba molestando.

—¿Comemos juntos?

—Dale.

Escuché su respuesta mientras cerraba la puerta.

Todavía recordaba la situación en la que me había visto envuelto la última vez que nos habíamos visto.

La tensión que había entre Dibra y él había sido más que evidente desde hacía años, aunque nunca me había esperado que esa tensión desencadenaría en algo más. Se odiaban. ¿Cómo podían gritarse constantemente y, un día cualquiera, besarse como si nada, como si lo fuera todo? Bueno, decir que se habían besado era quedarse corto. Se habían comido la boca.

Para mi sorpresa, al final, todo había quedado en nada.

Al día siguiente, Fabian se había marchado antes de que Dibra se despertara y, a pesar de que no habían hablado, ambos parecían

haber llegado a la misma solución: fingir que no recordaban nada de lo que había pasado y negarse a hablar conmigo del tema.

Parecía que todo había vuelto a la normalidad. Estaba seguro de que, la próxima vez que se vieran, volverían sus malas palabras y sus gestos de desagrado. Visto lo visto, no estaba convencido de que fuera lo que realmente sentían.

En realidad, eran tal para cual.

Un rato después, algo aburrido de mirar las redes sociales, me dirigí por el pasillo hasta la máquina de café. Si iba a tener que esperar, por lo menos, llevarme algo al estómago; aquella mañana no había tenido tiempo para desayunar. Justo cuando estaba llegando a la sala, escuché su voz, y una sonrisa se me dibujó en la cara.

Se encontraba de espaldas a la puerta, hablando con Gjon, por lo que pude recrearme un poco en su cuerpo. Tenía los hombros anchos y la cintura estrecha. No le sobraba ni le faltaba nada. Estaba perfectamente proporcionado, y a mí me resultaba muy atractivo.

El ingeniero de pista de Fabian se fijó en mí y me saludó con la cabeza. Johan se giró de forma automática para saber quién acababa de llegar. Cuando me vio, podría jurar que sus ojos color miel brillaron durante unos segundos. Luego, me recibió con una palmada en la espalda y una sonrisa de las de verdad.

—A alguien se le han pegado las sábanas hoy —anunció, pero no había ni una pizca de resentimiento o reprimenda en su voz.

—Las malas costumbres, que se adquieren muy rápido —contesté encogiéndome de hombros.

—Deja al pobre chaval —intercedió Gjon—. Si tiene que aguantarte ya de buena mañana el primer día, acabará de un humor terrible para la carrera del domingo. Y Andrea está que no caga con la segunda mitad de temporada.

Sonreí divertido ante la cara de Johan, como si aquellas palabras le hubieran atravesado el corazón.

—Andrea está contando los días que faltan para la victoria —me confirmó.

—Entonces, ya somos dos —contesté, deseando que ese momento llegara más pronto que tarde.

No podía pensar en otra cosa. Bueno, sí, pero intentaba convencerme de lo contrario.

—Chicos, os dejo, el deber me llama. Tengo tantas cosas que hablar con Fabian que no me llegan las horas del día —dijo Gjon, despidiéndose con una sonrisa y abandonando la sala con el café en la mano.

Una vez estuvimos solos, el ambiente se volvió más íntimo.

—¿Qué tal tus últimos días de vacaciones? —Se apoyó contra la máquina de café y me miró con interés.

Me preguntaba solo por los últimos días porque, entre una cosa y otra, habíamos mantenido una conversación constante durante aquellas tres semanas. No hablábamos todos los días, para mi desgracia, aunque sí habíamos ido intercambiando mensajes. No sabía cuál era su interés, ni si lo haría también con Fabian, pero el mío estaba demasiado claro. Quería conocer todo de él.

—Bien, volver a casa supuso un alivio. Los últimos días en Ibiza fueron una locura.

Johan se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, como si el recuerdo de lo que le había contado todavía le pareciera un imposible.

—-Menos mal que no ha trascendido a la prensa.

—Te dije que estaba todo controlado.

—Ya, pero la última vez que tú me dijiste eso, te vi con una herramienta en la mano a punto de desmontar medio monoplaza.

—Te alteraste por nada. Hubiera arreglado ese pequeño incidente sin ocasionar problemas.

Johan se rio, divertido.

—Problemas era, es, tu segundo nombre.

—No sé de qué me hablas.

Me reí con él porque estaba demasiado cómodo con su compañía como para reaccionar de otra manera. Aquello iba a ser un verdadero quebradero de cabeza. No podía seguir haciendo como si nada y, al mismo tiempo, sabía que no podía haber nada más. Si Johan pensaba que lo de Fabian y Dibra ocasionaría un escándalo, no quería ni pensar en lo que se le pasaría por la cabeza si llegase a ocurrir algo entre nosotros.

—Seguro.

—¿Y qué tal tus últimos días?

Sabía que había pasado con su hijo las tres semanas y que había ido a visitar a su familia a Alemania. Me había contado que su madre no lo perdonaría si no iba al menos un par de días a verla y que ya lo llevaba posponiendo mucho tiempo.

—Pues no hice mucho más. Aaron y yo fuimos al parque acuático este sábado, como forma de cerrar las vacaciones. Fue un completo desastre: había muchísima gente, apenas nos podíamos mover con

tranquilidad y, para poder tirarse por los toboganes, había que esperar casi dos horas de cola. —Suspiró recordando el momento—. No te lo recomiendo, la verdad. Tu plan del yate en pleno Mediterráneo sonaba mucho mejor. Sé que puede sonar un poco egoísta, porque paso mucho tiempo alejado de mi hijo, pero me habría gustado tener unas vacaciones un poco más tranquilas.

—La próxima vez te escapas un par de días conmigo —sugerí, y aquello sonó como lo que era, una pequeña indirecta.

Johan me miró a los ojos, evaluando hasta qué punto estaba diciendo la verdad al pronunciar aquellas palabras, y yo terminé apartando la mirada sonrojado.

—Tomo nota, entonces. Así os podré tener más controlados —aceptó al final, cuando pensé que ya no obtendría ninguna respuesta por su parte. Mi cabeza repitió aquellas palabras, una y otra vez. No podía evitar pensar que el interés era más bidireccional de lo que esperaba—. Aunque, si te digo la verdad, soy más de montaña.

—¿Te gusta esquiar?

Asintió y le dio un pequeño sorbo al café.

—Me encanta, pero no lo hago tanto como me gustaría. ¿Qué me dices de ti?

—La verdad es que no sabría decirte, me gustaría probar. Aunque, si te soy sincero, me preocupa bastante mi estabilidad sobre los esquís.

—No tienes por qué alarmarte. Te daré un par de consejos y estarás preparado para tirarte por cualquier pista.

—¿Eres buen profesor?

—Vamos, Ax, la duda ofende. Soy bueno en todo lo que hago. —E hizo el gesto de limpiarse unas partículas inexistentes de polvo de

los hombros—. El alumno es lo que me preocupa.

Sonreí divertido.

—Baja modesto…

—Ya te lo demostraré. Con tres horas… —Se quedó pensando un rato antes de retractarse—. Con dos horas puedo hacer de ti todo un profesional.

—Más te vale. En ese caso, te tomo la palabra, entonces. No me falles.

—No te preocupes. —Hizo una pausa para beber otra vez, pero sus ojos no abandonaron los míos en ningún momento—. No lo haré.

GP EE. UU.



Circuito de las Américas

15 De Septiembre De 2025

—Buenas tardes a todos y bienvenidos un domingo más a la Fórmula 1. Nos encontramos en el circuito de las Américas en Austin, Texas, listos para presenciar el Gran Premio de los Estados Unidos — presentó Thomas, dando comienzo a la retransmisión.

—Este es uno de los circuitos más emocionantes y técnicos del calendario, con largas rectas, curvas rápidas y una sección lenta, copiando partes de otros circuitos, como las enlazadas de Becketts en Silverstone o la curva de cuatro vértices de Estambul Park — intervino Veronika.

—Además, el COTA, por sus siglas en inglés, presenta una subida brutal en la curva uno, con una pendiente considerable. El circuito se

ha convertido en uno de los grandes epicentros del espectáculo, con las gradas llenas y un ambiente electrizante.

—Sin olvidar la meteorología texana, que siempre juega un papel importante con temperaturas altas y condiciones de pista cambiantes debido a la lluvia y al viento.

—Abróchense los cinturones porque la carrera está a punto de comenzar.

* * *

—*El coche este fin de semana es una mierda* —dijo Fabian por la radio, haciendo que ambos comentaristas se miraran sorprendidos por las palabras del piloto.

Thomas se acercó al micro antes de hablar.

—Acabamos de escuchar a Fabian y se nota su cabreo. No creo que toda la culpa sea del coche, ya que, si comparamos resultados, Axel parece que está corriendo en otra categoría.

—Tienes razón, Axel está dominando, y Fabian va a tener que luchar por mantener su quinta posición; ni siquiera tiene opción a podio —respondió la reportera, dándole la razón.

Desde los entrenamientos del viernes, el joven piloto monegasco había demostrado un mayor control, velocidad y ritmo en todas las sesiones del fin de semana, superando a su compañero sin darle opción a réplica.

Axel había arrancado desde la primera línea de la parrilla, en segunda posición, acompañando al piloto francés de Phoenix, Romain Lefevre, que salía desde la *pole*. Nada más apagarse el semáforo, ambos pilotos se habían lanzado a la primera frenada y, aunque Axel había salido bien, su rival lo había hecho mejor.

El ritmo del joven piloto había provocado que a Romain le fuera imposible abrirse hueco con él, haciendo que tuviera que defenderse en varias ocasiones durante las primeras vueltas.

—Axel, vas muy bien. Céntrate en gestionar y esta carrera puede ser tuya —lo animó Andrea.

—Aún quedan muchas vueltas, no nos precipitemos.

Tal y como el italiano había previsto, las ruedas de Axel se conservaron mucho mejor y, cuando ya se había pasado más de la mitad de la carrera, el piloto sorprendió a todo el público con un adelantemiento brutal.

—Hoy Axel parece empeñado en sobresalir en todo: tanto en conducción como en madurez. Lo cierto es que su ingeniero de pista, Andrea Esposito, lleva trabajando con él desde el primer día, y creo que nos podría dar la razón en cómo ha cambiado la actitud del piloto a lo largo de la temporada —alabó Veronika con una sonrisa en los labios.

—Este no es el Axel contestón de hace unas carreras —coincidió Thomas riendo.

—Y Hygge parece que está acaparando atenciones, porque ahora nos van a poner la radio de Fabian.

—¿Qué estrategia estáis usando con Axel? ¿Llevamos la misma?

—No. Si os hubiéramos parado en la misma vuelta, tú te habrías metido en tráfico, no tenías aire limpio en ningún momento. Axel va muy adelantado —le respondió Gjon con voz calmada.

—Deberíamos haber parado cuando yo dije. Este fin de semana nos hemos disparado en el pie con este set up.

—Cada piloto de Hygge hoy está en un mundo diferente —dijo Veronika tras analizar las palabras de Fabian.

—Tienes razón, parecen realidades paralelas, lo que es sorprendente, porque Anderson lleva toda la temporada por delante de Devin —respondió Thomas.

—El piloto finlandés no tiene el día.

—Ni la semana.

—A alguien no le han sentado bien las vacaciones.

* * *

Veinte vueltas después, Axel cruzaba la línea de meta para dar la última vuelta. La gente se puso en pie para animar al piloto.

—Nos encontramos en la última vuelta de lo que ha sido una carrera espectacular —dijo Veronika, dejando que la emoción fuera palpable en cada palabra—. No puedo creer lo que estamos viendo, pero parece que Axel… ¡está a punto de conseguir su primera victoria en la Fórmula 1! El apellido Devin volverá a lo más alto del cajón.

—¡Así es! Después de tres podios en las últimas cuatro carreras, llega su primera victoria.

—Hoy Axel ha hecho que parezca fácil. Ha estado sólido todo el fin de semana, no ha cometido ningún error y le ha callado la boca a todos los que decían que no se merecía el asiento.

—Será el tercer piloto en la historia de la F1 en conseguir una victoria en su año de debut, hasta ahora solo logrado por Jacques Villeneuve y Lewis Hamilton.

—Estoy seguro de que en su casa están celebrándolo. Deben de sentirse muy orgullosos.

El Hygge se aproximaba a la curva veinte y recorría los últimos metros de la línea de meta.

—Y aquí lo tenemos, Axel atraviesa la línea de meta pegado al muro, donde están subidos los mecánicos del equipo, alzando los puños en señal de victoria.

—¡Qué momento tan increíble para el piloto y todo su equipo!

El público celebraba aquella victoria con entusiasmo. Las banderas de Hygge se podían ver en cualquier grada del circuito mientras los coches daban la vuelta en dirección al *Parc Fermé.*

Axel bajó del coche y se lanzó sobre su equipo, celebrando aquella victoria como se merecía.

—Vaya abrazo han compartido Torger y Devin. Ha sido un momento muy bonito.

—Normal, tiene muchísimo mérito lo que ha hecho, pocos han ganado en su primer año. En las primeras carreras, parecía que le faltaba madurez, pero hoy tengo que comerme todas mis palabras, ha sido impresionante.

—El que no ha estado tan impresionante ha sido Fabian. ¿Ha sido cosa mía o ha salido cabizbajo?

—Sí, sí, yo he visto lo mismo. Ni siquiera se ha molestado en quitarse el casco y se ha ido directo al box después de pesarse. Aunque entiendo que esté molesto, podía haberse acercado a saludar a su compañero.

—Creo que Fabian solo está pensando en los puntos que se ha dejado hoy.

—Sea como sea, el que ha demostrado estar a la altura, ha sido Axel.

—Los Quantum tampoco han sobresalido demasiado. A pesar de que ambos han conseguido terminar la carrera, los problemas de

fiabilidad que llevan arrastrando toda la temporada siguen siendo su asignatura pendiente.

A continuación, se vieron las imágenes del podio y la entrega de premios. La euforia del equipo de Hygge y del público era contagiosa. Parecía una victoria más, pero, en realidad, era el inicio de algo grande.

—Muchas gracias a todos por acompañarnos un domingo más. Nos vemos en la próxima carrera.

CLASIFICACIÓN 16

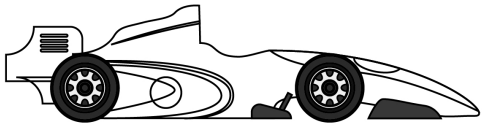
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	269
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	242
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	213
4	Axel Devin	Hygge F1 Team	189
5	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	184
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	152
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	102
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	86
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	77
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	30
11	Dibra Berisha	Starlight GP	19
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	16
13	Felipe Costa	Titan Performance	12
14	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	12
15	Kenji Yamamoto	Titan Performance	7
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	2
17	Luca Bianchi	Nitro Racing	2
18	Mateo González	Velocity Dynamics	1
19	Andrés Fernández	Starlight GP	1
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Phoenix Racing Team	426
2	Quantum Racing	421
3	Hygge F1 Team	402
4	Thunderbolt Racing	179
5	Vortex Engineering	116
6	Eclipse Motorsport	28
7	Starlight GP	20
8	Titan Performance	19
9	Velocity Dynamics	3
10	Nitro Racing	2

31



Axel

Septiembre 2025

Conservaba un puñado de recuerdos que, a pesar del paso de los años, conseguían removerme algo por dentro. No era capaz de definirlo con exactitud, solo sabía que, con perderme un poco en mi memoría, todavía sentía en mi piel una réplica de las emociones que había vivido en su día.

Apenas tenía veintiún años, pero podía asegurar, sin ningún miedo a equivocarme, que el movimiento de la bandera a cuadros dándome la bienvenida iba a convertirse en uno de ellos. Algo que recordaría durante toda la vida.

Tan pronto como crucé la línea de meta, los ojos me empezaron a llorar sin que pudiera hacer nada para evitarlo, y eso que hacía años que nada lograba afectarme lo suficiente por dentro. Lo había logrado, por fin.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡sí! —exclamé con la voz tomada por culpa de todas las emociones que me envolvían en aquel momento. Quería reír, llorar, gritar.

—*Guau, Axel, P1, es increíble.* —La voz de Andrea desde el otro lado de la radio me hizo darme cuenta que aquello no era solo mi victoria. Era nuestra victoria. Sus palabras hicieron que mi corazón palpitara, emocionado.

—*Gracias, gracias a todos. Habéis hecho un trabajo increíble durante toda la temporada.*

—*Enhorabuena, has estado espectacular durante todo el fin de semana.*

—*Gracias a todos.* —No podía parar de repetir aquellas palabras. Me sentía muy agradecido por todo el esfuerzo y el trabajo que habíamos realizado.

—*Coge un poco de goma en esta vuelta* —me pidió para evitar tener problemas con el pesaje del monoplaza.

No hablamos mucho más mientras recorría la vuelta al circuito, levantando la mano y saludando al público. No encontraba las palabras para expresar nada de lo que estaba sintiendo en aquel momento.

Cuando llegué al *Parc Fermé*, el comisario me indicó que me colocara justo detrás del cartel con el número uno. El Phoenix de Romain estaba detrás del número dos y el Quantum de Ethan estaba detrás del número tres. Ambos pilotos se estaban bajando de sus monoplazas cuando apagué el motor.

Me limpié las lágrimas antes de tirar del *quick release* para sacar el volante, quitarme el *hans*, los cinturones y tratar de incorporarme. Me agarré con fuerza del *halo* para levantarme mientras pensaba

cómo celebrarlo. ¿Debería alzar un puño? ¿Los dos? ¿Los pajaritos de Fernando Alonso?

Después de volver a colocar el volante en su sitio, y tropezar de forma vergonzosa al salir, me puse encima de la parte delantera. Al final, elevé uno de los brazos con el puño cerrado, ganándome una ovación del equipo, que me esperaba del otro lado de la valla, y de los aficionados. Por mucho que lo hubiera pensado, en aquel momento actué por impulso.

Vi a Johan del otro lado, mirándome, sonriéndome. Justo en el momento en el que me dispuse a bajar del monoplaza, vi cómo sus piernas se elevaban en el aire, saltando la valla. No me lo pensé dos veces. En cuanto mis pies tocaron el suelo, salí corriendo en su dirección y salté sobre él sin importarme nada más. Le rodeé la cintura con las piernas mientras lo abrazaba como si todavía me costara creer que todo aquello fuera real. Me había dicho que confiase en él, que me ayudaría a ganar, y allí estaba, celebrando ese momento conmigo. Al fin.

Unos segundos después, volvía a estar de pie, enfrente de él, con sus manos agarrándome la nuca con fuerza, impidiendo que me alejara.

—Axel. —La forma en la que pronunció mi nombre hizo que el corazón se me detuviera en seco. Si no tuviera un casco sobre la cabeza, lo habría besado—. ¡Lo has hecho! Has estado brillante. Estoy muy orgulloso de ti, todos lo estamos.

No me dio tiempo a contestarle; tras una fuerte palmada en la espalda, me lanzó a los brazos de todos los mecánicos e ingenieros de Hygge que estaban allí para celebrarlo conmigo. Tras eso, todo fueron gritos, aplausos y celebraciones.

Un rato después, me encontraba delante de las cámaras de nuevo, con el micrófono en la mano y una sonrisa en la cara. La periodista que me iba a entrevistar estaba esperando a que le dieran el visto bueno, y yo aproveché para secarme con la mano el sudor que se me seguía acumulando en la frente.

—¡Axel, felicidades por tu primera victoria en Fórmula 1! —me felicitó la chica sonriéndome—. Has estado increíble. ¿Cómo te encuentras después de todo lo que has pasado para llegar hasta aquí? ¿Podrías describirnos qué se siente al unirse a ese selecto club al que muy pocos consiguen llegar?

—Muchas gracias. Es difícil describir lo que siento en este momento. Estoy viviendo un sueño, o haciéndolo realidad. Es una sensación increíble, en serio, estoy sin palabras. —Podía decir cientos de sinónimos más y, aun así, no se acercarían a todas las emociones que circulaban por mis venas en aquel momento—. Pero lo que sí tengo claro es que el mérito de hoy es compartido. Es el resultado de un año de trabajo duro, tanto de los que están aquí como de los que se quedaron en la fábrica, en Inglaterra. Ganar una carrera siempre es algo a lo que todos aspiramos y, en mi caso, el sueño ha sido poder hacerlo de la mano de mi equipo.

—Tuviste una gran batalla con Romain, que nos tuvo a todos de pie durante muchos momentos del gran premio. ¿Cómo la viviste tú?

—Fue uno de los mejores momentos de la carrera. Yo admiro muchísimo a Romain como piloto, y sabía que no me lo iba a poner nada fácil. Tuvimos que esperar al momento perfecto, y esto se lo tengo que agradecer a mi equipo. Es la estrategia que planeamos lo que me hace estar aquí ahora.

—¿Qué se puede esperar de Hygge de cara a las seis últimas carreras que nos quedan de temporada?

Todavía no me podía creer lo rápido que había pasado todo. En dos meses, el campeonato se habría terminado. Nos quedaba muy poco. Primero las tres semanas de parón, luego, tres grandes premios consecutivos, las últimas dos semanas de descanso y las últimas tres carreras. Estábamos en la cuenta atrás y aún había demasiadas cosas que podrían torcerse.

—Pues lo mismo que hemos demostrado hasta ahora: trabajo duro, enfoque y determinación. Sabemos que hay mucho en juego y pensamos dar lo mejor de nosotros en cada momento. Tanto el campeonato de constructores como de pilotos son posibles, así que no tiraremos la toalla.

—Una última pregunta, Axel. Tu padre no ha podido estar contigo en un momento como este, ¿te gustaría mandarle algún mensaje desde aquí?

Centré mi mirada en la cámara y sonreí antes de dirigirme hacia la lente.

—P1, papá. —Luego levanté el dedo índice y volví a centrar mi atención en la periodista.

Sabía que aquella victoria era menos que nada para mi padre, pero me daba igual. Aquella victoria era mía. Mía y de mi equipo.

—Muchas gracias, Axel, y enhorabuena otra vez.

Le sonreí antes de devolverle el micro e ir con los otros pilotos a la *cooldown room*. Varios de mis compañeros en la pista se me acercaron para felicitarme, y Romain esperó a mi lado participando activamente en todas las conversaciones. Luego, me pasó el brazo por los hombros mientras caminábamos y tiró de mí con fuerza.

—Vaya carrerón, Axel, enhorabuena. Estoy deseando que nos enseñen tus mejores momentos, pero… después del pedazo de adelantamiento que me hiciste en pista, me quito el sombrero —me dijo el piloto francés, sonriéndome.

—¡Gracias! Lo cierto es que, joder, llevaba esperando este momento toda la vida.

—Disfrútalo, te lo has ganado.

Los siguientes minutos pasaron demasiado rápido.

Tras enseñarnos unos cuantos momentos de la carrera en la pantalla, tocó el momento de subir al podio de nuevo. Primero entró Ethan, seguido de Romain, y, cuando por fin dijeron mi nombre, todo mi cuerpo vibró de la emoción. Salí sonriendo, con el brazo en alto, incapaz de ocultar lo contento que estaba.

En cuanto me dieron mi trofeo, un aro dorado enorme, lo levanté por encima de la cabeza con las dos manos al tiempo que todo el mundo aplaudía y vitoreaba. Luego, me pusieron la medalla de oro y, mientras repetían aquellos pasos con mis compañeros, yo busqué a Johan con la mirada. Estaba en primera fila, sonriendo de verdad, mirándome solo a mí.

Escuchar el himno de Mónaco fue algo que me puso todos los pelos de punta. Ni siquiera podría describirlo con palabras, fue algo mágico. Después, sonó el himno de Gran Bretaña en homenaje a Hygge, y mis ojos volvieron una vez más hacia donde estaba Johan.

Me perdí en aquella mirada el tiempo suficiente como para que empezaran a echarme champán por encima. Andrea, que había subido conmigo a recoger el premio del equipo, había sido uno de los principales culpables, pero me encargué de que no quedara ni un recobeco de su ropa seca.

Al terminar, nos subimos al primer escalón del podio para sacarnos la foto reglamentaria, los cuatro juntos, y luego volvimos al box, donde todo el equipo estaba preparado para la celebración.

—¡Axel has estado genial!

—¡Buena carrera!

—¡Chaval, eres un *crack*!

—¡Felicidades, Axel!

Todos los miembros de Hygge me dedicaban algunas palabras al pasar por su lado, y yo no podía sentirme más agradecido. Nunca me había planteado que confiar en alguien se fuera a sentir así, como si las victorias fueran compartidas.

—¡Ey! ¡Si es el chico del momento! —me dijo Fabian cuando llegué a la zona de descanso del *motorhome*. Estaba agradecido con todos, pero necesitaba un segundo de tranquilidad—. Creo que he sido el único que no te ha dado la enhorabuena todavía.

Aquello era cierto, aunque tampoco me había parado a pensar en ello. En aquel instante, tras haberlo mencionado, me extrañó su silencio. Yo siempre solía acercarme a darle la enhorabuena nada más finalizar la carrera.

—¿Qué hay? —pregunté sentándome a su lado en el sofá.

—Bueno, estaba aquí viendo Instagram… ¿Sabes que han subido una foto tuya? Bueno, tuya y de Johan. —Fabian le dio la vuelta a su teléfono para mostrarme una instantánea del momento en el que había saltado sobre el jefe de equipo. Era una foto increíble. Habían capturado el momento exacto en el que me había tirado sobre sus brazos—. ¿Sabes lo que dice el pie de foto?

Desvié la mirada hacia la frase para leerla.

«El momento en que todo el trabajo, la dedicación y los sueños se hacen realidad. ¡La victoria sabe mucho mejor cuando se comparte!».

—Bonito, ¿verdad? —preguntó, y tuve la sensación de que estaba molesto por algo.

—Sí que lo es.

—Pues no es el único *post* que te han dedicado. Hay… —Hizo una pausa mientras contaba las publicaciones que habían subido sobre mí en los últimos minutos—. Ocho. Ocho publicaciones dedicadas a tu actuación de hoy.

—¿Por qué lo haces parecer como si fuera algo malo?

—No he dicho que sea malo, al contrario.

Suspiré al darme cuenta de por dónde iban los tiros. Fabian estaba molesto por la atención que me habían dedicado y que intuía que no habían hecho con él cuando había ganado en Bélgica.

—Sabes que yo no soy el *community manager* de ese perfil, ¿verdad? Yo no les digo qué fotos pueden subir y cuáles no.

Aquellas palabras parecieron suficientes para hacerlo entrar en razón, porque soltó un resoplido y se frotó la frente, como si quisiera borrar su preocupación.

—Ya lo sé, perdona. No ha sido un buen día. Un quinto puesto en una carrera como hoy, con todo lo que hay en juego…

Entendía a la perfección la ambición de mi compañero. Estaba en tercer lugar en el campeonato de pilotos, a solo cinco puntos del segundo y a sesenta puntos del primero. A falta de seis carreras para terminar la temporada, todo era posible. Entendía que le frustrara que yo quedara de primero. Entendía que le molestara que Ethan volviera a quedar por delante de él, de verdad que sí; sin

embargo, no acababa de comprender por qué debía pagarlo conmigo. Por qué no paraba de insinuar cosas de forma constante.

Yo consideraba a Fabian un amigo, aunque empezaba a darme cuenta de que quizás él no me veía como tal.

Tal vez mi padre tenía razón cuando decía que, en la F1, tu compañero es tu mayor rival. Si no puedes quedar por delante de él con el mismo coche, no eres nadie.

32



Johan

Septiembre 2025

El restaurante en el que habíamos quedado estaba al lado del hotel, como siempre. No queríamos tener que afrontar las aglomeraciones con Axel y Fabian; la gente enloquecía cuando los encontraban por la calle. Otro de los requisitos con los que debía contar el local era que tuviera un espacio reservado, para tener intimidad. De nada valía estar en un restaurante si te iban a grabar durante toda la comida y luego salías en las redes sociales dos días seguidos. Por ese motivo, cuando entré en el pequeño local y lo vi casi vacío, no me llamó demasiado la atención.

Un camarero me condujo hasta una sala aparte, donde había colocada una gran mesa para veinticinco personas. Éramos muchos

más en el día a día, pero algunos seguían prefiriendo volar de vuelta a casa el propio domingo de la carrera.

Andrea, Fabian y Axel ya estaban allí, sentados en una esquina, comentando algo que veían en el móvil. El resto de la mesa se encontraba vacía.

Después de saludar al entrar, me aproximé a donde estaban ellos sentados y me coloqué al lado de Fabian, justo enfrente de Axel.

—Buenas. ¿De qué estamos hablando? —pregunté queriéndome meter en la conversación.

Fabian me miró con una sonrisa en la cara antes de girar el móvil para que lo pudiera ver. En él se apreciaba un vídeo de Axel tropezando al salir del monoplaza aquella misma tarde. Había recuperado el equilibrio a tiempo, pero el perfil de la F1 le había dedicado una publicación.

—Ahora mismo, Axel es viral —dijo riéndose, lo que hizo que el implicado frunciera el ceño y lo mirara de forma extraña.

Me alegraba ver el buen ambiente que seguía habiendo entre ellos fuera de la pista. Me había dado cuenta de un par de momentos tensos que habían compartido en los últimos meses, y me sorprendía que no hubiera habido mayor repercusión. Se podía ver que ambos tenían mucha confianza, lo cual me venía perfecto para lo que les iba a proponer.

—Eso nos va genial —respondí apartando la vista del móvil y mirando a los pilotos—. Un *sponsor* quiere que hagáis un vídeo promocionando Avara & Co, su nueva línea de ropa que va a salir al mercado en otoño. La idea es que resulte gracioso. —Señalé con la cabeza el móvil—. De ese estilo, pero los dos juntos. Quieren

grabaros mientras os divertís. Si todo sale adelante, la agendaremos para el mes que viene.

—Suena bien, me vale —aceptó Fabian enseguida.

Axel, por el contrario, estaba más callado que de costumbre. Podía haber muchas razones por las cuales el piloto se encontrase así. Aquel día había sido muy intenso para él en muchos sentidos; sin embargo, no me encajaba una actitud tan pasiva cuando por fin había logrado su objetivo. A lo mejor ya tenía trabajos agendados para el último trimestre del año. Quizás hubiera sido más fácil que la responsable de prensa de Hygge se coordinara con sus representantes. Aunque podía haber muchas razones para que estuviera así. Me gustaría encontrar un rato para hablar con él; quería que encontrara en mí un apoyo, alguien en quien confiar. Alguien con quien compartir sus logros. Quería…

Eliminé por completo esa idea de mi cabeza antes de formularla. Pensar que quería ser ese tipo de persona para Axel estaba mal. No era correcto. Era demasiado joven para mí, aunque no lo pareciera, y yo era su jefe, detalle que me tenía que recordar a mí mismo más veces de las que debería. Sería como saltarse todas las señales de peligro. No podía olvidar eso. Joder, más me valía.

—¿Y en qué consistiría? —preguntó Axel, sin mucho entusiasmo, interrumpiendo el camino que habían cogido mis pensamientos.

El camarero nos dejó una jarra con cerveza fría encima de la mesa al mismo tiempo que empezaron a llegar varios de los ingenieros del equipo. Nos tuvimos que levantar a saludar, y ya habían pasado un par de minutos cuando pudimos sentarnos de nuevo y continuar con la conversación.

—La idea es que llevéis ropa de la marca para responder a un par de preguntas, algunas serán difíciles, y otras, no tanto. Algo divertido —repetí, y eché un poco de cerveza en nuestras copas mientras les seguía comentando el plan—, en formato minivídeo, para subir a las diferentes redes sociales.

—¿Qué tipo de preguntas? La última vez que hicimos algo así salió terrible —comentó Fabian preocupado, recordando un evento el año anterior donde él y Romain habían dado un auténtico espectáculo. Pero del malo.

Me reí un poco. No tenía pensado revelarles más de lo que ya les había dicho; si no, perdería la gracia, así que desvié la conversación en otra dirección.

La cena fue muy tranquila, comimos y bebimos bien, nos echamos unas risas y pasamos un rato muy agradable. A la hora de los chupitos, me tomé un par más de los que debería, porque después los ojos se me iban una y otra vez hacia la misma persona. Tenía el pelo castaño bien peinado, y eso no era habitual en él. Se lo veía cómodo y se le podían apreciar dos hoyuelos, uno en cada mejilla. Y sus ojos… Nunca había visto unos ojos como esos.

—Anda… —dijo Fabian un rato después mirando la pantalla de su móvil—. Te han vuelto a subir al perfil de la F1. Parece ser que todas las publicaciones anteriores no fueron suficientes, hacía falta una más. —La forma en la que lo dijo, y cómo Axel puso los ojos en blanco, me hizo darme cuenta de que estaba pasando algo entre ellos que no había querido ver hasta el momento.

—¿Qué problema hay? —pregunté fijándome en la reacción de ambos.

Axel siguió mirando a su plato como si no fuera con él la cosa; por el contrario, Fabian me enseñó el perfil de la F1 donde se podían ver varios *post* dedicados a su compañero.

—Problema ninguno —me respondió, pero en su tono pude notar pequeños matices que dejaban entrever un enfado.

Conocía a Fabian bastante bien, después de estar tantos años trabajando en el mismo equipo, y, aquella temporada, lo había llegado a hacer en mayor profundidad al compartir mucho tiempo juntos.

—No sé, por la forma en la que lo estás diciendo, parece que sí hay un problema —intervino Axel de repente, mirando a su compañero con gesto contrariado—. Es la tercera vez que lo repites y empiezas a resultar pesado. Todos tenemos redes sociales, no hace falta que hagas de mensajero.

Fabian levantó las cejas, como si estuviera sorprendido por aquellas palabras, y me preocupó que fuera a iniciarse una confrontación que no estaba seguro de ser capaz de parar. Había muchísimos equipos que tenían que lidiar con problemas personales entre sus pilotos. Todos sabíamos que, en determinados momentos, era normal que hubiera rencillas entre ellos. Ambos querían ganar, y cuando uno lo hacía y el otro no, solían pasar aquellas cosas. Durante la carrera, Axel había demostrado un dominio muy superior al de Fabian. La opción de permitirle al finlandés quedar por delante había pasado al olvido al ver cómo se iba quedando cada vez más y más atrás. Nosotros lo favoreceríamos si teníamos la ocasión, pero nuestro objetivo seguiría siendo ganar el mundial de constructores. De nada nos valdría un cuarto y quinto puesto si podíamos tener un primero y un quinto.

—Bueno —intervine—, es su primera victoria. Lo ha hecho bien, es normal que le den más bombo.

Ninguno de los dos me hizo caso alguno.

—¿Te resulta pesado que comente la suerte que estás teniendo hoy? Seguro que tienes miles de seguidores nuevos en tu perfil, y no te veo quejándote por ello.

Sus reproches eran en voz baja y, al encontrarse en un extremo, solo Andrea y yo estábamos siendo conscientes del intercambio de palabras. No quería intervenir, aunque tampoco quería obviar algo que nos pudiera traer consecuencias negativas.

—No me quejo, pero tampoco le estoy dando tanta importancia como tú.

—Si fuera al revés, habría que verte.

—¿Al revés? Tío, has estado quedando por delante de mí en todas las carreras. Llevas por lo menos diez podios, y te han dedicado a ti muchísimos más *post* que a mí. Me parece surrealista que, en la primera carrera que gano, no puedas parar de comentar eso. —Las palabras de Axel sonaron dolidas, y no me extrañaba—. *J'en ai marre.*

No sabía hasta qué punto debía meterme; Axel ya me había comentado en alguna ocasión que, cuando un francófono decía aquella expresión, significaba que estaba hasta los putos cojones.

—No me han dedicado ni la mitad de publicaciones que a ti —siguió quejándose Fabian.

—Supéralo y déjame en paz.

El finlandés apretó los puños encima de la mesa y su mirada se volvió fría. Abrí la boca para interrumpir lo que fuera que estuviera a punto de decir, pero no llegué a tiempo.

—Me pregunto cuántos *post* te dedicarían si todo el mundo supiera que eres gay.

La sorpresa estaba escrita en mayúsculas en el rostro de Axel. Miraba a su compañero como si lo hubiera golpeado con la mano abierta. Fabian pareció darse cuenta de lo que acababa de decir y el arrepentimiento fue instantáneo. Aunque era demasiado tarde, el daño ya estaba hecho.

No iba a ser la primera ni la última pelea entre compañeros de equipo, sobre todo cuando el primer piloto era superado por el novato. En aquella ocasión, no sabía lo que me había molestado más: ver el ataque hacia algo tan personal como la sexualidad de alguien, o que jodiese a Axel.

—Gjon —llamé al ingeniero que estaba sentado a varios asientos de distancia, levantando la voz. Cuando capté su atención, hice que se levantara y fuera hasta nuestro lado de la mesa antes de señalar a Fabian con el dedo—. ¿Te importaría acompañarlo a la habitación del hotel? Se ha pasado bebiendo y empieza a encontrarse mal.

—Claro. Sin problema. —Pareció sorprendido por mi petición, pero le sonreí en agradecimiento—. ¿Eres capaz de ponerte en pie?

Fabian me miró unos segundos antes de asentir y levantarse.

—Lo siento —murmuró sin mirar a nadie en concreto.

Parecía que tenía ganas de añadir algo más; sin embargo, no lo hizo y salió del restaurante cabizbajo. Me jodía tener que aprovecharme así de Gjon; sin embargo, no tardaría más de diez minutos en estar de vuelta, y no confiaba en nadie más. No sabía si Fabian volvería a abrir la boca de camino. Iba a tener que ocuparme del tema al volver a Londres. Joder, qué pereza.

Andrea tenía la vista fija en Axel, quien miraba a su trozo de tarta como si fuera lo más interesante que hubiera visto en la vida. Su piel, pálida, tenía un subtono rojizo bastante evidente. Estaba seguro de que, como a mí, al ingeniero tampoco le había sorprendido aquella confesión, pero no nos llegaría toda la noche para enumerar las razones por las cuales lo que había hecho Fabian era horrible.

—¿Estás bien? —pregunté como si fuera estúpido. Ya sabía la respuesta—. No volverá a pasar algo así, me encargaré de ello. —La amenaza era tan palpable en mi voz que hizo que Andrea me diera un golpe con la rodilla en la pierna.

Pasaron unos minutos antes de que Axel fuera capaz de levantar la mirada.

—Bueno —dijo con la voz más calmada de lo que esperaba—, supongo que ahora ya lo sabéis. —Luego levantó las manos y se encogió de hombros—. ¡Sorpresa!

La forma en la que estaba intentando quitarle hierro al asunto nos relajó a Andrea y a mí de forma palpable, sacándonos una sonrisa. Por mi parte, pude volver a respirar con tranquilidad.

—Chico —dijo el ingeniero, saltando la mirada de uno a otro—, no sé a ti, Johan, pero a mí no me han descubierto nada nuevo.

La sorpresa volvió a adornar el rostro de Axel, quien había recuperado poco a poco el color de su piel. Parecía más tranquilo.

—¿No?

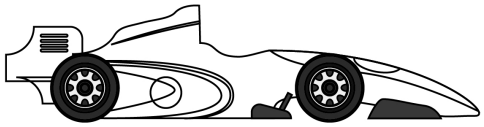
Andrea se rio.

—Es más evidente de lo que crees. Las miradas, los comentarios… Solo hace falta pasar un tiempo contigo para darse cuenta del tipo de persona que te gusta. —Nada más terminar de

hablar, me miró, y tuve que morderme la lengua ante aquella indirecta tan directa. Qué hijo de puta—. Y a nadie le ha importado nunca. Tú céntrate en ser rápido y ganar, los rumores se callan así.

Por suerte, el alcohol dejó aquella conversación en el olvido.

33



Axel

Septiembre 2025

Al final, nos habíamos quedado Andrea, Gjon, Johan y yo, aunque los dos primeros se habían ido una hora más tarde, después de que a mi ingeniero de pista le empezase a sentar mal todo el alcohol que había consumido. Yo me encontraba bebiendo mi cuarta o quinta copa de la noche, no estaba seguro, y a veces hasta me costaba enfocar con la mirada. No estaba acostumbrado a beber nada e iba a tener que pasarme al agua. El problema era el hombre que tenía enfrente; no sabía si era yo o me estaba mandando indirectas, y eso me ponía malo. Había una tensión sutil entre nosotros, casi imperceptible, si bien bastaba para hacerme sentir una corriente eléctrica por debajo de la piel.

No me había dicho nada lo bastante claro como para que yo me lanzara, pero lo notaba más receptivo de lo habitual. Aunque también era cierto que llevaba un par de copas encima, y que se lo

veía tranquilo y relajado. Sin intención, había hecho que nuestras rodillas se rozaran por debajo de la mesa, y él, en vez de retirar el contacto, lo había hecho más pesado. Como si hubiera aceptado aquella proximidad.

Aquel contacto me hacía temblar por dentro.

Luego, sin venir a cuento, habíamos acabado hablando de mis uñas. Todavía no entendía bien el porqué. Creía que todo había empezado como una queja por mi parte a tener que llevar guantes a todas horas, lo que hacía que me sudaran las manos y mis uñas acabaran reblandecidas. Cuando había terminado de quejarme, Johan, que me había estado escuchando como si aquella conversación fuera lo más interesante que había oído en su vida, me había cogido una de las manos y, con mucho tacto, se había puesto a examinarme los dedos. No tendría por qué haber sido nada raro, si no fuera por la forma tan especial en la que me sostenía, haciendo que mi estómago diera volteretas. Era como si hubiéramos cruzado una fina línea entre lo cotidiano y lo íntimo. Me daba la sensación de que toleraba el alcohol tan mal como yo.

Tuve que huir de su contacto, fingiendo que tenía ganas de beber y llevándome la copa a los labios, a pesar de que me daba la sensación de que era hora de parar. El corazón me latía tan rápido que me extrañaba que él no lo pudiera oír desde su lado de la mesa.

Johan me estaba observando sin parpadear, y yo seguí bebiendo para mantenerme ocupado. Si abría la boca, diría alguna burrada.

No sabía cómo comportarme con él.

—Tienes unos ojos bonitos —comentó como el que no quiere la cosa—. La mezcla de azul y verde los hace únicos.

Cuando mi cerebro registró aquellas palabras, dejó de funcionar correctamente y me atraganté con el cóctel que estaba bebiendo, expulsando algo de vodka con limón por la nariz.

El suelo se había abierto bajo mis pies y yo estaba cayendo sin red.

Tosí con fuerza contra el brazo mientras intentaba pensar algo que decir. Johan me miraba preocupado, como si la idea de que fuera a morir atragantado fuera totalmente válida. El picor del alcohol me hizo estornudar varias veces.

—¿Estás bien? —preguntó inclinándose hacia mí por encima de la mesa, y a mí me dio la sensación de que el oxígeno de la habitación se estaba empezando a agotar.

Su cercanía me mareaba más que el alcohol. Por mucho que respiraba, era como si no fuera suficiente.

—Sí, sí, se me ha ido por el otro lado.

Dejé la copa sobre la mesa intentando no tirarla. Mis manos temblaban de forma visible y tuve que esconderlas debajo de la mesa para que pasara desapercibido.

Me debatí internamente sobre qué decir a continuación. Había dos caminos posibles, y solo uno me hacía sentir cosquillas en el estómago.

Me pasé la lengua por el labio inferior antes de contestar.

—¿Entonces te gustan mis ojos? —pregunté, con una pequeña sonrisa. Estaba a una señal de lanzarme, pero no podía gestionar un rechazo. Ni en aquel momento ni nunca. Además, sería incómodo si luego teníamos que seguir trabajando juntos.

Johan me gustaba muchísimo. Siempre lo había considerado atractivo; sin embargo, a medida que lo había ido conociendo, me

había gustado más y más. Era bueno, atento y agradable, nada que ver con la impresión que daba al poner ese gesto taciturno cuando estamos en el box del equipo.

Se preocupaba mucho por la gente que tenía alrededor. Siempre estaba dispuesto a escuchar, y lo hacía de verdad, sin dar ningún consejo estúpido. Simplemente se sentaba a tu lado para que pudieras desahogarte. Se lo había visto hacer con Gjon y con Andrea multitud de veces, incluso conmigo.

Era muy inteligente y se esforzaba por tener conocimientos de cada una de las partes del monoplaza para poder ayudar en todos los departamentos, pero lo que de verdad le encantaba era todo lo relacionado con el motor. Le brillaban los ojos al hablar de ello, y yo podría escucharlo durante horas.

Y era mi jefe. Aunque sabía que eso tendría que tener un efecto adverso en mí,me pasaba todo lo contrario. Esa autoridad que mostraba en el box… me gustaba demasiado. Joder, puta vida.

—¿Y bien? —insistí al ver que no había abierto la boca todavía. Estaba jugando con fuego. Tenía miedo de que aquello solo fuera una ilusión, que desapareciera de un momento a otro.

—¿Necesitas una subida de ego? —preguntó, y me sonrojé. No era lo que necesitaba; sin embargo, estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que él decidiera darme—. Sí, son bonitos y te quedan bien, aunque, bueno, eso ya lo sabes.

—¿Por qué dices que lo sé? —Quizás estaba tirando del hilo demasiado, pero no podía evitarlo, quería más. Era muy posible que al día siguiente, con la mente más despejada, me arrepintiera de cada palabra que estaba saliendo de mi boca; no obstante, en aquel momento, quería saber cuál era el límite.

Johan se rió, negando con la cabeza. Llevaba sonriendo toda la noche, mostrando unas pequeñas arrugas en la comisura de los ojos que siempre parecían escondidas.

—Joder, Axel, eres tú quien ha hecho de modelo en múltiples ocasiones. No creo que necesites que yo te diga que eres guapo.

Mi corazón latió tres veces en una milésima de segundo. Abrí la boca varias veces, pero no encontraba palabras para rellenar aquel silencio. Todo lo que podría decir sería inapropiado.

—¿Qué ha pasado con Fabian? Pensé que os llevabais más o menos bien. —Sabía que, tarde o temprano, iba a hacerme aquella pregunta, aunque tenía la esperanza de que lo dejase correr.

—Yo qué sé. A veces se comporta como un imbécil, como hoy. Me ha dejado caer en varias ocasiones que he tenido mucha suerte, o que gracias a mi padre he llegado hasta aquí. Es como si… —hice una pausa para escoger bien las palabras— tuviera envidia de mí.

Johan se me quedó mirando, pensativo.

—Tenías que habérmelo contado antes. —Se quedó callado, como si estuviera recordando algo, y frunció el ceño, preocupado—. El día que tuvisteis el altercado de la herida de tu ceja, ¿te golpeó a propósito?

—¿Qué? No, no. —Me apresuré a negar con la cabeza, no quería que pensara cosas que no eran.

—¿Seguro? No me estás mintiendo, ¿verdad?

—Que no, aquello fue un accidente.

—Vale.

—No pareces convencido. —Le di el último trago a mi copa. Necesitaba armarme de valor.

—No es eso. Estoy decepcionado, sin más. No me esperaba que Fabian pudiera hacer algo tan rastrero.

—Bueno, la culpa es mía por confiar en él. —Hice una mueca—. Además, según Andrea, soy muy evidente, así que no debería molestarme tanto. —Quería cerrar la boca, pero no era capaz. Lo miré a los ojos antes de saltar a la piscina sin mirar si había agua siquiera—. ¿He sido muy evidente contigo también?

Dejé de respirar, esperando su respuesta.

Aquellas palabras hicieron que Johan se atragantara con la bebida y su cara se sonrojara. No había esperado vivir lo suficiente para ver algo así.

Me lo tomé como una pequeña victoria. Yo también lo alteraba a él.

—Eh, no, yo… Voy un segundo al baño, y luego deberíamos irnos a dormir. Mañana tenemos que coger el avión y no podemos despertarnos muy tarde. —Se levantó demasiado rápido, golpeando la mesa al hacerlo.

—Claro —asentí, conteniendo una sonrisa, y me quedé mirando cómo se alejaba por el restaurante en dirección a los aseos.

En realidad, mirar se quedaba corto. Lo recorrí de arriba abajo varias veces, comiéndomelo con los ojos. El polo negro que llevaba le sentaba de lujo. Los vaqueros eran ajustados y dejaban entrever un culo espectacular. Tuve la tentación de levantarme y seguirlo, pero algo me contuvo.

Alcohol y deseo, una combinación que nunca funcionaba.

Si daba aquel paso, tenía que estar preparado para aceptar todas las repercusiones. Estaba claro que yo no quería solo un polvo en un aseo, y, si alguien se enteraba de nuestra hipotética relación, iba a

haber un revuelo increíble. Ni siquiera estaba seguro de que una relación fuera posible.

Fabian lo había dicho esa misma noche: si mi sexualidad saliera a la luz… Por mucho que la sociedad se considerara inclusiva, la realidad era que en el mundo del deporte no había personas fuera del armario, y todavía menos en el exclusivo mundo del motor.

A pesar de que mis padres conocían mi sexualidad, me habían recalcado desde que era niño que tuviera cuidado. No me iba a beneficiar en nada que todo aquello fuera de dominio público. No era un riesgo que quisiera asumir, no por el momento.

Mientras pensaba en todos los pros y contras que tendría dar un paso con Johan, me sorprendí a mí mismo levantándome de la silla. Era la primera vez que quería algo y estaba dispuesto a luchar por ello.

Joder, acababa de rociar todo con gasolina y estaba jugando con un mechero.

Caminé con paso firme hacia el baño al tiempo que notaba la anticipación revolviéndose en mi pecho. Si la opción de tener algo con Johan estaba sobre la mesa, me daba igual dejar arder el resto. Aunque ardiera yo también.

34



Johan

Septiembre 2025

Iba a salir por la puerta del baño cuando noté que me empujaban de vuelta al interior. El corazón me dio un vuelco. Resbalé por culpa de la humedad del suelo y choque contra la pared del fondo. El impacto me dejó aturdido, como si el tiempo se hubiera ralentizado de golpe. Tenía los reflejos embotados. Vi cómo Axel cerraba la puerta tras él y se aproximaba hacia mí. No se detuvo hasta que lo tuve pegado. Notaba su pecho, sus piernas, su frente, su aliento entremezclándose con el mío. Su cercanía me hizo temblar.

Joder, joder, joder.

El miedo, la sorpresa y la excitación se entremezclaban en mi interior de forma confusa. El corazón me latía de forma

desenfrenada con anticipación. No entendía bien lo que había pasado entre los dos para acabar envueltos en aquella situación, pero empezaba a verlo como un golpe de suerte.

No estaba lo suficientemente borracho como para no ser consciente de mis actos, aunque sí lo bastante como para que aquella proximidad me resultara cómoda. Tan cómoda que daba miedo.

—Tienes tres segundos para decir que no y que me aparte —me susurró; nuestros labios casi se rozaban. Sentí un escalofrío—. Te juro que, si eso es lo que quieres, no volveré a acercarme a ti de este modo, ni volveré a sacar el tema nunca más. En caso contrario… —Su mano ascendió hasta mi mejilla y trazó una línea irregular hasta mi cuello—. Tres.

El pulso me retumbaba en los oídos.

Debería separarlo.

Mi cuerpo no obedecía, estaba paralizado, pero no por culpa del miedo. Era deseo.

—Dos.

Tenía que acabar con esa situación. Tenía que separarlo.

—Uno.

Pero no iba a hacerlo. Llevaba demasiado tiempo pensando en él, conmigo, en esa situación. Mi autocontrol pendía de un hilo. Joder, lo deseaba más que cualquier cosa.

—Cero.

Nos miramos a los ojos un segundo antes de que sus labios impactaran contra los míos.

Mentiría si dijera que fue un beso suave. Lo besé con todas las ganas acumuladas. Atrapé su labio inferior con los dientes,

mordiéndolo lo suficientemente fuerte como para hacerlo gemir, mientras mis manos lo agarraban de la cintura, apretándolo contra mí, como si tuviera miedo de que se me fuera a escapar. Como si necesitara asegurarme de que aquello estaba pasando de verdad.

Las manos de Axel subieron por mi pecho hasta llegar a mi cuello. Una se quedó en mi mejilla, con un roce suave, tierno. La otra se introdujo entre mi pelo, atrapando mis mechones y tirando con fuerza. Temblé ante aquel contacto.

Yo no era mucho más alto que él, no debía de haber más de cinco o seis centímetros de diferencia, pero eran suficientes para que, al haber subido los brazos, su camiseta dejara al descubierto un par de centímetros de piel. Me lo tomé como una invitación. Colé las manos por aquel pequeño hueco. Su piel estaba caliente, su cuerpo se estremecía ante mis caricias y yo solo quería tenerlo más cerca.

En un rápido movimiento, nos hice girar, cambiando posiciones. Necesitaba tomar el control de la situación, aunque fuera solo por un momento. De repente, lo tenía contra la pared mientras mi mano ascendía por su pecho hasta llegar a su cuello. Apreté un poco el agarre, notando los latidos desenfrenados de su corazón sin dejar de besarlo. Era como si el resto del mundo hubiera dejado de importar, como si todo se desdibujara a nuestro alrededor. Como respuesta, él se restregó contra mí y estuve a punto de perder el poco juicio que me quedaba. ¿Cómo se suponía que iba a manejar aquella situación? ¿Cómo iba a pensar con claridad con él totalmente entregado?

Era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado real.

Me separé, rompiendo el beso, y lo miré. Tenía la boca entreabierta y los labios húmedos y rojos. Esa imagen se me grabó

en la memoria y supe que sería imposible deshacerme de ella.

Busqué su mirada con la mía, encontrándome sus ojos entrecerrados, empañados de deseo. Con aquella luz se veían más azules que de costumbre. Su erección todavía se apretaba contra la mía y yo… yo necesitaba apartarme antes de cometer un error. Otro error.

Retiré la mano de su cuello y le bajé la camiseta. Luego, di un paso hacia atrás al tiempo que notaba cómo los pantalones me apretaban.

Me pasé una mano por la boca. Todavía notaba el sabor de sus besos, mezclado con la bebida de limón que él había estado tomando hacía un rato. Apreté los párpados con fuerza, controlando la respiración. No era capaz de pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Sabiendo que no me pediría que parara si quisiera ir más lejos.

—Te espero fuera —dije al final, descorriendo el pestillo y saliendo de aquel cubículo, donde casi había perdido la cabeza.

El restaurante estaba a punto de cerrar. Vi como los camareros recogían las sillas y se las llevaban de un lado para el otro. Recogí mi cazadora y me acerqué a la barra a pagar. Revisé que hubieran incluido todas las copas que nos habíamos tomado en la cuenta y le tendí al camarero la tarjeta del equipo para efectuar el pago. Escuché que Axel salía del baño y se acercaba a donde estaba yo mientras se ponía el abrigo.

El camarero me pasó la tarjeta por encima de la barra y sacó una botella, sirviendo dos chupitos.

—Invita la casa. Muchas gracias —dijo empujando los recipientes en nuestra dirección.

Seguir bebiendo no era la mejor de las ideas; no obstante, esperaba de corazón que el alcohol consiguiera borrar el sabor de Axel de mi boca. Cogí uno y le pasé el otro, empujándolo con los nudillos. No me giré a mirarlo, no me sentía con fuerzas. Después, me llevé la bebida a la boca y me la tomé de un trago. La garganta me escoció y tuve que aguantar un carraspeo. Axel no tuvo tanta suerte y empezó a toser como si la vida se le fuera en ello, sacándome una sonrisa.

Nos despedimos y salimos del local. Había quedado una noche perfecta para dar un paseo, aunque nosotros teníamos otros planes. No los que yo tenía en mente, pero planes a fin de cuentas.

Caminamos en silencio, el uno al lado del otro, hasta el hotel. El vestíbulo estaba en silencio, tan solo se escuchaba el resonar de nuestros pasos contra los azulejos. Pulsé el botón del ascensor y contuve el aliento. El ambiente era tan tenso que podía cortarse con un cuchillo. Notaba la presencia de Axel a mi lado como un imán; no podía parar de mirarlo de reojo, y aquello no me ayudaba a mantenerme alejado. Solo podía pensar en el beso que nos habíamos dado y en si podría llegar a mi habitación sin hacerlo de nuevo. No las tenía todas conmigo.

Las puertas del ascensor se abrieron y Axel entró. Caminó hasta el fondo, se dio la vuelta y se reclinó sobre la pared, con sus ojos anclados en los míos. Yo le devolvía la mirada, paralizado. Llevaba el abrigo abierto, dejando ver su atuendo de aquella noche: unos pantalones vaqueros ajustados, una camiseta negra algo grande para él y ese abrigo gris que le llegaba hasta mitad del muslo. Mentiría otra vez si dijera que no me lo estaba comiendo con los ojos.

—¿Vienes? —dijo, rompiendo el silencio, con una ceja levantada.

Aquella pregunta me nubló la razón. Había demasiadas insinuaciones en ella.

A la mierda. Cuando me vio dar el primer paso, una pequeña sonrisita le apareció en el rostro, y yo solo pensaba en hacerla desaparecer. Las puertas del ascensor se cerraron al mismo tiempo que nuestros cuerpos chocaron. Mis labios buscaron los suyos, sus manos se enredaron en mi pelo de nuevo y yo lo apreté contra mí, intentando aliviar una excitación que todavía no se me había pasado. Subí las manos por su torso. Era delgado, aunque se podían apreciar todos los músculos de su cuerpo gracias a las horas diarias de entrenamiento.

Subí la mano hasta su nuca, le agarré un par de mechones de pelo y tiré de ellos con fuerza. Rompí el beso para mirarlo. Era demasiado atractivo para mi propio bien. Me volví a acercar a él, esa vez frotándome contra su erección. Soltó un gemido muy bajo mientras se mordía el labio inferior. Cerré los ojos un segundo, dejando un par de besos a lo largo de su mandíbula. Sería tan fácil terminar bien la noche…, pero sabía de sobra que no era lo adecuado. No podía dejarme llevar. No allí. No con él. Nunca con él.

Por fortuna, el ascensor abrió las puertas y nos separamos. Metí las manos en los bolsillos de mi cazadora para mantenerlas ocupadas y eché a andar por el pasillo, buscando mi habitación de forma desesperada. Necesitaba espacio. Necesitaba alejarme. Necesitaba aire. No podía perder el control.

Todos los cuartos del personal del equipo se encontraban en la misma planta del hotel, por lo que caminamos callados, evitando molestar a nadie. Aunque todo a mi alrededor estaba en silencio, en

mi interior solo había ruido. Necesitaba poner una pared entre ambos. O una puerta. Lo que fuera. Sentía cómo la tensión se deslizaba por mi cuerpo a cada paso que daba. Cuando el número 5603 apareció delante de mí, suspiré aliviado, si bien no me duró mucho. Axel se había detenido a mi lado. Apoyó una mano en el marco y me miró con las cejas levantadas.

—¿No me vas a invitar a entrar? —preguntó con verdadera curiosidad al ver mis intenciones.

Sonreí. Ese chico estaba empeñado en hacerme perder la cabeza, y yo tenía que luchar para mantener el control. Era una batalla constante entre lo que quería y lo que debía hacer.

—No, no lo creo. Sea lo que sea lo que estés pensando, no va a pasar —añadí para mi desgracia, con una mezcla de firmeza y miedo a ceder.

—¿Por qué no? —preguntó, y frunció el ceño con verdadera confusión.

—Porque no estaría bien. No es el momento, ni el lugar.

Guardé en silencio todo lo que sentía. Lo inapropiado que sería. Lo peligroso que era para nosotros dejarnos llevar.

Íbamos a tener que hablar de lo sucedido, pero sería otro día. Tendríamos tres semanas antes del siguiente gran premio. Encontraría un hueco para aclarar las cosas. Aunque tampoco estaba seguro de lo que quería aclarar.

Axel valoró mi respuesta sin cambiar demasiado el semblante de su cara. Si estaba decepcionado, no lo demostró.

—Vale, no haremos nada. Solo dormir —dijo al final, sonriéndome de nuevo, desarmándome—. Con eso no hay problema, ¿no?

Era capaz de derretirme en un instante.

Había algo en su presencia, en su sonrisa relajada, que me daba una calma que no esperaba. Quería mantener la distancia y, a la vez, anhelaba un instante para nosotros. Quería un momento para permitirme sentir y ser. Lejos de todo, sin el ruido y la presión.

Al día siguiente, cuando hubiera eliminado el alcohol de su cuerpo, seguro que se arrepentía de esa noche, sin embargo, yo no tenía fuerzas para discutir, y no parecía que fuera a darse por vencido.

Chasqueé la lengua y resoplé, pero pasé la tarjeta por el lector y abrí la puerta.

—Pasa, anda —cedí, mirándolo con el corazón encogido en un puño.

Me daba la sensación de que había cometido el mayor error de mi vida.

Axel me sonrió de nuevo y pasó dentro, con esa confianza que tenía conmigo que me hacía perder la cabeza. Me quedé unos segundos en la puerta, tras haberla cerrado, con la frente apoyada contra ella, intentando calmar el torbellino de emociones que sentía.

No más besos. No más nada. Solo dormir. Eso era lo que iba a pasar. Me preocupaba que mi cabeza lo repitiera una y otra vez, como un mantra, como si estuviera intentando convencerme a mí mismo, aunque el deseo ardiera con fuerza en cada poro de mi piel.

Me di la vuelta y dejé el abrigo en el sofá, acercándome a la cama. Axel se estaba desnudando mientras miraba por la ventana. Primero se quitó la camiseta y luego los pantalones. Sabía que no debería estar mirando, pero no podía apartar los ojos. El silencio se

sentía pesado, cargado de todo lo que no me atrevía a decir en voz alta.

Ojalá fuéramos otras personas, en otra situación. Ojalá todo fuera más fácil.

Nuestros ojos se encontraron en el reflejo del cristal. Por un momento, el mundo se detuvo. Su mano ajustó su erección, bien visible a través de la tela, y yo me quedé sin aire. Había que joderse. En otra vida había tenido que ser un auténtico desgraciado para merecer aquello. Me giré y busqué en la maleta cualquier cosa que le pudiera valer como pijama. Al final, me decanté por lo primero que encontré: una camiseta blanca de manga corta y unos pantalones deportivos. Lo miré y se los pasé por el aire.

—Puedes usar eso —dije intentando mostrar tranquilidad, aunque mi voz salió más ronca de lo habitual—. Ponte cómodo. Si quieres beber algo, tienes agua en el minibar. —El alcohol se había terminado para todos.

Me metí en el baño justo cuando empezaba a pasarse la camiseta por el cuello. Me desvestí y me puse el pijama, un atuendo muy similar al que llevaba Axel. Me lave la cara intentando que el agua fría me ayudase a pensar con claridad. Luego, me lave los dientes y salí del baño. Axel estaba metido en mi cama, mirando el móvil con los ojos rojos. Pasaban de las cuatro de la mañana, debía de estar agotado.

—¿Puedo apagar la luz? —pregunté, metiéndome al otro lado de la cama.

—Claro, estoy subiendo una publicación a Instagram. Me han sacado muy buenas fotos hoy —me contestó, enseñándome un par de ellas que tenía elegidas.

Una de él en la rueda de prensa, otra con los otros pilotos en el podio y una última del monoplaza en una de las curvas, cuando adelantó por el interior a Romain Lefevre.

—¿Te gustan? —se interesó al ver que no decía nada.

—Claro, siempre eliges buenas fotos. —No pensé en las implicaciones de aquella afirmación, solo había dicho la verdad.

Axel levantó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Cotilleas mis redes sociales? —Por alguna razón, parecía gratamente sorprendido.

Bufé como respuesta. Quería dormir, o hacer otras cosas, pero no hablar de redes sociales en aquel momento. Qué remedio.

—No te cotilleo, te sigo y me sales muchas veces en mi *feed* —mentí.

—¿Cual es tu usuario? No sabía que tenías una cuenta. Cuando sales tú en alguna foto, siempre etiquetan a Hygge.

Era cierto, y que él se hubiera fijado me produjo cierta satisfacción infantil.

—Tengo una cuenta desde hace años, de cuando iba a la universidad —le contesté, girándome y poniéndome de lado. Empezaba a estar cansado—. Es personal y la tengo privada. No tiene nada que ver con la Fórmula 1 o mi trabajo. Ahí tengo más recuerdos que otra cosa: las típicas fiestas en la universidad, los viajes, el postureo, las fotos de mi boda… Todas esas cosas que hace todo el mundo, que haces tú, pero con doscientos seguidores.

—Dime tu usuario, anda, que quiero seguirte —repitió divertido.

Puse una mueca porque no me terminaba de parecer una buena idea; aun así, le dije el nombre por el cual me tenía que buscar. La petición de seguimiento me llegó al móvil un segundo después. Tras

aceptarla, empezó a mirar las fotos, preguntándome cosas, y yo no tuve más remedio que contestarle. Una sonrisa de añoranza me cubría el rostro cuando repasamos las primeras imágenes. Había pasado una década ya…

Un rato después, Axel llegó a las fotos con mi exmujer. No tenía demasiadas, pero sí un par de ellas de cuando éramos novios, una de la pedida, dos de la boda y otra con la ecografía de Aaron cuando nos enteramos de que íbamos a ser padres. Después de eso, había subido fotos de paisajes, de mi trabajo o de alguna extremidad de mi hijo. Nunca quisimos que su rostro saliera en internet.

—Se te ve feliz —me dijo un rato después, contemplando una foto con Norma.

—Lo fui —respondí.

Era raro, no solía hablarle a nadie de mi vida, pero con Axel era más fácil. No me importaba hablarle de mi hijo, ni reconocerle que fui feliz con Norma antes de romper.

—¿Lleváis muchos años separados?

—Lo dejamos al poco de quedarse embarazada.

—¿Qué pasó?

—Sus prioridades cambiaron, y las cosas que estaba dispuesta a asumir dejaron de ser las mismas. Ya no quería aguantar viajes, ausencias o jornadas interminables. Estaba de cuatro o cinco meses cuando me dio el ultimátum: el trabajo o ella. Ya sabes cuál fue mi decisión.

Estar en aquella cama era un claro indicativo de ello.

—¿Te arrepientes?

Pensé en Norma y en todos los momentos bonitos que habíamos tenido. También los había malos, aunque hacía tiempo que había

decidido conservar solo los buenos.

—No. Nunca lo he hecho. Fue una etapa bonita, y me ha dado una de las mejores cosas que tengo, que es Aaron. Pero fue eso. Una etapa.

—Y ahora estás en otra. —Era una afirmación, si bien sonó como una pregunta.

Axel se movió, incorporándose en la cama, y, antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, estaba sentado encima de mí, a horcajadas y las manos a ambos lados de mi cabeza. Su roce me quemaba, amenazaba con hacerme perder la cabeza.

Pensé en todo lo que había en juego, en las consecuencias, en la línea que estaba a punto de cruzar. Pero también pensé en lo irresistible que era su cercanía, en la calidez de su cuerpo, en la forma en la que me miraba.

Mis manos se movieron solas hasta sus muslos y se metieron por debajo del pantalón que estaba usando como pijama.

—Y ahora estoy en otra —repetí para dejarle claro que sí, que podía estar tranquilo, que había dejado atrás esa parte de mi vida.

—Bien —susurró, acortando la distancia y dejándome un suave beso en la mandíbula que me hizo temblar.

Siguió una línea de besos hasta llegar a mis labios, donde lo recibí con ganas. Esa vez, el beso no fue hambriento como los anteriores, fue suave, casi dulce y eso me asustó todavía más.

Por un instante, me convertí en una contradicción. Notaba una atracción que me estaba consumiendo, pero al otro lado de la balanza estaba el riesgo de que nos descubrieran y la responsabilidad que tenía sobre él.

Lo empujé por el pecho, sacándomelo de encima, y lo tumbé sobre el colchón. No iba a poder resistirme una cuarta vez. Si aquello era una especie de prueba, estaba derribando todas mis barreras. Me recordé a mí mismo que no podía olvidar quién era y lo que estaba en juego. Sabía perfectamente lo delicado que era todo. Lo que yo pudiera sentir estaba de más.

—Estate quieto. Vamos a dormir.

Por favor.

—Pues pareces muy despierto —añadió con sorna, ajeno a la batalla que se estaba librando en mi interior, mirando una parte de mi anatomía en concreto.

Puse los ojos en blanco ante su comentario. Me preocupaba que al día siguiente se despertara con remordimientos. Lo arrastré por el colchón, pegué su espalda a mi pecho y lo agarré con un brazo por la cintura para que no se pudiera mover.

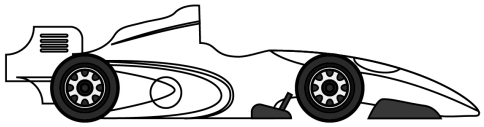
Había bebido. Era joven. Era mi piloto.

La había cagado a lo grande.

—Duérmete —pedí.

Supuse que se había quedado dormido un rato después, porque no volvió a hablar. Su cuerpo se sentía cálido contra el mío, y supe que no iba a poder descansar a su lado. Esperé un tiempo prudencial antes de salir de la cama, ponerme una sudadera y abandonar la habitación. Aquella noche pintaba muy larga.

35



Axel

Septiembre 2025

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me encontré solo. El hueco de Johan en la cama estaba frío; parecía que se había levantado pronto, porque el reloj marcaba las once de la mañana. Tenía un ligero dolor de cabeza, nada que no se pudiera arreglar con un buen café y un analgésico. Me incorporé y me pasé las manos por la cara, intentando controlar la sonrisa de bobo que me llegaba de oreja a oreja. Las imágenes de lo sucedido la noche anterior se repetían como una película en mi cabeza, y mi corazón empezó a palpitar con fuerza. Mi cuerpo estaba empezando a reaccionar en consecuencia sin que yo pudiera evitarlo mientras recordaba cada beso, cada roce, cada suspiro. Me pasé la punta de los dedos por los labios y noté cómo se me ampliaba la sonrisa.

Me había imaginado muchas veces cómo sería besarlo, pero no era nada en comparación con la realidad. Posiblemente habían sido

los mejores besos de mi vida. Sin el posiblemente. Dios, me habían encantado, y estaba deseando repetir, aunque me preocupaba la reacción de Johan. Necesitaba dejarle claro que lo que había pasado entre nosotros no tenía por qué ser nada serio si no quería. Entendía a la perfección su pasado, su exmujer, su hijo y que quizás tener una relación no estaba entre sus planes; no pretendía presionar nada. Solo quería seguir conociéndonos y ver a dónde nos llevaba todo.

Salí de la cama y fui directo a mi habitación. Después de darme una ducha rápida y ponerme ropa limpia, bajé hasta la cafetería. Sentía los nervios a flor de piel. Durante el trayecto en ascensor, me revisé el pelo varias veces. Estaba algo más largo de lo habitual y se me empezaba a enroscar en la nuca. Iba a tener que pasar por la peluquería.

Entré en la cafetería y lo localicé sin tener que poner mucho empeño. Se encontraba sentado en la mesa del fondo, de espaldas a la puerta, con los pantalones cortos con los que se había metido en cama anoche y una sudadera con la capucha puesta. Revisaba algo en su portátil y tecleaba bastante rápido.

Me acerqué a la barra y pedí lo mismo que estaba tomando, que resultó ser un café con leche, y un zumo de naranja para mí. Me acerqué con ambas cosas a Johan.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, rompiendo la burbuja de trabajo en la que estaba metido.

Johan levantó los ojos y noté la sorpresa en su rostro al verme con las consumiciones en la mano. Le tendí su café, que aceptó con un amago de sonrisa. Señaló la silla que estaba enfrente de él, indicándome que la ocupara.

—Gracias —respondió bebiendo un poco del vaso.

Siempre tomaba café con leche sin azúcar. No necesitaba preguntarle. Me fijé en que había tres tazas vacías encima de la mesa. Alguien no había pegado ojo en toda la noche. Me pregunté si habría abandonado la habitación porque tenía trabajo o si había buscado trabajo para abandonar la habitación. Ambas opciones eran válidas, pero me preocupaba que lo que había pasado entre nosotros la noche anterior lo perjudicara de alguna manera.

Durante los siguientes cinco minutos no me dedicó ni una mirada. Estaba concentrado en su ordenador, con el ceño fruncido, haciendo que se le marcaran varias líneas de expresión en la frente. Yo había sacado el móvil del bolsillo y me había puesto a revisar mis redes sociales. Nunca les dedicaba mucho tiempo, y me era imposible responder los miles de comentarios que tenía en cada foto. De manera habitual, le destinaba unos quince minutos al día a contestar alguno de ellos; no quería saturarme porque la gente llegaba a decir auténticas burradas, así que aproveché ese momento para hacerlo.

—¿Qué tal has dormido? —La voz de Johan me hizo levantar la mirada del móvil.

Todavía llevaba la capucha puesta, pero había apartado el ordenador a una esquina y me observaba con un gesto neutro. Parecía que estaba tanteando el terreno.

Pensé en todas las opciones posibles que se abrieron ante mí: fingir que no había pasado nada, restarle importancia o sumársela.

—Bueno, más o menos. No estabas cuando me desperté, eso te habría hecho ganar puntos —respondí con una pequeña sonrisa. Si no quería seguir con ese tonteo, tendría que decírmelo él. A mí me gustaba demasiado como para dejarlo pasar sin intentarlo.

Johan sonrió con la boca cerrada ante mi comentario mientras negaba con la cabeza. Parecía algo más relajado.

Me mordí el labio, pensando hasta dónde debería tentar a la suerte, cuando la vista de Johan se desvió hacia mi boca. No pude contener la sonrisa que me salió.

—Me lo pasé bien anoche —dije bajando la voz, notando cómo todo mi cuerpo se ponía en tensión—, aunque me da la sensación de que nos quedaron cosas pendientes.

Noté el momento exacto en el que su cara cambió. Mierda. Iba a rechazarme.

—Oye, Axel. —Contuve el aliento—. No voy a decir que no me atraes, porque no me gusta mentir y creo que ha quedado bastante claro. —Al menos era sincero, algo era algo—. Pero lo que pasó ayer no puede volver a repetirse.

—¿Por qué no?

—Porque no puede ser. Eres un crío, te saco demasiados años, sin contar con que soy tu jefe, y eso está mal por tantos motivos que prefiero no pensar en ello. —Se frotó la cara con frustración—. Siento que me aproveché de ti y lo lamento mucho. Estoy muy arrepentido por lo que sucedió ayer.

Sonaba derrotado, y a mí se me hizo un nudo en el pecho. Al final, resultaba que sí se había ido de la habitación por mi culpa. Me daba la sensación de que se estaba agobiando más de la cuenta. Era cierto que, en cualquier otra situación, los roles de poder serían preocupantes, pero en la F1 no era el caso. Yo ganaba bastante más que él, y, siendo sinceros, con logros bajo el brazo, podría llegar a mangonear todo el equipo a mi antojo. No sería el primer piloto que lo hacía.

—No te preocupes. Sé aceptar una negativa, no hace falta que te martirices. No volveré a comentar nada. Siento haberte puesto en una situación complicada. —Apreté los puños debajo de la mesa, donde él no podía ver mi reacción. Su respuesta me había jodido más de lo esperado.

Miré mi vaso de zumo encima de la mesa, todavía intacto. Me dio la impresión de que se quedaría así porque no tenía ganas de probarlo siquiera.

—Joder, Axel, yo… —Johan no pudo seguir porque Andrea llegó a la cafetería y nos saludó desde la distancia.

Vi aquel momento como el ideal para salir de allí. Aproveché que el ingeniero venía con una taza de café para cederle mi sitio y el zumo.

—¿Y eso? ¿No lo quieres? —preguntó al ver el vaso lleno.

—No me apetece, todavía tengo algo de resaca por el alcohol de ayer. Además, me voy ya. Tengo un par de cosas que hacer antes de irme al aeropuerto. —Fingí mi mejor sonrisa antes de dar media vuelta y alejarme de allí.

Salí del hotel, directo a la parada de taxi. Escuché cómo Johan me llamaba y sus pasos al acercarse corriendo. No me molesté en girarme. Me había puesto la gorra y las gafas de sol, y a pesar de que ambas cosas camuflaban un poco mi cara, la decepción que sentía en aquel momento era difícil de esconder.

Johan me alcanzó antes de que pudiera llegar al vehículo. Me agarró del brazo y me hizo girar para que lo mirase a la cara.

—Oye, Axel, no te vayas así, por favor.

Respiré hondo, cerrando un segundo los ojos. No sabía qué quería, pero no podía tenerlo todo. Era capaz de aceptar el rechazo,

aunque no de forma inmediata; necesitaba algo de tiempo.

—No me voy de ninguna manera, pero es un poco raro que salgas corriendo detrás de mí —le dije con sinceridad. No sabía qué habría pensado Andrea, seguro que le había parecido algo extraño. Además, Johan seguía vestido de aquella forma tan curiosa y estaba convencido de que tenía frío.

—No quiero que te enfades conmigo —me dijo, todavía sin soltarme el brazo.

—No estoy enfadado, solo algo decepcionado, sin más. No te preocupes, se me pasará. —Me encogí de hombros como respuesta. No le podía decir nada más.

—Es que de verdad que no puedo hacerte eso, Axel. Ahora no te das cuenta, pero pasarán los años y no le dedicarás ni un solo pensamiento bueno al tío que te sacaba diez años con el que salías cuando tenías veintiuno. Cuando madures…

Cerré los ojos.

Cuando madure. Un puñetazo me habría dolido menos. Había escuchado tantas veces aquellas palabras de la boca de mi padre que sentí que tenía la capacidad de seguir jodiéndome a pesar de no tenerlo cerca.

Era demasiado joven para saber lo que quería, para decidir y para pensar. Una vez más, estaban eligiendo por mí.

Hice un movimiento brusco para soltarme de su agarre, lo que provocó que Johan abriera los ojos y retrocediera un paso. No quería pagar con él mis problemas, pero tampoco buscaba su compasión. Yo solo me valía para luchar mis propias guerras.

—Me ha quedado claro, Johan. Soy joven, no sordo. Lo de ayer fue un error que no debería haber pasado. Lo he entendido, de

verdad. Ahora, entiéndelo tú.

Me giré, acorté la distancia que me separaba del taxi y me subí al asiento trasero. Le di la dirección del aeropuerto y le mandé un mensaje a Dibra para que recogiera mis cosas del hotel. Yo me volvía a Inglaterra ya.

36



Johan

Septiembre 2025

Andrea y yo salimos de la cafetería en silencio. Después de que Axel se fuera, no había tenido más remedio que volver a recoger mis cosas, aunque estar con compañía era lo que menos me apetecía en aquel momento.

—Johan. —Me giré al escuchar mi nombre y me encontré a Fabian mirándome con pena.

Lo conocía lo suficiente como para saber que los remordimientos debían de estar haciéndolo sentir fatal, pero Axel me importaba lo bastante como para que no me molestase. Había cruzado una línea, y tendría que pagar por ello.

Hice un gesto con la cabeza, animándolo a hablar. Quizás otro día yo habría estado más por la labor. En aquel momento me sentía como una mierda también.

—¿Sabes dónde está Axel? He ido a su cuarto y no me ha abierto la puerta.

—Se ha ido —respondí, y seguí caminando hacia el ascensor.

—¿Sabes a qué hora va a volver?

Resoplé y me giré a mirarlo. Por lo que parecía, íbamos a tener aquella charla.

—Se ha ido a Londres.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por mi culpa? Joder, sabes que no lo dije para hacerle daño, no pensé en las consecuencias.

Estaba casi convencido de que el incidente con Fabian no había interferido en la decisión de Axel; sin embargo, no pensaba darle más información. Mi culpa la gestionaría yo solo. En aquel momento dejé que mi enfado con Fabian tomase el control.

—Lo que dices es ridículo. ¿Pensabas que soltar algo así iba a hacer que te sintieras mejor? Lo que hiciste ayer dice mucho del tipo de profesional que eres. —Sabía que estaba pagando mi frustración con él.

El piloto apretó la mandíbula con fuerza y encajó mis palabras como pudo. Sus ojos estaban rojos y tenía las ojeras profundas y marcadas. Él tampoco había pasado una buena noche.

—Lo sé, lo siento. Los celos me comían por dentro y no lo gestioné bien. No sabes lo que es estar en mi piel. —Su gesto se contrajo con una mueca de dolor—. Ser consciente de que nunca estoy a la altura y que por mucho que me esfuerce los resultados no

lleguen. Estoy harto de ser el personaje secundario de mi propia vida.

Alcé las cejas como respuesta. Comprendía su frustración y sus ansias de victoria. Entendía perfectamente esas ganas de ser alguien. Yo mismo estaba librando una batalla similar, dejando mi vida personal aparcada por un intento desesperado de conseguir un nombre.

El problema era que tenía que aprender a luchar sus propias batallas sin intentar compararse y hundir a los demás. Si Axel fracasaba, Fabian no sería mejor, seguiría siendo el mismo piloto mediocre, y eso era difícil de procesar.

Abrí la boca para responder, pero noté una presencia a mi lado que me hizo apartar la vista del piloto. Dibra acababa de llegar junto a nosotros, aunque ni siquiera se había molestado en saludar. Tenía la mirada fija en Fabian, las manos cerradas en dos puños colgadas a ambos lados de su cuerpo, el ceño fruncido y las aletas de la nariz dilatadas.

Tuve una corazonada de lo que iba a pasar a continuación, pero no pude hacer nada para evitarlo.

Dibra le pegó un bofetón a Fabian con la mano abierta.

El golpe fue tan fuerte que la cara del piloto se giró con brusquedad y tuvo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio.

El momento pasó como un parpadeo y Andrea y yo reaccionamos a la vez. Él sostuvo a Fabian por los hombros mientras yo agarraba a Dibra del brazo para que no pudiera volver a pegarle.

Noté como la chica abría y cerraba los dedos; estaba seguro de que le estaba escociendo la piel.

—Fabian, contrólate —lo avisé con un dedo alzado mientras que con la otra mano me aseguraba de que Dibra no volviera a liarla.

—La mato —respondió el implicado, al que Andrea tenía cogido por debajo de los brazos con fuerza. El ingeniero estaba haciendo un verdadero esfuerzo por controlar a Fabian, al cual ya se le veía la vena que tenía en la frente hinchada—. ¡Suéltame! Es una puta loca que ha perdido la poca cabeza que tenía —protestó, justo antes de volver a fijar su atención en ella—. ¿En qué cojones estabas pensando?

—¿En qué estaba pensado? —Parecía que no quería armar un escándalo, pero como no controlase el tono de su voz era lo que iba a causar. Estaba furiosa, y, si no fuera porque la tenía retenida, ya se habría lanzado sobre él otra vez—. ¿Tú, precisamente tú, cenutrio de los cojones, tienes el valor de decirme que en qué estaba pensando? ¡¿En qué pensabas tú ayer al soltar una intimidad de Axel delante de todo el puto mundo, pedazo de mierda?!

Dibra tenía la respiración agitada, como si hubiera estado corriendo toda la mañana, pero las palabras fueron suficientes para que Fabian entendiera todo, porque dejó de resistirse al agarre y bajó la cabeza.

Miré a nuestro alrededor para verificar que no hubiera nadie prestándonos demasiada atención. Me di cuenta de que había varias personas mirándonos con curiosidad. Joder.

—Vámonos ahí —murmuré de golpe, arrastrándola conmigo hacia una de las puertas que había cerca. Hice un gesto a Andrea para que me siguiera.

Resultó ser una especie de cuarto de limpieza.

Una vez dentro, solté el brazo de Dibra. El cabreo que llevaba encima era monumental. Caminó hacia una de las esquinas más alejadas y se quedó mirando hacia la pared, intentando relajarse, aunque sin mucho éxito. Ella sabía de sobra que las repercusiones de la bofetada podían ser duras. Si llegaba a oídos de la FIA, tendría suerte si solo la penalizaban con un gran premio sin correr, y, a pesar de ello, estaba seguro de que no se arrepentía de nada.

—No sé qué ha pasado entre vosotros —dije bastante cabreado —, ni quiero saberlo. No sé si sois conscientes del lío en el que os podéis meter si esto llega a los oídos equivocados, joder, que ya no sois unos críos. —Me llevé las manos a la cabeza y resoplé con fuerza—. Está claro que no me pagan lo suficiente.

Nos quedamos los cuatro en silencio el tiempo suficiente como para que los ánimos se calmasen. Todavía había tensión en el ambiente, pero nada en comparación con unos minutos antes.

—¿Podéis dejarnos hablar a solas un momento? —preguntó Fabian para sorpresa de todos, rompiendo el silencio.

—No —respondí de forma rotunda.

—Ni de puta coña, chaval —añadió Andrea.

—Por favor —suplicó, y por un segundo me dio la sensación de que estaba afectado—. Prometo que mantendremos las formas. Solo quiero hablar con ella un segundo a solas —pidió de nuevo, cabizbajo y con la voz tomada.

—Eso ni siquiera es una opción —me negué en rotundo—. Si queréis hablar de algo, adelante; si no, saldremos de este cuarto cada uno por separado.

—Vale, da igual. Podéis escucharlo —aceptó Fabian resignado.

La mirada del piloto transmitía todo su arrepentimiento, como si fuera un niño al que habían castigado sin ir al parque. Tenía la mejilla inflamada debido al golpe que le había dado Dibra y, a pesar de ello, no me sentía mal por él. Había revelado en medio de una cena de equipo algo muy personal de Axel y, aunque parecía que nadie se había dado cuenta aparte de nosotros, había sido algo rastrero por su parte.

—Lo siento, ¿vale? —continuó mirando solo a Dibra—. Tienes todos los motivos del mundo para estar enfadada conmigo. Decir que estoy pasando por un mal momento no me da excusa para hacer lo que hice, así que no tengo ninguna explicación que dar, solo puedo disculparme con Axel y esperar que llegue a perdonarme.

—Decir algo así ha sido caer demasiado bajo, incluso para ti. En el fondo, espero que nunca te perdone, aunque eso no me va a hacer sentir mejor, ni a Axel tampoco.

—Mira, sé que nosotros tenemos nuestros problemas; aun así, te juro que si hubiera estado en mis cabales anoche, jamás le habría hecho daño a propósito. No debería haber bebido tanto, aunque tampoco es excusa. —Fabian se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo, agobiado—. En ese momento lo dije como quien comenta el tiempo que hará al día siguiente. No me di cuenta de lo que había implícito en mis palabras.

—No te diste cuenta… —repitió Dibra, levantando las cejas.

Me había quitado las palabras de la boca. Mi mirada se encontró con la de Andrea y no hizo falta que dijéramos nada en voz alta para poder entendernos a la perfección.

—Sabía lo que estaba diciendo, pero no pensé en las consecuencias de mis palabras.

—No pensaste. —Dibra volvió a repetir sus palabras, como si estuviera intentando ponerse en su lugar—. Está claro que pensar no es uno de tus fuertes —añadió de forma fría, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Mira, lo acepto, no voy a discutirte eso. La he cagado como pocas veces lo he hecho.

—Sí, lo has hecho.

—Lo siento.

—No es a mí a quien le tienes que pedir perdón, y no soy yo la que te tiene que perdonar.

—Sabes que jamás le haría algo así a propósito.

Lo miré con curiosidad. ¿Dibra lo sabía? Ni siquiera yo lo tenía tan claro. Había ocasiones en las que pensaba que podía llegar a intuir sus razones, o por qué se comportaba de determinada manera. Luego pasaban cosas como aquella y me hacían replantearme todo.

—Yo no sé nada. No sé quién eres.

—Joder, Dib, sabes que…

Lo cortó.

—No soy Dib para ti. No somos amigos, no te confundas. No pienso interceder por ti con Axel, si es lo que pretendes. Espero de corazón que te escupa en la cara y te mande a la mierda. —Se pasó las manos por la cara; parecía que aquella discusión le había agotado la poca batería que le quedaba después del fin de semana. Se notaba a leguas que ya no quería seguir hablando con él—. De todas formas, esa no es mi decisión, pero te aviso de que es la primera y la última vez que jodes a Axel y quedas impune. Como se

te ocurra volver a hacerle algo similar, me encargaré de amargarte el resto de tu existencia.

No sabía en qué punto estaba su relación después de lo que había pasado entre ellos en verano. Aunque Axel me había contado que los había pillado juntos, no habíamos vuelto a tocar el tema. Por lo que estaba viendo, suponía que nada había cambiado.

Fabian levantó las cejas, pero mantuvo su gesto impasible.

—¿No lo es lo que has estado haciendo hasta ahora? —preguntó con un tono mordaz.

Negué con la cabeza. No aprendía.

—No tienes ni puta idea, Anderson —señaló Dibra—. Mantente alejado de mí y controla tu boquita con respecto a Axel. Tengamos la fiesta en paz. —Tras lanzarme una mirada que no supe interpretar, salió de aquel cuarto sin mirar atrás. ¿Acaso Axel le habría dicho algo?

—Encárgate de él —le pedí a Andrea, señalando a Fabian con la cabeza.

Quería tenerlo controlado antes de que volviera a hacer una estupidez. Luego, salí corriendo en dirección al ascensor donde Dibra estaba entrando.

Llegué justo en el momento en el que las puertas se empezaron a cerrar y tuve que meter una mano para bloquearlas. La piloto levantó la mirada del suelo y se encontró conmigo.

—¿Podemos hablar? —pregunté, y ella asintió. Entré y me coloqué en la pared contraria a donde ella estaba apoyada. Pulsé un botón—. Sé que Axel y tú sois amigos. ¿Podrías echarle un ojo? Me ha dejado un poco preocupado.

Vi cientos de emociones pasar por sus ojos. No tenía claro que supiera lo que había pasado entre nosotros anoche, pero estaba seguro de que sabía que yo también había contribuído a que se fuera de vuelta a Londres sin recoger sus cosas.

Se notaba que se estaba pensando bien sus palabras. Yo no era un piloto más. Yo era alguien con un puesto importante. A mí no me podía decir lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—Bien —mintió justo antes de cambiar de tema—. Siento mi comportamiento ahí abajo —añadió.

—Sé que lo que hizo Fabian no tiene excusa; sin embargo, debes aprender a mantener la cabeza fría en todo momento.

Esperaba que me hiciera caso. Aquel consejo le evitaría muchos problemas en el futuro.

—Lo sé. Lo siento.

Notaba una presión en el pecho. No la había seguido para hablarle de Fabian, aunque tampoco encontraba la forma de expresar mi preocupación sin que fuera evidente que la había cagado. Si es que no lo sabía ya…

—No te disculpes más. Si hablas con Axel y… —dudé, como si no estuviera seguro de decir aquellas palabras. Al final, las dije igualmente— y ves que necesita algo, dile que puede contar con el equipo. —Me sonó algo vacío, pero no quería revelar más de lo necesario.

Asintió.

Las puertas del ascensor se abrieron en el piso al que yo había llamado. Había marcado uno al azar. Dudé un segundo, pensando en añadir algo más.

—Por favor, cuida de Axel —dijo ella.

Volví a poner mi gesto inexpresivo de siempre y asentí con firmeza.

—Gracias, Dibra. Nos vemos.

No le di tiempo a responderme antes de desaparecer por el pasillo.

37



Johan

Septiembre 2025

Volver a Oxford fue más confuso de lo que esperaba. Habían pasado tantas cosas aquel fin de semana que todavía no era capaz de procesar cómo me sentía al respecto. Por una parte, tenía el convencimiento de que había hecho lo correcto. Por otra, no estaba seguro de poder olvidar los besos de Axel, ni la cara de decepción con la que se había despedido de mí en la parada de taxis para irse directo al aeropuerto. Al día siguiente teníamos una reunión general para planificar la semana. Esperaba encontrar un rato para poder hablar con él de nuevo y aclarar las cosas. Aunque ya me había dicho que lo entendía, estaba convencido de que no.

Querer y poder eran dos cosas diferentes, y necesitaba que lo supiera.

Aquella noche había salido con Andrea a tomar algo a un bar de la zona. Los miércoles no solía haber mucho ambiente, pero ya se dejaba entrever que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina. Intentar encontrar una mesa decente en aquel local al día siguiente sería misión imposible, pero, en aquel momento, estábamos sentados en unos pequeños sillones, colocados uno enfrente del otro, separados por una mesa donde descansaban nuestras consumiciones. Por el hilo musical sonaba una canción española que no reconocía, aunque estaba seguro que habían cantado algún fragmento en el box la semana anterior.

Andrea tenía un año más que yo y se podría decir que también había llegado lejos en su profesión. Habíamos estudiado la misma carrera, si bien él se había decantado por el ámbito aeronáutico, y aunque en aquel momento era el ingeniero de pista de Axel, asumiría el puesto de jefe de equipo el día que yo lo dejara. Estaba muy contento con el joven piloto, y en ese momento me contaba las nimiedades que trataba con él a diario.

—Cuando me dijo la semana pasada que notaba algo extraño en el pedal casi me da un infarto. No me podía creer que volviéramos a estar en la misma situación otra vez. Menos mal que después de la carrera del fin de semana ya se le pasó —dijo encogiéndose de hombros—. En fin, cuéntame qué tal tú. Me imagino que, si el año pasado tu madre se quejaba de que no pasabas por casa, este ya ni te cuento. Estoy seguro de que lleva esperando a que termines la temporada desde marzo.

Sonreí cogiendo mi vaso y dándole un trago a la tónica que tenía dentro. Mi madre siempre hacía lo mismo. Si pasaba demasiado tiempo en su casa, me recriminaba que tenía la mía propia, pero, si pasaba más de dos o tres meses sin ir, ya me estaba diciendo que me había olvidado de ella. Durante la universidad, Andrea me había acompañado a casa durante las temporadas de vacaciones, así que conocía bien el percal que había.

Ese año, había tenido que viajar más de lo que estaba acostumbrado, que ya de por sí era mucho. Ser el jefe me hacía responsable de muchas más cosas que como ingeniero de Hygge.

—Mi madre siempre está deseando que termine la temporada. Si fuera por ella, me buscaría otro trabajo cerca de casa y le estaría llevando a Aaron constantemente —contesté—. Además, no hace ni dos semanas que estuve allí, pero ya ha estado insistiendo en que no ve a su nieto nunca.

—Bueno, sabes cómo es. Además, Norma va a verla con el niño a menudo —añadió en un tono de voz extraño.

Sabía de sobra que mi exmujer y él eran buenos amigos, lo llevaban siendo toda la vida, y habían mantenido el contacto después del divorcio. Lejos de molestarme, me había gustado que Norma tuviera un buen amigo cerca en una etapa tan dura para ella.

Fruncí el ceño, repasando la conversación reciente, como si hubiera algo que se me pasara por alto. Al no encontrar nada, lo miré preocupado.

—¿Qué pasa? —Andrea y yo habíamos sido inseparables desde hacía muchos años. Conocía a mi amigo como la palma de mi mano, y sabía que había algo que lo preocupaba—. ¿Andy? —insistí, al ver que no decía nada.

—A ver, no te enfades. —Empezábamos mal. Estaba a punto de enfadarme y todavía no conocía el motivo—. Quedé con Norma y otros amigos hace unas semanas. Estuvimos hablando un poco de todo, de las vacaciones de verano y tal. Salió tu nombre y nos dijo que estaba convencida de que habías conocido a alguien. Y, después de hoy, yo también lo creo.

Aquella afirmación me sorprendió más de la cuenta. No se me había pasado por la cabeza que nadie de mi entorno notara de forma tan evidente mis sentimientos, sobre todo cuando estaba empeñado en mantenerlos ocultos. Podía ser que los últimos meses, el acercamiento que había tenido lugar entre Axel y yo me hubiera puesto de mejor humor que de costumbre, pero, bueno, ya no importaba. Yo solito me había encargado de que todo se terminara incluso antes de empezar.

Suspiré antes de contestarle.

—Mira que sois… No sé si quiero saber cómo habéis llegado a esa conclusión, o, peor, por qué habéis pensado que hablar entre vosotros de mí es una buena idea, pero no hay nadie ahora mismo. —La voz me tembló un instante al decir aquellas últimas palabras.

No quería aceptar que no había nadie, ni lo iba a haber, porque, en el fondo, lo deseaba con demasiadas ganas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Andrea, leyéndome el pensamiento—. Nos conocemos desde la uni, a mí no puedes engañarme.

Me llevé las manos a la cara y amortigüé un pequeño grito. Levanté la vista hacia mi amigo, que me miraba con preocupación. Negué con la cabeza, frustrado.

—¿Prometes no reaccionar de forma exagerada?

—Ostras —dijo abriendo los ojos con sorpresa—. ¿Es alguien que conozco?

Me tapé de nuevo la cara con las manos, ocultándome de su vista, incapaz de revelar algo que me carcomía por dentro de forma clara y directa.

—Axel —solté sin más.

No me dijo nada y, cuando aparté las manos, me lo encontré con la boca entreabierta, las cejas levantadas y una mueca extraña en la cara.

Abrió y cerró la boca varias veces, como si no encontrara las palabras apropiadas.

—Yo… —empezó, pero no le dejé seguir.

—Lo sé, ¿vale? No va a pasar nada. Yo lo sé y él lo sabe. Fin —dije algo más alterado de lo que me gustaría, lo que hizo que la expresión de Andrea cambiara a una irónica.

—¿Qué sabes? —preguntó, sorprendiéndome—. ¿Qué crees que te iba a decir?

Fruncí el ceño, fijando la vista en su expresión. Me miraba como si esperara que dijera alguna tontería. Quizás ya la había dicho.

—Supongo que lo evidente, ¿no? Que es un hombre, que es muy joven, que soy su jefe… Que no puedo hacer eso, en definitiva. —Aquellas palabras, con las que me llevaba intentando convencer desde el domingo, sonaron falsas y vacías en ese momento.

Andrea puso los ojos en blanco, como si nada de aquello fuera lo que tenía en mente.

—Johan, no me puede dar más igual el género de la persona que te guste. Eso lo dejo a tu criterio. —Se encogió de hombros y las comisuras de su boca se inclinaron en una mueca simpática que me

sacó una pequeña sonrisa—. Los otros dos temas son más importantes. En primer lugar, sabía de la existencia de cierta atracción por su parte, pero no pensé que fuera recíproca. ¿En qué momento empezaste a verlo con otros ojos? —Levantó una mano para no dejarme invervenir—. No, no digas nada. En segundo lugar, la edad tampoco me parece algo a lo que debas darle mayor importancia. Sin embargo, el hecho de que tú seas su jefe me parece una situación muy complicada y delicada. No sé a qué estás jugando, pero deberías tener en cuenta el futuro profesional que buscas en Hygge antes de hacer ninguna tontería.

—Lo sé, lo sé, es una mierda de situación.

Andrea me seguía mirando como si fuera algún tipo de animal exótico que jamás hubiera tenido delante.

—Lo que me gustaría saber es cómo has terminado fijándote en él. Jamás te he visto tan molesto con alguien en toda la vida. Era como si lo detestaras.

Aquello me sacó una carcajada. Andrea me conocía demasiado bien.

—Sí, al principio fue así. Luego lo conocí mejor. La persona que está debajo de esa fachada de chulo y prepotente me gusta mucho, pero no puedo hacerle eso.

—¿Hacerle el qué? ¿Estamos hablando de sexo ahora?

—¿Qué? —dije sorprendido—. ¿De qué hablas?

—Bromeaba. Necesitaba aliviar un poco la tensión que había entre nosotros. —Se disculpó levantando las palmas de las manos—. Perdona, sigue.

—Me refiero a que es demasiado joven como para darse cuenta de que estar con alguien de mi edad está mal. Siento que me estoy

aprovechando de él.

—Joder, Johan, has perdido los papeles. ¿El chico es joven? Sí, pero, oye, que tiene casi veintidós años. Creo que puede tomar la decisión de si quiere acostarse contigo o no —me respondió, como si aquello fuera lo más lógico del mundo. Como si el estúpido fuera yo por no haber caído en ese detalle.

—Qué bruto eres.

—No es ser bruto. Tampoco es que estéis en etapas diferentes o que él sea un crío inmaduro. Se lo ve con los pies en la Tierra, y creo que le estás dando más importancia de la que merece, joder.

—El problema es que yo no quiero solo acostarme con él.

—Joder, me cago en la puta. Te gusta de verdad. —No era una pregunta.

—Sí, claro que sí, pero yo tengo a Aaron, estoy divorciado y le saco más de una década. ¿Sabes cuántos años son esos?

—Diez, si las cuentas no me fallan, aunque no me hagas mucho caso —me respondió con ironía de nuevo.

—Lo estoy diciendo en serio.

—Yo también. Tienes treinta y dos años, no eres un viejo verde —aclaró, y luego negó con la cabeza—. No sé para qué discuto contigo sobre esto cuando no es lo realmente importante de la situación: eres el jefe de Hygge. No sé si te das cuenta de lo relevante que es ese pequeño detalle.

—Ya lo sé, pero es complicado.

Suspiré, agotado. No sabía qué opción era la correcta, ninguna me parecía adecuada. Por mucho que Andrea lo dijera, no iba a poder ofrecerle lo mismo que alguien de su edad sin

responsabilidades. Como si me hubiera leído la mente, mi amigo intervino, cortando mi hilo de pensamientos.

—No, si complicado es un rato, la verdad. Lo que me llama la atención es que hayas tardado tanto tiempo en darte cuenta.

Me estaba empezando a cansar del tono condescendiente con el que me hablaba.

—Eres peor que un grano en el culo, te lo juro —protesté negando con la cabeza—. Nos liamos este fin de semana —añadí, soltando la bomba, haciendo que Andrea abriera la boca y se quedara sin palabras por segunda vez en toda la noche—. Después de la victoria. Todos os fuisteis, y nos quedamos bebiendo en el bar, solos.

—No pienso dejar que algo así vuelva a pasar. La próxima vez, cierro el bar yo mismo, joder. Supongo que, para ver la piedra, antes tienes que tropezar con ella tres veces y comértela, ¿no? —Se llevó las manos a la cabeza y resopló—. Ya que estás, termina de contarme cómo pasó.

—Para parecerte tan mal mira que quieres saber.

—Una cosa no tiene que ver con la otra.

—En un momento, al final de la noche, fui al baño, y él vino detrás. Luego, acabó durmiendo en mi habitación. Y, antes de que digas nada, no, no pasó nada más que eso, aunque no fue por ganas. En cuanto se quedó dormido, me fui a la cafetería a trabajar. Cuando se despertó al día siguiente, vino con una actitud diferente. Solo le faltó darme un beso de buenos días, y yo me quería morir, Andy, de verdad. Apareció con un café, recién duchado y me miraba de una forma que, si no hubiera tenido cuidado, le habría dicho que me estaba enamorando de él.

Andrea chasqueó la lengua y puso cara de circunstancia. Quizás que le estuviera contando todo aquello con la voz rota tenía mucho que ver.

—De ahí el zumo que me dio.

—Exacto.

—¿Y qué pasó? —preguntó un rato después, al ver que no seguía.

—Fui un capullo. Le dije que no podía volver a repetirse y que cuando madurara lo entendería —añadí en un susurro, derrotado—. No he sabido nada de él en estos dos días. Como sabes, se fue directo al aeropuerto y volvió solo a Londres.

—¿Sabes lo que es el conflicto de intereses o es una definición nueva para ti?

—Por supuesto que lo sé. Nada va a cambiar, voy a ser profesional.

Andrea negó con la cabeza y soltó una carcajada irónica.

—Y una mierda. ¿Crees que vas a ser totalmente imparcial entre él y Fabian si surge cualquier conflicto?

—Lo he sido hasta ahora.

—Exacto, hasta ahora, que no le habías metido la lengua en la garganta, y vuestra relación inicial fue de todo menos cordial. —Hice una mueca con la boca. Tenía razón—. Además, Axel es un piloto excepcional. Cada carrera que haga irá cogiendo más y más poder dentro del equipo. Con el tiempo, si todo sigue así, podrá mangonearte todo lo que quiera, incluso podrá hacer que te despidan.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Qué quieres que haga? —pregunté desesperado.

Había hecho lo imposible por mantenerme alejado, pero me sentía atraído por él como una polilla a la luz.

—Vaya gilipollas eres, Johan. Todo esto va a acabar salpicándote. Me parece increíble que te la estés jugando tanto.

—No hace falta que lo digas.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, no sé nada.

No tenía ni puta idea.

CLASIFICACIÓN 18

Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	269
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	242
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	213
4	Axel Devin	Hygge F1 Team	189
5	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	184
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	152
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	102
8	Bergen Müller	Vortex Engineering	86
9	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	77
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	30
11	Dibra Berisha	Starlight GP	19
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	16
13	Felipe Costa	Titan Performance	12
14	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	12
15	Kenji Yamamoto	Titan Performance	7
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	2
17	Luca Bianchi	Nitro Racing	2
18	Mateo González	Velocity Dynamics	1
19	Andrés Fernández	Starlight GP	1
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Phoenix Racing Team	426
2	Quantum Racing	421
3	Hygge F1 Team	402
4	Thunderbolt Racing	179
5	Vortex Engineering	116
6	Eclipse Motorsport	28
7	Starlight GP	20
8	Titan Performance	19
9	Velocity Dynamics	3
10	Nitro Racing	2

38



Johan

Octubre 2025

Axel me ignoró durante las siguientes semanas. Si yo entraba a la misma sala donde él estaba, encontraba una excusa para irse. Si era él el que llegaba y me veía, poco tiempo después se tenía que ir. Y, a pesar de eso, yo no podía evitar estar pendiente de él. Constantemente. A cada segundo.

Llevaba dos semanas entrenando hasta tarde. Lo veía entrar en el simulador pasadas las doce de la mañana y a veces le daban las doce de la noche y seguía allí. Fabian me había hablado hacía un par de días para comentarme que estaba preocupado por él, que estaba esforzándose demasiado. Ellos habían arreglado sus diferencias, o al

menos volvían a tolerarse, pero yo no podía hacer nada. Aunque suponía que me lo tenía merecido.

Lo peor era que no encontraba nada por lo que acercarme a él. Las últimas tres carreras habían sido buenas; había terminado segundo en México y Singapur después de demostrar un dominio digno de pilotos con años de experiencia, y cuarto en Las Vegas. A pesar de que habíamos tenido varios problemas, nos habíamos mantenido cerca del podio.

Fabian, por el otro lado, había quedado por detrás de Axel en las tres carreras. Como no se pusiera las pilas, acabaría perdiendo la oportunidad de quedar primero en el campeonato. Podía pasar cualquier cosa en las próximas carreras.

Suspiré. Estaba agotado. Me permití un segundo para cerrar los ojos al llegar al coche. Había sido un día demasiado largo de una semana que se me antojaba eterna. Necesitaba dejar de darle vueltas a todo y desconectar, o terminaría volviéndome loco. Trabajar hasta aquellas horas tampoco parecía ayudarme en nada. El resto de empleados se habían retirado hacía horas y solo quedaba el personal de seguridad.

Llegué a recoger a Aaron una hora y media tarde y me encontré al pequeño llorando en brazos de su madre. Norma me fulminó con la mirada.

—¿Se puede saber dónde estabas? Llevamos un montón esperando por ti y no me contestabas a las llamadas —me recriminó mientras acariciaba la espalda a nuestro hijo—. Cariño, papá ya está aquí. ¿No estás contento?

Aaron negó con la cabeza, y se me rompió un poco el corazón.

—Perdóname, peque. Se me hizo tarde, pero te dije que iba a venir. Yo no te miento. —Le di un beso en la cabeza y le limpié un par de lágrimas que caían por sus mejillas.

Aaron asintió y estiró los brazos hacia mí. En seguida lo cogí y lo abracé con cariño. Odiaba hacer llorar a mi hijo.

Últimamente, parecía que estaba decepcionando a todo el mundo.

—Estas semanas andas demasiado ocupado, incluso para ti. —Norma me miraba con desconfianza.

—Estamos en la recta final, sabes cómo se complica todo.

—Sí, y, a pesar de ello, te noto disperso, preocupado. ¿Has conocido a alguien? ¿Es eso? —preguntó levantando las cejas.

No me esperaba que fuera tan directa. Tardé dos segundos más de lo normal en negarlo, lo que fue suficiente para confirmar sus sospechas.

—Por favor, cuéntame más. ¿Quién es la afortunada o el afortunado? —preguntó poniendo la mano en mi antebrazo.

Resoplé, bastante molesto por su intromisión. Yo no le preguntaba nada de su vida privada, no me parecía correcto; aun así, me parecía feo ignorar su pregunta. Norma se esforzaba porque nuestra relación fuera lo más cercana posible, y yo siempre era el que se encargaba de mantener las distancias. Le había hecho mucho daño en el pasado y no quería que volviera a suceder.

—No hay nadie en mi vida ahora mismo, solo es alguien que me llama la atención, nada más. —No sabía hasta qué punto debería seguir hablando y, a pesar de ello, lo dije igual—. Y no es ella… Es él.

Norma abrió los ojos sorprendida y dio una palmada con las manos.

—¡Por fin!

Resoplé frustrado.

—Olvida lo que he dicho.

—No me pienso olvidar. Necesito saber más.

—Te he dicho que no es nada, ni lo será en un futuro. No empieces.

—¿Que no empiece el qué? Si sigues con esa actitud, te quedarás solo.

—Ese es mi problema. No te metas donde nadie te llama.

—Por supuesto que me voy a meter. Johan, de verdad, tienes que parar. No puede ser que sigas desperdiciando tu vida.

—La cosa es precisamente esa, Norma. Es mi vida, no la tuya.

—Llevamos separados más de cinco años y jamás te he visto interesado en nadie ni un mínimo.

—Me da igual, no es asunto tuyo.

—Eres imposible —cedió, haciéndome sentir que era el único que se estaba equivocando—. Pasadlo bien este fin de semana.

Un rato después, estábamos de camino a la oficina. No debería ir un sábado, pero Andrea me había avisado de que las simulaciones habían dado un error, y tenía que volverlas a lanzar para que estuvieran listas lo antes posible y no perder horas de túnel de viento para el desarrollo del monoplaza del año siguiente. Aparqué justo al lado de la puerta, ya que no había ningún coche, y tuve que usar la llave para poder acceder. Había gente trabajando, aunque no en la zona de oficinas.

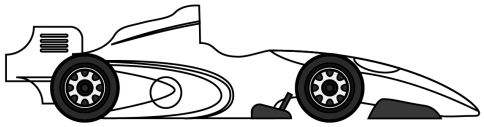
Subimos hasta la última planta y le pedí a Aaron que me esperara en los sillones de la entrada. Desde mi mesa, tenía una visión perfecta del lugar y podría asegurarme de que no tocara nada.

—Quédate aquí y pórtate bien, ¿me oyes? Al terminar, podemos ir a comprar una hamburguesa para cenar —le dije antes de dejarlo sentado jugando con mi móvil—. Algún día serás ingeniero como papá.

—¡Noooo! ¡No quiero! Yo quiero ser piloto, como Axel —se apresuró a corregirme, ignorando por completo mis sentimientos.

Me senté delante del ordenador y me puse a trabajar. Cuando aparté la vista de la pantalla, había pasado media hora y no había rastro de mi hijo. Noté cómo la intranquilidad me inundaba el pecho. El ascensor no se había movido, por lo que la zona de búsqueda era reducida. Solo esperaba que no hubiera roto nada.

39



Axel

Octubre 2025

Había perdido la cuenta de las veces que había repetido el circuito de Mónaco desde aquella mañana. Intentaba aprovechar los fines de semana para entrenar ese trazado en concreto y evitar explicaciones que no quería dar. No me gustaría que los ingenieros del equipo empezaran a comentar que estaba descuidando el resto de carreras, porque no era así, pero ya solo quedaban tres y me estaba quedando sin tiempo.

Eran casi las ocho de la tarde y yo estaba en el menú principal del simulador, pensando si volverlo a intentar una vez más o dejarlo. De repente, como respuesta a mi pregunta, el picaporte de la puerta se giró, aunque sin llegar a abrirse del todo.

Fruncí el ceño, confuso. No debería haber nadie en el edificio a aquellas horas. Me levanté y me acerqué a la puerta; al abrirla, me encontré al hijo de Johan al otro lado.

Cuando me vio, me reconoció de inmediato.

—¡Devin! —gritó, extendiendo bastante la i de mi apellido al tiempo que levantaba los brazos.

—Ey, Aaron, ¿qué tal? ¿Qué haces aquí? —Lo cogí en brazos y me asomé al pasillo. No se veía a nadie, pero supuse que Johan no andaría muy lejos.

—Hoy duermo con mi papá —dijo como si fuera una respuesta obvia.

—Anda, mira tú que bien. —Aquel pequeño era muy simpático, y me adoraba tanto que el sentimiento había terminado por ser mutuo.

—En realidad, no, porque llegó muy tarde y me hizo llorar —replicó poniendo un puchero.

—¿Y por qué llegó tarde? Seguro que estaba trabajando…

El niño negó con la cabeza de manera rotunda, como si aquello no fuera una opción.

—Siempre está trabajando. Nunca tiene tiempo para mí.

—Ya…, aunque, gracias a ello, fuiste al circuito y nos conoces a Fabian y a mí. Además, seguro que tu padre tiene preparado un plan genial para hoy —dije intentando consolarlo de alguna manera.

—Ya, pero lo echo de menos. Mucho —protestó, y puso un puchero.

«Yo también lo echo de menos».

Aquel pensamiento me paralizó.

—Me voy a tener que ir, porque si no mi papá se va a enfadar conmigo y me va a castigar —me explicó mientras se daba media vuelta y agarraba el pomo de la puerta.

—Oye, Aaron —intervine siguiendo un impulso—, ¿te apetece probar el simulador al que estaba jugando? Es como conducir un coche de verdad.

Tenía ganas de ver a Johan, hablar con él, pasar el rato como hacíamos antes. Echaba de menos todos los momentos que compartíamos. Ya no venía a hablar conmigo, ni se interesaba por la carrera o el entrenamiento. Ya no me preguntaba cómo estaba yo.

Iba a hacerlo venir, aunque saliera mal.

—Sí, sí que quiero —me respondió volviendo a acercarse. Ya se había olvidado por completo de que tenía que ir en busca de su padre—. Espero que papi no me castigue sin la hamburguesa.

Agradecí su inocencia.

—¿Vais a cenar hamburguesa?

—Sí, siempre vamos a un sitio muy rico cuando estoy con papá. Además, tiene un parque de bolas para poder jugar después.

—Anda, qué divertido. ¿Me invitas a ir contigo? —El niño abrió los ojos emocionado y yo sonreí para mis adentros.

* * *

Llevábamos jugando casi diez minutos cuando la puerta de la sala se abrió y Johan se asomó al interior. Cuando vio a Aaron sentado sobre mi regazo, su gesto se relajó, dejando la preocupación atrás.

—¿Se puede saber qué haces ahí? Te dije que te estuvieras quieto —regañó al niño, acercándose a donde estábamos y cogiéndolo en brazos—. Perdona, Axel, no sabía que andabas por aquí. No lo habría dejado solo si hubiera sabido que estabas entrenando.

Estaba muy guapo aquel día, con el pelo algo más largo pero igual de despeinado que siempre. Llevaba puesta una sudadera y un vaquero que hacían que pareciera mucho más joven que de costumbre. No aparentaba más años de los que tenía; sin embargo, en aquel momento, nadie le echaría más de veinticinco.

Sin el pequeño encima, me pude levantar sin problemas.

—No te preocupes —respondí quitándole importancia. Era raro volver a dirigirnos la palabra—. Ya había terminado; además, lo hemos pasado bien, ¿verdad? —Le sonreí a Aaron, quien asintió emocionado.

—¡Sí! —gritó con entusiasmo. No me explicaba cómo podía tener tanta energía a esas horas de la noche—. ¡Y ahora vamos a comer hamburguesa con Axel, papi!

Johan levantó las cejas sorprendido mientras miraba a su hijo. Luego desvió la mirada hacia mí y tuve que contenerme para no sonreírle. Él no quería nada conmigo, y yo seguía suspirando por él como un imbécil. No quería mentir, pero me apetecía pasar un rato con él, como antes, y aquella era la ocasión perfecta.

—Me insistió mucho y no pude decirle que no —me justifiqué, aunque ya me estaba arrepintiendo de mis decisiones—. De todas formas, puede ser cualquier otro día.

—¡No, no! —gritó el niño, agarrando la cara de su padre con las manos y haciendo fuerza para que le prestara atención—. Por favor, papá. Así ya no estarás solo. Devin te hará compañía.

Tuve que llevarme la mano a la cara para que no me viera la sonrisa.

Adoraba a ese niño.

—Aaron, joder, no digas esas cosas. —Si no pensara que era imposible, diría que había sido la vergüenza lo que había teñido sus mejillas de un tono rosado.

El pequeño abrió los ojos de golpe y se llevó las manos a la cara, aumentando su gesto de sorpresa.

—¡Has dicho una palabrota, has dicho una palabrota!

Aquella vez tuve que hacer un verdadero esfuerzo por no reirme. Estaba siendo el mejor momento del día sin duda.

—Perdona, tienes razón, meteré una libra en la hucha al llegar a casa —concedió después de coger aire un par de veces, supuse que armándose de paciencia—. Eres un liante. En fin, ¿has traído coche? —preguntó, volviendo a centrar su atención en mí. Al ver que asentía con la cabeza, continuó—: Vente con nosotros y luego te acerco de vuelta.

Acepté sin poner trabas. Había dejado el coche en el *parking* de las instalaciones, como siempre, pero me apetecía estar con ellos.

—Genial. Dadme cinco minutos que me doy una ducha y voy —dije terminando de recoger todas las cosas que tenía tiradas por ahí.

—Te esperamos abajo —respondió Johan antes de salir de la habitación, todavía con su hijo en brazos.

Me duché todo lo rápido que pude y me puse la ropa limpia que tenía en la mochila. Si hubiera sabido cómo iban a cambiar mis planes, habría llevado algo más elegante que un pantalón cargo negro y una chaqueta del equipo con los logos de todos los patrocinadores. Solo era una hamburguesa, no debería preocuparme tanto.

Me pasé la toalla una última vez por el pelo para secar toda la humedad y bajé por las escaleras. Johan estaba sentado en el

asiento del conductor de su coche y miraba el móvil concentrado. Metí mis cosas en el maletero antes de subirme al asiento del copiloto. Aaron estaba sentado en el asiento trasero, detrás de su padre, en una sillita para niños. Jugaba con dos fórmulas de juguete y parecía muy entretenido.

Desvié la mirada hacia Johan, que me observaba con una expresión difícil de definir. Me apetecía acercarme a él, deshacer el espacio que nos separaba y darle un beso. Me moría de ganas, pero no volvería a ser yo quien diera ese paso. Si al final cambiaba de opinión sobre tener algo conmigo o no, tendría que salir de él.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, rompiendo el silencio.

Johan me sonrió antes de fijar su mirada en la carretera y arrancar el motor.

—A comer hamburguesas —contestó, como si aquella fuera la respuesta a todas mis preguntas.

Quizás debería serlo.

El local era pequeño y estaba en un pueblo a las afueras de Brackley; nada más entrar, notabas el aroma a especias. Johan pidió una de las mesas del fondo, lejos de las ventanas, para que pudiera quitarme la gorra que llevaba. No era muy habitual que la gente me reconociera sin algo de Hygge encima, pero con la sudadera, mis últimas carreras y la campaña con el patrocinador, todo había empeorado.

Pedimos poco tiempo después y, mientras nos traían la comida, estuve escuchando a Aaron contando que quería ser piloto de mayor. Parecía que sus padres ya lo habían llevado a varios campeonatos para niños y no le iba nada mal. Al final, que su padre fuera quien era le iba a facilitar las cosas. No lo ayudaría en nada más; sin

embargo, acceder a equipos y patrocinadores sí que le sería más fácil.

Cuando terminamos de comer, Aaron quiso ir a jugar al parque de bolas y nos dejó solos. En cuanto el niño se fue, Johan se levantó y se sentó en la silla que estaba a mi lado. No habíamos pasado tiempo juntos las últimas semanas; había necesitado algo de espacio para gestionar todos mis sentimientos, pero aquella noche estaba a gusto. Daba igual lo que pasara al día siguiente, me iba a quedar con lo bueno.

—¿Cómo estás? —me preguntó un rato después, mirándome con atención.

Sonreí, aunque aparté la mirada.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Me han llegado comentarios de varias personas preocupadas por tus jornadas interminables —insistió. Parecía interesado; sin embargo, a mí no me apetecía hablar de trabajo—. Sabes que descansar es parte del entrenamiento, ¿verdad? Queremos que des lo mejor de ti en cada carrera, pero eso no es solo cuestión de estar todo el día en el simulador.

—Lo sé —dije, algo cansado—. No tienes de qué preocuparte.

—¡Claro que tengo de qué preocuparme! Eres mi piloto, vas quinto en el campeonato y todo se va a decidir en las próximas carreras…

—Oye, Johan, no te ofendas —lo corté, algo más borde de lo que debería—, pero, si me vas a hablar como jefe, espérate al lunes, ¿sí? Es sábado por la noche y no me apetece hablar de eso.

—Joder, Axel, no me lo pones nada fácil —dijo frustrado, pasándose las manos por la cara—. Lo siento —añadió, y me sentí

mal, aunque no tenía motivos para ello.

No sabía qué era lo que sentía o qué debía responder. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Qué es lo que sientes? —Esperaba que no me dijera que habernos besado hacía unas semanas. Toda mi autoestima dependía de ello.

—Haberte dicho todas esas cosas que te dije. No creo que seas inmaduro, ni quise hacerte sentir mal, ni mucho menos. Te prometo que no era mi intención. No encontré las palabras adecuadas para expresarme y me disculpo por ello. —Se lo veía alicaído, y eso me ponía triste—. Lo que quería decirte es que no me arrepiento de lo que pasó la otra noche. —Aquello me sorprendió tanto que no pude ocultarlo en mi gesto. Mis cejas se levantaron y mi corazón latió un poquito más rápido—. Fue algo que los dos queríamos y que disfrutamos en ese momento, y todo mi comportamiento posterior no tiene justificación alguna. Para empezar, no debí irme de aquella habitación, y no tenía que haber pasado todo lo que vino después. Perdóname.

Si él también lo había disfrutado, ¿sería posible que se repitiera? Aunque una leve esperanza se había instalado en mi pecho, sabía de sobra que en todo aquel discurso faltaba un pero. Siempre había un pero.

—¿Pero? —pregunté, animándolo a seguir. Si no me iba a gustar, prefería quitármelo de golpe, como una tirita.

—No hay peros. Siempre me lleno la boca hablando de madurez; sin embargo, a la mínima de cambio, soy yo quien demuestra las actitudes más infantiles. Solo quería que supieras que lo siento y que

me gustaría que volviéramos a llevarnos bien. A pesar de todo, sigo estando aquí para lo que necesites.

Si supe camuflar o no la decepción que sentí en ese momento, no podía asegurarlo. Sonreí como pude, aunque estaba seguro de que mi gesto se parecía más a una mueca.

—¿Tanta cosa para no decirme nada nuevo? —pregunté dolido.

—Joder, Axel. Te pasas los días evitándome, me es muy complicado hablar contigo.

—Al contrario, te lo estoy poniendo fácil. Haciendo que esto —dije señalándonos a ambos con el dedo—, no sea incómodo para ti. Entrenando para ganar y, al mismo tiempo, buscándome otro equipo para la temporada que viene.

En realidad, todavía no había buscado ningún otro equipo, pero estaba harto. No podía más.

—¿Qué cojones estás diciendo? —soltó de pronto—. ¿Vas a dejar Hygge cuando es el coche más rápido y fiable de la parrilla, para irte a otro equipo donde no vas a estar luchando por el campeonato?

—¿Y qué más te da a ti? —El enfado bullía dentro de mí sin control. Había demasiadas cosas que me afectaban de aquella conversación, y todas se reducía a él. Siempre él—. Te recuerdo que no parabas de repetir que no me querías en el equipo, que estoy donde estoy gracias a mi apellido. Dar un paso atrás debería ponerme en mi lugar, ¿no?

Se llevó las manos a la cabeza, exasperado.

—Madre mía… ¿Aún sigues con eso? Axel, por favor, olvídalo ya. Cometí un error, te juzgué de antemano, pero me has demostrado, carrera a carrera, lo buen piloto que eres. —Hizo una pausa y se le escapó una pequeña sonrisa, llena de ternura—. Al menos, cuando

sigues las indicaciones de Andrea. Nada de lo que has conseguido este año se debe a tu apellido o a tu padre. Una cosa es llegar, y otra, dejar huella.

Suspiré, cansado. Estaba siendo una semana complicada de un mes complicado.

—No tienes por qué subirme la moral, Johan.

—Sí que tengo que hacerlo, por muchas razones.

—Porque eres mi jefe, ¿no?

—Sí, por supuesto, aunque también porque me importas mucho. No debería, pero es así.

—Sin embargo, eso no cambia nada.

—No, no lo hace.

Aaron llegó corriendo a nuestro lado, envuelto en una película de sudor y con una sonrisa de oreja a oreja. Nos empezó a contar todas las cosas que había en aquel parque y cómo se había hecho amigo de todos los niños del local, que eran dos hermanos un par de años mayores que él. Luego, dejé de prestar atención.

Aaron volvió a jugar con sus nuevos amigos, lo que me daba la oportunidad de marcharme sin armar un follón. «A la mierda». Me levanté de golpe, me puse la gorra y cogí la cazadora. Suficiente ridículo había hecho por una noche. Me iba a casa.

—¿Qué haces? —preguntó Johan al verme recoger todas mis cosas—. ¿Adónde vas?

Dejé dos billetes de cincuenta libras sobre la mesa, que era más que suficiente para pagar la cena de los tres, y me puse la cazadora.

—Me voy ya, es tarde.

—Espera, que llamo a Aaron y te llevo. Y guarda el dinero, te dije que te invitaba.

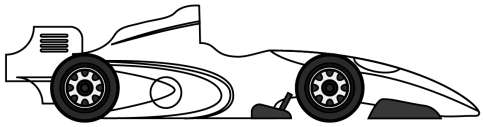
—No necesito que me invites, al igual que no necesito que me lleves. Sé pedir un taxi. Nos vemos.

—Axel, joder, no te enfades, espera…

No esperé. Me fui de allí sin mirar atrás.

Mi corazón latía a toda velocidad mientras cruzaba la calle y caminaba hacia una parada de taxis que había por la zona. Había pensado que aquella cena sería una buena idea; sin embargo, me había equivocado. Yo quería un hueco en la vida de Johan, incluso un hueco en la vida de su hijo, pero eso no iba a pasar, y yo no paraba de chocar contra un muro.

40



Axel

Octubre 2025

—Axel. —La voz de Johan resonó con fuerza por el pasillo.

Eran casi las doce de la mañana del viernes cuando Johan me interceptó después de haber conseguido evitarlo durante toda la semana. Estaba con Fabian e íbamos a rodar la campaña de publicidad para Avara & Co. Habíamos quedado con todo el equipo en las instalaciones de la marca en menos de media hora e íbamos un poco tarde. Era curioso cómo solo se volvía insistente para arreglar las cosas cuando él estaba libre. Los horarios de los demás se la sudaban por completo.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó al ver que no le respondía nada, parándose frente a mí e ignorando por completo a Fabian.

Sentí el nerviosismo correr por mis venas. No sabía qué se suponía que debía contestarle, pero lo que menos me apetecía era

tener esa conversación en ese momento. O en cualquier otro momento. Entendía que para él hubiera sido un error que no se debía repetir. Entendía que tener un lío conmigo no entraba en sus planes. No pasaba nada. ¿Me jodía? Por supuesto. ¿Iba a dejar de hacer algo por ello? Puede.

—Ahora mismo vamos con algo de prisa… —dije mirando el reloj de mi muñeca de nuevo y luego a Fabian, que parecía ajeno a la tensión que se respiraba entre nosotros.

Ya se había disculpado conmigo de todas las formas que se le habían ocurrido. Al final, lo había perdonado, porque no iba a solucionar nada seguir de morros, si bien todavía seguía un poco molesto. Había traicionado mi confianza.

—Tienes unos minutos de margen —me respondió mi compañero, y me sentí decepcionado, aunque él no fuera consciente —. Voy cogiendo el coche. Te espero abajo —añadió, despidiéndose de Johan y echando a andar en dirección al ascensor.

Supuse que pensaba que nos estaba haciendo un favor.

En cuanto nos quedamos solos en aquel pasillo, sentí que las paredes se hacían más pequeñas y la temperatura aumentaba sin parar. Iba a empezar a sudar, lo tenía claro. Después, Johan abrió una de las puertas que daban acceso a una pequeña sala de reuniones y me hizo un gesto con la cabeza para que pasara delante de él. Suspiré, pero le hice caso y entré. Estaba tan nervioso que tuve que meter las manos en los bolsillos para evitar que las viera temblar.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos. Johan parecía cansado y tenía las ojeras más pronunciadas que de costumbre; por

lo demás, estaba tan guapo como era habitual. Y yo seguía siendo el mismo tonto de siempre.

—Tú dirás —dije al final, viendo cómo la aguja del reloj no paraba de correr. No me apetecía rodar nada aquel día, pero era lo que había.

Johan suspiró y dio un paso hacia mí, haciendo que yo reaccionara de forma inconsciente dando otro hacia atrás. Él, al ver mi reacción, se quedó quieto, dejando las manos colgadas a ambos lados del cuerpo y con un gesto raro en la cara.

—No sé bien qué decirte —confesó después de un rato en silencio.

Lo entendía. Todo se había vuelto tan raro entre nosotros de repente que era complicado saber cómo debíamos comportarnos. Y yo necesitaba tiempo para comerme todos los sentimientos que amenazaban con ahogarme.

—Eres tú quien quería hablar —protesté, intentando que mi voz no revelase la profunda decepción que sentía cada vez que sacaba el tema de nuestro casi algo.

—Joder, ¿no te puedes poner un segundo en mi lugar? —Johan se llevó las manos al pelo y se agarró los mechones con fuerza. Era como si estuviera librando una batalla interna.

Levanté las cejas, sorprendido porque de verdad creía que él era el que estaba en la situación más complicada de los dos.

—¿Te pones tú en la mía? ¿Te has parado a pensar más de dos segundos en lo mucho que me confundes? No quieres follar, vale, lo entiendo. Quieres que sigamos siendo «amigos» —dije, entrecomillado la palabra con los dedos—, pero solo sabes hablarme de trabajo. ¿Qué quieres de mí?

Me quedé mirándolo como si estuviera esperando una respuesta que sabía de sobra que no iba a llegar. Unos minutos después, algo cansado de aquella situación, resoplé y desvié la mirada hacia la puerta.

—Creo que debería irme —dije, señalando la puerta—. Fabian me debe de estar esperando.

—Claro, nos vemos allí —añadió, apartándose de mi camino y dejándome la vía libre hacia la puerta.

Salí de la sala de reuniones como si la vida se me fuera en ello. Recorrí el pasillo casi corriendo y fui directo a las escaleras. Tenía ganas de gritar, de llorar y de romper cosas. Por razones obvias, no podía hacer nada de eso, así que apreté los puños con fuerza. Me daba rabia que Johan se presentara delante de mí, diciendo que quería arreglar las cosas, pero que no cambiase nada. Y me daba más rabia que, durante unos segundos, me había ilusionado otra vez. Otra puta vez. Era patético.

Fabian tenía el coche aparcado encima de la acera, por lo que apenas tuve que caminar hasta sentarme en el asiento del copiloto. Me preguntó si me había echado mucha bronca y me llamó la atención que eso fuera lo que la gente detectara desde fuera. Después de asegurarle que había sido injustificada y que él no me creyera, emprendimos el camino hacia la sede de Avara & Co. Bromear con Fabian siempre me sacaba una sonrisa, aunque sentía que ya no era lo mismo de antes.

Durante todo el camino, estuve perdido en mis pensamientos. Aquellas últimas semanas habían sido una vorágine de sentimientos difícil de explicar.

Por un lado estaba el rechazo. Era la primera vez en toda mi vida que alguien me rechazaba en el plano romántico. No había tenido tiempo, ni ganas, de mantener relaciones formales, pero sí había tenido amigos con los que había estado algún tiempo en el que ambos disfrutábamos de la compañía del otro. Aquella era la primera vez que me apetecía tener algo más, aunque fuera una locura. Me gustaba la cercanía que había entre nosotros, lo fácil que era hablar con Johan y lo mucho que deseaba que supiera todo de mí. Quería que siguiera conociendo al verdadero yo.

La otra parte era la que más me jodia. A pesar de que no habíamos llegado a intimar demasiado, con él me había sentido más desnudo que con nadie. Había visto cómo me miraba, sus ojos fijos en mis labios, en mi cuerpo, en cada palabra que salía de mi boca. Había visto el modo en que sus manos se aferraban a mí, como si tuviera miedo de que me escapase. Había notado su excitación, imposible de ocultar. Y, a pesar de todo ello, a pesar de saber cosas sobre mí que casi nadie sabía, se había creído con el derecho a decirme qué era lo que yo quería.

Lo que era bueno para mí.

Como si no supiera tomar decisiones.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó Fabian de repente, bajando el volumen de la radio y mirándome de refilón, sin apartar la vista de la carretera más de un segundo—. Tienes mala cara.

Estuve a punto de decirle que sí, que todo iba bien. Pero no pude mentir; me encogí de hombros y puse una mueca que intentaba pasar por sonrisa.

—Sabes que me lo puedes contar, ¿verdad? Yo…

—Fabian, déjalo, anda —pedí sin ganas.

En cuanto llegamos, nos pasaron a una sala para probarnos varios modelos. La idea era que salieran distintos clips, con diferentes prendas de la marca, mientras nos hacían preguntas de moda que no seríamos capaces de responder. Lo teníamos asumido.

Nos cambiamos mientras bromeábamos sobre quién quedaría peor y quién se haría viral. Nos pusieron unos micrófonos pequeños enganchados a la ropa pero que no estorbarían durante la grabación. Hice un verdadero esfuerzo para que las interacciones que tenía fueran lo más agradables posible por el bien de todos.

El plató consistía en dos taburetes colocados delante de una pared blanca. Si la idea era que resaltaran las prendas, era una buena estrategia.

Fabian llevaba una camisa verde oscuro, abierta, que dejaba al descubierto una camiseta negra y blanca estampada con el logo de la marca. Los pantalones eran anchos, de tela, y tenían multitud de bolsillos. En los pies llevaba unos botines y le habían puesto un anillo y un reloj dorados como accesorios.

—¿Cómo me queda? —me preguntó, mirándose al espejo.

Aunque estaba diferente, le sentaba bien, y así se lo hice saber.

Yo, por mi parte, llevaba un atuendo más oscuro. Pantalones negros, rectos, y deportivas del mismo color. Una camiseta también negra, con el cuello en pico y un cárdigan beis por encima. Habían querido reutilizar los agujeros que me había hecho en las orejas y me había puesto dos pendientes dorados con forma de barra. Además, llevaba unas gafas de sol, muy de mi estilo, pero poco prácticas para usarlas en interior.

El móvil me vibró en el bolsillo, sorprendiéndome. Lo saqué lo suficiente como para poder leer el mensaje que aparecía en pantalla

antes de quitarle el sonido y volverlo a guardar.

Papá:

¿Cuándo vienes a cenar?

Intenté olvidar aquellas palabras, pero ya se había grabado a fuego en mi memoria.

Después de unos ajustes de luces y sonido, nos pusimos en posición y empezamos a grabar. La chica que nos iba a entrevistar era Martha, ya nos conocimos de la grabación de un anuncio anterior y eso aligeró el ambiente.

—Bueno, chicos, vamos a empezar ya. La idea es que estéis lo más relajados posible. No os preocupéis por dar respuestas incorrectas e intentad manteneros naturales. Una vez que la grabación finalice, haremos todos los cortes necesarios. ¿Alguna pregunta? —Al ver que ambos negábamos con la cabeza, asintió con una sonrisa—. Empecemos, pues.

41



Johan

Octubre 2025

Cuando llegué al set de grabación, ya llevaban cuarenta minutos de preguntas y respuestas. Parecía que se habían adaptado por completo y nada quedaba del nerviosismo previo; ambos pilotos se encontraban relajados y con una sonrisa en la cara.

Caminé en silencio por detrás de las cámaras hasta llegar a una silla libre que parecía que llevaba mi nombre. Saludé con un gesto de cabeza a la mujer que estaba sentada al lado. No recordaba su nombre, pero sabía que era la representante de Axel, siempre lo acompañaba a todos los eventos que hacía. En teoría, ella había revisado con anterioridad todas las preguntas que iban a hacerle al chico aquella mañana, dando su visto bueno, así que me permití

estar tranquilo. En ese momento, no pude evitar pensar cuánto sabría aquella mujer de la vida del piloto.

—Perfecto, ha sido una respuesta genial Fabian, pasamos a Axel de nuevo —dijo la presentadora entre risas—. ¿Cómo describirías tu estilo fuera de la pista?

Axel se frotó la barbilla con la mano, pensativo, antes de responder.

—Supongo que diría informal. Ropa cómoda.

—¿Cómoda? —intervino Fabian, robándose la atención de todo el mundo—. ¿Usas otra ropa que no sea un chándal o mallas de *crossfit*? —Luego, miró a la entrevistadora y abrió mucho los ojos, como si no se pudiese creer lo que estaba a punto de decir—. Le hacen buen culo, pero su armario solo tiene sudaderas. Ni una camisa, ni un polo, ni un jersey… Solo sudaderas.

—¡Eh…! —protestó el implicado, aunque Martha no le dejó continuar. Le habían lanzado un gancho perfecto para la marca.

—No te preocupes, Fabian. Hablaré con mi jefa para que le envíen un par de prendas de la nueva línea a Axel. —Después, dirigió la atención a este último—. Te prometo que no vas a echar de menos las sudaderas.

—Ya me lo agradecerás… —siguió Fabian con un guiño descarado que me hizo reír.

Se notaba que volvía a ser el de siempre, aunque me daba la sensación de que Axel no terminaba de sentirse cómodo. Le había hecho mucho daño.

Dejé de atender un momento y saqué el teléfono del bolsillo. No podía quedarme mucho más tiempo si quería llegar a la reunión con la junta de aquella tarde. Parecía que uno de los patrocinadores

quería ampliar el contrato con nosotros después de nuestro rendimiento en las últimas carreras. Las mejoras habían funcionado genial, y los dos pilotos habían reaccionado muy bien. A falta de seis carreras para finalizar el campeonato, estábamos en tercera posición como constructores, pero a muy poca distancia de los otros dos equipos. Hacía años que no se vivía un mundial tan apretado, y una posición arriba o abajo podía suponer millones. Había mucho dinero en juego.

Cuando volví a prestar atención, Fabian estaba hablando sobre consejos de moda para sus seguidores; me hizo gracia verlo hablar tan suelto sobre el tema. Estaba seguro que se lo habían preparado bien. El chico parecía saber siempre qué decir en cada momento. Se notaba que llevaba años delante de las cámaras.

—Estupendo —comentó Martha, mirando cuál sería la siguiente pregunta—. Ahora, una rápida para los dos. ¿Qué accesorio no puede faltar en vuestros armarios? Solo podéis elegir uno.

—Unas gafas de sol —respondió Axel, señalando las que tenía sobre la cabeza—. Me parecen imprescindibles.

No pude evitar sorprenderme. Era cierto que solía llevarlas en días soleados; sin embargo, su prenda favorita era, sin duda, una gorra. Siempre siempre llevaba una en la cabeza. Lo conocía demasiado bien.

—Concuerdo… Pero por variar, diría un reloj —añadió Fabian, señalando también el complemento que llevaba en la muñeca—. Creo que le da un punto a cualquier atuendo.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico por no poner los ojos en blanco. Ya había entendido por dónde iban los tiros. Aquella parte se les daba bien, aunque se podían haber esforzado un poco más e

intentar hacerlo con más sutileza. Supuse que tampoco era el objetivo.

Martha se rio y revisó en el móvil la siguiente pregunta.

—Axel, vamos contigo de nuevo —comentó, y yo me puse en pie. No quería interrumpir nada, pero, si no me marchaba ya, acabaría llegando tarde. Me despedí de la representante del piloto y caminé hacia la salida mientras la entrevistadora formulaba la pregunta—. ¿Qué tendencia de moda te trae más recuerdos de tu infancia?

Me paralicé por completo. A pesar de que no le podía ver la cara a Axel, me la podía imaginar.

Esperé a que rompiera el silencio, aunque no parecía que fuera a hacerlo. Me giré con preocupación, decidido a parar la grabación si era necesario. Solo necesitaba un pequeño gesto por su parte, una pequeña mueca, y mandaría todo a la mierda.

Axel tenía la cabeza baja, como si estuviera pensando la respuesta. Fabian lo observaba extrañado, como si no supiera a qué se debía tanta demora. Al final, levantó la mirada y respondió a Martha con bastante soltura.

—Es complicado decantarme por algo, pero… Si solo pudiera nombrar una cosa, escogería un cinturón. A mi padre le encantaban.

Noté cómo la bilis me subía por el pecho y tuve que hacer uso de todo el autocontrol que tenía para no vomitar allí, delante de todo el mundo. Sabía que aquello no era normal. Axel había guardado aquel secreto con mucho cuidado durante toda su vida, no tenía sentido que decidiera tirarlo todo por la borda. Como si lo hubiera previsto, Martha hizo la pregunta que tocaba.

—Ross Devin es toda una leyenda. Yo soy muy fan de él, y es cierto que siempre tuvo un gusto impecable para la moda. Si no

recuerdo mal, salió en uno de nuestros anuncios con un modelo de cinturón: el pegasus. Cuéntanos más, ¿tu padre te trasladó su gusto por ese tipo de complemento? ¿Sueles usarlo tú también?

No sabía si era intención del piloto responder con sinceridad, aunque no pensaba esperar a comprobarlo.

—Lo siento, pero tenemos que irnos —interrumpí elevando la voz, convirtiéndome en el centro de todas las miradas. Estaba demasiado enfadado como para pensar con detenimiento las consecuencias de mis actos—. Si no tenéis suficiente material, podremos intentar acordar otra fecha, aunque, tal y como estipulamos, serían máximo cincuenta minutos, y ya pasa de la hora.

Martha puso cara de circunstancias, si bien asintió con gesto apenado y dio por concluída la grabación. Seguro que estaba pensando en que podría haberles dejado finalizar aquella ronda antes de cortarlos así.

—Gracias a los dos por vuestro tiempo —dijo, dándole la mano a los pilotos justo antes de girarse hacia mí—. Señor Torger, disculpe el cambio de última hora, esperamos no haber influido demasiado en sus agendas.

Asentí, todavía serio.

—No te preocupes. —Hice un gesto con la mano, restándole importancia, y centré la atención en mis pilotos. Los dos me miraban de forma diferente. Fabian, preocupado; Axel, furioso. Bueno, era algo con lo que podría vivir. Me acerqué para que solo ellos me pudieran escuchar—. Fabian, Gjon te está esperando en la sala cuatro. Por favor, cámbiate y vete ya para allí.

Él desvió la mirada a su compañero antes de volver a fijarla en mí. Durante una fracción de segundo, lo vi dudar. Supuse que estaba

debatiéndose entre responderme o no. Al final, lo hizo:

—Hemos venido juntos, tengo que llevarlo de vuelta a la sede —dijo, señalando con el pulgar a su compañero.

—Yo me encargo. Vete ya. Hay muchas cosas que tienes que ver con Gjon de cara a la próxima carrera.

Iba a llegar tarde, pero en ese momento no me podía dar más igual. Tenía otras prioridades.

Fabian dudó unos instantes; no obstante, tras recibir un movimiento de cabeza de parte de su compañero, asintió.

—Nos vemos, Axel —se despidió antes de irse.

Cuando desapareció de mi vista, señalé a Axel con el dedo antes de abrir la boca.

—Tú y yo vamos a hablar —dije bajando todavía más la voz.

—No tengo nada más que hablar contigo —contestó entre dientes.

—Oh, ya lo creo que sí. Tira —añadí, señalando la puerta que daba al vestuario.

Me fulminó con la mirada antes de hacerme caso y caminar hacia la sala. Una vez dentro, cerré la puerta y le pasé el cerrojo que había en la parte superior. Respiré hondo varias veces antes de girarme y enfrentarlo.

Estaba raro, vestido de aquella manera. Todo de negro, con la ropa demasiado grande para él y aquellos dos pendientes en las orejas. Era un estilo muy diferente a lo que solía ver en él, pero no le quedaba mal. Estaba guapo. Y enfadado. Muy enfadado.

—No —dijo, y esa vez me estaba señalando él a mí con el dedo.

—No, ¿qué?

—No puedes hacer esto.

—¿Y qué es esto?

—Todo esto —repitió, y no pude evitar poner los ojos en blanco.

—Pues lo acabo de hacer —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Y te odio por ello.

—¿Me odias? Te he salvado el puto culo ahí afuera. No sé si eras consciente de lo que estabas a punto de decir.

—¡Por supuesto que soy consciente! ¿Te enseño las marcas de lo consciente que soy? Y, para tú información, no iba a revelar nada. Solo quería que mi padre se pusiera un poco nervioso.

Negué con la cabeza y tragué saliva mientras notaba todo el dolor que tenía escrito en la mirada. Sus ojos estaban más azules que de costumbre, y me miraban como si el odio fuese real. Como si yo le hubiera hecho tanto daño.

—No sé si eres consciente de lo que pasaría si llegas a revelar algo así.

El piloto tenía las manos apretadas en puños, colgando a ambos lados de su cuerpo; parecía que todo él estaba en tensión.

—Igual no me importan las consecuencias. Igual me cansé de seguir defendiéndolo. Igual estoy harto de seguir escuchando su nombre en todas partes. —La voz se le rompió en la última palabra. Todo el enfado que tenía desapareció de golpe, dejándolo solo con unos ojos acuosos y una mirada triste—. Me gustaría que la gente me viera a mí, y no a mi padre, cuando me miren.

Verlo de ese modo me hizo reaccionar de forma instintiva. Acorté la distancia que nos separaba y le cogí la cara con las manos, obligándolo a mirarme.

—Shhh. No pasa nada, ¿vale? Estoy aquí. —Nos encontrábamos demasiado cerca, aunque ni siquiera podía pensar en ello. Solo

quería aliviar el dolor que sentía, que llevaba sintiendo tanto tiempo —. Si quieres sacar todo a la luz, yo seré el primero en apoyarte. Estaré a tu lado en cada rueda de prensa si es necesario. Haré cualquier cosa, Ax, de verdad. Pero necesito que la decisión la tomes en frío, no en caliente, y menos en medio de un vídeo comercial. ¿Vale?

—Mi padre lleva intentando que vaya a cenar a casa desde marzo. Han pasado muchos meses y ya no encuentro formas de seguir negándome. Me hace sentir poco agradecido, recordándome que todo lo que tengo es gracias a ellos. —Axel frunció el ceño y puso una mueca—. Estoy agradecido por muchas cosas, Johan, de verdad; sin embargo, los odio por muchas otras. No quiero ir a casa. No puedo seguir así. Estar en la misma mesa que él y hacer como si nada hubiera pasado es más de lo que puedo soportar, pero tampoco quiero seguir posponiéndolo de forma indefinida.

Tenía un nudo en el pecho tan grande que me costaba respirar. El corazón me latía demasiado rápido y apenas era capaz de pensar en nada; la rabia me cegaba por completo.

Tragué saliva un par de veces. No quería decir nada inapropiado, pero al final todo me lo parecía.

—Y no tienes por qué, ¿vale? Yo te apoyo. Haré cualquier cosa que esté en mi mano para ayudarte, como si tengo que publicar tu horario de entrenamientos en internet de forma que sea imposible para ti coger un vuelo a Mónaco. —Era una broma, solo quería aliviarle parte de la tensión que estaba sintiendo—. No tienes que ir si no quieres.

Axel cerró los ojos y dejó caer el peso de su cabeza contra mis manos. Mis pulgares empezaron a trazar suaves movimientos en sus

mejillas, intentando reconfortarlo. No había nada que pudiera hacer o decir para hacerlo sentir bien; únicamente quería recordarle que, pasara lo que pasase, podía contar conmigo.

En ese momento, Axel apoyó las manos sobre mis caderas, una a cada lado. Abrió los ojos, observándome, y pude ver cómo sus pupilas se dilataban. Se pasó la lengua por los labios, dejándolos entreabiertos, y a mí me costó horrores desviar la mirada de ellos. De repente, me dio la sensación de que estábamos demasiado cerca y, a la vez, demasiado lejos.

Como si él hubiera sentido lo mismo que yo, acortó la poca distancia que nos separaba y juntó sus labios con los míos. Fue un beso corto, suave, con la boca cerrada. Había sido poco más que un roce; no obstante, fue suficiente para que mi coraza se resquebrajara en mil pedazos. No podía evitar preguntarme cómo era posible echar de menos algo que nunca había tenido.

Axel se separó al poco; parecía estar esperando mi reacción, como si temiera que fuera a decirle que no lo repitiera. Eso no iba a pasar.

Yo no podía dejar de mirarlo. Mis manos seguían sobre sus mejillas, y no me permití soltarlo. No quería que se alejara. No podía. Ya no era capaz de seguir manteniendo aquella distancia absurda entre los dos. Mi fuerza de voluntad tenía un límite.

Axel me miraba de una forma que me calentaba por dentro. Hasta aquel momento, no había sido consciente de que sus ojos gritaban todo lo que sentía por mí. Lo que yo también sentía. Era absurdo cómo un pequeño encaprichamiento había desencadenado algo tan grande. Algo a lo que ni siquiera me atrevía a ponerle nombre.

Aquella vez fui yo quien lo buscó sin pensar en las consecuencias, sin pensar en lo que podía pasar después. Mis labios chocaron contra los suyos; mis manos se deslizaron hasta su nuca, donde los mechones de pelo se escurrían entre mis dedos. Axel se aferraba a mí como si lo necesitara, como si todo se hubiera reducido a ese instante. Yo lo besaba como si no hubiera consecuencias, como si no fuera a destruirme después.

Me encontraba tan perdido en sus labios que no me di cuenta de que nos estábamos moviendo hasta que mi espalda chocó contra la puerta de la habitación. Lo miré, buscando alguna señal que me ayudara a apartarme. Solo necesitaba ver un breve destello de duda para poner fin a aquella cercanía. Sin embargo, no hallé arrepentimiento en su mirada, solo deseo y una especie de calma. Me sentí aliviado. A pesar de que sabía que nada de aquello estaba bien, dejé que me envolviera la idea de que, tal vez, tampoco estaba tan mal.

—Deberías cambiarte. O no. —En realidad, me daba igual—. Pero tenemos que irnos.

No sabía cuánto tiempo llevábamos allí, aunque seguro que ya habíamos superado con creces el límite de lo políticamente correcto.

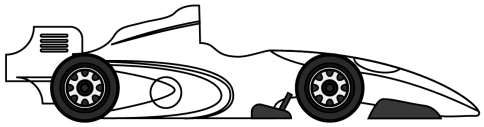
Axel sonrió y asintió, dándome la razón. Aquella sonrisa… Dios. Hacía semanas que no la veía.

El deseo me burbujeaba por dentro, aplacando todo lo demás. Hice amago de separarme, pero sus manos todavía me agarraban con fuerza, impidiendo que me moviera.

Me lo tomé como una invitación silenciosa.

A la mierda. Ya tendría tiempo para arrepentimientos.

42



Axel

Octubre 2025

El camino en coche lo hicimos en silencio, acompañados por el sonido de la lluvia contra el cristal. Él seguro que martirizándose a sí mismo por haberme devuelto el beso. Yo contando los segundos que tendría que esperar para que pasara de nuevo. No quería cometer ningún error.

Estuve tan sumido en mis propios pensamientos que no me di cuenta de la dirección que habíamos tomado hasta que el coche se detuvo en un semáforo. Había pasado muy poco tiempo para que estuviéramos en Londres. Miré por la ventana, pero no reconocí nada de lo que había a mi alrededor, por lo que cogí el móvil y entré en la aplicación de mapas. Estábamos en algún lugar de Summertown, al norte de Oxford. Parpadeé un par de veces, siendo consciente de lo que estaba pasando, mientras el corazón me empezaba a latir a toda velocidad. Me estaba llevando a su casa.

A su casa.

Pocos minutos después, el coche se detuvo delante de la vivienda. Era una pequeña casa unifamiliar adosada, de dos plantas de ladrillo rojizo y tejado negro. Era igual a todas las demás de alrededor, con las que compartía fachada.

Johan apagó el coche y se giró para mirarme.

No podía definir con exactitud los pensamientos que estaba teniendo, pero parecía disputar una lucha en su interior. Al final, negó con la cabeza y señaló la casa.

—¿Entramos?

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté como respuesta.

—Quiero que hablemos, y no se me ocurrió ningún lugar mejor.

—De acuerdo —concedí, notando cómo se me iba formando un nudo en el estómago.

Nos bajamos del coche y recorrimos los escasos metros hasta la puerta principal mientras la lluvia caía sobre nosotros sin descanso. El tiempo no nos daba una tregua.

Una vez dentro, Johan encendió las luces del recibidor, se quitó la chaqueta y la colocó en un perchero.

—Siéntete como en casa —me dijo—. Vamos, que te la enseño. No es muy grande, pero para mí solo está bien. Aaron suele estar con su madre y, cuando no, aquí tiene su propia habitación.

En la planta baja estaba la cocina, un pequeño comedor, un baño y el despacho de Johan. Esa última sala era la que más luminosidad tenía; parecía que se pasaba largas jornadas entre aquellas cuatro paredes. Al lado del recibidor, unas escaleras algo estrechas conducían a la planta de arriba, donde había dos habitaciones y otro

baño. Uno de los cuartos se encontraba lleno de juguetes y posters de F1.

—Esta es la habitación de Aaron. Como puedes ver, está demasiado obsesionado con los coches, casi tanto como yo —dijo con la voz cargada de cariño mientras miraba a las diferentes maquetas que estaban colocadas por las estanterías.

Recorrí toda la habitación con los ojos y me sorprendió ver mi cara en más de una ocasión. Había fotos antiguas, de hacía un par de años, y otras más recientes, como una instantánea captada en el momento del champán en el Gran Premio de EE. UU., donde había conseguido el primer puesto. La foto era buena.

—Me siento extraño viéndome en los posters de las paredes de tu hijo —confesé sin girarme a mirarlo. Estaba bastante nervioso, y sentir que estábamos allí, en su casa, solos, no me ayudaba.

Escuché la risa de Johan a mi espalda, y aquello me tranquilizó un poco.

—Dímelo a mí —se quejó, y me giré para mirarlo. Estaba apoyado sobre el marco de la puerta, con los brazos a la espalda y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Tenía un gesto relajado y una pequeña sonrisa le adornaba el rostro—. Ya te dije que tuvimos una etapa bastante obsesiva a principio de temporada. Aaron solo quería tener tu foto en todos lados, y a mí me costaba verte la cara mientras desayunaba. Fue duro llegar a un consenso.

Sonreí, divertido. Me gustaba aquella conversación, pero quería llevarla un paso más allá. Me mordí el labio inferior, pensando, hasta que supe lo que quería decir.

—Ahora tengo curiosidad por ver tu habitación. ¿También tienes fotos mías?

Johan sonrió y negó con la cabeza, como si no se hubiera esperado que le dijera algo así. Luego se separó de la puerta y me hizo un gesto para que lo siguiera. Recorrimos el pasillo, que no era muy largo, hasta el fondo, y entramos en su dormitorio. Estaba en penumbra, y era algo más pequeño que el de su hijo. Quizás parecía menos espaciosa porque tenía unas cuantas cajas de cartón pegadas a una de las paredes. En ese momento, el teléfono de Johan sonó y él se apresuró a contestar. No estuvo mucho tiempo en la llamada, pero me permití observar todo con atención. La cama estaba sin hacer, dejando a la vista unas sábanas negras y una colcha del mismo color. Aquella estancia apenas se encontraba decorada, a excepción de un par de fotos sobre una cómoda y una lámpara en la mesita de noche.

—Sí, eso haremos, no te preocupes. Mañana a primera hora lo gestiono con el equipo y te decimos algo. Claro. No, no hay problema. Vale. —Johan se acercó a la ventana, perdiéndose en las vistas mientras continuaba con la conversación. Yo, por el contrario, no podía apartar la mirada de él—. Claro que sí. No, te llamo mañana. Sí, me pillas ocupado ahora. Nos vemos.

Colgó la llamada y dejó caer el móvil sobre la cama.

—Siento haberte hecho esperar. ¿Cómo estás? —preguntó preocupado, acercándose a mí. Su proximidad hizo que la colonia que se había echado llegara hasta mí otra vez. Olía tan bien que tuve que controlar el impulso de romper la distancia que nos separaba y hundir la nariz en el hueco de su cuello.

Había muchas respuestas posibles a esa pregunta, y ninguna transmitía lo que yo quería. Al final, haciendo uso de un valor que

pocas veces tenía, acerqué los labios a los suyos y dejé un pequeño beso en ellos.

Fue casi más un roce que otra cosa; aun así, lo sentí como mucho más. Su boca estaba cálida y me dejó un ligero cosquilleo en los labios cuando me separé. Johan me miraba con intensidad y no había hecho amago de separarse. Quizás lo había pillado un poco por sorpresa.

—Estoy bien —respondí, pasándome la lengua por los labios, y casi sonó a verdad.

Me alejé un poco de él, volviendo a mirar a nuestro alrededor. Johan se aclaró la garganta antes de hablar; parecía algo nervioso, y eso me produjo cierta satisfacción.

—No he encontrado el momento de deshacer esas cajas, como puedes ver. Ni de hacer la cama. No contaba con tener visita.

—¿Te has mudado hace poco? —pregunté acercándome a la ventana. Aparté la cortina y miré al exterior. Parecía una zona tranquila, muy propia de él y muy diferente a mi piso en Londres.

De repente, toda la piel del cuerpo se me erizó al notar la presencia de Johan detrás de mí. Su respiración me empezó a hacer cosquillas en el cuello y sus manos se posaron sobre la parte baja de mi abdomen. Parecía que me quería abrazar, pero todavía había demasiado espacio entre nuestros cuerpos. Supuse que estaba dejándome a mí la decisión. Sentí cómo dejaba escapar el aire cuando me pegué a él.

—¿Quedaría muy mal si te dijera que llevo aquí casi dos años?

—Para nada. Dos años es muy poco tiempo para deshacer unas cajas —respondí divertido.

—¿Nadie te ha dicho que está feo reírse de la gente en su propia cara?

Johan afianzó el agarre mientras me recorría el cuello con la nariz, de arriba abajo, depositando suaves besos en mi piel. Un escalofrío me subió por la espalda, erizándome la piel. Me pasé la lengua por los labios, nervioso, cerré los ojos y me dejé llevar por el contacto. Las manos me temblaban sin que pudiera evitarlo. Cuando volví a abrir los párpados, nuestras miradas se encontraron.

—Pero tú no eres gente —susurré perdido en su mirada.

Sus labios atraparon los míos con necesidad. Respondí al beso de forma instantánea, entreabriendo la boca, pasando la lengua por sus labios… Mis manos se aferraban a él como si tuviera miedo de que fuera una ilusión. Johan se estremeció por mi contacto y soltó un gruñido que solo consiguió despertarme más.

Sus besos empezaron a descender por mi mandíbula hasta el cuello. Allí noté cómo me mordía, clavándome los dientes, justo en ese punto donde la piel era más sensible. No fue exagerado, pero sí bastó para hacerme estremecer. Se me escapó un gemido.

—Esto está mal —susurró de repente, con la cara escondida en mi cuello.

Joder, otra vez no. Noté el pánico subirme por la garganta.

Cogí aire, intentando mantener la calma, mientras notaba una presión desagradable en la boca del estómago. No podía seguir con esa incertidumbre, no nos iba a hacer ningún bien.

Di un paso atrás, rompiendo el contacto. Johan me miró confuso.

—Nadie está obligando a nadie a hacer nada. —Mis palabras salieron más afiladas de lo que pretendía.

—Por supuesto que no. Todo lo que hago es porque quiero, pero eso no quita que no deba hacerlo.

—Pues no lo hagas. —Lo quise hacer sonar como si fuera sencillo, aunque por dentro esperaba que sus ganas de estar conmigo fueran más fuertes que su sentido común.

—Parece algo fácil —susurró, y su mano alcanzó mi mejilla, dejando una breve caricia—; sin embargo, te miro y me parece imposible.

Su roce fue tan suave que apenas lo sentí; aun así, me dejó sin aire.

Quería decirle algo, cualquier cosa, pero las palabras parecían atrapadas en mi garganta.

Me daba la sensación de que estaba asustado por lo que había surgido entre nosotros y todas las repercusiones que podría tener, así que decidí por él. Di un paso y volvimos a estar pegados el uno al otro. Johan me agarró de la cintura casi como un acto reflejo, y yo crucé las manos por detrás de su cabeza. El corazón me bombeaba tan fuerte que estaba seguro de que lo podía notar.

—No tiene que ser nada serio. Somos dos adultos que se gustan y que quieren pasar un tiempo juntos.

—Soy tu jefe.

—No trabajamos tanto juntos.

—Nos llevamos demasiados años.

—Jamás he notado esa diferencia.

—No sé en qué situación me deja eso a mí.

—Pues yo te veo bastante bien entre mis brazos —respondí, haciendo caso omiso a lo que en verdad se estaba refiriendo.

—¿Solo una vez?

—Solo una vez —repetí, aunque no era lo que yo quería. Yo deseaba mucho más, pero estaba dispuesto a conformarme por ahora.

Los ojos color miel de Johan me observaban con intensidad; parecía que se lo estaba planteando todo.

—¿Estás seguro?

Noté que algo me subía por el pecho ante la anticipación.

—Por supuesto. ¿Lo estás tú?

Antes de que pudiera responderme cualquier cosa, su boca ya estaba sobre la mía.

—Hacía tiempo que no estaba tan seguro de algo —susurró contra mis labios.

Me estremecí.

Aquella vez fue él quien me besó como si no hubiera un mañana. Apreté la mandíbula y dejé escapar un gemido que quedó ahogado en su boca.

Las manos de Johan todavía estaban en mi cintura, pero, poco a poco, se empezaron a mover libres por mi cuerpo. Subían a mi cuello, ejerciendo un poco de presión en él, bajaban por mi pecho, rozándome los pezones a través de la camiseta. Me rodeaban, acariciándome la espalda o agarrándome el culo con deseo mientras su erección se restregaba contra la mía, haciéndome perder la poca razón que me quedaba.

Había algo en su forma de mirarme que me encendía más que cualquier otra cosa. Como si fuera algo valioso, algo que merecía la pena admirar.

Estuvimos un rato así, besándonos con todas las ganas acumuladas, hasta que decidí tomar la iniciativa y quitarle el jersey.

Se apartó un paso, facilitándome la maniobra, por lo que aproveché para darle un vistazo de arriba abajo. Estaba fuerte; no muy definido, pero su cuerpo era perfecto. Mis manos se movieron solas, acariciándole el abdomen, haciendo que su piel reaccionara de forma instintiva. Sus pezones se endurecieron y, antes de pensarlo siquiera, tenía uno entre los dientes. Oí cómo Johan dejaba escapar un suspiro y pensé que era el sonido más increíble del puto mundo. Un calor repentino se concentró en mi entrepierna. Me daba la sensación de que podría llegar a correrme de ese modo, sin necesidad de que él me tocara siquiera.

Noté sus dedos en mi cabeza, enredándose en mi pelo y tirando con fuerza, adaptándose a mis caricias. Antes de que pudiera hacer algo más, me tiró sobre la cama.

Me reí un poco entre jadeos. No sé si por la sorpresa, por el deseo o por que por fin estuviera pasando aquello entre nosotros.

Sus manos fueron directos al botón de mi pantalón y yo me mordí el labio. Mi cuerpo tembló bajo su contacto. No hizo amago de quitarme la prenda, y eso fue suficiente para darme cuenta de que no íbamos a llegar hasta el final, aunque no me importó en absoluto. Tener sus manos a mi alrededor, acariciándome con firmeza, era suficiente para hacerme perder la cabeza por completo.

La posición en la que estábamos era perfecta. Yo acostado sobre la cama, él entre mis piernas. Notaba cómo se estremecía, su respiración agitada, el calor de sus manos sobre mi piel…

—Tócate —le pedí, sabiendo que, como me hiciera caso, no iba a aguantar ni un par de segundos.

Su respuesta fue más un gruñido que otra cosa, pero sus manos fueron directas al botón de su pantalón. Sin perder detalle, me hice

cargo de mí mismo.

A partir de ese momento, las respiraciones se volvieron más agitadas, y los besos, más descontrolados. Estábamos tan juntos que los movimientos de nuestros brazos eran torpes e incómodos; sin embargo, ninguno tenía intención de hacer nada por remediarlo. Me inundaban los escalofríos. Empezaban en el cuero cabelludo y descendían por todo mi cuerpo hasta llegar a la punta de los pies.

Unos segundos después, no pude controlar un fuerte gemido al notar cómo el orgasmo me sacudía por completo. Me dejé llevar, a pesar de los miedos y de las dudas.

Aquello fue suficiente para llevar a Johan al límite, haciendo que terminara entre espasmos. Jadeé incapaz de apartar la mirada al mismo tiempo que un agradable hormigueo se me asentaba en la boca del estómago. No podía expresarlo con palabras, pero aquel momento lo significaba todo.

Cuando se dejó caer sobre mí, acalorado y jadeante, sonreí. No hice amago de levantarme para ir a limpiarme, a pesar de que estaba manchado y cubierto de una película de sudor. Me quedé en aquella posición mientras acariciaba el pelo de Johan y notaba cómo el cuerpo se me volvía más y más pesado, siendo incapaz de mantener los párpados abiertos. Aquello era todo lo que podía soñar.

* * *

Cuando abrí los ojos un par de horas después, estaba solo en aquella casa. Tenía un mensaje de Johan en el móvil que me decía que había tenido que salir por una urgencia y que nos veíamos en la oficina.

Fruncí el ceño, preocupado, antes de pulsar el botón de llamada. Si realmente había pasado algo urgente, me podría haber despertado. Estar en su casa sin él me parecía algo raro.

El tono de llamada sonó durante mucho rato, hasta que se cortó. Pensé en dejarlo pasar, en hacer tiempo y volver a intentarlo. Algo dentro de mí me instó a llamarlo de nuevo en ese instante. Notaba una sensación en el pecho que me tenía intranquilo.

Aquella vez, un par de tonos después, respondió.

—Ey. —Su voz sonó extraña, y mi corazón empezó a bombear más rápido, temiéndose la causa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Nada por lo que debas preocuparte.

—¿Por qué no me despertaste?

Silencio. Un silencio completo y agobiante fue lo que recibí por la línea.

El nudo que se me había formado en el pecho se fue haciendo más y más grande. Me estaba costando todo.

—¿Johan? —lo llamé, y deseé con todas mis fuerzas que él no pudiera notar la desesperación que teñía su nombre.

—Ahora no me pillas en un buen momento —respondió finalmente. Luego suspiró, y casi pude intuir que se estaba pasando la mano por el pelo—. No sé si podemos vernos esta tarde. Podríamos quedar en una cafetería para hablar.

Cerré los ojos y noté cómo una lágrima me caía por la mejilla sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Daba igual lo mucho que quisiera a Johan en mi futuro; él me había dicho que sería cosa de una vez y yo lo había aceptado. La

culpa era mía por pensar que después de conocerme podría llegar a sentir algo. Había sido un iluso.

Me clavé los dedos en la sien, intentando calmar el dolor de cabeza que se me estaba formando.

—No te molestes. Creo que ya me queda claro lo que me quieres decir —respondí y, por suerte, mi voz sonó calmada.

—Aun así, me gustaría que hablásemos un momento para dejar las cosas claras.

—No hace falta. Creo que podemos ahorrarnos el mal trago.

—Axel, escucha, yo…

—Nos vemos —lo corté antes de colgar el teléfono.

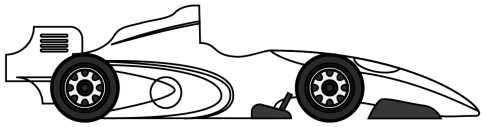
Arrojé el dispositivo con fuerza contra el suelo y la pantalla se astilló en mil pedazos.

Otra vez lo mismo.

Otra vez huyendo.

Y el único culpable era yo.

43



Axel

Octubre 2025

El sonido del timbre me sobresaltó. Me incorporé ligeramente del sofá y me quedé mirando a la puerta, como si así fuera a saber quién estaba llamando desde el portal.

No esperaba a nadie. La sala se encontraba en penumbra y llevaba unos días ahogándome en mis penas.

Ni siquiera me había molestado en ir a trabajar.

Después de hablar con Johan, había avisado a Andrea para explicarle el motivo de mi ausencia en la sede de Hygge durante un par de días: un virus bastante contagioso que me tenía hecho polvo. Me sentía tan ridículo que la sola idea de plantarme allí y hacer como si nada me daba ganas de vomitar. Como si no me hubiera aprendido casi de memoria el tacto de su piel.

Miré el portátil para ver si tenía algún correo electrónico. Después de romper el móvil, me había quedado incomunicado, pero

no había nada que requiriera mi atención urgente.

El telefonillo volvió a sonar; sin embargo, no hice amago de levantarme siquiera. Fuera quien fuese ya se cansaría de llamar.

No se cansó. La siguiente vez sonó directamente en el timbre de mi apartamento. Llamó una y otra vez hasta que consiguió que me levantara del sofá.

Agarré el pomo de la puerta y abrí de un tirón.

—¿Qué cojones quieres? —vociferé. Al ver quién era, parpadeé un par de veces, notando cómo el enfado se diluía—. ¿Ha pasado algo?

Del otro lado estaba Fabian mirándome con una pequeña sonrisa en la cara y una bolsa del súper colgada de un hombro.

—He venido a ver cómo estabas —explicó, y se adentró en el piso sin que pudiera impedirlo. Tras mirar a su alrededor, se giró hacia mí de nuevo—. ¿El virus ese también te impide ventilar y ducharte?

Apreté la mandíbula y cerré los ojos. No me apetecía darle explicaciones a nadie.

—Mi higiene está bien, gracias por la preocupación.

Fabian dio un paso hacia mí olfateando el aire como si fuera un perro. Luego, arrugó la nariz.

—Vete a ducharte; no es una sugerencia —respondió, y caminó hacia la cocina como si fuera su casa—. Mientras, prepararé algo para picar. ¿Has comido?

¿Había comido? No me acordaba. Ni siquiera sabía qué hora era.

—Voy a interpretar tu silencio como un no —añadió al ver que no decía nada, y abrió un par de ventanas, dejando entrar los últimos rayos de sol—. He traído comida ya hecha porque odio cocinar,

aunque es del restaurante del centro que tanto me gusta. Voy a meter todo en el horno durante diez minutos para calentarlo. —Se giró hacia mí con una ceja alzada—. ¿Por qué sigues aquí?

—Es mi casa.

—¿Ese virus te afecta a los oídos? Vete a la ducha o terminaré ayudándote yo.

Resoplé y se me escapó una pequeña sonrisa. Era peor que un grano en el culo.

—Vengo ahora —acepté, y fui directo al baño.

Me permití estar más tiempo de lo habitual debajo del chorro del agua. Me daba la sensación de que Fabian sabía más de lo que aparentaba. Quizás Johan lo había mandado para interesarse en cómo estaba.

Deseché ese pensamiento tan pronto como apareció. Tener esperanzas en un momento como aquel no me iba a hacer ningún bien.

Cuando salí del baño, duchado y con ropa limpia, estaba de mejor humor. Fabian había colocado dos platos en la encimera, y delante había varios envases de comida: una especie de… ¿guiso?, pasta y una ensalada.

—No sabía qué te apetecía, así que he traído un poco de todo —me dijo cuando me senté a su lado.

Pensé en protestar, en decirle que no tendría que haber venido. En cambio, suspiré y no dije nada de eso.

—Gracias —contesté al final.

Me eché comida en el plato y, tan pronto como me llevé el primer bocado a la boca, me di cuenta de que tenía mucha más hambre de la que esperaba.

—¿Me vas a decir ya qué ha pasado?

—No ha pasado nada.

—Claro que ha pasado algo, no has venido a la oficina en dos días porque estabas enfermo, o eso dicen.

Removí la pasta con el tenedor, pensando qué debería responder. Ya me había decepcionado una vez revelando cosas íntimas; no me sentiría cómodo contándole algo más sabiendo que implica a una tercera persona.

—Necesitaba una pausa. Llevo entrenando duro mucho tiempo.

—Lo sé, todos te han dicho en un momento u otro que tendrías que parar. Me sorprende que hayas elegido este momento y no cualquier otro. —Hizo una pausa breve, como si necesitara tiempo para organizar sus ideas—. Estoy algo preocupado por ti —explicó—. El otro día, en el evento con la marca, te sentí… raro, y creo que llevas un tiempo así.

—Bueno… —Me pasé la mano por la mejilla, pensativo. No tenía claro cuál era la respuesta correcta—. Algo raro sí que estaba.

Me sorprendí a mí mismo al reconocerlo de forma tan abierta.

—¿Quieres hablar de ello?

Dudé.

—Yo…

—Digamos que sé cosas.

—Sabes cosas —repetí, de repente cauteloso.

—Sé cosas, pero lo que no sé es si esas cosas van bien o van mal. —Se removió incómodo en la silla—. Nadie me ha comentado nada, solo me he dado cuenta. No sé si porque soy perspicaz o porque sois evidentes.

Mi corazón se saltó un latido. Joder, joder, joder. Estaba claro que sabía más de lo que aparentaba. Me tapé la cara con las manos y resoplé agobiado. Aquello era un marrón.

Intenté convencerme de que quizá no se refería a lo que yo pensaba. Igual era cualquier otra cosa sin importancia.

—¿Qué es lo que sabes? ¿O lo que crees que sabes?

—Me parece mucha casualidad que te hayas puesto «enfermo» —dijo, entrecomillando la palabra con los dedos— al mismo tiempo que Johan, pero que yo siga sano como un roble.

¿Johan estaba enfermo?

—Tendrás las defensas altas —lancé aun poco a la desesperada.

Fabian levantó la ceja y me miró como si le hubiera contado la mayor trola del mundo.

—Me debes de ver cara de estúpido —soltó, negando con la cabeza—. Los dos vais por la vida como si os hubieran roto el corazón.

Pues sí que lo sabía. Genial. Maravilloso. Todo era increíble.

Me tapé la cara con las manos, agobiado.

—¿Entonces? ¿Qué ha pasado entre vosotros? Hace tiempo que me da la sensación de que las cosas no van bien.

—No ha pasado nada. No hay nada.

—¿Cómo que nada?

—Pues que nada va ni bien ni mal, porque no hay nada —repetí.

—Y supongo que tú sí que querrías algo —añadió sin molestarse en preguntar. Luego, puso cara de no entender nada—. ¿A Johan le va el rollo sin compromiso? No me pega para nada con él.

—Sinceramente, me importa una mierda lo que le vaya o no —me quejé, harto de aquella conversación.

Si hubiera querido hablar con él, pensar en él o cualquier cosa similar, habría ido a trabajar.

—Entonces, ¿os habéis dejado o algo así? —A veces me daba la sensación de que Fabian tenía el mismo tacto que un cactus—. No me mires así, soy experto en relaciones fallidas.

Noté el rencor con el que dijo aquella frase. Me dio la impresión de que yo no era el único que tenía problemas amorosos.

Agité la cabeza. Cuando Johan supiera que Fabian lo sabía, se iba a volver loco.

—Joder, me va a matar —me lamenté—. Ya de por sí es complicado, como para que, aún por encima, la gente lo sepa…

—Yo no le voy a decir nada, así que será como si no lo supiera —aclaró—. Te lo juro, no volveré a fallarte de nuevo.

No me parecía que fuera la mejor situación, pero, visto lo visto, me tenía que dar con un canto en los dientes.

—¿No te parece mal? —Teniendo en cuenta lo mal que le había parecido que me subieran al Instagram de la F1, ya me esperaba cualquier cosa.

—¿A mí? ¿Por qué iba a parecerme mal? Ya te dije que el mecánico que me gustaba era el del gato trasero —bromeó—. No soy muy de ingenieros.

No pude evitar sonreír. Me daba la sensación de que estaba poniendo todo de su parte para levantarme el ánimo.

—No lo sé, por ser quien es. Por la posición en la que estamos.

—En realidad, no me puede importar menos con quien te acuestes. Sé que no te has beneficiado de esa relación, así que, por mí, no hay problema. Lo único que no me parece bien es que te haga daño.

—Estaré bien, no te preocupes. No es nada.

—Pues para no ser nada, dile a Johan que se controle, porque lo de ir con marcas en el cuello es muy de adolescentes —dijo señalándome con el dedo la zona afectada.

Me llevé la mano a ese punto mientras notaba cómo me sonrojaba sin remedio.

—Joder, lo mato.

—A ver, vamos a lo importante, ¿cómo la tiene?

CLASIFICACIÓN 21

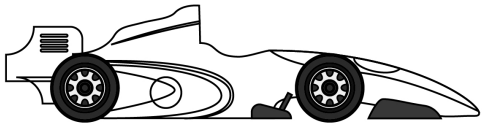
Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	377
2	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	296
3	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	286
4	Axel Devin	Hygge F1 Team	264
5	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	260
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	184
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	140
8	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	91
9	Bergen Müller	Vortex Engineering	88
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	40
11	Dibra Berisha	Starlight GP	22
12	Felipe Costa	Titan Performance	20
13	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	19
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	15
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	12
16	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	2
17	Luca Bianchi	Nitro Racing	2
18	Mateo González	Velocity Dynamics	2
19	Andrés Fernández	Starlight GP	1
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Quantum Racing	561
2	Phoenix Racing Team	556
3	Hygge F1 Team	550
4	Thunderbolt Racing	231
5	Vortex Engineering	128
6	Titan Performance	35
7	Eclipse Motorsport	31
8	Starlight GP	23
9	Velocity Dynamics	4
10	Nitro Racing	2

44



Axel

Noviembre 2025

Había pocas cosas que podrían haber pasado para evitar que Ethan se hiciera con el campeonato de pilotos a falta de tres carreras para terminar el mundial. Si tenía que ser sincero, me daba muchísima rabia no haber estado a la altura de las circunstancias y no haber podido pelear por el primer puesto. El australiano había hecho una temporada increíble, no tenía palabras para expresar lo mucho que se había lucido. El Quantum era el mejor coche de la parrilla en la actualidad y, si revisaba las clasificaciones de Ethan a lo largo de los veintiún grandes premios que llevábamos, era algo sorprendente. Todas las carreras que había conseguido terminar, lo había hecho subiéndose al podio. Era una locura y, en parte, podía notar cómo la envidia me corroía por dentro.

Once victorias. Cuatro segundos puestos. Dos terceros. Aquellas eran las increíbles posiciones en las que el piloto había terminado en

los diferentes grandes premios. Si no fuera por los cuatro abandonos, el resultado habría sido muchísimo más brutal.

Dejé escapar un suspiro triste y me quedé mirando al techo. Aquella temporada había sido buena, pero no increíble. Fabian había tenido oportunidades y habíamos sido el equipo más fiable de toda la parrilla; sin embargo, no había sido suficiente. Ojalá una victoria en Mónaco me ayudara a quitarme aquel mal sabor de boca.

La siguiente temporada estaba llena de incógnitas. Andrea tenía muchas ganas de que lográsemos cosas juntos, pero me daba la sensación de que las mejoras del coche no llegarían a ser suficientes.

Me incorporé en la cama al notar mi nuevo teléfono vibrar en la mesita de noche. Teníamos tres semanas de parón antes de la próxima carrera y, aquel miércoles, había decidido tomármelo con un poco más de calma. Llevaba dándole vueltas a todo desde hacía un par de días, lo que había derivado en un dolor de cabeza bastante desagradable.

Me encontré un mensaje de mi representante y tres llamadas perdidas suyas. No tenía una relación muy cercana con ella, la dejaba trabajar sabiendo que conseguiría lo mejor para mí. Cuando me llamaba, era porque tenía algo urgente o importante que decirme.

Me llevé el teléfono a la oreja y esperé el tono.

—Axel, por fin te localizo —dijo con la respiración agitada y el ruido de los coches de fondo. Parecía que iba andando a paso apurado por la calle—. ¿Tienes planes para esta noche?

Miré el reloj para comprobar que eran casi las ocho de la tarde. No tenía ningún plan, mi idea era meterme en cama y descansar

hasta el día siguiente.

—No, no tengo nada —respondí algo extrañado.

—Perfecto, te mando por mensaje una dirección. Te ha invitado a cenar Dorian Edrick.

Abrí los ojos sorprendido. Dorian era el *team principal* de Quantum, y no había intercambiado con él más de un par de palabras a lo largo de toda la temporada.

—¿Quién irá? —pregunté con renovada curiosidad.

—Tú y él.

—¿Solos? ¿Y eso?

—Bueno, no quiero que te emociones antes de tiempo, pero tienen una oferta para ti, para la temporada que viene —anunció, y me levanté de un salto de la cama. El corazón me empezó a latir más rápido de lo normal mientras mi cabeza repetía en bucle las palabras que acababa de escuchar.

—¿Va en serio?

—Sí, me ha estado preguntando por tus cláusulas y luego me ha pedido una reunión informal. Sé que estaréis bastante ocupados estas semanas preparando el final de la temporada, por eso había planificado una cena hoy mismo. ¿Cómo lo ves? ¿Le mando confirmación?

—Sí, sí, por supuesto. Mándame la dirección por mensaje que me voy directo a la ducha.

—Ahora mismo. —Casi pude ver la sonrisa que tenía en la cara—. A por todas hoy.

La llamada se cortó y me fui desnudando de camino al baño. Me di una ducha rápida y me vestí lo más formal posible, sin llegar a ser exagerado. Si Fabian me pudiera ver diría que iba perfecto para

hacer deporte, pero nada más lejos de la realidad. Me había decantado por un polo blanco, un jersey azul marino y unos vaqueros. Me puse el abrigo por encima y salí de casa directo al ascensor.

La dirección pertenecía a un hotel de una cadena de lujo, con vistas al Hyde Park y ubicado muy cerca de mi piso.

Lo que eran poco más de tres kilómetros, se convirtieron en un trayecto de casi media hora debido al tráfico de la zona. Era lo peor de vivir en un lugar tan turístico.

Mi teléfono sonó mientras estaba esperando en un semáforo. En cualquier otro momento, habría comprobado el remitente de la llamada, pero teniendo en cuenta a dónde estaba yendo, di por hecho que era mi representante otra vez.

—Estoy llegando —la avisé tan pronto como descolgué—. He pillado tráfico.

—Axel. —A pesar de que solo pronunció mi nombre, noté cómo me paralizaba. Sentí frío.

—Papá —dije una vez superada la sorpresa inicial—. ¿Qué quieres?

—Saber cómo está mi hijo. ¿Acaso pido demasiado?

Me froté la boca, nervioso y enfadado. Las manos me temblaban al pensar en todo lo que había pedido, en todo a lo que había renunciado.

—¿Qué quieres? —repetí, y aquella vez escuché un resoplido por su parte.

—Que vengas a cenar, tu madre quiere verte.

Me reí de forma irónica. Por supuesto que sería mi madre la que quería verme. Para mi padre todavía no me había ganado el derecho

de compartir mesa con él. Lo toleraba para guardar las apariencias, pero a mí me estaba ahogando.

Cada mensaje, cada llamada, cada invitación eran como una piedra más en la mochila que llevaba sobre la espalda. Y me estaba ahogando. Llevaba tanto tiempo ahogándome que, si me seguía hundiendo, quizás no encontraría la forma de volver a la superficie.

Debía plantarle cara.

Debía ponerle punto y final.

—Tengo que consultar mi agenda —logré responder.

—Que sea la semana que viene, Axel —me advirtió antes de colgar el teléfono sin esperar respuesta.

Golpeé tres veces el volante con fuerza mientras la frustración salía de mi boca en forma de grito ahogado.

Cerré los ojos y cogí aire.

No pasaba nada. Lo tenía controlado.

Aquel no era el momento para perder los nervios.

Tracé una línea mental y dejé a mi padre apartado del otro lado. Estaba más que acostumbrado a ello. Dorian ni siquiera se daría cuenta.

En cuanto llegué a la barrera del aparcamiento, el portero me reconoció sin necesidad de que le dijera nada y me indicó dónde podía dejar el coche.

—Bienvenido, señor Devin. —El sonido de mi apellido me provocó nauseas—. Mi compañero lo guiará dentro —indicó con una sonrisa agradable.

—Gracias.

Aparqué donde me habían indicado y seguí al botones dentro del hotel. Aquel edificio era una locura, con una decoración sencilla y

elegante. Aunque lo que más me llamaba la atención eran las altas columnas, de color blanco, que había en la recepción. No tuve mucho tiempo de mirar nada con detalle, ya que me llevaron al ascensor y de allí hacia el restaurante. Atravesamos la zona de las mesas y cruzamos una puerta que nos llevó a un pasillo de pequeños salones individuales. El hombre dio dos toques en una puerta antes de abrirla para dejarme pasar. Dentro me esperaba de pie Dorian Edrick, mirando por la ventana.

La iluminación era cálida y, en medio de la estancia, había un par de sofás colocados de forma estratégica para poder contemplar las vistas, con una mesa de café colocada enfrente.

—Axel —dijo en cuanto nuestros ojos se encontraron—. Gracias por reunirte conmigo de forma tan precipitada.

Me tendió la mano y se la estreché con firmeza. Si algo había aprendido de mi padre era que los nervios debían quedar ocultos, así que sonreí con confianza, como si aquello fuera algo que hiciera todos los días.

—Un placer, Dorian, me alegro de volver a verte. —La diferencia entre él y Johan era palpable. No solo en tema de edad, Dorian rondaría los cincuenta, sino que se mostraba mucho menos accesible, haciendo que me pareciera extraño tutearlo de esa manera—. Has elegido un sitio muy bonito.

El hombre sonrió con franqueza.

—Conseguí que tu agente me comentara la zona por la que vives y quise buscar algo cerca. Este hotel es de un buen amigo, y nos da la intimidad que buscamos. Lo que menos me apetece es que salgamos en las noticias mañana, cuando todavía no hay nada que anunciar.

Sonreí, dándole la razón. Las especulaciones estaban siempre a la orden del día, pero confirmar una reunión entre un piloto y un *team principal* de otro equipo era algo que llamaba demasiado la atención.

—Te lo agradezco.

Dorian señaló los dos sofás y ambos tomamos asiento. El maitre se asomó por la puerta después de dar dos suaves toques, avisando de su presencia.

—¿Qué bebes? —me preguntó Dorian.

—¿Tienen Meursault o un Chardonnay de Borgoña? —Hice uso de las enseñanzas de mi padre a la hora de pedir un buen vino blanco.

—Sí, caballero, en particular tenemos un Meursault 2018 de la bodega Domaine Jean-Marc Roulot. Es un vino excelente.

Fingí pensármelo un par de segundos antes de responder.

—Suena perfecto. Me encantaría probarlo.

—Lo mismo para mí —añadió Dorian.

—Ahora mismo.

Una vez que nos quedamos solos, me giré hacia el jefe de equipo, que me miraba con un gesto bastante complacido.

—Creo que no he tenido la oportunidad de felicitaros por la victoria de Ethan en Brasil. Tenéis un coche increíble.

—Gracias. —Sonrió satisfecho—. Lo cierto es que sí, aunque la fiabilidad ha sido nuestro eterno pendiente esta temporada. Quizás por eso el campeonato de constructores está tan reñido.

—Y no vamos a ponéroslo fácil —bromeé sonriendo, sacándole una breve carcajada.

Dorian parecía relajado, al contrario que yo, que estaba hecho un manojo de nervios. Llevaba desde que me había sentado en aquel cómodo sofá pensando en mantener mis manos quietas, haciendo un esfuerzo activo por mi parte para no dejar ver el desasosiego que sentía.

—Ya contaba con ello.

El maitre colocó dos copas sobre la mesa y luego sirvió un poco de vino, antes de dejar la botella en la hielera y darnos intimidad. Cogí la copa y me la llevé a los labios. Aquel era uno de los vinos favoritos de mi padre y quizás eso me hacía aborrecerlo. A pesar de ello, bebí un pequeño sorbo antes de dejar la copa sobre la mesa. Dorian, que me había imitado, asintió complacido por mi elección.

—No solo eres un gran piloto, sino que entiendes de vino. Cada segundo que pasa me caes mejor.

Sonreí, algo incómodo pero manteniendo la compostura. Lo mío no era la elegancia, ni los vinos caros. Lo mío era entrenar hasta que no podía más, dejarme la piel en ello y beber bebidas energéticas o café en grandes cantidades para mantenerme despierto y alerta.

—Hay cosas que se aprenden sin quererlo, supongo.

—Veo que no solo te inculcaron la pasión por el deporte. Tu padre te enseñó bien.

Noté algo desagradable extendiéndose por mi pecho. Una mezcla de rechazo, vergüenza y asco. Detestaba que me comparasen con él, lo odiaba. Si el jefe de Quantum quería extender el legado de los Devin, se iba a encontrar una piedra en el camino: yo.

Me mordí el labio mientras una sonrisa irónica se me dibujaba en la cara sin que pudiera evitarlo.

—Sí, ya sabes, lo que no se aprende por las buenas, se aprende por las malas. Y supongo que yo nunca fui un buen estudiante.

Me eché hacia atrás en la sofá y crucé las piernas. Me daba la impresión de que había hablado de más, sin embargo, empezaba a importarme una puta mierda.

Estaba harto.

Dorian se me quedó mirando un buen rato, analizándome. Luego se echó hacia delante en el sofá, adquiriendo una postura más informal.

—Tuve la suerte, o desgracia, de conocer a tu padre hace unos cuantos años en el *paddock* y, por razones obvias, hemos mantenido algo de contacto con el paso del tiempo. No es una buena persona, nunca lo fue. Sí que es cierto que en este mundillo hay que demostrar carácter: o pisas o te pisan. Supongo que la competencia es dura, pero hay cosas… —No pude controlar el gesto de sorpresa que se me pintó en la cara en ese momento. No me había esperado tanta sinceridad—. Cuando salió la noticia de que te había dejado tirado en el circuito, incapaz de asumir una derrota, me preocupó que hubieras heredado su carácter. Nadie quiere en su equipo un piloto que viene con mochila, y tu padre es la típica que ahoga. Quizás fue culpa mía, por mis prejuicios, pero ese fue el motivo principal para no haberte hecho una oferta el año pasado. Tus dos temporadas en la F2 fueron brillantes, y siempre supe que quería un campeón como tú en Quantum. Siento si te parece todo muy precipitado; me gusta ser directo y franco.

—No te preocupes —contesté, incapaz de decir nada más. Estaba demasiado impactado.

—Lo cierto es que tenía pensado invitarte a cenar, pero luego me dije a mí mismo que no quería hacernos perder el tiempo sabiendo que tampoco iba a obtener ninguna respuesta esta noche. Sé que tienes mucho que pensar. —Hizo una pausa para volver a beber un poco de vino y luego me miró con curiosidad, ladeando la cabeza—. También sé reconocer a un campeón cuando lo veo, por eso te quiero en mi equipo el año que viene, Axel. Estoy dispuesto a ofrecerte cualquier cosa para ello. ¿Quieres incentivos o bonos por rendimiento? Hecho. ¿Quieres mantener a tu ingeniero de pista? Hecho. ¿Quieres involucrarte en el desarrollo del coche? ¿Contratos de publicidad? Pide lo que estimes oportuno para que la próxima temporada vayas vestido de negro.

No habría podido decir nada aunque hubiese querido. Dorian me había dejado sin palabras y, a pesar de haberme ofrecido todo lo que cualquier piloto querría, se lo veía tranquilo, como si aquello fuera algo irrelevante.

—Vaya, no sé ni qué decir —contesté al final; tampoco quería ser desagradecido—. Me siento halagado, no me lo esperaba para nada.

—Eres una apuesta segura para mí, Axel. Incluso he adelantado trabajo con mi equipo de publicidad por si llegaras a aceptar y quisieras dejar atrás el apellido de tu padre. —Abrí la boca, pero no salió nada de ella—. Siento si me he metido donde no me llaman; también coincidí con tu madre hace años, siempre acompañando a tu padre, y Axel Novak puede ser el primero de tu legado familiar, sin presiones externas.

Mi legado familiar.

No quería actuar como un estúpido, aunque tampoco no era capaz de pensar con claridad.

—Yo…

—Entiendo que te hayas quedado sorprendido —continuó, sonriendo—, y disculpa la encerrona. —Dorian sacó un sobre del bolsillo de su americana y lo dejó sobre la mesa que teníamos delante. El sello de Quantum se veía en la esquina inferior del sobre —. Esta oferta no tiene caducidad. Si consideras que tu segundo año debe ser en Hygge, me parecerá bien, pero quiero que tu futuro sea en Quantum.

No podía apartar la mirada de él. Asentí mientras buscaba las palabras adecuadas. No las encontré.

—Lo pensaré —dije al fin.

Me tendió una tarjeta de visita con su teléfono.

—En cualquier otra ocasión, te daría el teléfono de mi secretario, pero esto es importante para mí. Tomes la decisión que tomes, avísame.

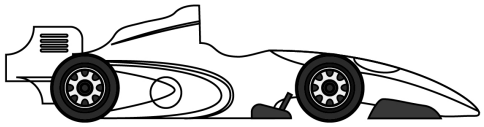
Luego se bebió el vino que todavía le quedaba en la copa y se puso en pie.

—Pídete algo de cenar antes de marchar, va a mi cuenta.

Nos dimos la mano como despedida; yo ya no podía decir nada más.

Me quedé mucho rato allí sentado, tanto que el vino, que todavía seguía intacto en la copa, se había calentado. No me habría esperado una reunión así bajo ningún concepto. Estaba en blanco.

45



Axel

Noviembre 2025

Recogí todas mis cosas del simulador y las metí en la mochila. Me había dado una ducha larga y era más temprano que de costumbre, pero tenía un vuelo que coger. Había meditado mucho sobre aquella invitación, hasta que al final había decidido aceptarla y presentarme a cenar en casa de mis padres. No me quedaría a dormir allí, eso no volvería a pasar, y no pensaba permitir que aquella situación se alargase más en el tiempo. Si me querían apoyar, que lo hicieran. Si querían renegar de mí, estaban en su derecho; sin embargo, no estaba dispuesto a recibir ninguna llamada pasiva agresiva más. No estaba dispuesto a volver a escuchar que estaba decepcionado, pero que quería que le hiciera un favor. No estaba dispuesto a oír a mi padre decir que todo lo que tenía era gracias a él. No estaba dispuesto a escuchar en boca de mi madre las palabras de mi padre.

Había soportado mucha mierda durante demasiado tiempo. Era hora de ponerle un punto y final.

Salí de la sala del simulador y me despedí del equipo que estaba trabajando para la próxima carrera. Después del pequeño parón, tendríamos el Gran Premio de Mónaco, por fin, y yo me jugaba todo. Además, aunque venía de conseguir varios podios, ansiaba con todas mis fuerzas volver a subirme al primer escalón.

Y hacerlo en casa era mi sueño.

No sería la temporada en la que me hiciera con el título; sin embargo, quizás todavía podía cerrarle la boca a mi padre.

Quizás la temporada siguiente tendría más opciones.

Quizás, vestido de negro, tendría la oportunidad.

Todavía no le había dado a Dorian una respuesta, y sabía que tendría que pronunciarme tarde o temprano.

El problema era que irme de Hygge significaría perder también a Johan, aunque apenas quedase nada de lo que teníamos.

—¿Todo bien? —me preguntó Andrea cuando pasé por su lado. Llevaba reunido con el jefe desde el mediodía y, por la cantidad de documentos que había sobre la mesa, no parecía que fueran a terminar pronto.

—Claro, ¿por? —No entendía la pregunta y, al mirarme en el espejo después de la ducha, me había visto buena cara.

—Es pronto —aclaró, y no pude evitar sonreír.

—Qué rápido os acostumbráis aquí a las horas extra —bromeé, y ambos nos reímos.

—Después de ocho meses, todo acaba siendo costumbre.

—Me voy a Mónaco a pasar la noche, volveré mañana —expliqué, y traté de que mi mirada no se cruzara con la de Johan. Al final, sin

poder evitarlo, lo miré de forma disimulada por el rabillo del ojo, y pude ver cómo se tensaba.

—Tráeme un recuerdo. Unos dulces o algo típico de allí —pidió Andrea dándose toquecitos con el dedo en la barbilla—. ¿Algo de chocolate quizás?

Negué con la cabeza sonriendo. No éramos amigos, pero sí habíamos ido mejorando la compatibilidad que no habíamos tenido en el primer momento.

—Veré si puedo hacer algo.

Me encogí de hombros y lance una despedida al aire. No quería darle a ciertas cosas más importancia de la que tenían.

—Axel. —Su voz. Su puta voz.

Giré la cabeza, mirándolo por encima del hombro. No quería acercarme más de la cuenta ni alargar un segundo más de lo necesario aquella conversación. Necesitaba que volvieramos a ser casi desconocidos. Además, estábamos en medio de la oficina, con gente a nuestro alrededor; sabía de sobra que no diría nada comprometido ni aunque le fuera la vida en ello.

—Buen viaje —me deseó, y pude ver todas las cosas que no me estaba diciendo—. Si necesitas… modificar en cualquier sentido la agenda de mañana, llámame.

Quizás me lo estaba imaginando, pero parecía que había una promesa escondida tras esas palabras.

—No le hagas caso —intervino Andrea, rompiendo el momento—. Si necesitas cualquier cosa, avísame a mí, que para eso estoy. No te lo dije antes, aunque, bueno, sabes que siempre estoy al otro lado del teléfono.

Asentí esbozando una pequeña sonrisa.

—Claro, gracias. Nos vemos mañana.

Salí de la sede de Hygge sintiendo que, en cualquier momento, Johan me llamaría o me agarraría del brazo, impidiéndome seguir caminando. Quizás era lo que más deseaba, pero no pasó y me subí al taxi sintiendo que mi casi algo con Johan se había terminado.

* * *

Llevaba un rato mirando la puerta cerrada de la que había sido mi casa durante casi dos décadas, aunque en aquel momento la sentía como extraña. La madera de las contras se había ido decolorando con el paso de los años, y no tenía el mismo tono oscuro que en mis recuerdos. A la fachada le había ocurrido lo mismo. La pintura se había ido descascarillando, y estaba seguro de que mis padres le darían una mano en cualquier momento. Bueno, contratarían a alguien para que lo hiciera.

Llevaba tres años fuera, desde que había cumplido la mayoría de edad, aunque en aquel momento se sentían como siglos. Quizás era yo, que ya no era el mismo.

Suspire y cerré los ojos, dejándome caer sobre la barandilla contra la que estaba apoyado. A pesar de que solo me separaban seis metros de la entrada, no me veía capaz de deshacer esa distancia.

—Vaya mierda —susurré para mí mismo.

Saque el móvil del bolsillo y desbloquee la pantalla.

Ni un mensaje.

Ni una llamada.

Nada.

Era difícil expresar con palabras la decepción que sentía en ese momento. No debería, pero, en el fondo, había esperado algo. No sabía el qué, pero algo.

Suspiré antes de caminar hacia la puerta.

46



Johan

Noviembre 2025

Tres carreras. Solo quedaban tres carreras y estábamos terceros en el mundial de constructores, a solo once puntos de Quantum. Mi sueño estaba al alcance de la mano. Todavía podíamos ganar y, aun así, llevaba unos días bastante molesto con todo el mundo. Los rumores estaban a la orden del día, pero había algunos que siempre acababan siendo ciertos. Esos últimos tenían un componente clave: los sabían pocas personas, no se comentaban mucho y no habían trascendido a la prensa. Por este motivo, cuando Andrea me comentó que había especulaciones de que Quantum quería fichar a Axel, algo se me removió por dentro.

El ingeniero me había dicho que no sabía nada, que se lo había oído a uno de los mecánicos aquella semana. Parecía que alguien había pasado por el centro de Londres y había visto el coche de Axel en el *parking* de un hotel, justo al lado del de Dorian.

Debería darme igual, una noticia como aquella no podía quitarme el sueño; no obstante, allí estaba, contemplando cómo iban pasando los minutos en el reloj. Había tenido tiempo de sobra para meditar sobre qué era lo que me molestaba, y la conclusión a la que había llegado era todavía peor. Lo que me jodía era que el propio Axel no me lo hubiera dicho, pero no tenía derecho a molestarme por eso. No éramos nada; nuestra relación seguía siendo solo profesional, yo mismo me había encargado de mantener las distancias las últimas semanas, y Axel lo había aceptado con una madurez envidiable. A pesar de ello, me dolía porque yo quería más. Mucho más.

Lo quería todo, aunque no pudiera.

—Johan, ¿me estás escuchando? —me preguntó Andrea al ver que pasaba de él—. Llevas unas semanas que parece imposible mantener una conversación contigo. Apenas soy capaz de retener tu atención más de dos minutos.

Me disculpé, porque no podía hacer otra cosa. Todo se me estaba escapando de las manos. Había esperado que el encaprichamiento que tenía con Axel fuera solo eso, pero, joder, los meses pasaban y yo estaba más y más…

—¿Se puede saber qué te pasa? —me soltó Andrea—. Y, por favor, ahorrémonos la parte en la que dices que nada y yo insisto.

Suspiré derrotado.

—Hay algo que no te he contado…

—La madre que te parió, Johan.

No hizo falta que especificara mucho para que mi amigo supiera qué estaba a punto de confesarle.

—No te pongas así, que todavía no te he contado nada.

—Tú crees que soy gilipollas. Te lo has follado, fijo. Eso explica vuestro comportamiento. —Se tapó la cara con las manos y ahogó un grito en ellas—. Joder, mira que te avisé de que era mala idea. ¿Nunca has escuchado el refrán de: donde tengas la olla, no metas la polla?

—Eh, calma. Nadie se ha follado a nadie.

—¿Ah, no? —preguntó como si no se creyera ni una sola palabra de lo que estaba diciendo.

—No, no llegamos hasta el final… —No me dejó seguir, me cortó de forma inmediata.

—Si hay un principio, seguimos en la misma situación.

Resoplé, agobiado. ¿Qué debería haber hecho? Aquella tarde en mi casa había sido un terrible terrible error, porque desde ese día no podía parar de pensar en ello. Me había resistido todo lo que había podido, pero la conexión que sentía con él, lo mucho que me importaba, había tirado por tierra cualquier intento de mantenerlo lejos.

Al ver que no añadía nada, Andrea volvió a insistir.

—Entiendo que no es solo eso lo que pasó entre vosotros, ¿verdad? O estabas muy oxidado después de estos años o ha tenido que suceder algo más.

—Eres imbécil —dije fulminándolo con la mirada—. Lo llevé a mi casa el otro día y…

—Y tienes la cara —me interrumpió de nuevo— de decirme que no te lo has tirado.

—Joder, ya vale, ¿no? —Aunque no quería enfadarme, la frustración que sentía había reducido mi tolerancia al mínimo—. La cosa es que le dije que era algo que solo podía pasar ese día, que no podía volver a repetirse, y he estado manteniendo las distancias con él desde entonces. —Andrea me juzgaba con la mirada, por lo que le respondí sin esperar a que formulara en alto sus pensamientos—. Ya, ya sé que era lo que tenía que haber hecho desde un principio, no empieces.

—No iba a decirte eso.

—¿Ah, no?

—Vale, sí, pero, bueno, entiendo que si no fuiste capaz al principio, ahora menos. —Resoplé, sintiendo que aquella situación me superaba. Siempre había sido capaz de gestionar todo como se esperaba de mí, sin involucrarme en lo emocional con nadie; sin embargo, Axel había sido capaz de meterse en mi cabeza como nadie había logrado nunca—. Supongo que, ya que no la viviste en su momento, has vuelto a tu época de adolescente.

—Estuve casado y muy enamorado de Norma. Lo sabes de sobra. Viviste toda nuestra relación.

—Ya sé que estuviste enamorado, aunque también sé que no estuviste dispuesto a renunciar a nada por ella. —Ya no estaba alterado. Me miraba como si intentara ver a través de mí—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Renunciar a la F1 o a Axel? Sabes tan bien como yo que todo acabará explotando. No vas a poder mantener las dos cosas mucho más tiempo.

Tenía razón, tenía toda la razón del mundo, y si alguien me lo hubiera preguntado hacía unos meses, sabría responder sin titubear.

En aquel momento, me encontraba atrapado entre lo que yo quería y lo que debería hacer.

—No voy a renunciar a la F1 —dije, y pareció que estaba intentando convencerme a mí mismo—; al menos, no por él. Lo de Axel se me pasará.

Andrea me miró con las cejas levantadas; no parecía haberse tragado ni una de las palabras que había dicho. Luego, como si supiera que era una batalla perdida, se encogió de hombros y se recostó contra el respaldo de la silla, poniéndose cómodo.

—Vale. Me parece una buena decisión. Espero no enterarme por la prensa de lo contrario. —Puse los ojos en blanco. Era lo que me faltaba, vamos—. Por cierto, hablando del niño prodigio, ¿te ha dicho algo de la oferta de Quantum?

—Que va. —Me pasé la mano por la boca mientras el hecho de estar a punto de perder a Axel me producía un escozor difícil de ignorar—. Ya te he dicho que hemos mantenido las distancias. No hemos hablado de nada personal.

—Bueno, es algo con lo que vamos a tener que lidiar. Quantum no ha confirmado que el asiento de Jan vaya a estar ocupado la temporada que viene. ¿Crees que están esperando por una confirmación de Axel?

—Es posible. El problema es que si Axel decide irse del equipo, vamos a tener que sentarnos a negociar, porque el contrato es multianual. Nadie lo retendría en contra de su voluntad, pero tampoco va a ser cuestión de minutos para firmar un papel. —Por mi cabeza estaban pasando todos los escenarios posibles—. De ser así, voy a tener que empezar a decidirme por otro piloto. Solo por si acaso.

—Entiendo que de F2 has descartado a todos.

—No todavía, aunque casi. Me jode haber dedicado un año a un piloto para que vaya a darles las victorias de su segundo año a otro equipo.

—¿Eso es lo que te jode? Si ganamos el campeonato de constructores, no sería ninguna pérdida de tiempo.

—Aún queda temporada. Pueden cambiar muchas cosas. No hay nada fijo.

—Bueno —dijo con más energía en la voz y echándose sobre la mesa hasta apoyar los codos en ella—, ¿nos ponemos ya con lo importante? —preguntó señalando la tablet y los informes que había hecho.

—Claro —respondí, aunque empezaba a plantearme qué era lo que de verdad importaba para mí.

…

Cuando me bajé del coche, en pleno centro de Londres, me di cuenta de lo mucho que me gustaba vivir en Oxford. Sin tanto tráfico, tanta gente, tanto ruido. Abrí el paraguas y caminé a paso apurado por la acera, intentando esquivar a los turistas que recorrían la zona detrás de un guía. Nada más llegar al restaurante, dejé el paraguas y la ropa mojada en el guardarropa, y caminé hacia el interior con paso decidido. No era la primera vez que estaba allí, ni era la primera vez que me iba a reunir de forma extraoficial con Dorian, solo que en esa ocasión estaba algo más nervioso que de costumbre.

Cuando nuestras miradas se encontraron, él levantó una mano y me sonrió. Se incorporó para saludarme tan pronto llegué a la mesa

y, tras unas palabras y palmadas en la espalda como si fuéramos amigos de toda la vida, tomamos asiento. Solo tuve tiempo de desabrocharme el botón de la americana para estar más cómodo antes de que el camarero me viniera a preguntar por la consumición. Pedí lo mismo que estaba bebiendo mi acompañante y, por fin, nos quedamos solos.

—He de decir que no me esperaba tu llamada —confesó mirándome con un brillo divertido en la mirada—. Sabía que los rumores llegarían a tus oídos, aunque no tan pronto.

Me encogí de hombros y le sonreí. No éramos muy cercanos, pero sí lo suficiente como para poder pasar un rato agradable.

—Es una característica propia de los rumores: vuelan.

—Ahí te doy la razón —aceptó después de soltar una pequeña carcajada—, aunque si lo que me vas a pedir es que retire la oferta, lamento decirte que estás perdiendo el tiempo.

Lo sabía, joder. No puse ningún gesto que delatara la comezón que sentía en el pecho y seguí con la conversación como si estuviéramos hablando de negocios.

—Entonces es verdad.

—Rara vez no lo es. Además, si no pensaras que lo era, no estaríamos aquí. —Le dio un trago al vino que estaba bebiendo y me miró levantando una ceja—. Me caes bien, Johan, pero no tenemos una relación tan estrecha como para que me propongas cenar sin más. ¿Verdad?

Por suerte, me trajeron la bebida y me ahorraron tener que responder.

—¿Por qué este año sí y el pasado no? —pregunté.

La curiosidad podía conmigo. El año anterior lo habría tenido mucho más fácil y le habría salido más barato. No sabía con exactitud qué le había ofrecido para irse a Quantum; no obstante conocía lo suficiente a Dorian como para saber que había hecho una apuesta ganadora.

—Bueno, supongo que por la misma razón por la que tú no lo querías en tu equipo a principios de temporada y ahora estás aquí sentado, hablando conmigo.

¿Por qué quería conservar a Axel en el equipo? La verdadera respuesta me estaba ahogando.

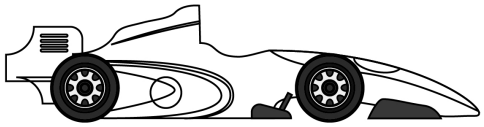
Me había esforzado muchísimo por llegar hasta donde había llegado, pero siempre habría gente que me sacaría años luz en cualquier cosa, y Dorian era uno de ellos. La diferencia de experiencia entre él y yo era abismal. Resoplé. Había perdido la batalla incluso antes de empezar.

—Supongo que ya podemos cambiar de tema y disfrutar de la cena.

Dorian soltó una carcajada.

—Te recomiendo las chuletas de cordero, es su especialidad —comentó señalando la carta con la mano antes de cambiarme de tema—. ¿Viste el partido del domingo?

47



Axel

Noviembre 2025

La mesa era demasiado grande para tres personas. Cada uno sentado en un extremo parecíamos una parodia mala de una serie de sábado por la tarde. Mi padre, en la cabecera, con su camisa abrochada hasta el último botón, un jersey de punto por encima y una corbata, parecía recién salido de una cena oficial. El pelo blanco, que llevaba peinado hacia atrás, era el único indicativo de los años que habían pasado por él. A mis ojos seguía siendo físicamente igual que hacía diez años, y tenerlo en mi campo de visión me producía tantos sentimientos desagradables que no estaba seguro de ser capaz de probar bocado.

Mi madre, sentada al otro extremo, encajaba a la perfección con él. El pelo rubio recién teñido, el traje de marca y sus joyas adornadas con diamantes hacían de ella la mujer perfecta. Como debía ser, como mi padre se había asegurado de que fuera cuando la

hizo firmar el contrato prematrimonial, atándola para siempre a una vida gris y vacía.

Y luego estaba yo, sentado en el medio, entre ellos, como había estado toda la vida. Me había vestido con un vaquero y un jersey de punto, que mi padre había mirado con desaprobación tan pronto crucé la puerta de casa. Otro recordatorio más de que, hiciera lo que hiciese, jamás sería lo que él quería.

Nunca estaría a la altura de sus expectativas.

—¿No te gusta la carne? —me preguntó mi madre al ver que llevaba un buen rato mirando al plato que tenía delante.

—Claro que le gusta la carne —contestó mi padre por mí—. Llevamos haciendo este plato cada vez que viene a cenar desde hace años. Vaya preguntas más estúpidas haces.

Cerré las manos en dos puños debajo de la mesa y apreté los dientes con fuerza. Desvié la mirada mientras pensaba en lo mucho que lo detestaba. En lo mucho que odiaba todos aquellos sentimientos desagradables que todavía me producía.

—Es curioso que digas eso —comenté con la mirada fija en su semblante. No le gustó que abriera la boca, él siempre había preferido que me mantuviera callado, centrado en las carreras—. Más que nada porque yo siempre pedía cerdo, y esto es cordero.

No sabía por qué me sorprendía siquiera que no recordara algo tan básico de mi vida.

—No sabes ni lo que dices —respondió restándole importancia a mis palabras, como siempre. Nada de lo que yo dijera era relevante.

—El que no sabe lo que dice eres tú.

Mis manos impactaron con fuerza contra la superficie de la mesa, haciendo que todo vibrara. Mi padre me fulminó con la mirada, como

si me hubiera sorprendido haciendo algo malo. Como si todavía fuera un niño al que pudiera regañar.

—Estate callado. —Sus palabras me golpearon con fuerza.

Era increíble cómo seguía teniendo tanto poder sobre mí por muchos años que pasaran. Y cómo no necesitaba ponerme la mano encima para hacer que mi mundo se tambaleara.

Me clavé con fuerza las uñas en las palmas de las manos. No pensaba dejar que me siguiera controlando.

—¿Para eso me acosas a llamadas pidiéndome que venga a cenar? ¿Para que me comporte como un perro y me quede sentado en una esquina?

—Eres un crío desagradecido. Parece que te olvidas rápido de todo lo que he hecho por ti. Si has llegado hasta donde estás ahora, es gracias a mí. Te vendría bien recordarlo.

Un año atrás, sin los patrocinadores y las oportunidades, mi padre me tenía controlado. No podría haber hecho nada que no fuera asentir y callar. En aquel momento, ya no lo necesitaba.

La oferta de Quantum era la prueba.

—Si querías que no me olvidara, quizás deberías haberme dejado unas cicatrices igual de visibles que las que tengo en las manos.

—Tienes la piel muy fina, hijo. Eres un Devin, y deberías comportarte como tal.

Me reí y me eché hacia atrás en la silla. Luego, me puse serio de golpe. Tenía todas las emociones a flor de piel, y solo una pizca de cordura me impedía ponerme en pie y empezar a reventar cosas.

—¿Sabes que tengo también, papá? La paciencia agotada. Estoy harto de ti, de tus llamadas, de tus comentarios pasivo-agresivos, de tu interés selectivo. Y voy a dejar de enumerar porque, como siga,

se nos hará de día, y tengo cosas más importantes que hacer que malgastar mi tiempo contigo.

Mi padre cogió la servilleta y se limpió la boca, aunque el gesto de desagrado seguía siendo evidente en su rostro. Después, me miró como si fuera un bicho molesto que se hubiera colado por una rendija de la ventana.

—Para estar tan cansado de todo, veo que sigues aprovechándote de ello. ¿Crees que alguien te hubiera dado una oportunidad si no fueras mi hijo? ¿Crees que alguien se sabría tu nombre? No eres nadie, Axel, ni lo serás nunca. Todo lo que tienes es gracias a mí.

Aquella era la respuesta que buscaba. Levanté una ceja y le sonreí.

—Curioso. Muy curioso que digas eso. No sé si te lo he contado —no lo había hecho—, pero hace unas semanas me reuní con Dorian Edrick; te manda saludos.

El gesto de mi padre se crispó de forma visible. Su relación había sido cordial porque a ambos les beneficiaba. Mi padre nunca tiraba piedras contra su propio tejado.

—Así que los rumores eran ciertos. Me preguntaba si mi hijo sería lo suficientemente estúpido como para reunirse con otro jefe de equipo después de tener una primera temporada tan lamentable. —Esperaba que sus palabras fueran hirientes, aunque me sorprendía que siempre encontrara formas nuevas de hacerme sangrar—. Si Hygge se entera, pueden molestarse, y no pienso interceder por ti. No quiero que sigas manchando mi apellido.

—Tienes razón, perdona —dije con sarcasmo—. Manchar tu apellido es lo último que quiero. Quizás, por ese motivo, lo mejor es

que acepte la oferta que me hizo Dorian y ocupe el asiento de Quantum la temporada que viene. También planteó un cambio de imagen y empezar a ser Axel Novak.

El cuchillo que mi padre tenía en la mano se resbaló entre sus dedos y golpeó el suelo. El silencio se hizo tan palpable que incluso se podía escuchar el movimiento de las agujas del reloj.

Cogí el tenedor y me llevé un bocado de cordero a la boca, reprimiendo una sonrisa.

—Está rico, mamá, te ha quedado muy bien.

Ella me miraba con una mezcla de sorpresa y algo más. Sus ojos brillaban con una especie de reconocimiento. Parecía orgullosa.

—Me alegro de que te guste.

Sabía que la réplica de mi padre iba a venir con fuerza y lo estaba esperando. Tal vez por eso no me sorprendió cuando se puso en pie, tirando la silla al suelo.

—¿Se puede saber qué cojones dices? —gruñó como si todavía siguiéramos hablando de lo mismo y no nos acabara de interrumpir a mi madre y a mí.

—¿Hace falta que te lo repita? —Volví a pinchar un trozo de carne—. Dorian me propuso cambiar el apellido, ya sabes, para dejar de manchar tu legado. Solo fue una idea, nada relevante para el contrato, pero es interesante poder tomar esa decisión por mí mismo.

—¿Cómo te vas a cambiar el apellido? Es ridículo, eso no se hace. Es tu marca de identidad, ¿crees que los patrocinadores aceptarán ese cambio? El público te conoce por Devin, tomar una decisión tan estúpida solo te traerá malos resultados. Además, en la F1, sin patrocinadores, no hay dinero, y sin dinero, no se corre.

—Esa es tu opinión. Si unos se marchan, otros vendrán. No es asunto tuyo.

—Mientras lleves mi apellido, todo lo que hagas es asunto mío.

Me reí.

—Sinceramente, no he tomado una decisión al respecto, pero tu opinión me importa entre cero y nada. No quiero más llamadas con sermones, ni miradas afiladas. Me importa una mierda que quieras conseguir a través de mí todas las victorias que no lograste. Estoy contento con lo que estoy haciendo, y seguiré construyendo méritos propios. Si quieres apoyarme, me parecerá genial, y si no, perfecto, limítate a mantenerte al margen. No intentes controlar mi carrera.

—¡Fuera de mi casa! —gritó mi padre señalando la puerta.

No esperaba nada de él y, aun así, me decepcionó de todos modos.

—Claro.

—No, Axel. No tienes que irte —intervino mi madre mientras me levantaba.

No quería pasar más tiempo bajo aquel techo.

—Sí. Tiene que irse —repitió él, fuera de sí—. Volverá cuando fracase.

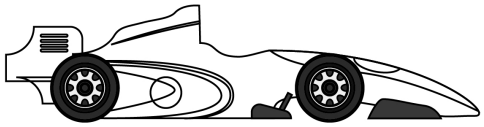
—No cuentes con ello.

Le di un abrazo a mi madre, que me miraba con lágrimas en los ojos. Sabía que ella también se estaba ahogando en esa casa. Esperaba que, en algún momento, tuviera las fuerzas necesarias para salir de allí.

Me fui dando un portazo.

No sabía lo que me depararía el futuro, pero yo sería el que tomaría las decisiones de ahora en adelante.

48



Axel

Noviembre 2025

Fabian llevaba casi media hora tirado en el sofá mientras lloraba de la risa a mi costa. La cuenta de la F1 había hecho una recopilación de mis «mejores» momentos de lo que llevábamos de año para felicitarme el cumpleaños, y el resultado habían sido dos minutos de memes y momentos vergonzosos. Para mi desgracia, la risa de mi compañero era contagiosa, y me había hecho sonreír en más de una ocasión. Al menos, alguien lo estaba disfrutando.

—Este es el mejor día de mi vida —dijo al tiempo que se limpiaba las lágrimas—. Estaba teniendo una semana de mierda, pero esto… esto es arte. Me lo tatuaría en la frente si pudiera para hacer reír a todos a mi alrededor.

—Eres gilipollas —protesté, lanzándole un cojín y fulminándolo con la mirada.

—Creo que no deberías afirmar ese tipo de cosas; al menos, no después de que más de treinta millones de personas te hayan visto tropezando con cualquier cosa: un cable, una manguera, un pie, una silla, incluso mientras te bajabas del coche…

—Que sí, que sí, que lo he captado —gruñí, tapándome la cara con las manos.

Qué asco de vida.

Mi padre había tenido el detalle de mandarme un mensaje. El problema era que no había sido una felicitación por mi cumpleaños, sino un comentario sobre lo patético que resultaba que hubieran hecho aquel vídeo sobre mí.

—¿Estás de mal humor? Puedo enseñarte un vídeo que te alegrará el día…

Se arrimó a mí, con el móvil en alto y una sonrisa malvada en la cara. Lo aparte con la mano, sabiendo de sobra cuáles eran sus intenciones.

—No quiero ver mi puto vídeo otra vez, joder —protesté enfadado.

Aquello sólo sirvió para que Fabian se volviera a reír sin control.

Llevábamos demasiado tiempo con aquella tontería. Si fuera al revés, él se habría picado en serio.

—Perdona, perdona, ya paro. Es que ya te digo que estaba teniendo un día de mierda.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —pregunté preocupado.

El humor de Fabian había sido una montaña rusa durante todo el año. A pesar de que llevábamos una racha en la que parecía que nos volvíamos a llevar bien, habíamos tenido muchos momentos tensos.

—Me preocupa mi futuro.

—¿A qué te refieres?

—Todavía tengo un año más de contrato con Hygge, pero después…, no sé qué pasará conmigo. No he hecho ninguna temporada increíble, solo un par de ellas decentes.

—Yo creo que la de este año es más que decente.

Negó con la cabeza, frustrado.

—Llevo muchos años en esta categoría, y he visto cómo la competencia es brutal. O consigues resultados o te sustituyen por otro más joven, con un potencial mayor.

—Hablas como si fueras un vejestorio.

Aquello le sacó una pequeña sonrisa; aun así, lo notaba afectado.

—No lo entiendes.

Aquella era una de las cosas que más odiaba de él. Me conocía lo suficiente como para saber lo mucho que me esforzaba, pero creía que sin el apoyo de mi familia yo no estaría donde estaba, y eso me daba muchísima rabia. No sabía si lo decía porque no me consideraba un gran piloto o porque él había tardado mucho más en llegar a donde yo había llegado ese año.

—Cierto, perdona. A veces se me olvidan mis privilegios. Ya sabes, cosas de enchufados. —Las palabras tuvieron el efecto esperado, porque Fabian resopló frustrado.

—No es lo que quería decir. Tú no tienes la culpa.

—No tengo la culpa, aunque sí la ventaja. Me lo has dejado claro muchas veces.

—No van por ahí los tiros.

—¿Ah, no? Sorpréndeme entonces.

—Cuando era pequeño tenía un mejor amigo, Jari —empezó, y supe que me iba a contar algo importante para él, porque la voz le sonó algo más grave de lo normal—. Estuvimos compitiendo juntos muchos años, incluso compartimos los mismos patrocinadores. Un día, el dinero dejó de ser suficiente para los dos. Habíamos subido en las categorías y todo era mucho más caro. Se necesitaban más juegos de ruedas, más pruebas, más viajes; más gasto, en definitiva. Mikko Litmanen llevaba apoyándonos a los dos desde su debut en la F1, allá por el 2006, pero había llegado el momento de elegir: él o yo. Solo uno podría seguir; el otro, bueno, el otro no podría continuar en las competiciones. Nosotros no teníamos un apoyo familiar como tú. No teníamos los recursos, y la decisión fue horrible. Digamos que no fue todo lo justa que debería, y al final me eligieron a mí. Por razones que no vienen al caso, mi amistad con este chico se terminó, y llevo desde entonces queriendo demostrarle a Mikko que tomó la decisión correcta al elegirme a mí. —Fabian se puso en pie y caminó hasta la ventana. Sin girarse a mirarme, dejó escapar un suspiro y pegó la frente al cristal—. Soy un fracasado, un fraude. Jari tenía mucho más talento que yo, y sé que no merezco estar aquí. Cada temporada que pasa en la que soy mediocre, soy más consciente de la realidad.

—Entiendo que lo estés pasando mal, pero es muy injusto por tu parte que lo pagues conmigo.

—Es que si yo fuera tú…

—No lo eres —lo corté. No me gustaba por dónde estaba yendo aquella conversación.

Fabian se giró y se acercó a mí. Yo ya estaba de pie, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Si mi padre fuera el tuyo…

—¡Joder, cállate! No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Quizás deberías aprender a mantener la puta boca cerrada para no decir barbaridades.

—¿Barbaridades? No sabes la suerte que tienes de ser hijo de Ross…

Mis manos se movieron antes de que pudiera evitarlo, propinándole un empujón que lo hizo caer de culo. Fabian me miraba con los ojos muy abiertos, desde el suelo, como si estuviera procesando lo que acababa de pasar.

—¿Crees que no hay rumores de la oferta que te hizo Quantum? Y da la casualidad de que te la hacen a ti, Devin, a pesar de que vas por detrás de mí en el campeonato —escupió furioso mientras se incorporaba.

Solté una risa irónica. Lo de la oferta era cierto, pero yo solo podía pensar en el trasfondo de lo que me estaba diciendo.

—¿Cuántas veces en tu vida has decepcionado a tu padre, Fabian? Dime el número exacto.

—¿Qué cojones dices? ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿No lo sabes? Curioso. Pregúntame cuántas veces lo he decepcionado yo.

—¿Qué?

—Pregúntamelo

—¿Cuántas veces has decepcionado a tu padre?

—Cincuenta y tres. ¿Quieres saber por qué lo sé? Porque son las veces que no terminé primero hasta que entré en la F4. ¿Quieres saber cómo lo sé, Fabian? ¿Quieres saberlo? Porque cada vez que lo decepcionaba, me pegaba. Sí, tu héroe, el hombre que te gustaría

tener como padre, es una mierda de persona. ¿Sabes por qué, en la entrevista de Avara & Co elegí el cinturón? Porque era lo que usaba mi querido padre para pegarme en las manos cuando perdía el control del coche. ¿Sabes cuántas veces pasó? Siete. Siete veces, Fabian. Pero, oye, ojalá hubieras tenido la suerte que tuve yo en la vida. Ojalá nos hubieran cambiado al nacer y ojalá nunca hubiera tenido que vivir algo así. Aunque ni siquiera se lo desearía a mi peor enemigo. Así que, Fabian, si no has tenido las mismas oportunidades que yo es debido a la suerte. Por lo demás, ya te pueden dar bien por el culo.

Dicho eso, salí de la habitación dando un portazo. Estaba harto de Fabian, de su condescendencia. De que solo se molestase en ver la paja en el ojo ajeno y le diera igual la viga en el propio.

Las emociones me estaban ahogando, y notaba tanta presión en el pecho que parecía que iba a ponerme a llorar; sin embargo, yo no lloraba. Ya no.

Caminé por los pasillos del hotel como un zombi hasta que encontré el número que estaba buscando. No debería estar allí, pero era la única compañía que necesitaba en aquel momento. Cuando las cosas no salían como yo quería, siempre era él. Me conocía mejor que nadie, y sabría qué decir para calmar la rabia que me recorría la piel. Daba igual que nos hubiéramos distanciado, seguía siendo demasiado importante.

49



Johan

Noviembre 2025

Aquel era un día importante para Axel; sin embargo, yo no había podido pasar ni un segundo con él. Después de nuestras idas y venidas, parecía que el chico había tomado la decisión por los dos; aunque yo no podía reprochárselo, me costaba aceptarlo. Sabía que todo había sido mi culpa, que mis prejuicios habían actuado por mí, tomando decisiones por los dos, decisiones que debía haberle dejado tomar a él. En aquel momento, tirado en la cama del hotel en Mónaco, fui consciente de muchas cosas.

De que me habría gustado pasar el día con él y celebrar su cumpleaños.

De que echaba de menos nuestros ratos juntos.

De que no tenía que haberme comportado como lo había hecho y que le debía una disculpa. Otra más. Llevaba acumulando cagadas desde hacía tiempo.

Pero, por encima de todo, me había dado cuenta de que, a solo tres carreras de terminar la temporada, estábamos a punto de ganar el mundial de constructores y yo me sentía vacío. Llevaba tantos años persiguiendo aquella meta que, cuando estaba a punto de cruzarla, sentía que no valía tanto si no tenía con quién celebrarla.

Y, por supuesto, tenía claro a quién quería tener a mi lado.

La llamada de Aaron me distrajo durante casi media hora. El pequeño tenía mucho que contarme porque en el colegio habían empezado a preparar cosas para Navidad y estaba muy emocionado. Parecía que la profesora iba a ayudarlos a confeccionar un disfraz de fantasma con unas sábanas viejas para representar Cuento de Navidad. Y yo volvería a perdérmelo todo, otra vez.

Cuando me quise dar cuenta, era bastante tarde. Fui directo a la ducha y dejé que el agua caliente me ayudara a eliminar un poco la preocupación que sentía. La carrera de esa semana era demasiado importante para todos. Por una parte, Fabian estaba luchando por el subcampeonato; a falta de tres carreras, estaba tercero. Por otro lado, Hygge también iba tercero en el mundial de constructores, aunque solo nos separaban once puntos de Quantum y seis de Phoenix. Cualquier error podría ser catastrófico.

Y, por último, estaba Axel, que se encontraba a punto de disputar la carrera que más veces lo había visto practicando en el simulador. Corría en casa, su padre lo iría a ver y estaba a solo veintidós puntos del tercer clasificado. Si las últimas carreras salían bien, acabaría en una posición extraordinaria para su debut. Incluso aunque no

sobresaliera, había sido increíble el progreso que había tenido. Esperaba que se sintiera orgulloso de sí mismo.

Además, también estaba la oferta que le había hecho Quantum para la temporada siguiente. Para ellos, la fiabilidad había sido un punto crítico a principio de año, pero, desde que habían implementado las mejoras a mitad de temporada, su desempeño había sido espectacular. Una oportunidad en un equipo como aquel para su segundo año en la competición… Era asombroso. Quién sabía si nosotros también tendríamos un coche a la altura para el año siguiente.

Nada más salir del baño, me puse ropa cómoda con intención de bajar al bar a coger algo para cenar. Los demás se habían ido hacía un par de horas, pero yo necesitaba revisar unos informes importantes.

Justo cuando acababa de ponerme la sudadera, unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Miré el reloj que tenía en la muñeca y no pude evitar extrañarme aún más. Eran casi las diez de la noche y no esperaba a nadie. Me pasé la mano por el pelo, todavía húmedo, colocándomelo de forma más o menos ordenada, mientras me acercaba a la puerta. Al abrirla, me encontré a Axel con cara de mal humor.

—¿Ax? —El diminutivo salió de mi boca sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Hacía tiempo que no hablábamos fuera del horario de oficina, y que estuviera allí me preocupó.

Sin molestarse en contestar, se coló en la habitación con un par de zancadas. Una vez estuvo en medio de la estancia, se giró, llevándose las manos a la cabeza, y dejó escapar un grito de frustración.

—¡Fabian es gilipollas! —soltó de golpe, y yo me apresuré a cerrar la puerta. Lo que menos necesitaba en aquel momento era que alguien llamara a recepción.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, acercándome a él con cautela—. ¿Qué te ha dicho?

Parecía alterado, y no sabía qué había causado que ambos discutieran. Aquella tarde los había visto pasando un rato juntos y parecían estar divirtiéndose.

—Las dos neuronas que tiene colisionaron y empezó a soltar gilipolleces por la boca. De verdad, ¿es que jamás se para un segundo a pensar las burradas que dice?

—Me encantaría darte la razón, pero me siento perdido.

—Resulta que tiene celos de mí. ¿Te lo puedes creer? Aunque ha hecho una temporada buena, solo puede ver mis «facilidades en la vida». —Acompañó la frase con un gesto de comillas con los dedos —. ¿Sabes qué me dijo el muy imbécil? Que le habría gustado tener un padre como el mío.

Apreté los labios con fuerza y cerré los ojos un segundo, lamentando las palabras que había soltado Fabian. Sabía que el piloto arrastraba ciertos problemas personales, pero la elección de palabras había sido desafortunada. Cuando volví la vista hacia Axel, este me miraba con los ojos algo más abiertos de lo normal y la respiración agitada. Estaba bastante alterado, y lo podía entender a la perfección; sin embargo, no tenía claro qué esperaba de mí. No sabía si quería que actuara como jefe o… como otra cosa. Si todavía estaría dispuesto a que yo fuera algo más para él.

—¿No vas a decir nada?

Me pasé una mano por la frente, intentando elegir las palabras adecuadas. Cuando al piloto se le iba la pinza, no había nada que hacer, solo recoger los pedazos de su destrozo. Menos mal que no pasaba todos los días.

—No sé qué decirte. Estoy seguro de que Fabian no lo dijo con mala intención, aunque sus palabras no fueran las más adecuadas. Ten en cuenta que lo único que se conoce sobre tu pasado son cosas buenas, con alguna excepción. Si tu compañero supiera lo que hay en realidad, no pensaría así.

—Ahora ya lo sabe.

Levanté las cejas, sorprendido. Vaya, aquello no lo había visto venir. No me esperaba que Axel le fuera a revelar esas cosas de su pasado a nadie más. Me preocupaba que la noticia trascendiera, pero lo podría arreglar hablando con Fabian. Quería que, cuando Axel decidiera romper su silencio, porque estaba seguro de que tarde o temprano pasaría, lo hiciera a su ritmo, a su modo y en la forma que más fácil y cómoda le resultara.

—Vale, ¿y cómo te sientes?

—Salí dando un portazo muy fuerte, así que en realidad eso fue lo que mejor me sentó. —Acompañó sus palabras con una pequeña sonrisa que hizo que me relajara.

Decidí bromear un poco más, intentando aligerar el ambiente. Lo había echado de menos.

—Si llego a saber que eso solventaría todos tus problemas, habría instalado una con esa finalidad en el *motorhome*.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa de verdad que le iluminó la mirada, y yo lo sentí como una victoria. Verlo así me hacía sentir

un montón de cosas por dentro en las que evitaba pensar y a las que todavía no había querido buscar nombre.

—Te veo relajado, Johan —comentó, divertido, alzando las cejas.

—Las duchas con buena presión hacen milagros.

En ese momento, Axel me miró de arriba a abajo y puso un gesto extraño.

—¿Ibas a algún lado? Si te molesto, me puedo ir.

—No. —Mierda, había hablado tan rápido que hasta había sonado un poco desesperado—. Quiero decir que no hace falta que te vayas. —«Eso, sigue arreglándolo»—. Iba a bajar a cenar.

—Ah, vale, perdona.

—No te disculpes por eso. ¿Tienes hambre?

Lo vi dudar unos instantes, aunque finalmente asintió.

—¿Prefieres bajar al restaurante o llamamos al servicio de habitaciones?

—Si no te importa, preferiría que nos quedásemos aquí.

—Claro que no, elige lo que quieras de la carta, que voy a llamar.

Media hora después, estábamos los dos tumbados en la cama, comiendo un plato de *Barbagiuan*: unos raviolis fritos rellenos de acelgas, queso fresco y arroz, un plato muy típico de Mónaco y que Axel solía comer de niño.

—¿Qué te parecen? —me preguntó después de haber engullido todo su plato en menos de diez minutos.

—Están buenos. —Había pocas comidas que a mí no me gustaran, y probar cosas nuevas siempre estaba bien—. ¿Quieres más? —pregunté ofreciéndole parte de mi comida.

—Qué va, estoy bien. Mi madre los hacía cuando yo era pequeño.

Dejé los platos en una de las mesitas de noche y me recosté sobre las almohadas con un brazo colocado debajo de la cabeza mientras lo miraba.

—¿Cómo es la relación con tu madre? —pregunté en voz baja. No estaba seguro de si él querría hablar del tema.

—Bueno, regular. —Axel se giró sobre sí mismo, colocándose bocabajo, con los brazos cruzados y la cara apoyada sobre las manos—. Hay una parte de mí que la quiere, es mi madre y creo que no podría no hacerlo. Tengo muchos recuerdos buenos. Pero, por otra parte, estoy muy enfadado con ella, por no haber sido consciente de lo que pasaba en aquella casa y no haberme salvado. No creo que pueda perdonarla nunca.

—Entiendo. —No quise decir nada más, no lo consideraba apropiado.

Solo quería hacerle saber que estaba de su parte y que lo iba a escuchar siempre que lo necesitara. No sabía si con aquella palabra lo había hecho sentir así, aunque lo esperaba de corazón.

—Sí, es complicado. Bueno, creo que debería irme a mi habitación ya. Es muy tarde y mañana es un día importante.

En cuanto dijo esas palabras, algo en mí se desinfló por completo. No quería que se fuera, pero tampoco estaba bien pedirle lo contrario. El problema era que él tampoco había hecho ningún amago por moverse, y eso me enviaba señales contradictorias.

Decidí jugármela.

—Puedes quedarte aquí.

Axel parpadeó un par de veces, mirándome con curiosidad antes de contestarme.

—¿Lo dices en serio?

«¿En serio? Ojalá te quedaras para siempre. Tengo toda la vida». Pero eso no lo dije en voz alta.

—Claro.

El piloto sonrió y negó con la cabeza. Supe que iba a rechazar la propuesta antes de que abriera la boca.

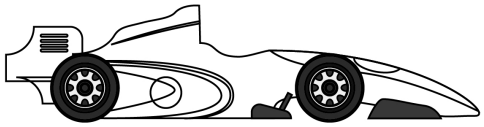
—No creo que sea buena idea, Johan. Te agradezco la cena y la charla, pero creo que es hora de que me vaya a mi cuarto.

—Claro —respondí, intentando que no se notara la decepción que sentía—. Descansa.

—Hasta mañana.

Me quedé mirando cómo se marchaba del dormitorio con el corazón encogido en un puño. Algo dentro de mí me gritaba que lo persiguiera, que lo retuviera a mi lado. La otra parte me recordaba que era mejor así. Que no le haría ningún bien. Que estaba mejor sin mí.

50



Axel

Noviembre 2025

Llevaba toda la mañana perdido en mis pensamientos. Apenas me había relacionado con nadie y, por supuesto, había ignorado todas las llamadas que mi padre me había hecho. No necesitaba ser demasiado listo para saber lo que quería: una foto con su hijo para la prensa. Johan había venido varias veces a interesarse por cómo estaba, incluso me había traído una botella de agua y una ensalada de pasta que ni siquiera me había molestado en abrir.

Andrea también se había pasado por allí para repasar la estrategia. Íbamos a ir a una parada, primero con medios y luego con duros. También habíamos comentado los planes B y C, pero esperaba que con el A fuera suficiente.

Yo, por mi parte, tenía la cabeza dividida y no podía parar de darle vueltas a la oferta de Quantum. Seguía sin saber bien qué decisión tomar al respecto. Podía marcharme a Quantum si quería, o

seguir compitiendo en Hygge. Renunciar a cambiar de equipo para la siguiente temporada no tendría por qué cerrarme ninguna puerta. Si todo me iba bien, Quantum la mantendría abierta. El problema era que no estaba seguro de querer dejar pasar la oportunidad, y mi mente era un completo caos.

Quedarme significaría seguir con Johan, con Fabian, con Andrea, con Matt… Estaba cómodo. Irme significaría empezar de cero, pero labrándome mi propio camino.

Había llegado a la F1 gracias al apellido de mi padre; sin embargo, aquel asiento en Quantum me lo había ganado yo solo, y esa realidad me hacía planteármelo más de lo que debería.

* * *

De camino al box, ya vestido, tuve que obligarme a comer una barrita de proteínas para no salir a correr con el estómago vacío.

Supuse que sabían la presión que sentía, ya que todos los ingenieros con los que me crucé me dieron una palmadita en la espalda, infundiéndome ánimos.

Justo cuando estaba a punto de girar el pomo de la puerta del box, esta se abrió desde dentro y Johan se precipitó al pasillo, cerrando a su espalda. De repente, estábamos demasiado cerca. Di medio paso atrás para evitar situaciones comprometidas, aunque, en aquel momento, con la vista fija en sus labios, la presión por la carrera se había disipado un poco.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano sin armar un escándalo. Si quieres que entre ahí y la líe, solo tienes que decírmelo. —La voz de Johan salió profunda y suave.

Al principio, lo miré confuso, pero poco después entendí su preocupación. No hacía falta que lo dijera en voz alta, sabía quién estaba del otro lado de la puerta.

—Ha traído a la prensa, ¿verdad?

El asentimiento de Johan me sentó como una patada en el pecho, quitándome todo el oxígeno que me quedaba en los pulmones. Bajé la vista al suelo mientras mil cosas iban pasando por mi cabeza a toda velocidad. No quería armar un follón, no quería que mi padre montara un espectáculo, solo quería ganar aquella carrera. Ganar en casa. Supuse que había puesto un gesto extraño, porque noté su mano en mi mejilla, levantándome la cara para que lo mirara solo a él.

—Si quieres que lo eche, solo tienes que decírmelo —repitió—. No me importa nada más. Dime que sí y no tendrás que verle el pelo hoy.

Me lo estaba diciendo con tanta convicción que no pude evitar sonreír.

—No pasa nada, está todo controlado. Ambos sabíamos que esto iba a pasar, me llevo preparando para este momento desde hace meses. Puedo con la carrera y puedo con mi padre —mentí.

—¿Estás seguro?

—No, pero vamos allá.

—Estoy contigo. No te voy a dejar solo.

No me hizo falta mirarlo a la cara para estar seguro de que decía la verdad. Sabía de sobra que, pasara lo que pasase detrás de esa puerta, Johan iba a estar conmigo. Quizás eso fue lo que me dio el valor para coger el pomo y girarlo sin titubear.

El box era un caos. Todos se encontraban ultimando los detalles, corriendo de un lado para otro. Fabian estaba mirando con Gjon unos datos en la pantalla del monitor, aunque parecía distraído. En cuanto entré por la puerta, una expresión rara pasó por su rostro antes de desviar la mirada a mi padre, que estaba charlando animadamente con Andrea. Por supuesto, ¿con quién si no iba a estar? Por suerte, íbamos con el tiempo justo, así que no tuve que fingir no tener hueco para una conversación y pasé de largo, directo al monoplaza. Casi pude sentir el momento exacto en el que los ojos de mi padre se me clavaron en la nuca. Noté cómo se movía por el box, como si estuviera en su casa, con esa actitud tan altiva, mientras yo seguía a lo mío, colocándome el *hans* con tranquilidad. Ross no apareció en mi campo de visión hasta que ya me había puesto el casco y verificaba que todo estuviera colocado.

—Hijo. —Su voz sonó tranquila, y mis ojos se cruzaron con los suyos. Era extraño que tuvieran un color azul tan claro, del mismo tono del cielo un día despejado, cuando todo lo que hacía era tan turbio.

Agradecí a la genética por haberme dado unos ojos diferentes a los suyos. No soportaría mirarme en el espejo y verlo más a él de lo que ya lo hacía. Por lo demás, éramos como dos gotas de agua.

No había hecho amago de responderle, pero tampoco fue necesario. Johan se metió entre los dos, ocupando todo mi campo de visión, y no pude evitar que una pequeña sonrisa me iluminara el rostro. Fui consciente de que se había dado cuenta porque su gesto se relajó de forma evidente.

Antes de hablarme, Johan se giró, buscando algo con la mirada. En cuanto localizó a Andrea, a un par de metros de distancia, señaló

a mi padre con el pulgar.

—Consíguele unos cascos y una silla.

—¡Claro! Devin, venga por aquí, por favor.

Supuse que dudó un poco antes de aceptar y acompañarlo, porque tardé en verlo alejarse de nosotros. Entonces solté el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Todo va a ir bien. Solo tienes que seguir haciendo lo de siempre —me alentó Johan, agarrándome a ambos lados del casco, impidiendo que pudiera desviar la mirada hacia cualquier lado.

En ese momento, quise besarlo. Habíamos quedado en que aquella relación sería algo casual, de un solo día, pero había sentimientos dentro de mí que cada vez se hacían más fuertes. Mi mirada descendió por su cara hasta llegar a sus labios. Los tenía pálidos y agrietados. Me moría por enterrarme en ellos y notaba cómo el deseo me recorría el cuerpo, por lo que volví a centrarme en sus ojos.

Pero fue un error.

Johan me miraba como si fuera consciente de por dónde habían divagado mis pensamientos.

—Yo… —Había tanto que le quería decir, tantas cosas.

—Hablamos luego, ¿vale? —En aquellas palabras iba implícita una promesa. No sabía de qué, aunque ahí estaba. Asentí mientras el corazón me latía de forma descontrolada—. Ahora sal ahí y hazlo lo mejor que puedas.

* * *

Llevábamos algo más de la mitad de la carrera cuando el aviso de Andrea me llegó a través de la radio.

—Va a empezar a llover. Estiman que en, como mucho, dos vueltas, llegarán las primeras gotas por la curva dieciocho.

—Recibido.

Maldije en silencio mientras intentaba pensar qué era lo mejor dada la situación.

—¿Pasamos al plan B?

Estaba cuarto, justo por detrás de Fabian, pero llevaba mucho mejor ritmo que él. Lo lógico sería que lo parasen primero, aunque en aquella pregunta iba implícitas muchas cosas. Si elegía el B, me pararían a mí primero, y podría llegar a hacerle un *undercut* a Fabian; sin embargo, luego me obligarían a devolverle la posición para que no pareciera que me estaban favoreciendo con la estrategia. Si elegía el C y la lluvia tardaba un poco más en llegar, yo mismo lo adelantaría en pista. Y, por último, estaba el plan A, que consistiría en mantenerme fuera e ir a una sola parada. El último era el que mayor riesgo conllevaba, pero quizás me permitiría sacarle suficiente ventaja a los demás coches para colocarme en primera posición. Había estado conservando neumáticos durante toda la carrera; si todo iba bien, podría terminar sin pasar por boxes. Por razones obvias, eso no lo comenté por radio.

—Preferiría seguir con el plan A —respondí, y solo me recibió el silencio.

Pasé por la línea de meta acelerando a fondo mientras reducía la distancia con Fabian en cada vuelta. Al pasar por el sector tres, las primeras gotas de lluvia hicieron acto de presencia; sin embargo, la pista estaba todavía demasiado seca. Sabía que Fabian entraría en aquel momento en boxes y que yo podía parar justo detrás de él.

Perdería los tres segundos de su parada, pero sería mucho peor si empezaba a llover de verdad.

—*¿Plan A?* —volvió a preguntar Andrea.

—*Sí.*

Vi como los tres coches que tenía delante se dirigieron al *pit* mientras yo me mantuve en pista.

En las siguientes vueltas, todo fue perfecto hasta el sector tres, donde la lluvia estaba empezando a caer con mayor intensidad. A pesar de ello, mi conducción seguía siendo impecable y les había sacado varios segundos al resto.

—*Axel.*

—*No todavía.*

Escuché un resoplido frustrado.

—*Axel, tienes una distancia de veintiún segundos con respecto al segundo. Si entras ahora, vas a salir por delante de Ethan.* —El piloto de Quantum que iba en segunda posición.

No quedaba demasiado tiempo para decidir. Si me mantenía en pista una vuelta más, podría salir de boxes en primera posición, siempre y cuando las condiciones de la pista fueran las mismas. Si empezaba a llover de verdad, como se llevaba previniendo…, perdería toda la ventaja.

—*Quiero seguir con el plan A.*

—*El plan A ya no puede ser. Está lloviendo demasiado, pasamos al plan C.*

—*No todavía.*

Andrea no paraba de preguntar en cada vuelta por mis sensaciones en la pista. Según él, perdía tiempo en la zona mojada, pero gran parte del trazado todavía estaba seco, por lo que aún

podía aguantar sin detenerme. Los demás lo habían hecho demasiado pronto.

—Cada vez la pista se está mojando más. Tenemos que parar ya —me dijo cuando el coche me deslizó en la curva quince al perder el agarre de las ruedas traseras.

—No todavía.

Era sencillo, si la pista se mojaba más, los que habían parado a poner *inter* irían más rápido. Si la lluvia no arreciaba y yo conseguía mantenerme en pista sin hacer otra parada, ganaría la carrera.

—Si tardas más en parar, vas a perder más posiciones todavía.

—Puedo llegar hasta el final.

—Axel.

—No. Sé lo que hago —protesté elevando la voz. Ya no le hablaba así a nadie, pero necesitaba concentrarme—. *Si no hago las cosas que me sugieres, no lo repitas diez veces más. Déjame solo en esto.*

Quedaban pocas vueltas. Si conseguía mantenerme en pista, a pesar de que me recortaran la distancia, cruzaría la línea de meta en primera posición con margen de sobra. Volvería a ganar. Ganaría en casa.

Al salir de la curva ocho, volvieron a hablarme por la radio, aunque esa vez no era Andrea quien me hablaba desde el otro lado.

—Axel —era Johan—, *no queremos asumir más riesgos. Paramos en esta vuelta.* —Su voz sonó firme y no permitía opción a réplica.

—Puedo llegar al final.

—Es peligroso, está empezando a llover en todo el circuito, y cada vez está más mojado al final de la vuelta.

—Solo son un par de vueltas más. No ganaremos si no asumimos algún riesgo.

—No, Axel. Paramos en esta vuelta.

—Joder, vale. Déjame solo. —Le había dado la razón, aunque en realidad no pensaba parar.

No volví a escuchar nada más por la radio y pude volver a concentrarme al cien por cien en la carrera. Solo quedaban tres vueltas, pero el asfalto estaba completamente mojado. El coche patinaba incluso en cuarta. Empezaba a ser difícil mantenerme en la trazada; no obstante, si quería ganar, tenía que hacerlo. Solo tres vueltas más. En cuanto pasé el túnel, vi el espray de un coche a lo lejos, posiblemente un doblado. Si me acercase a él, el agua me dificultaría más la visión, aunque, teniendo en cuenta el ritmo al que iba, no creía que fuera posible.

En la chicane del puerto, la tracción del coche fue una mierda y tuve que reprimir un grito de frustración. No necesitaba que nadie interviniera por radio. A ese paso, no lograría nada.

Joder, la lluvía ya podía haberse quedado del otro lado de la montaña.

Al salir de Tabac, el eje trasero se deslizó tanto que la rueda derecha debió de rozar el muro.

Daba igual, tenía que seguir.

No podía pensar en nada que no fuera continuar con la carrera. Tenía que ganar. Tenía que demostrarle a mi padre que era un campeón.

El problema era que la pista estaba demasiado mojada y las ruedas no tenían agarre.

Al llegar a la curva, el coche deslizó de más y, aunque intenté corregirlo, golpeé el muro. El volante giró de golpe, haciéndome daño, y tuve que soltarlo para que no me partiera las muñecas.

A partir de ese momento, todo pasó demasiado rápido. El coche daba vueltas sobre sí mismo mientras chocaba una y otra vez contra el muro.

Luego, todo se detuvo. Escuché mi respiración agitada y tenía un zumbido en los oídos. Miré a mi alrededor. ¿Dónde estaba?

Noté una presión en el pecho. Dolor. Un dolor asfixiante. Sentí frío y mi visión empezó a cerrarse.

—*Axel, ¿estás…?* —Un susurro dentro del casco, alguien me llamaba.

Quise responder. Abrí la boca.

—…

No pude.

Luego, todo se volvió negro.

GP MÓNACO



Circuito de Mónaco

24 De Noviembre De 2025

—Atención, acaban de sacar bandera roja y el coche de Axel está parado en la pista —gritó Thomas, poniéndose en pie y llevándose las manos a la cabeza.

—¡Madre mía cómo está el coche, cómo está el coche de Axel! —confirmó Veronika, impactada por las pocas imágenes que habían podido ver—. Esperemos que nos pongan la repetición, porque esto hay que verlo. El choque ha debido de ser brutal. ¿Ha chocado él solo?

—Sí, ha perdido el control y se ha ido contra las protecciones. Ese toquecito por delante… Madre mía, qué locura, ¿adónde ibas, Axel?

—Son las consecuencias de no haber parado. Ha desobedecido al equipo y esto es lo que ha pasado.

—El coche ha quedado destrozado. La parte trasera del monoplaza se ha desprendido por completo. No sé si esto llevará a una investigación por parte de la FIA.

—Nos van a poner la radio de los pilotos.

Radio de Ethan Walker:

—Bandera roja, bandera roja. Mantén el delta positivo.

—¿Qué ha pasado? ¿Está todo el mundo bien?

—No lo sabemos, no hemos visto ninguna imagen del accidente.

—¿Quién ha sido?

—Axel Devin.

Radio de Romain Lefevre:

—Joder, joder, joder, joder.

—Bandera roja, Romain, bandera roja.

—Joder, ha sido muy fuerte. El coche está destrozado. ¿Es un Hygge? ¿Es el de Axel?

—Sí, sí, es el de Axel.

—¿Él está bien?

—Te digo ahora, voy a comprobarlo.

—Joder.

—No tenemos información todavía.

—Por favor, joder, ¿todavía no se sabe nada?

—Todavía no.

Radio de Dibra Berisha:

—Bandera roja, bandera roja.

—¿Qué ha pasado?

—Un accidente, parece que ha sido fuerte. Todavía no hemos visto las imágenes. Mantén el delta positivo.

—¿En qué zona?

—Antes de la quince. Puede haber restos de fibra desde la trece.

—¿Quién ha sido?

—Axel Devin.

—¡¿Axel?! ¿Está bien?

—No lo sabemos. Recuerda entrar en boxes.

Radio de Fabian Anderson:

—Bandera roja, bandera roja, bandera roja. Reduce la velocidad y mantén la distancia con el coche de delante.

—¿Es el coche de Axel? ¡Oh, joder! ¿Está bien? ¡Colega, dime que está bien!

—Aún no sabemos nada.

—Joder, el coche estaba partido a la mitad.

—Eh, sí, sí. Ha impactado a mucha velocidad.

—¿Cómo está Axel?

—No sabemos nada todavía.

—Por favor, joder, dime algo.

—Está bien, Axel está bien. Ha llegado el coche médico y ha salido por su propio pie.

—Joder, menos mal. Su coche parecía un lego…

A través de las pantallas, volvieron a enfocar al joven piloto, que acababa de salir del coche.

—Axel está bien. Parece un poco conmocionado, pero el médico ya se encuentra con él. El piloto ha salido por su propio pie y eso siempre es una buena señal —explicó Veronika.

—Ojo con la situación que tenemos. A falta de tres vueltas para terminar, no sabemos todavía si se hará un relanzamiento de carrera o decidirán darla por finalizada.

En ocasiones como aquella, a veces la FIA daba por concluido el gran premio sin relanzar la carrera, tomando la clasificación del último paso por la línea de meta.

—Teniendo en cuenta que Axel iba en cabeza, no le van a dar la victoria al piloto que se ha estampado. Van a relanzarla sí o sí.

—Tienes razón, sería demasiado polémico —apuntó el comentarista.

—Tal y como están las cosas ahora, Romain sería primero, seguido por Fabian y Ethan. Esto es un varapalo para Hygge, ya que uno de sus coches va a sumar un cero pelotero para el campeonato de constructores, a falta de dos carreras para terminar el mundial.

—Si mantienen esas posiciones, Phoenix sería primero con quinientos noventa y dos puntos, seguido por Hygge con quinientos ochenta y cinco y Quantum con quinientos setenta y nueve. En este caso, se han excedido en ambición y les ha salido el tiro por la culata. Después de la carrera, podremos ver las explicaciones que Johan Torger dará sobre el accidente.

—El jefe de equipo no está nada contento. Ha abandonado el box después de arrojar los cascos contra la mesa —confirmó Veronika.

Todos los coches estaban en la calle de boxes. La mayoría había optado por un cambio de neumáticos, pues la lluvia había parado. Los comisarios ya habían terminado de limpiar los restos del coche de Axel de la pista y estaba previsto que la carrera se relanzase en los próximos minutos. Aquellas tres vueltas no iban a alterar mucho

más la carrera, porque en el circuito de Mónaco era imposible adelantar.

Tres vueltas después, la bandera a cuadros ondeaba en la línea de meta, dando por finalizado el gran premio, confirmando el resultado que los dos comentaristas habían previsto.

—Bueno, pues al final Hygge no ha conseguido recortar tantos puntos como esperaba a sus dos competidores —dijo Veronika después de que salieran las tablas con la clasificación actualizada.

—Correcto, ha sido un duro palo para el equipo.

—Por otro lado, los que están de celebración son los de Phoenix, que han aumentado su ventaja con respecto a los otros dos equipos. Romain ha sabido mantenerse con la cabeza fría toda la carrera, y al final ha obtenido la victoria.

CLASIFICACIÓN 22

Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	385
2	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	329
3	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	308
4	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	284
5	Axel Devin	Hygge F1 Team	256
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	194
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	146
8	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	95
9	Bergen Müller	Vortex Engineering	83
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	46
11	Dibra Berisha	Starlight GP	24
12	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	19
13	Felipe Costa	Titan Performance	18
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	15
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	12
16	Andrés Fernández	Starlight GP	2
17	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	2
18	Luca Bianchi	Nitro Racing	2
19	Mateo González	Velocity Dynamics	2
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Phoenix Racing Team	592
2	Hygge F1 Team	585
3	Quantum Racing	579
4	Thunderbolt Racing	241
5	Vortex Engineering	129
6	Titan Performance	33
7	Eclipse Motorsport	31
8	Starlight GP	26
9	Velocity Dynamics	4
10	Nitro Racing	2

51



Johan

Noviembre 2025 - El Accidente De Axel

Noviembre 2014 - El Accidente De Johan

El golpe fue brutal. Axel había perdido el control del vehículo justo antes de llegar a la curva. Iba demasiado rápido cuando la parte trasera golpeó contra las protecciones. En cualquier otro circuito, donde había escapatorias y la pista era más ancha, que el coche derrapase de esa manera se resolvería con un suave golpe. En un circuito como aquel, el accidente fue bestial.

Estaba acelerando todo lo que podía. Iba a conseguir aquel estúpido record solo para poder echarle en cara a mi compañero que podía hacerlo. Llevé el pie hasta el final del recorrido del acelerador

en la recta principal y, al igual que en los entrenamientos, el coche se sentía muy poco estable.

El primer impacto hizo que me llevara las manos a la boca, el segundo hizo que me pusiera en pie y al tercero me sujeté la cabeza con las manos.

Después de perder el control del coche, este empezó a girar sobre sí mismo, fuera de control. El morro del Hygge golpeó contra una de las vallas, provocando que se desviara por completo hacia las protecciones del otro lado de la pista.

Iba a más de doscientos ochenta kilómetros por hora cuando sufrí el pinchazo en la rueda delantera derecha, perdiendo el control del vehículo e impactando contra las barreras con una fuerza de 27G.

Las partes del alerón y los pontones fueron desprendiéndose mientras el coche se dirigía sin control hacia el vértice de la siguiente curva, golpeando contra esta de forma lateral. El impacto fue terrible; el chasis se rompió y se desprendió por completo el tren trasero del monoplaza. Se había partido en dos.

Como piloto, había apretado el acelerador sin importarme nada más. Como jefe de equipo, no había sido capaz de mantener a mis pilotos a salvo cuando era mi responsabilidad. Sus vidas estaban en mis manos, y yo no había estado a la altura.

Había fallado de nuevo.

El coche dio varias vueltas sobre su eje, rebotando contra la pista, deteniéndose por completo después de trescientos cincuenta metros. Todos aquellos recuerdos eran adquiridos, yo no tenía ninguno.

—Axel, ¿estás bien? —Andrea, pálido, intentaba comunicarse con el piloto.

Los operarios ondeaban la bandera roja, suspendiendo la carrera, y yo apenas podía pensar con claridad. Axel no respondía mientras los Marshall llegaban corriendo a los restos del monoplaza, que ya empezaba a echar humo.

—Axel, ¿estás bien? —Andrea repetía aquellas tres palabras como una grabadora sin que ninguno apartara la mirada de la pantalla.

El chico debía de estar inconsciente porque no respondía ni a la radio ni a los intentos de los operarios del circuito.

—Johan

—Johan.

—Johan, Johan. ¿estás bien? ¿Puedes oírme?

No era capaz de reaccionar. Tenía el cuerpo entumecido.

Los segundos pasaban demasiado lentos y yo no reaccionaba, no podía. Estaba paralizado por el miedo. Aquella sensación me era demasiado familiar.

—Axel, ¿estás bien?

Como si fuera un milagro, aquella vez obtuvimos respuesta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el piloto, que parecía confuso.

El aire que no sabía que estaba conteniendo salió de mis pulmones como una especie de sollozo. No podría con el cargo de conciencia que me produciría que le pasara algo y yo ser el responsable. Sentía el cuerpo entumecido, como si llevara horas sin variar de postura y, al mismo tiempo, mis manos temblaban de forma visible. Yo mismo era una contradicción: estaba aliviado,

enfadado y con una presión en el pecho que me impedía casi respirar.

—No lo sé, Axel. Hemos visto el accidente, ¿estás bien?

—No sé qué ha pasado. No entiendo…

—Había demasiada agua en la pista para los neumáticos. Tocaste el muro interior con la parte derecha del alerón delantero. ¿Estás bien, Axel?

El piloto se encontraba demasiado conmocionado y no parecía ser capaz de responder a aquella pregunta. Por suerte, las cámaras nos permitieron ver el momento exacto en el que bajaba del coche por su propio pie, aunque necesitó ayuda para lograrlo. Una vez fuera, se quedó unos instantes quieto, mirando los restos del monoplaza que estaban esparcidos por todas partes. El coche médico estaba allí, listo para llevarlo a un hospital, como dictaba el protocolo.

Cogí la radio.

—Estoy bien. Estoy bien. —Parecía que solo me intentaba convencer a mí mismo

Me desabroché el cinturón y me arrastré como pude fuera del coche. Por algún motivo, mi rodilla derecha no quería funcionar como debería; apenas era capaz de soportar mi propio peso. No recordaba el accidente, pero incluso en ese momento supe que había sido brutal por cómo había quedado el chasis. Caminé un par de pasos antes de desplomarme, inconsciente.

Era sobrecogedor ver cómo se había quedado el monoplaza, dividido en dos. Supuse que para Axel lo era todavía más, ya que había estado ahí dentro y las consecuencias podrían haber sido terribles.

Dos operarios tuvieron que empujarlo con suavidad por la espalda para que abandonara el circuito y saliera de la zona de peligro. La bandera roja hacía que todos los coches se dirigieran a los boxes, pero todavía estaban circulando y podría pasar cualquier cosa.

Dos operarios me ayudaron a levantarme unos minutos después, cuando me encontraron tirado del otro lado de las protecciones. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí. Una ambulancia esperaba por mí, unos metros más atrás. No me había muerto. Estaba bien, estaba bien.

—Está bien, está bien —susurró Andrea, mirando cómo se alejaba a través de la pantalla.

Aquellas palabras me permitieron volver a la realidad y sentí que me ahogaba en aquella sala. Tiré los cascos de mala manera encima de una mesa y salí por la puerta trasera. Necesitaba aire.

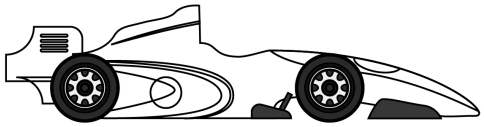
Una vez fuera, la lluvia empezó a caer sobre mí, empapándome, aunque yo apenas era consciente. Todo había pasado demasiado rápido. En un segundo había estado a punto de cambiar todo.

Había estado a punto de perderlo a él por mi culpa.

No quería volver a subirme a un coche. No quería seguir siendo piloto.

Ya no estaba seguro de que hubiera una temporada más para mí. Había fracasado como responsable.

52



Axel

Noviembre 2025

Llegué al *motorhome* cojeando, empapado y con un cabreo considerable. Ya me estaba oliendo la bronca de Johan, y eso me ponía de peor humor. Era cierto que había cambiado la estrategia de repente, pero había visto la victoria al alcance de mis manos. Si no hubiera perdido el control del coche en aquella curva, habría podido conseguir mi segundo primer puesto de la temporada, en mi casa. Además, aunque el campeonato ya estaba decidido, el subcampeonato aún estaba en juego. A pesar de que todavía me encontraba en quinta posición, solo me separaban cuarenta puntos de Liam, quien defendía la segunda posición con uñas y dientes.

Y, por otro lado, estábamos terceros en el mundial de constructores, a veinticinco puntos del primero. Había arriesgado y había fallado.

Me quité el casco y el *hans* mientras recorría el pasillo de camino al box. Me llevé una de las manos al costado. Empezaba a tener un dolor sordo en la zona de las costillas que podía ser por culpa del golpe, igual me había fisurado una. Al menos en ese momento no tenía una cámara apuntándome a la cara. Me quedé un segundo quieto, con los ojos cerrados, mirando hacia el techo. A pesar del dolor que ya sentía, lo que más me preocupaba era imaginar los comentarios que estaría lanzando mi padre. Sobre todo siendo la carrera que era. En casa.

—Axel. —Oí la voz de Johan a mi espalda y sus pasos resonando por el pasillo.

No me giré ni le contesté, solo reanudé la marcha para intentar llegar lo antes posible al box. No podía lidiar con él en ese momento.

—Axel. —Volví a escuchar como me llamaba, esa vez desde más cerca, y fui consciente de que no podría evitar lo que estaba a punto de pasar.

Me paré y me giré. Johan estaba a un par de metros, con el rostro desencajado y el pelo y la ropa mojados.

—¿Qué…? —Iba a preguntarle qué le había pasado, pero no tuve tiempo.

Sus manos llegaron a mis mejillas y su boca se pegó a la mía. Nuestros dientes chocaron ante la urgencia de aquel beso. Antes de poder reaccionar, Johan se separó de mí y, poniéndome una mano en el pecho, me empujó hacia la sala que tenía detrás, donde estaban guardados todos los juegos de neumáticos y algunas herramientas.

—No vuelvas a hacerme algo así, no tienes ni idea de lo preocupado que estaba… He estado a punto de volverme loco —dijo,

y jamás esperé que pudiera verse tan afectado por algo. Por mí.

—Lo siento —respondí demasiado impactado como para decir cualquier otra cosa.

—Si no quieres que te vuelva a besar, vas a tener que decirlo ahora, porque esta vez no me pienso detener —me avisó, volviendo a recortar la distancia que nos separaba. Lo tenía pegado a mí.

—Pero… —No entendía el cambio. Debería estar enfadado conmigo, no arrastrándome hasta un almacén para besarme. Aunque yo no iba a ser quien se quejara por el cambio.

Ni siquiera el dolor que sentía iba a evitar que nos volviéramos a besar.

—Luego hablamos, Axel, porque me vas a tener que explicar muchas cosas —me advirtió, y su pulgar recorrió mi labio inferior—. ¿Sí o no? —Supe que se refería al beso.

—Sí. Sí —contesté sin pensarlo, y sus labios ya estaban sobre los míos de nuevo.

Sus manos me agarraron del cuello. Su lengua se encontró con la mía y no pude evitar dar un pequeño gemido de placer. Mis manos soltaron el casco y el *hans* y volaron hasta su pelo. Enredé los dedos entre sus mechones, todavía húmedos de la lluvia. Apreté el cuerpo contra el suyo y algo cálido nació dentro de mí cuando noté lo excitado que estaba. Me di cuenta de que quería muchas cosas. Quería desnudarlo, quería arrodillarme enfrente de él y quería que él lo hiciera. Quería hacerlo en aquel momento, en aquel almacén, pero también quería que la primera vez fuera con calma, sin tener que apurarnos por si nos pillaban. Quería que Johan lo quisiera tanto como yo, aunque lo que más quería sobre todas las cosas era que no saliera huyendo después.

Me separé un poco, mirándonos a los ojos. Los suyos estaban empañados en deseo, lo podía ver, pero no estaba seguro de si aquella vez sería suficiente.

—Johan…

—Lo siento. Siento estas idas y venidas. Decirte que sí y al día siguiente que no. Sé que esto está mal, sé que no debería, pero me importas, me importas demasiado… —Cerró los ojos y apoyó la frente en la mía—. Cuando vi el accidente, solo pude pensar en que, si te pasaba algo, me iba a arrepentir de todas las cosas que podríamos haber hecho juntos y que no habíamos hecho por mi culpa. No quiero tener que lamentarme de nada.

Tragué saliva mientras lo miraba, todavía conmocionado por sus palabras. Sus ojos color miel me observaban sin titubear, y había una promesa implícita en ellos. Mi corazón se saltó un latido y la certeza de lo que sentía me invadió. Mierda. Estaba enamorado de él.

Ponerle nombre a todo aquello que estaba sintiendo era un pequeño alivio.

Sus manos me acariciaban la nuca despacio, con mimo, y me miraba como si fuera lo único que existía en aquel momento. Yo, embobado, no podía apartar los ojos de él.

—No quiero pedirte nada que no estés dispuesto a darme —me susurró—. Sabes todo lo que tengo, la mochila que llevo a mi espalda, y no puedo cambiar eso.

—No —lo interrumpí—. No me importa. Quiero todo lo que estés dispuesto a darme. Te quiero a ti.

Sonrió, enseñando todos los dientes, contagiándome el gesto.

—Te quiero, Axel, y podría decirte doscientos motivos por los cuales no es buena idea que estemos juntos, pero te podría decir al menos doscientos uno por los que sí. Así que me voy a aferrar a ellos e intentar hacerte feliz mientras así lo quieras.

Cerré los ojos un instante, asimilando aquellas palabras. Llevaba meses soñando con ellas, incluso en los momentos en los que había pensado que jamás saldrían de su boca.

Cuando mis ojos se encontraron con los suyos otra vez, no me lo pensé dos veces.

Lo besé con ganas, primero en los labios, siguiendo por el cuello, hasta llegar a la clavícula. Me daba igual todo lo que estuviera pasando fuera, necesitaba lo que teníamos los dos allí dentro.

El problema fue que había una carrera en curso y, cuando su teléfono sonó, supe que tendría que esperar.

—Dime —contestó, todavía con el aliento entrecortado—. Sí. Vale. No, eso no. ¿Qué opina Gjon? Adelante, voy para ahí. —Colgó el teléfono y apoyó la frente contra la mía otra vez. Cerró los ojos unos instantes, disfrutando de aquellos segundos de intimidad antes de dejarme un suave beso en los labios y separarse de mí—. Me tengo que ir, me necesitan en el box, van a relanzar la carrera en diez minutos. —Asentí como respuesta.

—Andrea te está esperando en el coche médico, te va a acompañar a que te hagan un chequeo. Me encantaría ir contigo, pero de verdad que no puedo.

—No te preocupes, estoy bien.

La mano de Johan subió hasta mi mejilla, acariciándome con suavidad.

—No me pidas imposibles, Axel. Me llevo preocupando por ti desde que me dejaste conocerte un poco más.

—Será desde que quisiste conocerme un poco más.

—Quizás un poco de cada.

Sabía que Johan se tenía que ir; sin embargo, no parecía muy apurado, o no quería hacerlo en realidad.

—Te están esperando —le recordé, no quería ocasionarle más problemas.

—Lo sé, lo sé, joder. —Me volvió a besar con desesperación, pero antes de que pudiera profundizar el beso, se separó de mí y abrió la puerta del cuarto donde estábamos metidos—. Mándame un mensaje y cuéntame qué te han dicho.

—Vale —cedí, sabiendo que no estaba en disposición de negociar nada.

—¿Irás al hotel a pasar la noche?

Al estar en Mónaco, solía quedarme en mi propio piso, un pequeño ático donde podía estar tranquilo.

—Dormiré en mi casa.

Johan asintió.

—Llevaré la cena cuando vaya. ¿Me pasas la dirección por mensaje?

—¿Te estás autoinvitando? —pregunté levantando una ceja, sorprendido de nuevo.

—No me quedaré mucho si no quieres, pero me gustaría comprobar que estás bien.

—Claro que quiero. ¿Te quedarás a dormir conmigo?

—Si eso es lo que quieres, sabes que sí, no tienes ni que preguntarlo. Hablamos luego, ahora me tengo que ir de verdad.

Se despidió de mí con un guiño y salió de allí a paso apurado.
Yo sonreí con ganas.
Quizás, aquel día, no había perdido todo.
En el fondo, me daba la sensación de que había ganado.

53



Johan

Noviembre 2025

Había intentado por todos los medios evitar ir a la rueda de prensa, pero no había tenido más remedio que sentarme detrás de los micrófonos y hablar a las cámaras. Después del accidente, habían trasladado a Axel al centro médico más cercano para verificar que se encontraba bien y que no tuviera ninguna secuela del golpe. Yo quería estar allí con él, aunque no pudiera.

A pesar de la rabia y la preocupación que todavía sentía por dentro, no tuve más remedio que poner una cara inexpresiva y coger aire para lo que se me venía encima.

—Buenas tardes, Johan —me dijo el periodista de una importante cadena televisiva.

Ya nos habíamos cruzado un par de veces y lo odiaba con fuerza. Sus preguntas siempre eran rebuscadas y con dobles intenciones.

—Buenas tardes.

—¿Te parece bien si empezamos? —No me molesté en responder con palabras y le dirigí un seco asentimiento de cabeza—. Estamos a tan solo dos carreras del final de la temporada y hoy hemos visto un accidente que podría haber tenido consecuencias fatales para Axel. ¿Por qué se tomó la decisión de seguir en pista con neumáticos de seco cuando la lluvia ya era evidente en varias partes del circuito?

—No teníamos tan claro que la lluvia fuera a causar verdaderos problemas —reconocí—. Era una posibilidad, pero, dado cómo está el campeonato, quisimos arriesgar un poco.

—Con todo respeto, Johan, ese riesgo podría costarle el campeonato a Hygge. ¿No crees que, en retrospectiva, fue una decisión imprudente mantenerlo en pista cuando el equipo en repetidas ocasiones le pidió que entrara a boxes? —Las preguntas que planteaba estaban cargadas de intención. No le preocupaba demasiado ni la seguridad de Axel ni cómo nos afectaría en el campeonato, solo quería algo de salseo—. ¿Qué mensaje se le está enviando al resto del equipo al permitir que un piloto ignore las órdenes de equipo?

Tuve que contener el impulso de poner los ojos en blanco. No había ningún mensaje hacia el resto del equipo, solo un piloto demasiado ambicioso y temerario que había visto una oportunidad al alcance de su mano.

—Eh, sí, por supuesto. Visto desde fuera, claro que ha sido muy imprudente, tanto por parte de Axel como por parte de Hygge. Soy el primer culpable de lo sucedido, y tomaremos las medidas

oportunas para que no vuelva a suceder algo así. —Todavía me palpitaba el corazón si recordaba las imágenes del accidente—. En el momento de la carrera, cuando hay tanto en juego, no siempre se toman las mejores decisiones. —Cualquiera que hubiera pilotado a nivel profesional podría darme la razón sin problema. La cosa era mantenerse siempre en la línea entre la prudencia y la insensatez. Si te pasabas, corrías el riesgo de coger miedo a ir detrás del volante y tu vida como piloto habría terminado. Sabía bien de lo que hablaba —. Para Axel, esta carrera era muy importante; ganar en casa siempre es un sueño para todos los pilotos. Ir en cabeza durante tantas vueltas ayudó a que se viera cruzando la línea de meta en primer lugar.

Si fuera un periodista decente, habría dejado el tema ahí y habríamos empezado a hablar de cuestiones más técnicas, como, por ejemplo, el hecho de que el monoplaza se hubiera partido por la mitad. No era el caso, y a él solo le interesaba la polémica.

—Entiendo la presión y la ambición, pero este tipo de errores no son solo cuestiones de estrategia; estamos hablando de la seguridad de un piloto. —Me pasé la mano por la boca, algo molesto—. ¿Crees que Hygge está anteponiendo el deseo de ganar por delante de la seguridad de sus pilotos? Porque esta no es la primera vez que la toma de decisiones en momentos críticos ha generado polémica dentro del equipo.

—Lo sucedido en esta carrera no es replicable. Estamos hablando del circuito de Mónaco y de Axel, al cual se le lleva recriminando desde inicio de temporada que ha conseguido un asiento por mediación de su padre. La prensa ha jugado un papel fundamental en lo que llevamos de campeonato, y no se ha parado de insistir que

Hygge lo ha fichado por el apellido que porta. Tú mejor que nadie sabrás todas las cosas que se han dicho del piloto. No pretendo justificar sus acciones, aunque entiendo que se quisiera labrar su propio nombre y, tal y como están las cosas en el campeonato, arriesgar era la única opción.

El hombre me miraba como si estuviera esperando un mínimo desliz por mi parte para que terminara reconociendo algo que le diera un buen titular. Al ver que no conseguía nada, insistió de nuevo sobre el mismo tema.

—Es cierto que Axel ha estado bajo una intensa presión mediática, pero no puede ser excusa para tomar decisiones arriesgadas que pongan en peligro su vida y la de otros pilotos. De hecho, algunos podrían argumentar que esa necesidad de «labrar su propio nombre» solo ha exacerbado los problemas de Hygge este año. ¿No es responsabilidad del equipo guiar a Devin de manera más firme, sobre todo cuando su inexperiencia podría nublar su juicio? ¿No crees que permitirle continuar en una estrategia tan arriesgada fue también un reflejo de una falta de liderazgo dentro del equipo?

No pude evitar que una risa amarga se me escapara entre los dientes. Tendría que haberlo supuesto. Si atacar a Axel no le daba resultados, pasaría al siguiente de la lista: yo. El problema era que yo estaba capacitado para defenderme de sus estupideces. Me importaba entre cero y nada la opinión que aquel hombre tuviera sobre mí.

—Ahora resulta que la culpa va a ser mi falta de experiencia en el equipo —dije con la voz cargada de ironía—. ¿Vas a empezar a decirme que soy demasiado joven para este puesto o que es debido

a que es mi primera temporada? —Levanté las cejas, expectante, pero vi cómo el semblante le cambiaba y se apresuró a negar con la cabeza.

—No, Johan, no me malinterpretes. No estoy cuestionando tu capacidad ni tu juventud —claro que no, imbécil—, aunque, cuando hablamos de decisiones estratégicas que afectan tanto al campeonato como a la seguridad de los pilotos, hay que ser realistas y críticos. El liderazgo no se mide por la edad, sino por las decisiones que se toman bajo presión. —La madre que lo parió, si es que al final iba a acabar entrando al trapo—. La pregunta aquí es: ¿fue Hygge lo suficientemente firme con Axel cuando este decidió desobedecer las instrucciones de entrar en boxes, o dejó que la situación se le escapara de las manos?

Tuve que contar hasta cinco, y luego hasta diez, antes de responder. No quería darle una mala contestación, era lo que estaba buscando.

—En el momento en el que yo intervine por la radio, fue cuando decidimos que no se admitían más réplicas. Axel iba a entrar en boxes en esa vuelta, pero fue demasiado tarde. Las condiciones climáticas se endurecieron en la última vuelta y no nos dejó margen de actuación.

El periodista asintió y esbozó una pequeña sonrisa de satisfacción. Supe que iba a llegar otra réplica envenenada incluso antes de que abriera la boca.

—Sabíais que las condiciones iban empeorando vuelta tras vuelta, y la insistencia de Axel en seguir en pista ya mostraba un riesgo evidente. ¿No había margen para tomar una decisión más drástica, incluso si eso significaba un conflicto con el piloto en ese

momento? Al final, Hygge dejó que Axel decidiera, y las consecuencias estuvieron a punto de ser catastróficas.

Mi cupo de paciencia llegó a su límite y mi voz se volvió bastante más afilada cuando respondí. Estaba empezando a cansarme de tanta tontería.

—Somos un equipo, el piloto debe fiarse de los datos que tenemos en el muro; sin embargo, en ocasiones, nosotros también debemos fiarnos de las sensaciones del piloto en la pista. En un momento de incertidumbre, a veces hay que asumir riesgos. Si no hubiera llovido más, esta entrevista sería muy diferente y nosotros seríamos los reyes de la estrategia. Es así. —No había una verdad más grande que todo lo que había dicho—. En la F1 todo ocurre en cuestión de segundos, por lo que no siempre es fácil tomar la decisión acertada. El equipo seguirá mejorando, pero no aceptaré que se cuestione el valor que le damos a la integridad de los pilotos.

—Entiendo que la Fórmula 1 es un deporte de decisiones rápidas y que la línea entre una estrategia brillante y un desastre es muy delgada. No obstante, lo que estamos viendo hoy es el costo de ese riesgo. Nadie pone en duda que Hygge valora la integridad de sus pilotos, pero este incidente va más allá de una simple estrategia fallida. La pregunta que muchos se harán es: ¿cómo puede Hygge asegurarse de que esta falta de comunicación no se repita en las dos últimas y decisivas carreras?

El gilipollas aquel me había agotado toda la paciencia que me quedaba. Miré el reloj que tenía en la muñeca para verificar que ya llevábamos más tiempo del reglamentario. No me apetecía seguir con ello, y así se lo hice saber:

—Cuando repases las preguntas te darás cuenta de que ya te he respondido a todo. Si tienes alguna pregunta sobre algún otro tema… Si no, podemos dar por finalizada la entrevista. —Sabía de sobra que el hombre tenía cero intención en cambiar de tema. No le interesaba.

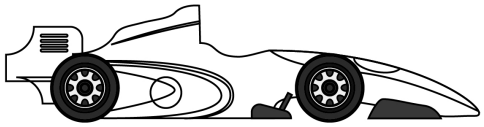
—Entiendo tu punto, Johan. —Lo dudaba mucho—. Para terminar me gustaría preguntarte: a medida que se acerca el final de la temporada, ¿cuáles son los próximos pasos para Hygge y cómo planeas reconstruir la confianza de Axel y del equipo en este periodo crítico?

—La confianza entre el piloto y el equipo no se ha visto mermada en ningún momento —zanjé, poniéndome en pie—. Estamos bien. Ten un buen día

—Esperamos ver cómo Hygge se adapta y aprende de esta experiencia. Que tengas un buen día, Johan.

«Pues tú podrías irte a la mierda un rato. Payaso».

54



Axel

Noviembre 2025

Revise el móvil varias veces, intentando que el tiempo que tardaba el ascensor en llegar a la planta se me hiciera menos corto. No funcionó. Había tratado de hacer todo lo posible para que el día se me pasara algo más rápido, pero nada daba resultado. Había estado revisando las redes sociales, jugando a videojuegos e incluso leyendo un libro. Después de hacer las tres cosas habían pasado quince minutos.

No podía contar con los dedos de las manos todas las veces que me había llevado las manos a la cabeza, resoplando, frustrado. Solo había tenido que hacer una cosa en toda la tarde, ducharme, pero estaba tan nervioso que al final lo había hecho tres veces. Y me había cambiado de ropa otras tantas. Quería estar cómodo e informal y, al mismo tiempo, guapo y elegante. Todo era imposible, aunque tampoco quería parecer nervioso, por lo que me había

decantado por mi estilo habitual. Un vaquero negro, ajustado, una camiseta blanca y una sudadera del mismo color. Sin embargo, en aquel momento, mirándome en el espejo, me entraron las dudas.

Johan se había vuelto demasiado importante para mí. Quería todo con él, el presente y el futuro. Sabía de sobra que iba a ser difícil, pero no tenía miedo. Las puertas del ascensor se abrieron y recorrí el garaje hasta mi coche. El camino hasta Oxford no me llevaría más de cuarenta minutos, y estaba saliendo con casi hora y media de anticipación, así que no debía preocuparme por si pillaba algo de tráfico a aquellas horas.

Conduje con la música a todo volumen y el corazón martilleándome en el pecho como si fuera un instrumento más. Después del accidente, me habían trasladado hasta el hospital más cercano, en el cual me recomendaron quedarme dos días para tenerme controlado y poder hacerme todas las pruebas correspondientes. A pesar de las ganas enormes que tenía de salir de allí, había acabado aceptando y posponiendo la cita con Johan, quien había tenido que volar de vuelta a casa para cumplir con el calendario de Hygge. Por ese motivo, lo que planeaba ser una noche increíble para ambos, habían terminado siendo dos días en el hospital con la única compañía de Dibra. Mi amiga se había quedado conmigo sin darme opción a réplica. Era muy afortunado de tenerla.

Aquella mañana, tan pronto llegué a Londres, le había pedido a Johan que me reservara la noche, y desde entonces había estado contando los segundos para que fuera el momento de ir a verlo. Lo cierto era que iba a quedar un poco desesperado, ya que me había dicho que a partir de las nueve terminaría de trabajar y, según el GPS del coche, llegaría pasadas las ocho.

A la mierda.

Me había dicho que me quería. A mí. Todavía no me lo podía creer.

Llegué poco tiempo después y aparqué justo al lado de su coche. Estaba tan nervioso que mis manos temblaban ante la expectativa. ¿Debería besarlo nada más verlo? ¿Querría ir a cenar a algún lado primero? Sin poder remediarlo, me quedé más tiempo de lo normal delante de aquella puerta. Fue cuando escuché un trueno a lo lejos, anunciando que empezaría a llover en cualquier momento, cuando reuní el valor suficiente para llamar al timbre. Estaba tan nervioso que podía escuchar de forma clara los latidos de mi corazón, a pesar de que la calle no estaba en silencio y se podían oír gritos de niños jugando al fútbol en un parque cercano.

No pasaron muchos segundos antes de que Johan me abriera la puerta, pero se me habían hecho eternos. Estaba con el teléfono pegado a la oreja, y se disculpó conmigo con un gesto al tiempo que se apartaba para dejarme pasar. Llevaba puestos unos pantalones negros con muchos bolsillos, y un jersey fino de color gris oscuro. No llevaba ni zapatos ni calcetines, como si no le hubiera dado tiempo a terminar de prepararse.

Lo seguí hasta su despacho, el cual tenía tan ordenado como era de esperar. Encima de la mesa descansaban un par de carpetas y unos documentos que parecía haber estado ojeando, ya que tenían anotaciones en los márgenes. Johan se sentó en la silla y empezó a revisar algo en la pantalla de su ordenador mientras seguía con la conversación. Yo, por mi parte, me acomodé en el pequeño sillón que había en un rincón. Por mucho que intenté estar tranquilo, mi pierna se movía de forma involuntaria. Estuve observándolo trabajar

unos minutos, antes de ponerme a revisar las redes sociales. Cualquier cosa con tal de mantenerme ocupado.

—Sí, eso haremos, no te preocupes. Mañana a primera hora gestiono con el equipo y te decimos algo. Claro. No, no hay problema. Vale. —Johan se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia el exterior—. Sí, mañana. Por supuesto que sí. No, te llamo mañana. Sí, ahora no puedo —añadió, girándose a mirarme, y me regaló una sonrisa. En ese momento, el corazón se me paró—. Nos vemos.

Johan colgó la llamada y dejó caer el móvil sobre el escritorio.

—Siento haberte hecho esperar. ¿Cómo estás? —preguntó preocupado, acercándose a mí.

Su proximidad hizo que me llegara el aroma de la colonia que se había echado. Olía de maravilla.

—Estoy bien —respondí, y era casi verdad.

—¿Seguro que estás bien? —me volvió a preguntar, agarrándome las mejillas—. Físicamente te veo bien, pero sé mejor que nadie todo lo que has entrenado para ese circuito y todo lo que significaba para ti.

Mi padre no había dado señales de vida, tan solo tenía un mensaje bastante escueto de mi madre donde se preocupaba por mi integridad después del accidente. Los nervios me habían jugado una mala pasada y había acabado estampando el coche en mi circuito; sin embargo, ya nada podía hacer para remediarlo. Había fracasado.

—Me da rabia —confesé, motivado por su contacto—, aunque ya no hay nada que pueda hacer. Intentaré aprender de mis errores y mejorar. Me jode… Me jode mucho darle la razón a mi padre, pero es lo que hay.

Johan frunció el ceño ante mi comentario. Sabía de sobra que él no pensaba igual que yo; sin embargo, también sabía que le había ido cogiendo cierta manía a mi padre en los últimos meses. Haberse enterado de toda la verdad que se escondía tras el apellido Devin quizás tampoco había ayudado.

—Axel, confía en mí. Has hecho una temporada increíble. No solo me has sorprendido a mí, sino a todo el equipo. —Sus dedos acompañaban a sus palabras, acariciándome con delicadeza—. Estamos muy orgullosos de tu desempeño este año, y deseamos ver lo lejos que llegas el año que viene. Por supuesto, sin olvidar las dos últimas carreras. A pesar de que el mundial de pilotos esté fuera de tu alcance, si conseguimos ganar el campeonato de constructores, será también gracias a ti. Aunque eso no te suponga tanto como el título individual, para Hygge es el mejor logro. Y para mí también lo es. —Los ojos le brillaron ante aquella idea—. Si consigo cumplir mi sueño al final, será porque luchamos juntos, Axel. —Trazó una suave caricia por mi cuello, hasta enredar los dedos en mi nuca. Su tacto era suave y cálido, y me sentí arropado.

Quizás este año no podría ganar la competición, pero había muchas otras cosas que sí había conseguido. Tenía que mantener el foco en lo importante.

—Intentaré recordarlo —respondí en un susurro, acercando los labios a los suyos y dejando un pequeño beso en ellos. Fue casi más un roce que otra cosa; aun así, lo sentí como mucho más. Su boca estaba cálida y me dejó un ligero cosquilleo en los labios cuando me separé.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó, y me entró la vergüenza de repente.

—Puede. ¿Por qué lo preguntas?

—Llegas pronto, no contaba contigo hasta más tarde. Tengo encargada la cena para las nueve y media.

—Me sentía inquieto en casa. Puede que estuviera algo nervioso. Que todavía lo esté.

Me miró como si estuviera analizando todas las palabras que salían de mi boca, intentando buscar la verdad en ellas.

—Axel… —dijo en un suspiro, juntando nuestras frentes—. ¿Estás seguro de esto?

Su corazón latía contra el mío, cada vez más fuerte.

—Sí —respondí sin pensar. Él era todo lo que quería.

—No me digas lo que quiero escuchar. Necesito que pienses en las consecuencias. Aunque lo mantengamos en secreto, tarde o temprano alguien filtrará algo, y tendremos que hacernos responsables de todo lo que pase. Necesito que sepas que podemos dejarlo aquí y hacer como si no hubiera pasado. Prometo que nada cambiará entre nosotros. ¿Vale?

Me encantaba. Siempre tan guapo. Tan atento.

—Lo sé, pero quiero más. Te quiero a ti, Johan —respondí con la voz temblando ante su contacto.

—Mierda, Axel, me vuelves loco —susurró contra mi boca antes de hundirse en ella.

Le devolví el beso como si fuera lo último que iba a hacer en la vida mientras mis dedos se enredaban en su pelo. Fuimos dando tumbos por la casa y, sin saber bien cómo lo hicimos sin romper nada, llegamos hasta su habitación. Las manos de Johan se colaron por debajo de mi camiseta y subieron por mis costados, haciendo que sintiera verdadero vértigo al notar su piel contra la mía. Dejé

escapar un suave gemido al tiempo que mis manos bajaban por su pecho y abdomen hasta llegar al botón de su pantalón. No era mi primera vez, pero me sentía como si lo fuera, y los dedos me temblaban ante la expectativa. Lo que él significaba para mí hacía que todo fuera más intenso. Noté cómo Johan se estremecía cuando le bajé la cremallera y el pantalón se le deslizó hasta la cadera. Los besos se volvieron más intensos; notaba su lengua contra la mía, sus dientes contra mis labios, y su erección presionando contra la mía. Sentía que los vaqueros que había elegido estaban a punto de estallar.

Johan se apartó un segundo y me miró con detenimiento, observando mi cuerpo como si fuera algo digno de admirar. Antes de que pudiera hacer algo, él volvió a juntar sus labios contra los míos, hundiendo su lengua en mi boca y agarrándome con firmeza de la cintura. Yo me dejaba llevar, siguiendo su ritmo a ciegas. Estaba demasiado aturdido como para poder pensar con claridad. Todo era demasiado.

Colé las manos por debajo de la camiseta y le arranqué aquella molesta prenda. Johan me agarró por la nuca y juntó la frente contra la mía mientras su mano se introducía por debajo de mi ropa interior, haciéndome jadear.

—Tócame —pedí desesperado.

—Tan paciente como de costumbre —susurró como respuesta, con la voz cargada de burla, pero su mano ya rodeaba mi erección y me acariciaba de forma lenta y firme.

Jadeé, cerrando los ojos, dejándome llevar por ese contacto. Su pecho apretado contra el mío, sus labios besándome… Yo quería más. Necesitaba más.

Johan me empujó, instándome a caminar, y lo hice a trompicones, sin saber bien hacia dónde me llevaba. No me importaba. En aquel momento, lo habría seguido a cualquier parte. Antes de darme cuenta, había caído sobre el colchón, con Johan enredado en mí.

Mi boca saltaba de sus labios a su cuello, a su pecho, a sus hombros. Besando, mordiendo, lamiendo. Mis manos se deshicieron en caricias por todas partes, intentando memorizar cada centímetro de piel. Sus ojos empañados de deseo. Sus pupilas dilatadas.

Me dejé caer sobre las rodillas y dejé un camino de besos hasta llegar al elástico de su ropa interior, mientras que con las manos me deshacía de sus pantalones. No me separaba de él en ningún momento, necesitaba estar tocando su piel todo el rato.

Debajo del pantalón llevaba un bóxer negro, liso, sin ningún adorno, pero que dejaba entrever toda su excitación. Me mordí el labio contemplando lo sexi que estaba.

—¿A qué estás esperando? Necesito que me la chupes ya… —me apremió, y yo solo cumplí sus deseos.

55



Johan

Noviembre 2025

—Joder —susurré con los ojos entrecerrados mientras miraba el espectáculo que estaba teniendo lugar entre mis piernas.

Apreté la mandíbula con fuerza.

No estaba seguro de cuántas veces había fantaseado con aquel momento, pero me había quedado corto. Me gustaba tanto que, a pesar de que Axel solo llevaba un par de minutos conmigo en su boca, estaba a punto de correrme. Tragué saliva y mi respiración salió entrecortada.

De repente, necesitaba más, necesitaba tenerlo entre mis brazos.

Lo empujé y tiré de él con fuerza para incorporarlo de nuevo. Antes de que pudiera protestar, mis labios impactaron contra los

suyos. Mis manos fueron directas a su cuerpo al tiempo que mi boca recorría su cuello de arriba abajo. El tacto de su piel, la forma en la que se erizaba ante mis caricias, lo era todo. Cuando llegué al lóbulo de su oreja, lo mordí algo más fuerte de lo que pretendía, tirando de él y arrancándole un gemido profundo. Mis manos se deshicieron de su ropa interior, lo rodeé con la mano y comencé a acariciarlo de arriba abajo un par de veces, antes de empujarlo contra la cama. Era tan guapo que no me podía creer la suerte que tenía.

—Es la primera vez que voy a hacer esto, así que vas a tener que guiarme… —le confesé entre beso y beso mientras descendía por su pecho.

No hubo ni una pizca de vulnerabilidad en mi voz. Confiaba ciegamente en él. Deseaba ese momento más que cualquier otra cosa.

Axel abrió las piernas cuando mi cabeza se encontraba a la altura de su ombligo, facilitándome el acceso. Sonreí antes de abrir la boca e intentar metérmelo entero.

—Joder… —gimió.

Nunca había llegado tan lejos con un hombre. En la universidad había intercambiado un par de besos con algunos chicos, aunque hasta ahí había llegado todo. Necesitaba que Axel me guiara, que me dijera lo que le hacía perder la cabeza. Solo quería hacerlo disfrutar, pero, por el momento, me limité a intentar reproducir lo que a mí me gustaba.

Lo recorrí con la lengua varias veces, antes de volver a succionar con fuerza.

—Hazlo un poco más lento o voy a terminar y aún no hemos ni empezado —se quejó Axel, con las manos enterradas en mi pelo.

Me reí sin poder evitarlo y él me siguió.

No parecía muy impaciente porque me alejara. A pesar de eso, lo hice de todos modos. Me tomé unos segundos para mirarlo y luego lo besé en los labios.

—¿Cómo quieres hacerlo? ¿Hasta dónde quieres llegar? Cualquier cosa que decidas, me parece bien —le susurré, y no podía ser más sincero. Lo que tenía con Axel no era una noche de calentón. Era mucho más. Lo era todo. Por eso necesitaba que fuera bien.

—Quiero tenerte dentro —susurró, y aquellas palabras fueron directas a mi entrepierna.

Joder.

—¿Estás seguro? —Necesitaba que lo estuviera antes de dar un paso tan grande entre nosotros—. No tenemos por qué llegar tan lejos. Podemos ir poco a poco.

—Yo quiero, lo llevo deseando demasiado tiempo, así que, a no ser que tú no lo tengas claro, coge del bolsillo trasero de mi pantalón el condón y el sobre de lubricante.

No hizo falta que me lo repitiera dos veces. Me incorporé de la cama y cogí lo que me había pedido mientras él me miraba con el labio inferior entre los dientes.

—Qué previsor —dije sonriendo.

Tropecé con la sábana antes de volver a su lado.

—Nunca sabes cuándo puedes tener un golpe de suerte.

Lo callé con mi boca, besándolo como si no acabara de hacerlo apenas unos segundos antes. Me encantaba la forma en la que mis labios encajaban con los suyos a la perfección. Sin hacer amago de detener los besos, abrí el condón y me lo coloqué, para después verter el lubricante en la mano. El corazón me bombeaba con fuerza.

Cuando notó el primero de mis dedos, Axel dejó escapar un jadeo entrecortado. Yo lo miraba fijamente, queriendo memorizar cada detalle. Fui preparándolo poco a poco, introduciendo otro dedo unos minutos después, mientras mi boca le recorría el cuerpo.

—Hazlo ya —me pidió con la voz ronca y los ojos brillantes—. Métemela.

Tragué saliva al escuchar sus palabras. Como me siguiera hablando así, iba a correrme antes de haber hecho nada de lo que me pedía.

Me aseguré de esparcir bien el lubricante antes de colocarme justo en su apertura. Empujé con las caderas, notando cómo iba entrando poco a poco y conteniendo un gemido al notar el calor.

—No tienes por qué hacerlo tan despacio —protestó—. No me estás haciendo daño.

—Ya, ya… Me alegro, de verdad, pero si voy más rápido, no habrá nada que hacer, ni rápido ni despacio.

Axel se rio y no pude evitar sonreír también. Aquella complicidad que sentía con él era increíble.

Moví un poco más las caderas, notando cómo, poco a poco, iba entrando en su interior, hasta que se la metí hasta el final.

—Joder —susurré, pegando la frente a la suya.

El sudor me resbalaba por la espalda mientras apretaba la mandíbula, conteniendo el impulso de empezar a moverme con fuerza.

Axel me miraba con los ojos empañados de deseo y yo no podía evitar pensar que quería todo con él. Absolutamente todo.

—Ya puedes empezar a moverte —recordó de nuevo.

Qué impaciente.

Asentí y empecé a mover las caderas, entrando y saliendo de él con suavidad. Las oleadas de placer me recorrían el cuerpo, amenazando con hacerme perder la poca cordura que me quedaba.

Poco a poco, fui aumentando el ritmo, hasta que nuestros cuerpos chocaban con fuerza y toda la habitación era un cúmulo de gemidos y gruñidos. Lo agarré por la cadera y nos giré a ambos, quedando yo tumbado sobre la cama y él sentado sobre mí.

Aquella posición me daba unas vistas de su cuerpo espectaculares, y noté cómo me ponía más y más duro. Lo agarré más fuerte de la cintura. Estaba a nada de terminar. Qué vergüenza, no había durado ni dos minutos.

Axel empezó a moverse de arriba abajo y arrastrando las caderas, haciéndome gemir. Mi mano se movió hasta su erección, la agarré con firmeza y empecé a acariciarla al ritmo de nuestras caderas.

—No me queda nada —me avisó, sin dejar de moverse. Aquello me alivió de forma evidente.

No hizo falta decir nada más. En cuanto noté cómo se corría sobre mi abdomen y mi pecho, hice un par de movimientos rápidos y lo acompañé con un gemido.

Nuestras respiraciones estaban agitadas y yo jadeaba notando cómo las sábanas se pegaban a mi piel. Iba a tener que cambiar la cama y darme una ducha, pero, por el momento, envolví a Axel entre mis brazos y me quedé así, quieto, disfrutando, intentando recuperar el aliento.

Estar así con él era más de lo que podía pedir. Sonreí y le di un pequeño beso en la sien mientras le acariciaba la cabeza. Podría quedarme en aquel momento, en aquella habitación, para siempre.

Un rato después, lo noté removerse, inquieto.

—Oye —susurró en mi oído.

—Dime.

—Hay algo que tengo que contarte. —Me pareció que su voz sonaba distante, y lo sentí como un jarro de agua fría.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras sentía el pánico inundarme el pecho.

Me aterrorizaba haberla cagado.

—No me mires así —me tranquilizó, regalándome una pequeña sonrisa—. No he matado a nadie.

—Pues no me digas que tienes algo que contarme con ese tono de voz.

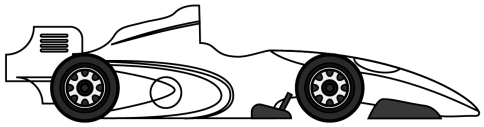
Soltó una pequeña carcajada disolviendo el nudo que se me había formado en el pecho.

—Perdona.

—No importa. ¿Qué querías contarme? —pregunté con renovada curiosidad.

—Dorian Edrick me contactó hace unas semanas y fui a cenar con él.

56



Axel

Noviembre 2025

Me puse la ropa interior, dejando a un Johan medio adormilado entre las sábanas. Bajé las escaleras todavía con los ojos entrecerrados. Estaba demasiado cansado y no habría salido de la cama bajo ningún concepto si no hubiera sido necesario. Tenía la garganta tan seca que me moría por un vaso de agua. Me froté la cara y bostecé mirando por la ventana. No llovía, pero el cielo seguía nublado.

Me apoyé en la encimera y me llevé el vaso a los labios mientras recordaba todo lo que había sucedido el día anterior; sin poder evitarlo, se me escapó una sonrisa tonta.

Habíamos quedado en que llevaríamos aquello de la forma más discreta posible, nada de dejarnos ver en público. El problema era que yo estaba bastante pillado, y me iba a costar mantener las distancias cuando ya sabía lo que era tener a Johan al completo.

El ruido de la puerta de la entrada abriéndose me sobresaltó. Di un par de pasos, sin saber bien qué esperar, pero me sorprendí al

encontrarme con los ojos de Norma y el grito de alegría de Aaron.

—¡Deviiiin! —dijo antes de venir corriendo hacia mí y agarrarme la mano.

La mujer entró en la cocina cargando con unas bolsas, que dejó sobre la mesa, mirándome en todo momento con esa expresión que uno reserva para las cucarachas. Yo tampoco estaba muy entusiasmado con aquella reunión improvisada.

—Hola, colega —respondí al cabo de un rato, bastante incómodo por mi falta de ropa en presencia del niño.

Después, me miró de arriba a abajo y ladeó la cabeza, confuso.

—¿Por qué estás desnudo? —Me agradecí a mí mismo haberme puesto los boxers nada más salir de la cama y no estar desnudo, como el niño decía. Abrí la boca para responder, pero no salió nada de ella—. ¿Tenías tanto calor? —preguntó.

No podía decirle que sí, porque sería mentira y, aunque Johan tenía la calefacción puesta, estábamos en pleno mes de noviembre. En realidad, después de tomar el agua tenía intención de volver a meterme en la cama y taparme hasta las orejas.

—Me acabo de levantar, solo quería un vaso de agua.

El niño asintió, como si aquella respuesta le valiera. Luego frunció el ceño y me miró sin acabar de entender la situación.

—¿Has dormido aquí?

—Sí.

—¿Dónde? Porque solo hay dos camas, la mía y la de papá. —Levantó dos dedos de la mano, como si se estuviera asegurando de que el número era el indicado—. Y mi cama es demasiado pequeña para ti.

—Aaron, ve arriba a llamar a tu padre —interrumpió Norma algo molesta, pero el niño no pareció notar nada raro en el tono de su voz porque salió disparado escaleras arriba con una sonrisa en la cara. Cuando nos quedamos solos, me observó sin ningún filtro, con todo el desagrado en la mirada—. Podías vestirte, al menos. Es bastante incómodo.

Su comentario me molestó. Había entrado en casa de Johan, con su propio juego de llaves, y tenía el descaro de reprocharme cómo me encontraba yo.

—Podrías llamar a la puerta antes de entrar y te ahorrarías la incomodidad. —Volví a beber del vaso como si estuviera tan tranquilo, aunque lo que menos me apetecía era quedarme allí y mantener aquella conversación tensa con ella.

—No contaba con que Johan tuviera visita.

—Yo tampoco, para serte sincero.

Norma se llevó la mano a la frente, aguantando un resoplido, antes de volver a centrar su atención en mí.

—Mira, de verdad que no tengo ningún problema contigo. —Si ella lo decía, ¿quién era yo para dudar de su palabra?—. Pero no quiero que esto afecte al niño de ninguna manera. Ni que estés desnudo en la cocina cuando él venga a casa.

Levanté las cejas sorprendido.

—¿Y cómo quieres que supiera que ibais a venir? O me estoy quedando sordo o el timbre no ha sonado.

—Es el calendario de visitas que tengo acordado con Johan. Solo hemos llegado media hora antes.

—Oye, Norma, de verdad, estás hablando con la persona incorrecta. Yo no sé nada de cómo os organizáis vosotros con el

niño, ni quiero meterme. —Sabía de sobra que aquellos temas solían ser muy complicados para las familias, y lo que menos quería era inmiscuirme donde nadie me llamaba—. Si estás molesta, cosa que puedo llegar a entender, échale la bronca a Johan —añadí levantando el dedo, haciendo referencia a que subiera arriba para hablar con él.

Como si se hubiera dado por aludido, Johan entró en la cocina vestido con ropa deportiva: una sudadera azul y unos pantalones de chándal. Cuando me vio, casi desnudo, me miró de arriba a abajo y me sonrió.

—Bonito *outfit*.

Me mordí la lengua para no contestarle nada inapropiado, pero la sonrisa de bobo se la enseñé de todas formas.

—Voy a vestirme —anuncié. Era el momento perfecto para salir de allí, que se arreglasen entre ellos.

Justo cuando pasaba por su lado, Johan me retuvo tomándome de la muñeca.

—¿Y mis buenos días?

Aquellas cuatro palabras fueron suficientes para que me sonrojara por completo, y las caricias que me daba con el pulgar, de forma distraída, no me ayudaban.

—¿Cómo que buenos días? —contesté en un susurro, sabiendo que Norma nos podía escuchar y que Aaron andaba correteando por la casa.

No me respondió, solo juntó nuestros labios en un suave beso antes de volver a poner distancia entre nosotros.

—Estos buenos días. —Él también me habló en un susurro.

Negué con la cabeza y caminé hacia las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Aquello era ser discretos? Y una mierda.

No me crucé con Aaron, por lo que supuse que habría bajado junto a sus padres. Sobre la cama de Johan encontré un montón de ropa para mí, para que no tuviera que volver a ponerme el atuendo del día anterior y que estuviera más cómodo. Lo cierto fue que alargué todo lo posible mi estancia en el piso superior. No me apetecía estar en medio de ellos.

Unos golpes en la puerta de la habitación me hicieron darme cuenta de que quizás había gastado todo el tiempo disponible.

—Adelante —dije mientras me incorporaba de la cama recién hecha. Aaron asomó la cabeza—. Ey, pasa, pasa —añadí al darme cuenta que era el pequeño.

—Papá y mamá querían hablar solos y me han pedido que subiera a mi cuarto, pero yo me he quedado escuchando un rato, escondido, y quería hacerte una pregunta. —Estaba mucho más serio que de costumbre, y me preocupaba no saber darle las respuestas que el niño estaba buscando.

—Claro, dime.

—¿Es verdad que eres el novio de papá?

Joder, directo al asunto. Los niños no tenían filtro ninguno.

—Eh… Pues tu padre y yo no hemos hablado de eso todavía.

—Él dice que eres muy importante para él.

—Y él también lo es para mí —confesé.

El niño asintió y bajó la mirada al suelo. Me estaba dando mucha ternura, y no sabía qué hacer para hacerlo sentir mejor. ¿Le molestaría que su padre estuviera con alguien? ¿Le molestaría que ese alguien fuera yo?

—¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté al ver que no decía nada más.

—Mamá le ha dicho que no quería que pasase menos tiempo conmigo por tu culpa. Que a este paso me olvidaría de su cara.

Joder.

—No, no te preocupes, eso no va a pasar —dije acercándome a él. Me agaché a su lado para poder estar a su altura—. Tu padre siempre está hablando de todos los planes que quiere hacer contigo. Te prometo que no voy a ser un problema para ti, ¿vale? Me quedaré en casa siempre que hayáis hecho planes.

—No hace falta que te quedes en casa, puedes venir tú también.

—¿Seguro? —Al ver que el niño asentía, le sonreí—. Pues algunas veces yo también iré a pasar el día con vosotros.

—A mí me gustaría que vinieras. Eres mi piloto favorito y me gustas mucho.

Aquel niño era demasiado tierno. Le acaricié la cabeza con cariño y le devolví el abrazo cuando él se tiró a mis brazos. Luego, me senté en el suelo y coloqué a Aaron sobre mi regazo.

—Tú también me gustas mucho —le dije sonriendo.

—Entonces, ¿voy a tener que llamarte papá a ti también?

«¡¿QUÉ?!».

—No, no, por supuesto que no —me apuré a negarlo. No me podía creer que estuviera teniendo aquella conversación con el hijo del chico que me gustaba. Era surrealista.

—¿Y mamá? —preguntó, y estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva.

—No. Que va. Eso seguro que no.

Aquella respuesta no parecía acabar de convencerlo.

—Entonces, ¿cómo tengo que llamarte?

—¿Qué te parece si me llamas por mi nombre, como siempre? —propuse.

Quería ser parte de su vida, pero no deseaba ocupar un lugar que no me correspondía.

—¿Axel?

—Sí.

—Vale —aceptó, aunque no parecía muy convencido.

Johan apareció en ese momento y sonrió al vernos juntos.

—Mamá se acaba de ir, dice que mañana te viene a buscar después de comer. ¿Te apetece si damos un paseo hasta el parque y luego vamos a comer? —propuso como plan para pasar el día.

—¡Sí! —contestó Aaron, levantando los brazos—. Mis amigos van a flipar cuando sepan que vi a Axel Devin desnudo en mi casa porque es el novio de mi….

Le tapé la boca antes de que pudiera terminar de decir eso en voz alta.

57



Johan

Diciembre 2025

Aquel fin de semana había sido diferente a lo que estaba acostumbrado, y estaba deseando que se volviera a repetir. Me había sentido a gusto, feliz, y había sido el impulso que necesitaba para saber que iba a tomar la decisión correcta.

El sábado lo habíamos pasado con Aaron, habíamos ido a pasear, habíamos comido juntos en un restaurante y habíamos acabado jugando a la pelota cerca de casa. Axel había sacado esa energía infinita que tenía a veces, agotando por completo al niño, hasta ser incapaz de seguirle el ritmo. Al llegar a casa, habíamos cocinado algo sencillo y habíamos visto una película tirados en el sofá. Después de meter a Aaron en cama, Ax y yo estuvimos hablando

durante horas, antes de volver a desnudarnos y disfrutar el uno del otro.

Con él, todo era increíble, y no había necesitado ni veinticuatro horas para darme cuenta de que aquello era lo que quería en mi futuro.

No los viajes, ni los patrocinadores, ni los coches.

Exactamente aquello.

El domingo por la mañana lo habíamos pasado en casa. Cuando Norma vino a buscar a Aaron, justo después de comer, llamó al telefonillo de forma bastante insistente.

—Mejor ve tú —me indicó Axel con la incomodidad escrita en el rostro.

Me levanté del sofá después de darle un beso en la sien y me acerqué hasta la puerta sin mucha prisa.

—Te dije que llamaras al timbre de ahora en adelante, no que tuvieras que fundirlo cada vez que vengas —le dije a modo de saludo.

Norma me miró seria, todavía molesta por la conversación que habíamos tenido el día anterior.

—Por lo menos, estás vestido. Parece que es más de lo que puedo esperar.

—No empieces —pedí, ya cansado de aquella conversación que ni siquiera habíamos empezado—. Si llegas antes de la hora y no avisas, no puedes enfadarte por cómo estoy yo o mi pareja en mi propia casa.

—Nunca has tenido ningún problema con eso.

Aaron saludó a su madre y, después de despedirse de mí, fue directo hasta el coche.

—Es evidente que ahora sí. Mira —dije, y me revolví el pelo mientras intentaba buscar las palabras exactas—, sé que durante todos estos años no ha habido nadie en mi vida y que, gracias a eso, las cosas han sido más fáciles entre nosotros; sin embargo, ahora necesito intimidad. Y no te lo pido solo por él, sino por mí.

—Ya te dije que no volvería a pasar y que, con tal de que te adaptaras a los horarios, sería suficiente.

—¿Pero?

—¿Cómo que pero?

—Hay un pero, te conozco lo suficiente para saberlo.

—Qué suerte la tuya, porque yo no te conozco para nada. Tú… Tú jamás dedicaste un fin de semana a estar conmigo. Nunca podíamos salir a cenar o a comer, no tenías tiempo. Y ahora te paseas por ahí con ese niño…

—No es un niño, es un adulto.

—Já, adulto… Con dieciocho años sigue siendo un adolescente.

Cogí aire, intentando controlar el enfado que bullía en mi pecho. Cómo había cambiado su discurso de un día para otro. Hacía unos meses, quería que conociese a alguien, y en aquel momento intentaba todo lo contrario.

—Tiene veintidós, aunque no tengo que darte explicaciones de mi vida privada. Lo que haga o deje de hacer con Axel no es tu problema.

Me jodía la diferencia de edad, sabía que era algo con lo que tendría que lidiar para siempre, pero estaba enamorado. Completa y absolutamente enamorado de él.

Norma se llevó las manos a la cara y se limpió las lágrimas que se estaban acumulando en sus ojos antes de que le estropearan el

maquillaje. Algo en mi interior se contrajo al verla así, odiaba hacerle daño.

—Tienes razón, lo siento. No estoy siendo justa contigo. Perdona. —Dejó escapar un suspiro y me miró esbozando una sonrisa triste—. Me acabaré acostumbrando, solo necesito algo de tiempo.

Asentí porque no había mucho más que pudiera decir, y, antes de que me diera cuenta, me estaba abrazando con fuerza, rodeándome el cuello con ambos brazos.

—Te mereces cosas buenas, Johan, y me alegra ver que, después de todo, has conseguido rehacer tu vida. —Le puse la mano en la espalda, intentando darle algún tipo de consuelo, a pesar de que sabía que no lo encontraría en mí. Yo jamás sería esa persona para ella—. Nos vemos —susurró, y se alejó hacia el coche, donde Aaron la esperaba, sin mirar atrás.

Cerré la puerta y me dejé caer sobre ella. Odiaba hacer las cosas mal, y con ella me había lucido desde siempre.

—¿Todo bien? —preguntó Axel, mirándome preocupado desde la puerta del salón.

—Sí, no te alarmes. Está un poco afectada por lo nuestro. Siempre ha insistido en que rehaga mi vida, pero supongo que verlo con sus propios ojos ha sido diferente.

—Puedo intentar no estar cuando ella venga. No quiero ser una fuente de problemas. Suficiente tenemos ya, ¿no?

Me acerqué a él y le cogí la cara con las manos antes de besarlo despacio en los labios.

—No eres la causa de nada malo.

Axel cerró los ojos, resignado.

—Vamos a tener que hablar —susurró contra mis labios.

—¿De qué quieres hablar?

—De ti, de mí, de nosotros. ¿Cómo vamos a hacer que funcione? Compartimos equipo, sabes mejor que nadie lo que pasará si sale a la luz.

—Lo sé —asentí. No había pensado hablar de ese tema en aquel momento, aunque quizás era lo apropiado.

—¿Y qué sabes?

—Sé que esto solo podrá ser posible si dejamos de compartir equipo.

Durante un segundo se congeló entre mis brazos.

—Eso no tiene por qué ser así —protestó, y supe que su cabeza estaba dando miles de vueltas intentando encontrar una solución a un problema imposible.

—Sí que tiene que ser así —repetí sus palabras intentando hacer hincapié en ellas—. Me considero una persona bastante profesional y, aun así, sé que no podría ser imparcial contigo. No podría separar el trabajo de nuestra vida privada. No podría echarte una bronca por la tarde y meterme en cama contigo por la noche. No funciona así para mí. Yo no funciono así.

—¿Y cuál es tu solución? ¿Que uno de los dos deje Hygge?

—Sí, más o menos. Primero, tenemos que esperar a terminar la temporada. Todavía no hay nada fijo, pero, si nos hacemos con el campeonato, yo dejaré el equipo.

Se lo debía a Aaron.

—Eso es una tontería. Sabes que tengo la oferta de Quantum.

—Oferta en la que tienes que pensar, por cierto. Sin embargo, tomes la decisión que tomes respecto a tu carrera, será pensando en ti, no en nosotros.

—¿Vas a renunciar a tus sueños por mí? No pienso permitirlo.

Sonreí con cariño y él frunció el ceño, confuso. Llevaba demasiado tiempo pensando en dar un paso atrás en mi carrera, y ese año podría ser el momento. Si conseguíamos alzarnos con el mundial de constructores, ya no habría nada que me atara allí. Habría conseguido todos mis propósitos. Y si no, bueno, podría superarlo. Ayudaría a mi hijo a cumplir sus propios sueños.

—Llevo mucho tiempo pensándolo —demasiado—. Además, si se llega a saber lo nuestro, el revuelo que habría sería suficiente como para que la dirección me hiciera dimitir. Prefiero dar el paso primero.

—Eso no tiene sentido alguno.

—No es tan horrible como lo pintas —respondí al final. Una vida tranquila, rodeado de mi familia, era lo que más me apetecía tener en aquel momento.

—¿A qué equipo te irías? —preguntó, y vi la preocupación en sus ojos.

Tuve que contener un impulso de acariciarle una mejilla. Sabía que necesitaba procesar lo que le estaba a punto de decir y quería darle el espacio que necesitaba.

—Bueno, en realidad, no tenía intención de ir a ninguno. Me han contactado de Arcadia Motors y me han ofrecido un puesto como gerente en la sede de Tilbrook. Sería un trabajo de oficina, de lunes a viernes. Si lo acepto, todo será más fácil: no más viajes, no más trabajar hasta la madrugada, no más vivir por y para mi trabajo.

—No puedes estar hablando en serio. —Axel se tapó la boca con las manos, y pude ver toda la frustración que sentía—. No pienso permitir que tires tu vida por la borda por mi culpa, Johan. No lo pienso aceptar —repitió enfadado, enfatizando cada sílaba.

—Aunque tú no estuvieras en la ecuación, mi decisión sería la misma. ¿Sabes por qué me separé de Norma? —Aquella pregunta lo descolocó por completo, no hizo falta que me dijera nada para ver la confusión de sus ojos.

—Porque te hizo elegir entre ella y tu sueño.

—Sí, y, a cambio de perseguir ese sueño, tuve que renunciar a muchas cosas, Axel. Cosas que jamás podré recuperar. Justo antes de que entraras en el equipo, me pasaba muchas noches pensando en si habían merecido la pena todas las decisiones que he tomado en la vida, y puedo asegurarte que no me arrepiento de ninguna. Tomé ciertas decisiones para lograr triunfar, pero ya ha llegado el momento de dejar de renunciar a esas cosas. No quiero renunciar a nada más.

Aunque no lo dije en voz alta, por supuesto, él era una de las cosas a las que tampoco quería renunciar.

—¿Y te vas a conformar con eso? —preguntó, y noté cómo la impotencia vibraba en cada palabra—. Has llegado a lo más alto y ¿ya? ¿Piensas joderlo todo?

Lo cogí del cuello y le acaricié la mandíbula con los pulgares. Era tan jodidamente guapo.

—Siempre dices que tú y yo somos iguales, y, en muchas ocasiones, tienes razón, pero esta no es una de esas veces. Tú acabas de empezar tu carrera, tienes tantas cosas que lograr…, y yo quiero vivirlas a tu lado mientras así lo desees. Quiero verte levantar cientos de trofeos. Quiero verte ganar el campeonato, y no solo una vez. Quiero que logres todo lo que te propongas.

—¿Y qué pasa con tus sueños?

—He cumplido casi todos. Solo me queda el mundial de constructores, que será mío dentro de muy poco.

—Aún quedan dos carreras, y nos llevan siete puntos de ventaja.

—Confío en mis pilotos. Lo vais a lograr y ganaremos juntos. Quizás este año no lo harás de forma individual, pero lo haremos como equipo. Por eso te pido que esperes un poco más. Cuando la temporada termine, tú podrás tomar la decisión que consideres adecuada. Si ganamos el campeonato, volveré a Oxford con Aaron.

—Y luego, ¿qué? ¿Un año como líder y ya te llega?

—Luego me dedicaré a ver crecer a mi hijo y a ayudarlo a cumplir sus sueños. Visitaré a mi madre más de dos veces al año y disfrutaré del tiempo que pasemos juntos antes de que los años lo hagan más difícil. Quedaré a tomar un par de cañas de vez en cuando y me volveré a aficionar al fútbol. ¿Te conté que siempre quise hacerme socio del Borussia?

—Vaya tontería —contestó, aunque su sonrisa y sus ojos me decían lo contrario.

—Sí, puede ser, pero, bueno, también disfrutaré de ti. Iré a acompañarte a algún gran premio si te apetece que esté allí. Te daré un juego de llaves de mi casa, por si quieres quedarte conmigo cuando estés en Inglaterra. Y organizaremos escapadas por todo el mundo para disfrutar de hacer turismo.

—¿Y si te arrepientes?

—No me voy a arrepentir.

—¿Y si lo nuestro no funciona?

—Pues lo habré disfrutado mientras sí lo haga. Ax, no estoy tomando esta decisión por ti, ni por nosotros. Lo hago por mí, pero me encantará tenerte al lado todo el tiempo que quieras.

—¿Cómo puedes aceptar todo sin poner ningún problema?

—Porque eres joven y, ya lo sé, no me vengas con el cuento de siempre —dije al ver que abría la boca para protestar—. Axel, eres joven y yo lo tengo asumido. No quiero ser un problema para nadie, y mucho menos para ti.

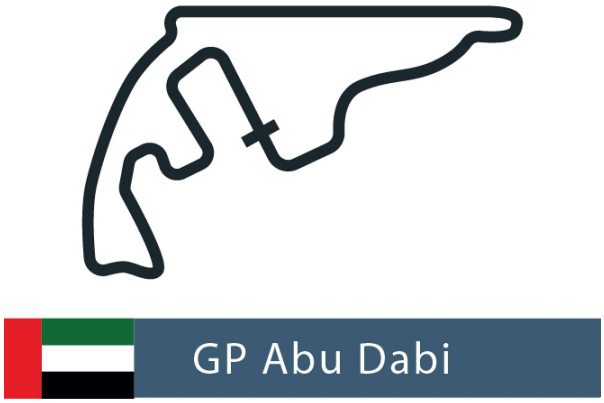
—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Así de fácil?

—Con todas las complicaciones que tenemos que aguantar a diario, disfrutemos de lo único fácil que tenemos.

GP ABU DABI



Circuito de Yas Marina

8 De Diciembre De 2025

—¡Bienvenidos a la última cita del calendario: el Gran Premio de Abu Dabi en el circuito de Yas Marina, un trazado que nunca decepciona! —Veronika estaba emocionada por dar cierre a otra temporada más, y era palpable en la forma en la que narraba—. En el pasado hemos visto cómo se decidían mundiales: Alonso perdía el campeonato contra Vettel en 2010, o Verstappen le arrebataba el título a Hamilton en la última vuelta en 2021. Este año, el mundial de pilotos está decidido, con una victoria magistral de Ethan Walker, pero el de constructores todavía está en juego, y hay tres equipos que se lo están disputando.

Solo faltaban unos minutos para el inicio de la carrera y el sol estaba a punto de llegar a la línea del horizonte. A medida que esto fuera sucediendo, las luces del circuito se irían encendiendo de forma paulatina, iluminando la zona con luces artificiales antes de que el ganador de la carrera cruzase la línea de meta, donde lo recibirían los fuegos artificiales. Era todo un espectáculo.

—Así es, Vero. Este circuito tiene 5,28 kilómetros de longitud, al que los pilotos tendrán que dar un total de cincuenta y ocho vueltas. El trazado es conocido por su combinación de curvas rápidas, zonas técnicas y, por supuesto, la recta más larga, donde se alcanzan más de trescientos veinte kilómetros por hora.

—Por otro lado, la temperatura irá cambiando de forma drástica con el paso del tiempo. No olvidemos que la puesta de sol tendrá lugar durante la carrera. La goma y la temperatura del asfalto son los factores más relevantes, haciendo que la estrategia de los equipos se centre en la gestión de esos elementos.

—Y hablando de la gestión de los equipos, hoy son tres los que tenemos en el punto de mira: Phoenix, con seiscientos quince puntos, seguido por Hygge con seiscientos once y Quantum con seiscientos tres. Cualquiera de ellos puede alzarse con la victoria y sumar una generosa cantidad de dinero a sus presupuestos del año que viene.

—Los seis pilotos, protagonistas de este gran premio, ya están subidos a sus monoplazas, ultimando los detalles para esta carrera. En la primera línea tenemos al Quantum de Ethan Walker, seguido por el Phoenix de Romain; el otro Quantum es tercero, pilotado por Jan Kowalski. Los Hygges de Fabian y Axel salen cuarto y quinto, y, en sexta posición, el Phoenix de Liam O’Connor. Todos ellos están

con los nervios a flor de piel, con la presión de todo un equipo sobre sus hombros. ¡Todos pueden hacer historia!

—Recordemos que también tenemos a Fabian y a Liam luchando por hacerse con el subcampeonato.

—Lo que me sorprende es que Jan Kowalski haya conseguido el tercer mejor tiempo de la *qualy* de ayer, después de haberse desdibujado durante casi toda la temporada.

—Tienes razón, ha sido una grata sorpresa para Quantum. Jan parece que quiere poner su grano de arena para contribuir al mundial de constructores, aunque los rumores de su salida del equipo son un secreto mal guardado.

—Según las estadísticas, ha terminado más carreras que su compañero, pero su rendimiento ha estado muy muy por debajo en cuanto a resultados se refiere. Recordemos que Ethan ha acabado en podio todas las carreras que ha completado, lo que le ha valido para ser campeón del mundo.

—Jan tiene su última oportunidad de redención.

—¡Y ahora, Thomas, está todo listo para comenzar! Los pilotos se encuentran terminando la vuelta de formación y se colocan en sus respectivas posiciones de salida. En cuanto se posicione el último, el semáforo se encenderá y empezará la cuenta atrás para el pistoletazo de salida del Gran Premio de Abu Dabi.

—¡Bandera verde, se apaga el semáforo y allá van! —comentó Thomas—. ¡Última salida del año!

—No parece que ninguno haya salido mal; Ethan mantiene la primera posición y Romain es segundo. Llegan a la frenada y Jan se mete en el interior.

—¡Se tocan! ¡Romain y Jan se han tocado! —exclamó el comentarista al ver el incidente en la primera curva—. ¡Los dos coches quedan mirando hacia atrás! El resto de la parrilla pasa por el medio.

—Justo hablábamos de que Jan se estaba intentando redimir y la lía en el momento en el que se lo están jugando todo —comentó Veronika—. Arriesgar demasiado en la salida puede darte una posición o dos, pero, si te sale mal, puedes perderlo todo. Y es lo que ha pasado. Ambos continúan en pista, aunque van a tener que remontar.

—Y, con esto, la parrilla queda con Ethan en cabeza, que ya está a más de un segundo de Fabian, dejándolo fuera del DRS, seguido por Axel y Liam.

Con el paso de las primeras vueltas, las posiciones se mantuvieron. Ethan conducía con una ventaja cómoda sobre Fabian, quien a su vez tenía muy cerca a Axel.

—*¿Fabian está gestionando neumáticos?* —preguntó Axel por la radio—. *Puedo ir más rápido.*

—*Estamos contentos con las posiciones actuales. La carrera es larga, pero, de quedar así, las cuentas dan.*

—*Claro que es larga, por eso no deberíais frenarme ahora. Estoy muy cómodo con el coche y podemos abrir el* gap *con Liam.*

—*Lo valoramos.*

Los comentaristas se rieron al oír la radio de Axel.

—Típico de los pilotos; da igual cuándo, siempre quieren más —comentó Thomas sonriendo.

—Pero Devin tiene razón —contestó la comentarista—. Todavía queda mucha carrera; sin embargo, cuanta más ventaja puedas

tener, más tranquilo estarás después. Por otra parte, entiendo la posición de Hygge. Mientras los números den, el riesgo debería ser cero, aunque, para mí, en estas situaciones entre compañeros de equipo, el coche más rápido siempre tendría que ir por delante.

—Nos vuelven a poner la radio de Axel.

—Le hemos ordenado a Fabian que te deje pasar. Lo hará en la siguiente vuelta.

Una vuelta más tarde, como Andrea había indicado, Axel cruzó la línea de meta en segunda posición, por delante de su compañero.

—No tengo zapatillas —indicó Fabian por la radio unas vueltas más tarde—. *Las traseras ya están muertas.*

Completado el primer tercio de carrera, Fabian fue el primero en parar.

—Ethan entra en boxes, copiando la estrategia del finlandés, para cubrirse y evitar un *undercut*.

—Quantum no falla copiando la estrategia del rival.

—Si a Hygge le va bien, a Quantum le va bien. Y si a Hygge le falla la estrategia, a Quantum también, pero siguen por delante. Lo que están haciendo es priorizar la posición.

Axel pudo liderar la carrera durante unas cuantas vueltas, hasta que llegó su parada. Al reincorporarse, volvía a ser tercero.

—¿Por qué vuelvo a estar por detrás de Fabian? —preguntó Axel por la radio, bastante enfadado—. *¿Le habéis permitido que me haga un* undercut*?*

—No te preocupes, nuestras ruedas estarán mejor al final de la carrera —respondió Andrea, intentando tranquilizarlo—. *Sigue concentrado.*

—Esto va a ser un tiro en el pie.

—Copy.

Veinte vueltas más tarde, el ritmo de carrera había dado un giro imprevisto. El coche de Ethan había empezado a aumentar sus tiempos por sector, haciendo que los dos Hygges recortaran la distancia con el australiano. Al llegar a la vuelta cincuenta, Fabian y Axel ya habían adelantado al Quantum.

—Los dos pilotos de Hygge han adelantado con pasmosa facilidad a Ethan Walker. Debe de tener algún problema. Suerte si acaba en tercera posición —dijo Veronika sin apartar la mirada de las pantallas.

—Sí, sí, fíjate en las repeticiones, como a mitad de recta ya empieza a parpadear su luz trasera. Eso es indicativo de que se queda sin energía eléctrica muy pronto. Tiene que ser el mismo problema que llevan arrastrando toda la temporada.

—Pues está Quantum que se sale —añadió la comentarista con ironía.

—A mí me parece inverosímil que Ethan haya podido hacerse con el campeonato, con todos los problemas que han tenido con el coche.

—Ha estado a un nivel increíble. Al contrario que su compañero, que ni por unas ni por otras.

—Jan empezó bien la temporada, pero después se diluyó —respondió Thomas—. Además, tras el toque de la salida y la penalización que le han impuesto, tendrá suerte si logra llegar a los puntos hoy.

—Nos van a poner una radio de Hygge.

—Axel, ahora nuestras posiciones son uno y dos. Vas a alcanzar a Fabian en las últimas dos vueltas. Sed limpios, queremos cero

contacto.

—Vaya, me encanta que Hygge les deje luchar. Desde luego, para el espectador, es lo mejor.

—Además, si Devin consigue adelantar a su compañero en la última vuelta, le estaría devolviendo lo que le hizo en Montmeló.

—Bueno, pero aquí dolería más —explicó Thomas—. No es lo mismo robar un segundo que robar un primero.

Axel inició su última vuelta, superando la primera curva un segundo por detrás de Fabian. En el momento en el que pasó por la primera zona de detección de DRS, ya estaba por debajo de ese segundo, lo que le permitió abrir el alerón trasero y acercarse de forma peligrosa a su compañero. En la siguiente frenada, consiguió colocarse a escasos centímetros del coche de Fabian. Los dos coches de Hygge superaron la chicane entrando en una nueva zona de DRS. Axel se salió del rebufo y Fabian protegió el interior. Los dos monoplazas trazaron la curva en paralelo, y, aunque Axel recorrió más metros, lo hizo a mayor velocidad.

En las dos siguientes curvas, Axel mantuvo el interior, pero Fabian excedió los límites de pista y consiguió aguantar el paralelo.

Luego los giros cambiaron de sentido, lo que hizo que el vértice favoreciera a Fabian. Al pasar por debajo del hotel, los dos coches seguían en paralelo y, en la salida de la última curva a izquierdas, Axel rozó el muro para conseguir ponerse por delante de su compañero, consiguiendo una ovación de las gradas de la zona y de medio circuito, que vio el adelantamiento desde las pantallas gigantes.

Axel encaró los últimos metros del circuito, terminando la carrera en primera posición.

—¡Qué barbaridad!

—¡Qué locura!

—¡Ha sido un adelantamiento épico, Thomas!

—Todavía tengo los pelos de punta.

—Menudo broche para cerrar la temporada.

—Axel y Fabian no solo nos han regalado una última vuelta de escándalo, sino que le han dado el mundial de constructores a Hygge.

—No me quiero imaginar cómo ha vivido Johan Torger esta pelea desde el muro.

—Seguro que ha estado al borde del infarto.

—Hemos visto un adelantamiento épico, pero ha podido ser el desastre de la temporada. Sobre todo en el momento en el que Axel ha rozado el muro. Creo que todos hemos contenido el aliento.

—¡Victoria con doblete para Hygge!

—Han ganado el campeonato con solo cuatro victorias como escudería. Ha sido a base de constancia, demostrando que son el equipo más sólido. De las veinticuatro carreras, solo en seis de ellas no estuvo un Hygge en el podio.

—Vamos a escuchar la radio de Axel.

—*Buen trabajo, Ax, una increíble victoria, ha sido un cierre de temporada espectacular* —le dijo Andrea por radio.

—*Buf, ha sido divertido* —respondió Axel con una sonrisa tapada por el casco.

—*Este es el final de un gran año, y ha sido un placer llamarte compañero. Fue genial trabajar contigo y te deseo todos los éxitos en el futuro.*

—¿Esto acaba de sonar a despedida? —preguntó Thomas levantándose del asiento.

—¿Crees que es la respuesta a los rumores que llevamos escuchando los últimos meses?

—*Axel.* —La voz de Johan sonó calmada, como siempre, y el joven piloto tuvo que aguantar la respiración para no romper a llorar —. *Así conduce un campeón del mundo. Increíble. Estoy deseando ver cómo lo consigues en el futuro.*

Era la última vez que iban a compartir un momento así. Había sido la última vuelta con Hygge. La última carrera con Johan como jefe.

—*Buf.* —Axel apenas era capaz de mantener las emociones bajo control, y aquel suspiro sonó casi como un sollozo—. *Gracias, Johan.*

—¿Será Axel el piloto que ocupe el asiento de Jan la temporada que viene?

—Espera, nos ponen más radios.

—*Ha habido momentos difíciles, momentos en los que sentía que era yo solo contra el mundo, pero todos me habéis demostrado que jamás luché solo.* —Axel sentía que necesitaba expresar todos aquellos sentimientos en voz alta—. *Que hemos sido siempre un equipo y que todas las victorias y derrotas eran compartidas. Muchas gracias por haberme dado la oportunidad de debutar en Hygge, la primera que he tenido en la F1. Siempre os llevaré en el corazón. Gracias a todos.*

—*Gracias a ti, Axel, por hacernos soñar. Disfruta de estos últimos metros, nos vemos en el podio.*

Los coches avanzaban despacio. Los pilotos, algunos más contentos que otros, iban saludando al público mientras regresaban

a los boxes.

A los tres primeros los esperaba el último podio de la temporada.

Y a Axel y a Johan, el último podio con Hygge.

CLASIFICACIÓN 24

Pilotos

Posición	Piloto	Equipo	Puntuación
1	Ethan Walker	Quantum Racing	422
2	Fabian Anderson	Hygge F1 Team	347
3	Liam O'Connor	Phoenix Racing Team	332
4	Axel Devin	Hygge F1 Team	307
5	Romain Lefevre	Phoenix Racing Team	299
6	Jan Kowalski	Quantum Racing	206
7	Carlos Mendoza	Thunderbolt Racing	149
8	Pierre Dubois	Thunderbolt Racing	101
9	Bergen Müller	Vortex Engineering	96
10	Jasper Van den Berg	Vortex Engineering	52
11	Dibra Berisha	Starlight GP	34
12	Felipe Costa	Titan Performance	20
13	Sven Eriksson	Eclipse Motorsport	19
14	Kenji Yamamoto	Titan Performance	17
15	Matteo Rossi	Eclipse Motorsport	12
16	Andrés Fernández	Starlight GP	5
17	Omar Al -Farsi	Velocity Dynamics	2
18	Luca Bianchi	Nitro Racing	2
19	Mateo González	Velocity Dynamics	2
20	David Johnson	Nitro Racing	0

Escuderías

Posición	Equipo	Puntuación
1	Hygge F1 Team	654
2	Phoenix Racing Team	631
3	Quantum Racing	628
4	Thunderbolt Racing	250
5	Vortex Engineering	148
6	Starlight GP	39
7	Titan Performance	37
8	Eclipse Motorsport	31
9	Velocity Dynamics	4
10	Nitro Racing	2

58



Johan

Diciembre 2025

—¿Cuándo lo vas a hacer oficial? —me preguntó Andrea mientras esperábamos los preparativos del podio. Lo miré levantando las cejas—. Hoy deberías subir tú con Axel.

Iba a decirle que ese momento era de ellos, pero, antes de que pudiera comentarlo, intervino de nuevo.

—No vas a volver a tener una oportunidad así en la F1. No te la pierdas.

Asentí con la cabeza y no pude decirle nada más que gracias. Aquel era un adiós.

Le di un apretón en el hombro, transmitiéndome con ese gesto todo lo que no era capaz de expresar con palabras, y Andrea

entendió cada una de ellas. Con un nudo en la garganta, me dirigí hacia donde me esperaban los pilotos para la ceremonia de entrega de trofeos.

Cuando llegué a la *cooldown room*, Axel estaba hablando con Ethan. Fabian se encontraba con ellos, pero su cara revelaba una amargura poco propia de un momento como aquel.

Aunque como equipo habíamos ganado, en su rendimiento personal, su compañero de equipo le había vuelto a ganar.

Lo primero que hice fue acercarme a él para felicitarlo y subirle el ánimo. Tan pronto como lo tuve al lado, lo agarré por el cuello y le di un pequeño abrazo.

—Esta temporada has crecido un montón. Quédate con eso. La siguiente será mejor. —No había mucho más que decir.

No me respondió, aunque tampoco contaba con que lo hiciera. Era un momento duro para él.

Después, le tendí la mano a Ethan y lo felicité por su victoria. No de esa carrera, sino del campeonato. Justo después, lo llamaron para que subiera al podio.

La evolución de Fabian había sido increíble, pasando de ser un piloto mediocre a ser el subcampeón. Esperaba de corazón que todo le fuera bien.

La megafonía dijo su nombre y salió de la sala hacia el segundo escalón.

En ese momento, me giré hacia Axel, que me estaba mirando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Johan —dijo mi nombre, pero no añadió nada más, solo levantó la palma, que yo no tardé en chocarle de vuelta.

Axel me miró, con la emoción adornándole el rostro. Su segunda victoria y la primera que viviríamos juntos.

—Axel Devin —anunció la megafonía, dándole paso al podio, y los aplausos del público llegaron hasta nuestros oídos.

—Te toca —le dije, sonriéndole, preparado para acompañar a un piloto una última vez.

Y era Axel.

Media hora después, estaba de camino al box empapado en champán. Me daba la sensación de que los tres pilotos se habían puesto de acuerdo para que no hubiera ni un centímetro de mí limpio. Me sentía pegajoso y con ganas de darme una buena ducha, pero antes tenía que despedirme.

Llevaba compartiendo equipo con la mayoría más de siete años. Todos me habían visto crecer en el equipo y éramos casi como una familia. Nos reíamos en cada logro y nos consolábamos en cada fracaso; no obstante, Hygge también me había absorbido por completo durante ese tiempo. Quizás se pudiera decir que tenía vacaciones, como todo el mundo, pero en esas semanas mi cabeza no me permitía desconectar por completo. No podía dedicar mi cien por cien a ninguna otra cosa. Cerrar una etapa nunca era algo fácil, pero cerrar la etapa por la cual había dedicado todo de mí me estaba oprimiendo el pecho.

Cuando llegué al box, los ingenieros y mecánicos estaban de celebración. No era para menos, habíamos conseguido algo que hacía años que no pasaba. Nos habíamos hecho con el campeonato después de más de una década sin conseguirlo y, por encima, sin ser el equipo con más victorias. Nuestro esfuerzo había dado sus frutos.

Todos me saludaban, orgullosos, con palmadas en la espalda y con los puños en alto en señal de victoria.

—Chicos, ¿tenéis un momento? —pregunté alzando la voz, y todos me siguieron dentro del box para tener algo más de intimidad.

Axel todavía tenía puesta la gorra de la victoria y me miraba con preocupación. Sabía de sobra todas las reticencias que tenía, pero, aunque me diera pena, sabía que estaba haciendo lo correcto.

—En primer lugar, quiero daros mi más sentida enhorabuena a todos y cada uno de vosotros. Lo que parecía una quimera a principios de temporada, ha acabado siendo una realidad, y no habría sido posible sin el duro trabajo que habéis realizado. Así que, de todo corazón, os doy las gracias. —Me aplaudieron, supuse que porque no había muchas reacciones posibles. Los discursos motivacionales o inspiradores nunca habían sido mi fuerte—. Estos años han sido complicados. Romain nos dejó hace un año para irse a Phoenix y, como muchos ya sabréis, este año lo hará Axel para unirse a Quantum. —Cuando nuestras miradas se encontraron, me dio la sensación de que estábamos solos. Él y yo. Aquel no era un adiós para nosotros, solo un punto y aparte—. Todos en esta sala saben, sin duda alguna, lo mucho que me opuse para que te unieras a Hygge. Estaba convencido de que un novato solo nos iba a poner trabas de camino a la victoria, y, aunque al principio sí que la liaste un poco, eso hay que reconocerlo, has demostrado ser un piloto sólido.

»Quiero pedirte perdón delante de todo el equipo, por mi falta de confianza, por no haberte escuchado y por todas las cosas que pensaba de ti que no fueron ciertas. Me equivoqué de lleno contigo. Eres extraordinario. Eres mucho más que tu apellido y, tal y como te

dije por la radio, conduces como un verdadero campeón. Espero que tu etapa en Quantum esté llena de éxitos, en Hygge te animaremos desde la sombra. —Aquella afirmación vino acompañada de un par de risas de los ingenieros y mecánicos. Axel se había ganado el cariño de todos, y nadie dudaba de que lograría cumplir sus sueños. Llevaba ya un rato hablando y no quería alargar el discurso más tiempo de lo necesario; sin embargo, quería dedicarle unas últimas palabras a mis pilotos. Ambos habían sido importantes para mí.

»Hemos perdido a dos pilotos espectaculares, pero, por suerte, Fabian nos acompañará un poco más. Este año ha demostrado pertenecer a la élite de la élite. —Centré la mirada en el finlandés, que me miraba con los ojos rojos, y le hablé a él—: Puede que no todo haya salido como esperabas, que muchos días tuvieras ganas de tirar la toalla, pero me has hecho sentir orgulloso de ser tu jefe, y eso no es algo que se consiga fácilmente. Estoy contando los días que faltan para verte ganar, porque sé que lo lograrás. Confío en ti.

Algunos mecánicos se acercaron a Fabian a darle ánimos. El piloto no estaba pasando por su mejor momento, y quedarse a las puertas no parecía ser suficiente para él. Quería ganar más que nada en el mundo.

—Y ya, por último… —Me incorporé del asiento mientras, por primera vez en toda la temporada, notaba los nervios a flor de piel por hablarle a mi equipo—. Quiero despedirme.

La última palabra me salió temblorosa entre los labios. No solía emocionarme, pero aquello me estaba tocando la fibra sensible.

—¿Cómo que despedirte?

—¿A qué te refieres?

—Johan, no jodas.

—Es coña, ¿verdad?

—Te parto las piernas.

Sonreí, porque no podía hacer otra cosa ante sus comentarios.

—Esta ha sido mi última carrera como jefe de equipo, y estoy muy feliz de haber compartido esta experiencia con vosotros. —El garaje enmudeció, y solo llegaban los restos de los sonidos del exterior—. Mi etapa en Hygge termina aquí, aunque seguiré cada uno de los logros que consigáis como un aficionado más.

—¿Quién cojones te ha fichado y por qué el equipo no te ha igualado la oferta?

No pude evitar sonreír.

—Nadie. Dejo el mundo del motor. Me vuelvo a Oxford, con mi hijo. Me he perdido casi toda su infancia y no quiero que siga siendo así.

Aquella explicación pareció ser suficiente, porque las caras de decepción que algunos tenían se fueron transformando en entendimiento.

No se hablaba del tema, pero era una realidad en la F1. Todos los ingenieros, mecánicos y pilotos tenían una familia esperándolos en casa. Alguien a quien no podían ver por estar viajando por todo el mundo. Algo que, en muchas ocasiones, terminaba quemando y cansando.

Pertenecer a ese mundo siempre compensaba al principio. Con los años, las ausencias y las pérdidas terminaban inclinando la balanza hacia el otro lado.

Andrea fue el primero en romper la distancia que nos separaba y abrazarme con fuerza. Me agarré a él mientras intentaba controlar

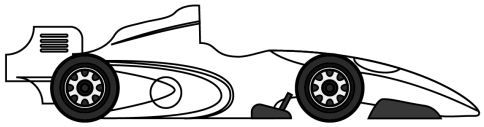
de alguna forma que las lágrimas que empañaban mis ojos no llegaran a derramarse.

Luego, se nos unió todo el equipo.

Fue una noche bonita, un día mágico.

El broche perfecto para decir adiós.

59



Axel

Diciembre 2025

Había pocas noticias relacionadas con la F1 que habían impactado tanto en las redes sociales como la renuncia de Johan a su puesto como jefe de equipo el año en el que llegó y ganó el mundial de constructores.

Llevaba un rato en Instagram leyendo los comentarios que iban poniendo en el último *post* de la cuenta oficial de la F1. Muchos no entendían los motivos que habían llevado al ingeniero a tomar una decisión tan precipitada. Otros decían que Hygge ya no volvería a ganar otro campeonato hasta dentro de varias décadas. Después estaban los *haters* que criticaban sus decisiones a lo largo de la temporada.

Suspiré y dejé caer el móvil en la almohada. Johan estaba dormido. Tenía un brazo colocado debajo de la cabeza, el pelo revuelto y la boca entreabierta. No se parecía nada al hombre

gruñón que solía ser durante el día. Parecía en paz, tranquilo. Nos habíamos echado a dormir una siesta, y de aquello ya hacía horas, pero no me apetecía despertarlo.

Las últimas semanas habían sido una completa locura y todavía no entendía cómo Johan era capaz de llevar todo con tanta tranquilidad. Tampoco lograba comprender cómo era capaz de tomar una decisión de ese calibre sin que llegara a afectarle lo más mínimo. Me preocupaba que todo aquello estuviera suponiendo mucho más para él de lo que me decía y que lo estuviera viviendo por dentro.

—¿Qué hora es? —murmuró Johan, todavía con los ojos cerrados y la voz pastosa—. Siento que he dormido un montón.

El reloj que tenía en la muñeca marcaba las ocho y cuarto de la tarde, aunque yo llevaba despierto bastante rato. En cuanto se lo dije, se incorporó de golpe, estirándose y bostezando.

—¡Qué barbaridad! Esto es lo mejor de terminar la temporada, poder dormir sin ninguna preocupación.

Se pasó las manos por el pelo y se frotó los ojos antes de girarse hacia mí. Yo no podía verme la cara, pero sabía a ciencia cierta que lo miraba embobado, con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba tan guapo.

Como si hubiera oído mis pensamientos, se acercó y juntó nuestros labios, dándome un pequeño beso y separándose antes de que pudiera profundizarlo.

—¿Por qué me huyes? —protesté, y Johan se rio.

No habían pasado más de un par de horas desde la última vez; sin embargo, mi cuerpo ya estaba preparado para otra ronda.

—Tengo hambre. ¿Te apetece ir a cenar?

—¿De qué tipo de hambre estamos hablando?

—No empieces, porque entonces no saldremos de aquí hasta mañana, y dudo que haya algo en la nevera.

Era cierto, no había nada en la nevera, lo había ido a comprobar hacía un rato.

—Aburrido —protesté de todas formas, pero con un pie puesto ya en el suelo.

* * *

Fuimos hacia el restaurante en silencio, después de haber dejado el coche en un *parking* cercano. A pesar de que los dos íbamos vestidos con ropa normal, vaqueros, jersey y abrigo, caminábamos a varios metros el uno del otro por si alguien nos reconocía. No nos habíamos sentado a hablar del tema, pero ambos nos habíamos asegurado de no tener ninguna muestra de cariño en público, aunque en ese momento me moría por ir caminando de su mano. Si bien sabía que era una estupidez y ni siquiera se lo había comentado por miedo a que lo considerara algo infantil, quería presumir de él, de que estaba conmigo.

La diferencia de edad no había sido un problema para mí en ningún momento; no por el número en sí, sino porque en el día a día no la notaba, si bien todavía no había olvidado todos los problemas que nos habían supuesto aquellos números. Además, me había hablado en muchas ocasiones de las dinámicas de poder y de todo el revuelo que habría si nuestra relación salía a la luz. Entendía que para Johan aquello supondría mucho, y no iba a forzarlo a nada.

El restaurante era pequeño, íntimo, y estaba sumido en un ambiente perfecto. Las luces eran tenues, había música ambiente y

nos dirigieron a una mesa apartada, en la cual nos pudimos sentar mirando a la ventana.

Comimos pasta acompañada de una cerveza y nos pasamos todo el tiempo comentando cosas que no tenían nada que ver con la F1. Hablamos de películas, series, música y libros, y me sorprendieron la mayoría de sus favoritos. Luego, comimos una tarta de queso increíble como postre y echamos a suertes quién pagaría la cena.

Después de pasar por caja por mi mala suerte, salí del restaurante. Johan me estaba esperando apoyado contra una pared, mirando el móvil, y yo no pude evitar pensar, por decimoquinta vez en la última hora, que estaba muy guapo. El color gris le sentaba bien.

Como si hubiera sentido mi presencia, levantó la mirada del dispositivo y me vio allí, parado al lado de la puerta del restaurante, como si fuera tonto. Levantó las cejas, curioso, y yo no pude evitar sonreír antes de empezar a acortar la distancia que nos separaba. Sabía que estábamos en la calle, pero, durante una fracción de segundo, estuve a punto de lanzarme a su cuello y besarlo sin pensar en las consecuencias.

Todo lo que tenía que ver con él me volvía estúpido.

Me paré de golpe a un metro de distancia, y supuse que mi cara reflejó algo de lo que estaba pensando, porque la suya cambió de golpe.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado.

—Claro —respondí, y le sonreí, intentando disimular.

Me dolía tener que cortarme con mi pareja en público por ser quien era, pero no iba a hacer nada que lo perjudicara en ningún sentido. Me importaba demasiado.

—No me mientas —pidió, acortando la distancia que nos separaba y acariciándome la mejilla.

Di un paso atrás, rompiendo el contacto, mientras miraba a nuestro alrededor para verificar que nadie nos hubiera visto. Johan entrecerró los ojos ante mi reacción, mirándome con cautela.

—Puede vernos alguien —expliqué.

—Lo siento —se disculpó y aquello me llamó la atención.

—No tienes nada que sentir. Yo no tengo ningún problema con que se sepa, pero tú sí.

—No es cierto.

—Pues debería. —Supuse que aquella frase había revelado demasiado, porque lo vi fruncir los labios y asentir.

—¿Es eso? —preguntó, pero no le contesté. Me daba demasiada vergüenza. Me sentía estúpido—. ¿Ibas a besarme, o algo así, y por eso te has parado a medio camino con esa cara?

Sentí cómo la vergüenza me teñía las mejillas de rojo. Menos mal que hacía frío y podría ser por cualquier otra cosa. Estaba enamorado de él y, en ocasiones como aquella, no podía evitar sentirme como un adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Vale, es eso —confirmó Johan, y casi pude ver cómo su cabeza empezaba a darle vueltas al tema a toda velocidad.

Se llevó la mano a la cara, pensativo, mientras me miraba con una intensidad que empezaba a ponerme nervioso, y no en el mal sentido de la palabra.

—¿Eres consciente de todo lo que dirán si esto —dijo señalándonos a los dos con la mano— se filtra? Publicarán cosas horribles sobre nosotros.

—Lo sé.

—¿Y, aun así, no te importa que pase?

—No quiero ocasionar otro revuelo. Suficiente tienes con que se esté hablando de tus decisiones por dejar la dirección de Hygge.

—No estoy hablando de mí, sino de ti.

—Esto nos afecta a los dos.

—Correcto, pero yo estoy a punto de dejar de ser —hizo un gesto con las manos, entrecomillando sus palabras— «un personaje público». Tú seguirás acaparando la atención pública muchos años.

—No puede importarme menos. Nunca me he avergonzado de quien soy.

Johan sonrió, divertido.

—¿Estás seguro que quieres poner el foco en tu vida personal otra vez?

—Tampoco hace falta pregonarlo a los cuatro vientos, pero sí me gustaría estar relajado y poder ser yo mismo mientras estamos juntos. No quiero tener que vigilar todos mis movimientos contigo.

—¿Has pensado en las consecuencias? En el momento en el que hagamos cualquier cosa, será noticia. De eso no puedes tener ninguna duda.

—Me da igual.

—¿Seguro?

—Al cien por cien.

—Si es lo que quieres…, yo estoy dispuesto a ver todo arder. —Se encogió de hombros, quitándole importancia—. Bésame si quieres.

Y vaya si lo hice.

EPÍLOGO

Fabian

Diciembre 2025

Estaba profundamente dormido; sin embargo, los golpes en la puerta fueron tan fuertes que me despertaron. Aún no había abierto los ojos cuando volvieron a aporrearla como si fueran a tirarla abajo. Resoplé, enfadado, mientras me pasaba las manos por la cara. La noche anterior había sido demasiado intensa, y aquella mañana me tocaba pagar las consecuencias. Durante una fracción de segundo pensé en llamar a seguridad para que vinieran a buscar a la persona que estaba golpeando mi puerta, pero, cuando volvieron a hacerlo por tercera vez, no pude evitar dar un grito.

—¡Ya va, joder, relaja! —dije enfurecido, quitándome la sábana de encima y caminando hacia la puerta descalzo.

No me molesté en preguntar quién era. Tenía la esperanza puesta en la seguridad del hotel para que evitara que algún fan loco o un asesino me encontrase con tanta facilidad.

Abrí la puerta de un tirón y, cuando la vi allí, de pie, mirándome, fui consciente de que estaba casi desnudo. Solo tenía puesto unos calzoncillos, estaba despeinado y llevaba mi cara de recién despierto. Un cuadro, vamos.

—Dibra —susurré cuando nuestras miradas se encontraron.

—Hola, ¿podemos hablar? —preguntó con voz calmada.

—No —respondí, e intenté cerrarle la puerta en la cara. No me apetecía hablar con nadie, y menos con ella.

Por desgracia, puso un pie en medio, evitando que la cerrase, justo a tiempo.

—Quita —protesté, llevando las dos manos a la puerta y empujando con fuerza.

Ella contrarrestó de la misma manera, y la tía no se quedaba atrás en fuerza. No sabía si era porque me acababa de despertar y todavía andaba medio dormido, pero consiguió abrir la puerta sin demasiado esfuerzo. Había que joderse.

—Quita tú —me replicó al entrar.

Me pasé las manos por el pelo, intentando arreglar el desastre que tenía sobre la cabeza, aunque sabía que, sin una ducha, poco podía hacer. Maldito pelo ondulado.

Dibra estaba vestida con ropa cómoda: sudadera y pantalones anchos, y llevaba recogido el pelo en un moño desordenado. Parecía una flor venenosa, bonita por fuera y podrida por dentro.

—¿Qué quieres? —dije de mala gana, pasándome otra vez la mano por el pelo mientras buscaba por el suelo algo de ropa para vestirme. No es que tuviera mucho pudor, pero no me apetecía estar desnudo.

—Necesito pedirte un favor —dijo, y sonó casi desesperada.

Una carcajada abandonó mi garganta al escuchar su súplica. Me giré, con los pantalones todavía en la mano, para mirarla, con intención de reírme en su cara; entonces noté algo raro. Tenía los ojos bien abiertos, el ceño fruncido y las pupilas algo dilatadas,

como si estuviera nerviosa. La boca la tenía apretada en una fina línea y las comisuras de sus labios se curvaban hacia abajo. Su postura era rígida y parecía claramente incómoda. Lejos de sentirme contento, me preocupé.

Algo tenía que haber sucedido. Algo importante.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, y mi voz tembló un poco.

Nunca la había visto así, y me estaba temiendo lo peor.

—Se han filtrado unas fotos de Axel y Torger y estoy muy preocupada. Ax no me coge el teléfono ni me responde a los mensajes.

—¿Qué tipo de fotos? —pregunté, aunque me intuía la respuesta.

—Besándose.

—¿En plan piquito?

—No. En plan lengua hasta la campanilla.

—Mierda.

—Sí, mierda.

Me llevé las manos a la cabeza, pensando. Aquello iba a ser horrible. Le iban a decir de todo, y empezarían a cuestionar todo. Lo tacharían de enchufado. Creerían que el equipo lo había favorecido en algo cuando no fue así en ningún momento. Yo mismo había dudado de su suerte muchas veces, hasta que me había dado cuenta de que, en vez de facilitarle las cosas, se las habían complicado.

—¿Y qué favor quieres que te haga? No sé cómo voy a poder ayudar. Besar a Torger no va a ser una opción, te lo digo antes de que lo puedas proponer.

—¿Puedes terminar de vestirte, por favor? Llevas media hora con los pantalones por los tobillos —se quejó, tapándose los ojos y

señalándome con la mano.

—¿Te molesta? —Durante un segundo, contemplé la opción de terminar de desnudarme por completo.

—No te lo estaría diciendo si me diera igual.

Puse los ojos en blanco, pero le hice caso. No quería hacerla sentir tan incómoda; al menos, no en ese aspecto. Aproveché para ponerme una camiseta y me dejé caer sobre el colchón, señalando el hueco que había a mi lado para que ella se pudiera sentar. Si iba a tener que escucharla, por lo menos, que no estuviera todo el rato ahí de pie, como un monigote.

—¿Y bien? —insistí de nuevo. Si había aparecido en la habitación de mi hotel con tanta urgencia, era porque tenía algo que contarme.

Dibra empezó a juguetear con el anillo que tenía en el dedo índice, dándole vueltas, mientras se mordía el labio inferior. Su pierna se movía de forma nerviosa, haciendo que yo también me inquietara. Todo lo que tenía que ver con ella me estresaba.

—Sabes que soy amiga de Axel —empezó, y tuve que hacer un esfuerzo monumental para no poner los ojos en blanco.

—¿No jodas? ¿En serio? ¡Qué sorpresa! —la interrumpí, harto de aquella conversación, y eso que acababa de empezar.

Ella me ignoró por completo, como si no hubiera abierto la boca, y siguió hablando.

—Y me gustaría ayudarlo a quitarle un poco de la presión que tiene sobre los hombros —explicó, y yo asentí. Me parecía bien, era buena idea—. Pero, para hacerlo, necesito que me eches una mano.

Mis cejas se levantaron sin que pudiera evitarlo. No sabía qué había pensado, pero seguro que no me iba a gustar.

—No cuentes conmigo. No pienso ayudarte a ti en nada.

—Eres gilipollas.

—Gilipollas serás tú.

—Cállate un segundo, haz el favor, y escúchame. No quiero tu ayuda para beneficiarme en nada. Quiero ayudarlo a él. Es tu amigo, ¿no?

A pesar de su tono, asentí. Si podía ayudar a Axel, bueno, que así fuera. Si al menos conseguía sentirme algo mejor conmigo mismo por las barbaridades que le había dicho, el esfuerzo merecería la pena.

—Está bien. ¿Qué necesitas que haga? —pregunté, curioso.

Dibra se puso en pie, dándome la espalda al principio y girándose para enfrentarse a mí unos segundos después. Estaba actuando de forma tan extraña que no sabía por dónde iban a ir los tiros.

—Necesito que finjamos que estamos juntos.

—¿Qué? —pregunté sorprendido; aquello no lo había visto venir —. ¿QUÉ?

—Como pareja. Quiero que la gente piense que somos novios.

—Repito: ¿qué? ¿Estás loca?

—Escúchame primero antes de protestar.

Dibra sonrió y empezó a explicarme el plan. Yo escuchaba como si todo lo que me estuviera diciendo no tuviera sentido ninguno, y, a pesar de ello, no era del todo mala idea.

—¿Qué te parece? —preguntó, y su mirada me transmitía una emoción que hacía tiempo que no veía en nadie.

Era una idea de mierda. No podía hacerlo. Nos llevábamos demasiado mal. Ella me detestaba y yo la odiaba con todas mis fuerzas. No iba a salir bien. Era una mala idea. Nadie se creería que

estábamos juntos, y, en caso de que así fuera, ocasionaría un revuelo terrible.

Quizás ese era su plan.

Quizás no era tan mala idea.

—Vale —accedí—. Haremos lo que quieras, pero tengo varias condiciones.

TE GUSTARÍA QUE AXEL CAMBIARA SU APELLIDO?
¿o debería seguir siendo un devin?
¡Cuentamelo!
instagram: @leahb00ks
tiktok: @noeliaamquez
Sigue la historia de dibra y fabian en:
LAST RACE (proximamente)

AGRADECIMIENTOS

Es la tercera vez que tengo que escribir unos agradecimientos, y es la tercera vez que no encuentro las palabras para expresar lo afortunada que me siento.

Gracias a Josh, por absolutamente todo. Si esta historia ha llegado a ver la luz, es gracias a ti. Gracias por los consejos, las charlas, las lecturas y relecturas. Gracias por apoyarme siempre, por apostar por mí y por quererme de forma incondicional. Eres lo mejor de mi vida.

Gracias a mi madre, mi fan número uno y, posiblemente, la persona que más veces ha leído esta historia, incluso más que yo. Gracias por creer en mí y por estar siempre a mi lado.

Gracias a mi familia, por acompañarme en el camino a cumplir todos mis sueños.

Gracias a mis amigas, las mejores que hay. Sin vosotras, no tendría con quién celebrar estos pequeños logros. Sois lo más bonito que tengo en la vida.

Y, por último, gracias a ti, lector, por acompañarme en este viaje, por darle una oportunidad a mis historias, por esos mensajes que

me sacan alguna lágrima y por hacerme cumplir un sueño. Ojalá sigáis a mi lado muchos años más.